

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**PROGRAMA DE MAESTRIA Y DOCTORADO EN PSICOLOGIA
PSICOLOGÍA SOCIAL Y AMBIENTAL**

**CORPORALIDAD Y TRAYECTORIAS DE VIDA
EN USUARIOS DE DROGAS**

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTORA EN PSICOLOGIA
PRESENTA
EDITH FLORES PEREZ**

**JURADO DE EXAMEN DE GRADO
DIRECTORA: DRA. LUCY REIDL MARTINEZ
COMITE: DRA. EMILY ITO SUGIYAMA
DRA. MARIA SUAREZ CASTILLO
DRA. CLAUDIA UNIKEL SANTONCINI
DRA. ELSA MUÑIZ GARCIA
DRA. ELVIA TARACENA RUIZ
DRA. GABINA VILLAGRAN VAZQUEZ**

MEXICO, DF.

2008



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A la Dra. Lucy Reidl, porque su apertura y compromiso han sido fundamentales para la realización de este trabajo. Por su apoyo, su orientación y la confianza que ha depositado en mí.

A la Dra. Emily Ito, cuyas ideas constituyen uno de los ejes más importantes de este trabajo. Gracias por su dedicación y entrega, representan para mí una guía muy significativa.

A la Dra. María Suárez, por su calidez, su apoyo y su valiosa retroalimentación.

A la Dra. Claudia Unikel, por sus útiles e importantes observaciones.

A la Dra. Elsa Muñiz, por sus valiosas e interesantes aportaciones y comentarios.

A la Dra. Elvia Taracena, por el tiempo y el interés dedicado al trabajo, su lectura atenta y su enriquecedora crítica.

A la Dra. Gabina Villagrán, por su apoyo y sus reflexivas sugerencias.

Con profundo agradecimiento a Diego, Isabel, Nicolás, Pablo, Patricia y Rosalba, las personas que accedieron a participar en el estudio. Por su disposición para compartir su experiencia y la confianza que me brindaron para ello; así mismo, por el sentimiento que me transmitieron al narrar sus historias.

Así mismo, quiero agradecer a

Mtro. Bruno Díaz, a quien considero mi maestro y de quien tengo la fortuna de contar con su amistad. Por las ideas y reflexiones que me ha compartido, las cuales han contribuido de manera decisiva a este trabajo.

Mtro. Rodrigo Parrini, coordinador del Seminario “Los contornos del alma y los límites del cuerpo”, en el PUEG, UNAM; cuyo profesionalismo para compartir sus conocimientos han sido invaluable para la realización del estudio.

Un agradecimiento especial a Claret, Elsa, María Dolores, Gerardo, Franc, Ivonne, Israel, Patricia y Mtra. Ofelia Desatnik, por el apoyo, la amistad, el tiempo, el aliento y el cariño que me han brindado siempre.

*A mis padres, Manuel y María de Jesús,
por su amor, su apoyo y por todo lo que me han enseñado.*

A mi amado Franc

Resumen

Este trabajo se sustenta en la construcción social de la realidad y adopta un paradigma interpretativo para estudiar la experiencia subjetiva del cuerpo a través del relato de la trayectoria con el uso de drogas. La corporalidad es considerada aquí, una perspectiva desde la cual problematizar la vida social, en tanto en ella se articulan los registros biográficos y la dimensión social de la experiencia.

Me propuse explorar el punto de vista del sujeto, la visión desde “dentro” para acceder a los procesos de significación que giran en torno al cuerpo, que organizan y dan sentido a la experiencia con el uso de drogas. Con un enfoque biográfico, retomé el relato de vida como una ruta de acceso a la subjetividad tras asumir a la narrativa como actividad de creación de sentido y constitutiva de la misma.

Los participantes fueron tres mujeres y tres hombres, cuyas trayectorias al momento del estudio, se encontraban en un rango de haber cesado su consumo hasta un consumo actual de distintas sustancias clasificadas como ilegales. Todos mexicanos, mayores de 18 años, pertenecientes a un estrato social medio-bajo y residentes de la zona metropolitana de la Ciudad de México.

La estrategia analítica está basada en la propuesta de Barthes (1990,1996) para el análisis estructural de los relatos. Los resultados muestran el importante papel que juega la corporalidad en la significación de la experiencia, y la forma en que constituye uno de los principales ejes que entretienen la trayectoria que un sujeto recorre con el uso de drogas. De este modo, señalan un proceso de apropiación subjetiva de la corporalidad en la trayectoria de consumo, donde la experiencia subjetiva del cuerpo cambia de acuerdo con la relación que se establece con la droga: desde la percepción del control del cuerpo, hasta la pérdida y recuperación de éste, mediada por la intervención de un tercero.

Los hallazgos también advierten una estrecha relación entre los mecanismos de control social y la experiencia subjetiva de los usuarios. De ahí que la corporalidad puede ser vista como el lugar de la lucha entre el deseo personal y la normatividad social.

El estudio aporta así, elementos para una mayor comprensión de los procesos adictivos y contribuye a desmitificar algunos prejuicios que rodean a las drogas y sus usuarios. Así mismo, proporciona información útil para elaborar herramientas más sensibles para el abordaje de las particularidades de la relación que se establece con el cuerpo en cada etapa del consumo. También coadyuva al desarrollo de programas de intervención alternativos que consideren que la nuestra es una existencia corporificada.

Abstract

This work is based on the social construction of reality and adopts an interpretive paradigm to address the subjective experience of the body through a process of analysis of narratives by drug users. The bodily experience is taken into consideration here for studying social experience with the understanding that biographical data and the social dimension of experience are registered within the body.

The study explores life narratives of six subjects from their own point of view, producing a vision from "within" in order to gain access to the processes of how the each individual gives his/her body social meaning, which in turn gives social meaning to the use of drugs. With a biographic focus, life narratives are used to access subjectivity, assuming that narratives are the creative process of giving meaning and essence to subjective experience.

The participants were three men and three women, who at the time of the study ranged from those who had stopped using drugs to those who continued to use various substances classified as illegal. They are Mexicans who are more than 18 years old, come from the lower middle class and are residents of the Mexico City metropolitan area.

The analytic strategy is based on the theory of Barthes (1990,1996) for structural analysis of narratives. The results show the important role the body plays in the construction of meaning of experience, and how it constitutes the focal point for articulating the personal process each subject lives through while using drugs. The results also show a process of subjective appropriation of the body during the time of drug consumption when the subjective experience of the body changes according to the relation the user has with the drug in question. This ranges from the perception of bodily control, to the loss and recuperation of the body after interventions by third parties.

The findings also demonstrate the close relationship between the mechanisms of social control and the process of experience that the user establishes with his/her own body. From there the bodily experience can be seen as a struggle between personal desire and pressure from social norms.

The study contributes elements for a more comprehensive understanding of the addictive process and demystifies certain prejudices surrounding drugs and their users. It presents information useful for developing more sensitive tools to better address the particularities of the relationship that drug users establish with their bodies in each stage of consumption. The findings also assist in the development of alternative intervention programs that take into consideration the fact that human existence necessarily happens within the body.

Índice

Introducción	1
1. El Cuerpo: Ambigüedad de la Experiencia	13
1.1. La imagen corporal como eje articulador de la experiencia.....	17
1.2. El vínculo yo-cuerpo.....	23
2. El Tejido Social del Cuerpo	29
2.1. Socialización corporal.....	36
2.2. Diferencia sexual y género.....	38
2.3. Orden social, orden corporal.....	41
3. Corporalidad y Uso de Drogas	49
3.1. El uso de drogas como un uso del cuerpo.....	50
3.1.1. Aprender la técnica.....	51
3.1.2. Aprender a percibir los efectos.....	52
3.1.3. Aprender a gustar de los efectos.....	53
3.2. Entre el placer y las normas.....	55
3.2.1. El suministro.....	56
3.2.2. El secreto.....	57
3.2.3. La moral.....	58
3.3. El cuerpo como el lugar de la experimentación y el sentido.....	60
4. La Experiencia Subjetiva del Cuerpo como Producción Narrativa	63
4.1. El enfoque biográfico.....	68
4.2. Especificaciones metodológicas del relato de vida.....	72
4.3. Principios generales para el análisis del relato.....	76
4.3.1. El relato como historia.....	77
4.3.2. El relato como discurso.....	79
4.4. La interpretación del texto.....	81

5. Método	87
5.1. Objetivo general.....	87
5.2. Objetivos específicos.....	87
5.3. Diseño y tipo de estudio.....	87
5.4. Participantes y escenarios.....	88
5.5. Estrategia de producción del relato.....	90
5.6. Procedimiento.....	90
5.7. Consideraciones éticas.....	91
5.8. Análisis de los relatos	92
5.9. Estrategia de presentación y comunicación de los hallazgos.....	95
6. Resultados	97
6.1. Rosalba	97
6.1.1. Abandonada, abandonar, abandonarse.....	101
6.1.2. Un cuerpo que conmociona y estremece.....	103
6.1.3. En manos de la institución.....	104
6.1.4. La batalla con el cuerpo: la muerte y el renacimiento.....	105
6.1.5. Entregar el cuerpo a Dios.....	108
6.1.6. La realidad de vivir sin drogas.....	108
6.1.7. La enfermedad en el ser.....	109
6.1.8. Coda.....	111
6.1.9. Epílogo.....	111
6.2. Nicolás	117
6.2.1. Una inyección de pus: la raíz del consumo.....	122
6.2.2. Las drogas, sus métodos y sus efectos. El cuerpo, sus reacciones y sus partes.....	125
6.2.3. Perder el control.....	129
6.2.4. La misma historia: la transformación, el exceso, el monstruo, la ira, la fama, la gula, la ceguera y la prisión.....	131
6.2.5. El cuerpo y el alma: los saldos de la intoxicación.....	135
6.2.6. Ya pesa la basura. Barrer el alma y limpiar el cuerpo.....	139
6.2.7. Alma, corazón y huevos o la doble derrota.....	142
6.2.8. Epílogo.....	147

6.3. Pablo	156
6.3.1. Heridas de un cuerpo infantil.....	161
6.3.2. Escuchar, contemplar, acercarse, oler y tocar.....	161
6.3.3. Asombro, temor y placer.....	162
6.3.4. Ocultarse y ocultar.....	164
6.3.5. Un cuerpo yerto.....	165
6.3.6. La pérdida de sí.....	166
6.3.7. La evidencia del cuerpo.....	167
6.3.8. Controlar el cuerpo y sanar el alma.....	167
6.3.9. Epílogo.....	169
6.4. Isabel	175
6.4.1. Un problema de toda la vida.....	179
6.4.2. Los significados, los placeres, los excesos y las desavenencias con el uso de drogas.....	182
6.4.3. Un camino truncado.....	186
6.4.4. La ayuda de los otros.....	187
6.4.5. Un cambio de perspectiva.....	189
6.4.6. Un proyecto en marcha.....	193
6.4.7. Epílogo.....	195
6.5. Diego	201
6.5.1. Una topografía de los efectos: aprender a ser usuario de drogas.....	204
6.5.2. El espejo y la apariencia. Mantenerse en secreto.....	212
6.5.3. El grupo de usuarios de drogas: un solo cuerpo.....	215
6.5.4. Ambivalencia y descomposición: la disolución del grupo.....	220
6.5.5. El exceso y la desgracia: los límites del cuerpo.....	224
6.5.6. Epílogo.....	231

6.6. Patricia	240
6.6.1. Una tipificación de las drogas y sus efectos.....	244
6.6.1.1. Marihuana: una droga que ensimisma.....	244
6.6.1.2. Cocaína: una droga que acelera los sentidos.....	246
6.6.1.3 Monas: una rara experiencia.....	248
6.6.1.4. Pastillas: el ánimo a elegir.....	250
6.6.1.5. Hongos: juntos pero cada quien en lo suyo.....	250
6.6.2. La administración del tiempo, del espacio y del yo.....	251
6.6.3. Cuidar las apariencias.....	253
6.6.4. La economía del cuerpo y la actitud de la medida.....	259
6.6.5. Epílogo.....	264
7. Hacia un Metarelato de la Experiencia del Cuerpo en la Trayectoria con el Uso de Drogas	271
7.1. La construcción narrativa del personaje como usuario de drogas.....	271
7.2. Experiencia subjetiva del cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas.	276
7.2.1 La justificación de la historia.....	277
7.2.2. Las primeras experiencias.....	278
7.2.3. Apropiación subjetiva de la corporalidad.....	280
7.2.4. La dimensión grupal de la experiencia.....	284
7.2.5. El secreto y la actuación.....	286
7.2.6. Los laberintos de la experiencia.....	288
7.2.7. Las batallas con el cuerpo.....	289
7.2.8. La intervención de un tercero.....	290
7.2.9. El proyecto corporal.....	292
7.3. Epílogo.....	294
Referencias	301

Introducción

Cuerpos en transición eterna... Cuerpos olvidados, cuerpos heridos. Un cybercuerpo, el cuerpo desnudo. El desahuciado cuerpo, el cuerpo desnutrido, el cuerpo amenazado. El cuerpo del amor y el cuerpo del desamor. Sigilosos cuerpos. El cuerpo transformado, el cuerpo en el encierro, el cuerpo agitado. Un cuerpo jorobado, cicatrizado, ágil, torpe o arrugado. La danza del cuerpo. Cuerpos cansados, cuerpos que se desnudan en protesta o que gritan en un estadio. Cuerpos con hambre y sin apetito. Cuerpos en movimiento, cuerpos en vilo, cuerpos aturdidos. Cuerpos de la esperanza, cuerpos...

Es posible llenar páginas con éstas y otras versiones del acontecer del cuerpo, de los cuerpos. Prácticas, expresiones, formas de intervenir el cuerpo que tienen sentido porque aluden a un aspecto por demás importante: el cuerpo es ante todo experimentado. Por el cuerpo, el sujeto siente el mundo y se siente a sí mismo.

Para Laín (1989), de manera simultánea y complementaria, y de manera consciente, confusa o incluso inconsciente, la experiencia psicológica del cuerpo proporciona información sobre la realidad del sujeto, su existencia, su situación, su capacidad de poder, de poseer, sus limitaciones y su fragilidad como el marco dentro del cual aparece la conciencia de lo otro, la referencia del cuerpo propio al espacio, al tiempo y hacia los otros.

Mi experiencia de mi cuerpo —lo que mi cuerpo me dice en tanto que mío— me da conciencia clara u oscura de la realidad de mi existir, de mi identidad en el tiempo, de mi estar en la vida, de la realidad del mundo, en tanto que mundo de cosas y en tanto que mundo de personas, de mi situación en él, de mi poder y mi limitación, de mi constitutiva necesidad de vivir expresándome y ocultándome, de mi también constitutiva capacidad para la pretensión y la apropiación, de los múltiples modos en que lo real puede presentarse (Laín, 1989, p. 136).

En este contexto, pensar el cuerpo y la experiencia que se tiene de él como objeto de estudio, exigió construir un camino a recorrer para delinearlo, para dar cuenta de lo que a mi parecer, es digno de un atento examen. Este trayecto conoció momentos de incertidumbre, de angustia y de opacidad como también de aprendizaje y alegría.

El cuerpo como objeto de análisis psicosocial constituye un campo abierto a la problematización. Su abordaje requiere de la marcación de ciertas coordenadas teóricas como del reconocimiento del contexto social en el que se encuentra inserto.

Turner (1989) señaló que como objeto de estudio, el cuerpo ha estado presente en el pensamiento social en una serie de debates inagotables sobre la naturaleza y la cultura; no obstante, la tendencia ha sido a tratar el tema de manera implícita o bien, ha sido explorado bajo el privilegio de una visión cartesiana que ha desfavorecido el conocimiento de su carácter cultural e histórico.

El punto que Turner acentuó es la falta de una perspectiva característicamente sociológica del cuerpo, encargada de abordar los rasgos sociales de la corporeidad en el mundo social contemporáneo. Si bien reconoció que la sociobiología ha tratado algunos ángulos de la corporalidad desde perspectivas conductistas y positivistas, éstos no le son suficientes porque a su parecer, carecen de una apreciación sociológica del cuerpo.

La teoría social, según el autor, se ha constituido en torno a un conjunto de debates sobre las relaciones entre la naturaleza, la cultura, el control y la regulación sociales; donde el cuerpo, en el mejor de los casos, ha ocupado un lugar secundario. Para Turner, la mayoría de las teorías sociológicas son en esencia cartesianas, en tanto que a ellas subyace una rígida dicotomía mente-cuerpo.

En el marxismo, la presencia del cuerpo es significada por la 'necesidad' y la 'naturaleza'; en el interaccionismo simbólico, el cuerpo se manifiesta como 'el yo representacional'; en el freudismo la encarnación humana es presentada como un campo de energía en forma de deseo (Turner, 1989, p. 26).

En el caso de la disciplina psicológica, es posible apreciar algo similar. El estudio del cuerpo en unos casos tiene una historia más o menos secreta; mientras que en otros, es fácil identificar la influencia de los principios cartesianos en la mayoría de las corrientes de pensamiento que de una o de otra manera lo han interrogado.

En su libro *Razón y experiencia en psicología*, Corres (1992) señaló que "Si revisamos cuidadosamente el transcurso de los planteamientos que se han formulado los psicólogos desde el siglo XIX, encontramos que todos ellos trabajan el fenómeno psicológico teniendo como referencia... la ontología cartesiana" (p. 62). La psicóloga se refirió al hecho de que la perspectiva ontológica y epistemológica de Descartes marcó el inicio de una nueva concepción del sujeto y del universo, dentro de la cual se desarrolló la psicología moderna y sus expresiones posteriores.

De este modo, Corres planteó que a partir de la visión cartesiana, los psicólogos se han conducido en el marco del empirismo, el racionalismo y el paralelismo.

La postura filosófica de Descartes no se reduce al dualismo, va más allá de la doble sustancialidad y su convivencia; sin embargo, éste no es el lugar para profundizar en ello, pero sí lo es para resaltar que esta perspectiva ha tenido una fuerte presencia en posturas teóricas y prácticas de la psicología: la vida emocional, la sexualidad, los procesos de sensación y percepción, de aprendizaje y memoria, de motivación, el lenguaje, la inteligencia y el desarrollo, son algunos ejemplos en los que es imprescindible el entendimiento del cuerpo y en los que hemos podido distinguir una visión dicotómica de la experiencia. La concepción del sujeto cartesiano ha tenido implicaciones en la forma de construir el objeto de estudio de la psicología y sus formas de aproximación.

Aunque el estudio psicológico del hombre ha fluctuado entre distintas corrientes a través de las épocas y sus correspondientes contextos sociales, ello no ha impedido que se influyan unos a otros. Con todo, la constante ha sido la delimitación del cuerpo a las bases biológicas de los procesos humanos o a considerar el aspecto físico del sujeto como una cuestión entrelazada pero independiente de su estatuto emocional, intelectual y social.

En el desarrollo de la psicología, ha habido un menoscabo por el estudio del potencial simbólico del cuerpo en aras de una visión del hombre como la suma de su psique y su organismo con la predominancia de alguna de las dos para explicar el comportamiento. Según el enfoque en que han sido vistos los procesos humanos, éstos han sido reducidos a la biología o ésta ha sido subordinada a los entramados mentales.

Algunas corrientes de la psicología social en particular, no han sido ajenas a esta influencia. Se han caracterizado por una marcada inclinación hacia el conocimiento de los aspectos cognoscitivos de la vida social a la luz de la definición del sujeto como creador de signos y significados descorporizado; mientras que el cuerpo ha sido entendido como un fenómeno de orden natural, no social y ahistórico, y por consiguiente, no como un objeto de estudio legítimo de la investigación psicosocial.

Un reflejo de la magnificencia que se ha otorgado a la racionalidad de la vida humana, es el énfasis puesto en la investigación sobre la estructura y los procesos de la cognición social; el estudio de las actitudes, opiniones, valores y conocimientos; teorías de la atribución; de locus de control; la deseabilidad social; representaciones sociales; sistemas de creencias, el proceso de la toma de decisiones; de influencia, entre una enorme lista de temas explorados por la psicología que han eclipsando la

experiencia corporal al no dar cuenta de lo que hombres y mujeres experimentan, conocen, hacen y sienten con y sobre sus propios cuerpos.

Esta mirada ha dificultado problematizar diversos comportamientos humanos desde el punto de vista de la corporalidad, tras aislar la existencia corpórea de los procesos mentales y reducirla a una realidad anatomofisiológica que descarta el aspecto subjetivo, relacional y simbólico del cuerpo para la comprensión de la trama de la vida humana.

Estas reflexiones vienen al caso porque el tema que nos ocupa está marcado por una fuerte tradición de investigación que guarda distancia de las cuestiones corpóreas o bien, circunscribe la experiencia del cuerpo bajo los efectos de las sustancias psicoactivas, a los ámbitos fisiológicos de la adicción.

De la práctica de usar drogas se han explorado una amplia gama de dimensiones psicológicas, sociales y culturales. La investigación en el tema ha identificado algunos rasgos característicos de los procesos adictivos a las sustancias psicoactivas así como algunos escenarios y condiciones individuales, familiares y sociales en las que es proclive que se geste el consumo. En un amplio campo de estudios prevalecen ciertas corrientes que pasan por alto la corporeidad y explican el fenómeno en términos de los factores psicológicos y sociales que propician, influyen o mantienen el uso y abuso de drogas, delegando a los ámbitos médicos y psiquiátricos lo concerniente a los cuerpos que practican la intoxicación.

Desde estas perspectivas, el cuerpo ha sido concebido como algo distinto del sujeto. Aislado y reducido al sustrato biológico, lo que acontece al cuerpo es confinado a los riesgos que corre un organismo intoxicado a la luz de esquemas de pensamiento que organizan la experiencia en oposiciones binarias y dicotómicas: la razón y las pasiones, el cuerpo y la mente, las mujeres y los hombres, la biología y la cultura, el individuo y la sociedad.

Esta concepción del cuerpo ha alimentado la noción de una entidad interrelacionada con la psique y el entorno, pero independiente. Lo que ha tenido una serie de implicaciones en el abordaje de los procesos adictivos y por consiguiente, en el diseño y planeación de las políticas de salud y los programas de prevención y rehabilitación del consumo de drogas, en las que se puede apreciar el relego de la gama de experiencias corporales desde la percepción de los usuarios de drogas y la dificultad para hacer intervenciones que consideren al humano como un todo.

En este contexto, la corporalidad como configuración subjetiva ha sido menospreciada al otorgar un lugar secundario a la experiencia misma de quienes practican la intoxicación. Si bien el uso de drogas suscita un campo problemático que debe ser abordado desde diversos ángulos, el estudio plantea explorarlo desde el plano de la corporalidad en el marco del escenario social y los estilos de vida contemporáneos; a fin de comprender cómo influyen en la dinámica subjetiva de los usuarios de drogas, la relación que establecen con su propio cuerpo en el marco de los imaginarios sociales del cuerpo humano y la manera en que los cuerpos están expuestos a la promoción de múltiples usos y finalidades que giran en torno a un sistema mercantilista incluso de la misma subjetividad y del propio cuerpo.

El cuerpo se ha convertido en el objetivo de un mercado de consumidores masivo, donde la publicidad juega un papel crucial para el consumo de productos asociados con su presentación, su mantenimiento y sus usos. Aunado a ello, el avance de la tecnología y los procesos sociales de ciudadanía, han contribuido al debate en torno a la relación del cuerpo y el dolor, la sexualidad, el aborto, la violencia, el envejecimiento, la eutanasia, el trasplante de órganos, la modificación de la apariencia, entre otros temas.

En la materia que nos ocupa, es posible observar una serie de transformaciones que expresan un imaginario social donde el consumo de drogas ya no está limitado a ambientes delictivos o a modas juveniles sino que tiende a expandirse y a mimetizarse con fenómenos más amplios de técnicas de modelización del comportamiento y del estado de ánimo (Ingrosso, 2001). Junto con ello, el avance técnico en el diseño y producción de nuevas drogas o la creatividad de transformar en drogas las que no lo eran; la manera en que las prácticas de intoxicación involucran a otros sectores de la población y la mercantilización de fantasías, placeres y emociones en un contexto social regido por lo efímero, por valores hedonistas y por el culto a la liberación personal.

Lipovetsky (2007) denominó incluso <<consumo emocional>> al hecho de que la mercadotecnia pondera las gestiones que hacen sentir a los consumidores experiencias afectivas, imaginarias y sensoriales. Según el autor, para el neoconsumidor no es tan importante la ostentación como la percepción de un mayor control sobre su cuerpo mediante el uso de tecnologías médicas.

Numerosos comportamientos ponen de manifiesto que en la actualidad el cuerpo se considera un material que puede corregirse o transformarse a voluntad, como un objeto totalmente a disposición del sujeto. La cirugía

estética, las fecundaciones in vitro, pero también el consumo de psicotropos para <<gestionar>> los problemas existenciales ilustran esta relación individualista con el cuerpo. Los sujetos quieren ahora elegir su estado de ánimo, controlar sus vivencias cotidianas, ser dueños de las eventualidades emocionales recurriendo a fármacos psicotrópicos, cuyo consumo, como se sabe, no deja de crecer. A medida que se afirma el principio de soberanía personal sobre el cuerpo, el individuo confía su suerte a la acción de sustancias químicas que modifican sus estados psicológicos <<desde el exterior>>, sin análisis ni trabajo subjetivo, ya que sólo cuentan la eliminación inmediata de los desarreglos (fatiga, insomnio, ansiedad), la mayor eficacia posible, el deseo de producir estados afectivos <<por encargo>>. La exigencia de soberanía individual se expresa aquí por un consumo pasivo de moléculas químicas (Lipovetsky, 2007, p. 51).

En nuestra sociedad, el cuerpo se ha tornado en un tema fundamental en las políticas públicas, el proceso social y el debate académico. Los cambios más recientes en torno a la interrupción legal del embarazo, la ley de áreas libres de humo de tabaco y las sociedades de convivencia, son algunos ejemplos que ilustran este proceso. Aún más, parafraseando a Muñiz (2004), el cuerpo se ha convertido en el centro de una de las “paradojas más sensibles del mundo contemporáneo”, ya que la defensa de los derechos humanos cada vez más patente contrasta con la violación cotidiana de dichos derechos a partir del sometimiento del cuerpo a una diversidad de formas de violencia.

En este contexto, el estudio se inscribe en el amplio conjunto de investigaciones que se han preguntado por la dinámica del consumo de sustancias en la sociedad contemporánea, mas se diferencia al reconocer de manera explícita que entre los principales motivos que impulsan al sujeto a establecer una relación con cualquier sustancia “intoxicante” es precisamente, el efecto que ejerce sobre sí (Walton, 2005). Esta precisión tiene cabida porque usar drogas implica necesariamente un registro corporal que la mayoría de las veces ha sido tratado apenas como un dato fisiológico y no como un proceso subjetivo-corporal.

El trabajo es resultado, así, de un proceso de diversos ejercicios de pensamiento, de lecturas y de diálogos. El tema que aborda no exigió menos. Estudiar la experiencia del consumo de drogas desde los procesos de significación de la corporalidad implicó entrar a un campo que puede ser visto desde enfoques distintos¹ y que es complejo. El

¹ Como objeto de estudio de las ciencias sociales y humanas se puede explorar una amplia gama de dimensiones de la corporalidad. Sin ser exhaustivo podemos señalar una interesante lista de obras que abordan el tema del cuerpo desde la filosofía (M. Merleau-Ponty, 1945; J. P. Sartre, 1966, 1982, 1983; G. Marcel, 2003; M. Foucault, 1984, 1990, 1992, 1999, 2001); la antropología (M. Mauss, 1971; M. Douglas, 1970, 1973; A. López Austin 1980; E. Muñiz, 2002); la psicología (A. Aisenson, 1981; P. Schilder, 1983; M. Baz, 1999a y 1999b; R. Parrini, 2007); el

análisis de la corporalidad inmersa en la experiencia con el uso de drogas supuso también el reconocimiento y la aceptación de trabajar con una serie de paradojas que caracterizan al cuerpo humano, y que estarían presentes durante todo el proceso de investigación. El sociólogo Turner (1989) las describió como sigue:

Ser y Tener. Los seres humanos tienen y son cuerpos. El cuerpo es ante todo una presencia sentida, donde la vivencia del “tener” no equivale al de una posesión, sino a una especie de gobierno o soberanía espontánea y total que es ejercida sobre el propio cuerpo. El autor sostuvo que en el proceso del desarrollo social, las fronteras de la naturaleza han sido transformadas por el impulso del cambio social y tecnológico y como consecuencia de ello, el cuerpo ha ocupado el blanco de la industria, el capitalismo y la ciencia, esto es, de la racionalización. Estos procesos han establecido así una relación del sujeto con su propio cuerpo como un objeto del que se ocupa.

Biología y Cultura. El cuerpo es un entorno socialmente construido. Si bien se erige sobre una base biológica, su permanencia en el mundo está sujeta no sólo a procesos vitales sino históricos. Lejos de entenderlo como una entidad fija y dada, el cuerpo constituye un proceso donde se conjugan la biología y las prácticas culturales y sociales que operan sobre él.

El cuerpo no es un asunto de elección, pero sí se le transforma a lo largo de la vida, su base biológica es modelada por la sociedad. El cuerpo no es un entorno espontáneo y natural sino el objeto por excelencia de la racionalización moderna, esto es, del poder y del saber de las ciencias del cuerpo y de la industrialización de su entorno. Por medio de la medicina y la dieta, el cuerpo ha ocupado el centro de estos procesos políticos, por los cuales los cuerpos son regulados y administrados en aras del orden social. El cuerpo es el sitio donde se intersectan distintas dimensiones sociales y culturales así como también, la particular huella de la vivencia específica de cada persona.

Singularidad y Multiplicidad. La corporalidad humana es única y particular. No obstante que se tiene un cuerpo, se produce un cuerpo también. No es tan sólo una

psicoanálisis (S. Freud, 1900, 1905, 1923; J. Lacan, 1971; D. Anzieu, 1987; F. Dolto, 1986; P. Aulagnier, 1991); la sociología (N. Elias, 1987; B. Turner, 1989; E. Goffman, 1981, 2006; D. Le Breton, 1999, 2002a, 2002b, 2007; P. Bourdieu, 2000, 2001); enfoques históricos (M. Féher, R. Naddaff y N. Tazi, 1991; G. Vigarello, 1991; M. Berman, 1992; T. Laqueur, 1994; R. Sennett, 1997; A. Corbin, 2005) y de la producción feminista (J. Butler, 2002; M. Lamas, 2002; M. Lamas y F. Saal, 2003;) y literaria contemporánea (S. Sontag, 2003).

cuestión del cuerpo singular, sino la multiplicidad del cuerpo y la manera en que es objeto de regulación y reproducción social.

Son múltiples las maneras de producir cuerpos para uno y para los demás. El ser humano requiere y lleva a cabo constantes y continuas prácticas de trabajo corporal. A través del gobierno del cuerpo, éste se mantiene y presenta de forma constante en un marco social en donde el prestigio de la persona y su estatus giran todos alrededor de la presencia corporificada en el espacio social significativo.

Metáfora y Sustrato Material. El cuerpo es un organismo material pero también una metáfora. El cuerpo es cada una de sus partes, pero es así mismo la persona. La corporalidad constituye la experiencia más inmediata y omnipresente de la realidad al tiempo que puede ser subjetivamente elusiva. El cuerpo es la experiencia más concreta e ilusoria también. Metafórica, presente y distante a la vez, se expresa como un sitio, un instrumento, un entorno en el entrecruzamiento de una singularidad y una multiplicidad. El cuerpo es el objeto simbólico-cultural por excelencia.

El cuerpo puede ser también un agregado de cuerpos. Tales cuerpos compuestos pueden ser vistos como ficciones o hechos sociales que existen con independencia de los cuerpos "reales" que los constituyen. De acuerdo con el autor, existen cuerpos inmateriales poseídos por fantasmas, espíritus, demonios y ángeles. En algunas culturas estos cuerpos inmateriales tienen papeles sociales decisivos y posiciones importantes en los sistemas de estratificación social.

Carne y Mente. Turner argumentó que las actitudes frente al cuerpo son un reflejo del conjunto de la tradición cristiana en Occidente. Desde esta visión, el cuerpo como carne, es el sitio del apetito corruptor, del deseo pecaminoso y la irracionalidad privada. Es la negación del verdadero yo, y un asiento de finalidad e intención morales. Con base en estas ideas, el autor señaló que la salud del cuerpo es también el bienestar moral de la persona, puesto que la salvación implica tanto salvar el cuerpo como salvar el alma. Aunque una buena parte de este imaginario se ha ido desvaneciendo en la sociedad capitalista, lo que radica en las confesiones son las contradicciones de la mente, más que la naturaleza apetitiva y vegetativa de la carne.

Dentro de este marco, las inquietudes que gravitan la presente investigación giran en torno al estudio de los diversos modos de ser y tener cuerpo que adquieren un carácter particular en la experiencia con el consumo de drogas.

La decisión de usar drogas puede ser considerada como una práctica corporal que se aleja de las normas convencionales para los usos socialmente aceptados del cuerpo. La práctica de la intoxicación existe como una opción más allá del control y los discursos morales, médicos y jurídicos; y como una experiencia que no puede ser interpretada al margen del grupo que le da sentido. Es en la trayectoria del consumo de drogas que se entrecruzan en el cuerpo, como espacio de poder, las relaciones entre lo privado y lo público, la subversión y el afán de normar, la relación del sujeto consigo y con los otros.

El escrito representa así, un horizonte de posibilidad para investigar la corporalidad y los procesos de significación mediante los cuales el vínculo que une al sujeto con su cuerpo configura la experiencia. Lo que este trabajo esboza es una forma de construir y problematizar el objeto de estudio en cuestión, así como la estrategia metodológica para abordarlo.

El campo de estudio es entonces el tema de la corporalidad como el lugar donde se intersectan la norma social y el deseo individual; pero también, el problema de la construcción de una historia con la que el sujeto da cuenta del devenir de su experiencia; donde el relato de vida representa una dimensión del espacio subjetivo en el que se conjugan los procesos de significación de sí mismo y de su relación con el mundo.

La riqueza y la utilidad de los relatos de vida ha sido reportada por algunos estudios recientes que han abordado la experiencia subjetiva implicada en procesos corporales tales como prácticas culturales de modificación corporal (Albin, 2002); narrativas sobre la experiencia de la menstruación (Koutroulis, 2001); la experiencia corporal del sufrimiento y la enfermedad (Skultans, 2000); la experiencia de heridas en la columna vertebral de deportistas (Smith & Sparkes, 2002); los significados de la salud y la discapacidad en mujeres con capacidades diferentes (Tighe, 2001); la experiencia corporal post parto (Upton & Han, 2003) y experiencias de adicción al alcohol (Zakrzewski & Mark, 2004); mostrando que el relato constituye una vía privilegiada para acceder al terreno de la subjetividad.

De este modo, el estudio analiza los relatos de usuarios de drogas para conocer la manera en que construyen y significan lo que el cuerpo siente, desea, actúa, expresa, y simboliza, como una realidad corporal y emocional total cargada de significados. Reflexiona así mismo, en torno a lo que se cuenta y la manera en que se organiza un discurso a partir de una experiencia como es el uso de drogas, que conlleva una

marcada impronta corporal y que se encuentra asociada a un proceso de estigmatización social en articulación con un sistema de reglas, de restricciones sociales y significados culturales que son operados sobre el cuerpo individual y el cuerpo colectivo.

El objetivo consistió en tomar el cuerpo humano como experiencia a la luz de lo que las personas que han usado drogas, narraron sobre su trayectoria como usuarios, donde el objeto de análisis fue el relato elaborado para dotar de sentido a la realidad, constituyente del marco subjetivo en el que se inserta la experiencia.

Con base en un entramado teórico sustentado en la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1998) y la noción de cuerpo y corporalidad engarzados al sistema simbólico (Bernard, 1994; Bourdieu, 2000, 2001; Douglas, 1970, 1973; Entwistle, 2002; Goffman, 1981; Turner, 1989) se recurrió al concepto de experiencia desarrollado por Foucault entendido como “la correlación, dentro de una cultura, entre campos del saber, tipos de normatividad y formas de subjetividad” (1984, p. 8). De esta manera, el trabajo consistió en un ejercicio interpretativo de los relatos de la trayectoria con el uso de drogas tras considerar que éstos representan formas de subjetivación al estar inscritos en relaciones históricas.

Con esta perspectiva, se construyó un engranaje entre el problema de investigación, la estrategia teórico metodológica implementada y las herramientas de análisis, sobre el cual se planteó el diseño de la investigación como un estudio de caso en un plano exploratorio.

El proceso de investigación llevado a cabo bajo esta perspectiva fue organizado para su presentación en este escrito de la siguiente manera:

Un recorrido por varios conceptos que aluden a la corporalidad como proceso de singularización subjetiva integra la esencia del primer capítulo. Se describen una serie de nociones tales como cenestesia, esquema corporal, imagen corporal, entre otros, con el objetivo de mostrar el aspecto íntimo de la corporalidad como entidad inmediata y ante todo vivida, donde se debaten los dilemas sobre la existencia, la identidad, el tiempo, el deseo, el dolor, la enfermedad, el placer y la muerte; y el modo en que la experiencia del cuerpo constituye una masa sensible de intensidades y al mismo tiempo, un universo de sentimiento, reflexión y trabajo del sujeto sobre sí mismo.

El segundo capítulo se ha dedicado a ilustrar cómo el tejido del cuerpo es de orden simbólico y el modo en que la cultura responde a lo que acontece en la vida corporal.

Así mismo, los modos en que la sociedad aprende a “usar” sus cuerpos y la forma en que la experiencia corporal es modificada por las categorías sociales en un continuo intercambio de significados entre la experiencia de ser cuerpo y el cuerpo social. Así mismo, aborda la forma en que los cuerpos están constituidos socialmente y el modo en que las prácticas corporales son llevadas a cabo mediante restricciones históricas y sociales, con el objetivo de comprender la compleja relación dinámica entre el cuerpo y la cultura.

La exposición del tercer capítulo versa sobre la importancia de estudiar la experiencia del uso de drogas ilícitas desde el punto de vista de la corporalidad, al configurar un particular modo de relacionarse el sujeto con su propio cuerpo en términos de llevar a cabo una práctica subversiva de los usos del cuerpo socialmente establecidos. En el mismo capítulo se retoma el estudio de Becker (1971) para analizar la trayectoria del consumo de drogas como un proceso de aprendizaje que con el tiempo, la práctica y la interacción con otros usuarios, entre otros factores, posibilita el desarrollo de la motivación y el gusto por las sustancias psicoactivas.

En el capítulo cuarto se describe el objeto de estudio y el enfoque metodológico para abordarlo, tras considerar que a la elaboración narrativa de la experiencia, subyace la relación con el cuerpo como sostén subjetivo y eje de articulación de la práctica discursiva, cuyos procesos de significación son considerados productos históricamente determinados.

En el capítulo quinto se describe el método utilizado para aproximarse al objeto de estudio y en el capítulo sexto se presenta a los personajes y sus historias como resultados de la investigación. El trabajo culmina con el séptimo capítulo, donde se expone un metarelato de la experiencia con el uso de drogas, el cual entreteje los procesos comunes identificados a partir de una lectura transversal de los casos estudiados. Incluye también un epílogo que plantea una serie de reflexiones finales y una serie de propuestas derivadas del estudio.

El trabajo constituye así un punto de partida para analizar la experiencia con el uso de drogas desde el ángulo de la corporalidad. Representa un comienzo encaminado a aportar una estrategia teórico-metodológica para problematizar el tema del cuerpo subjetivo y el consumo de sustancias, tras ilustrar el tipo de información que ofrece esta perspectiva para la comprensión psicosocial de algunos aspectos de la experiencia subjetiva del cuerpo inmersa en la trayectoria con el uso de drogas.

1. El Cuerpo: Ambigüedad de la Experiencia

La vida del cuerpo es la vida del sujeto y la historia de éste es la del cuerpo también. El cuerpo expresa el modo en que hemos transitado por la vida. Recuerda la finitud y la fragilidad humana, incluso muchas veces, tiende a ser el depositario de conflictos de orden existencial. Las interrogantes humanas ante la muerte, la sexualidad, la subjetividad, la capacidad de sentir, la disposición del movimiento y la acción; la expresión de emociones, la afectividad; confluyen invariablemente en el cuerpo como el sitio, el espacio, la figura y la forma en la que emergemos como sujeto y nos reconocemos como tal.

Un hecho ineludible de la condición humana es que gran parte de su actividad la dedica a su existencia corpórea. Los aspectos más rutinarios de la vida implican al cuerpo como un centro ordenador de la experiencia. La corporalidad no ocupa un lugar adherido al quehacer de los individuos y las sociedades, sino es inherente a la experiencia del sujeto. En esta perspectiva, la persona no está dada sólo por la conciencia, se encuentra en la vida misma del cuerpo (Marcel, 2003).

El cuerpo adviene como presencia sentida en un proceso de incesante cambio. En la cotidianeidad, sin embargo, la inmediatez de la experiencia del cuerpo es a veces inadvertida hasta que algún acontecimiento particular hace conciente al sujeto de su ser corporal. Mirarse al espejo, aprender a vivir con una afección, localizar el lugar donde duele, se siente comezón o se disfruta; sentir una emoción, calcular si es posible entrar en cierto espacio, ejercitar un nuevo movimiento o recibir una apreciación respecto a cómo se es visto por los otros, son algunas de las situaciones que colocan al cuerpo —tanto el propio como el ajeno— en el blanco de atención del pensamiento, los sentimientos y las acciones (Bernard, 1994).

De acuerdo con Bernard, la experiencia corporal depende de la manera en que cada uno aprehende, siente y gobierna su propio cuerpo. Para cada uno suele ocupar un lugar irreflexivo, no obstante, se vive y se construye una relación estrecha y dinámica con el propio cuerpo a lo largo de la vida. Casi de manera inconsciente, las actividades cotidianas transcurren de acuerdo con la relación que se tiene con el propio cuerpo en el marco de lo que significa éste en la sociedad a la que se pertenece. Los procesos de socialización se han encargado de modelar las prácticas y hábitos a través de los cuales se atienden las necesidades fisiológicas respondiendo a las exigencias sociales. El mundo está orientado por la forma en que la sociedad organiza el cuerpo.

Schilder señaló que “el cuerpo habrá de proyectarse hacia el mundo, y el mundo habrá de introyectarse en el cuerpo” (1983, p. 110). El hambre, la sed, el sexo, la enfermedad, son procesos a los que se les atribuye un valor y una significación propia y social.

Para Ortega (en Laín, 1989), el cuerpo es el único objeto del universo del cual se tiene un doble conocimiento: el cuerpo que todos pueden percibir y del que se tienen discursos sobre su sentir, sus características, su apariencia y actividades; y el cuerpo propio, al cual sólo la persona tiene acceso, aunque a su vez puede ser percibido en parte por los demás.

Lo conocemos, en efecto, por fuera, como al árbol, al cisne y a la estrella; pero, además, cada cual percibe su cuerpo desde dentro, tiene de él un aspecto o vista interior... Las palabras que significan acciones corporales tienen siempre doble significación, según las refiramos a nosotros o al prójimo. “Andar” significa dos hechos muy distintos en “yo ando” y en “él anda”. El andar de “él” es un fenómeno que percibo con los ojos verificándose en el espacio exterior: consiste en una serie de posiciones sucesivas de unas piernas sobre la tierra. En el “yo ando”, tal vez acude la imagen visual de nuestros propios cuerpos moviéndose; pero sobre ella, como más directamente aludido en aquella expresión, encontramos un fenómeno invisible y extraño al espacio exterior: el esfuerzo para movernos, las sensaciones musculares de tensión y resistencia. La diferencia no puede ser mayor. Diríase que en “yo ando” nos referimos al andar visto por dentro, y en el “él anda”, al andar visto por fuera, en su resultado exterior (Ortega en Laín, 1989).

El tema que plantea Ortega es el del intracuerpo, el cual condiciona y modula la vida psíquica, como pensamiento o volición, y que resulta en un sentimiento peculiar que produce el cambiante estado de los órganos y los humores.

Alrededor de este sentir del y sobre el cuerpo ¿Es posible conocer la experiencia que tienen las personas de su propio cuerpo? Incluso ¿Cuáles son los procesos mediante los cuales el sujeto mismo tiene acceso a su experiencia corporal? ¿Qué lugar ocupa la experiencia del cuerpo en la trama de la vida?

Estas interrogantes constituyen campos problemáticos para las disciplinas filosóficas y científicas que lo han estudiado. En occidente, la concepción dualista con la que por siglos ha sido visto el cuerpo humano ha dificultado integrar el hecho de la realidad biológica del cuerpo a su realidad psíquica y social en una experiencia unitaria de la corporalidad. Veamos un ejemplo.

Durante el siglo XIX, en Europa una clase de medicina y las instituciones en las que se practicaba, hubo una inclinación que fue oficial y creciente en conocer las causas de la

muerte; particularmente, importaba el estado de los órganos, cuyos saberes derivados de la fisiología reproductora de las mujeres procedían de ovarios, úteros y trompas extraídas de personas muertas o de extirpaciones quirúrgicas. De acuerdo con Laqueur (1994), algunos hospitales contaban con un número casi ilimitado de cuerpos y órganos disponibles para la profesión médica con fines de investigación, quienes “hicieron que las informaciones de carácter subjetivo, como las relativas al placer, tuvieran escaso interés científico” (p.321).

Sólo hasta finales del siglo XIX, la preocupación científica por el cuerpo abrió paso a su estudio ya no como una entidad meramente orgánica, sino intentando no fragmentar la realidad corpórea en cuerpo y mente o supeditar alguno de sus constituyentes. Esto significó el reto de no limitarse a las explicaciones sustentadas en los factores mentales del individuo así como trascender los postulados que determinaban el comportamiento humano sobre las bases fisiológicas del organismo para estudiar los “fenómenos corporales” (Aisenson, 1981).

Con este enfoque se inauguró el desarrollo del estudio del cuerpo en su situación psicológica y social. A partir de observaciones de casos patológicos, el interés por conocer el plano de la corporeidad experimentada cada vez fue adquiriendo mayor relevancia en términos de la impresión que se tiene del propio cuerpo o la manera en que se es consciente de él. Estos estudios partieron de reconocer que si bien numerosos procesos neurológicos y fisiológicos no son sentidos por el sujeto, muchos de ellos, particularmente la estructura total del organismo físico, está presente como fondo sobre el cual se destaca una u otra región determinada en grados variables de conciencia, donde la impresión de la propia corporeidad como aspecto integral y permanente, puede ser percibido desde un sentir vago y difuso, hasta un conocimiento distorsionado o incluso más o menos claro de él.

Siguiendo el estudio realizado por Aisenson (1981), las primeras referencias que aludieron a la vivencia del cuerpo surgieron en la neuropatología, la clínica neurológica y la psiquiatría a partir de discrepancias entre las observaciones médicas hechas sobre el cuerpo de un sujeto y las sensaciones que éstos experimentaban: impresiones de un cuerpo fragmentado o invadido, un cuerpo deshabitado, la percepción de sectores del cuerpo autónomos, de desconocimiento o ilusiones sobre el propio cuerpo; extendiéndose más tarde hacia el campo de la vivencia “normal” de la corporalidad.

En esta etapa de exploración científica de la corporalidad o la experiencia del cuerpo, resaltó el estudio de las impresiones corporales en los casos psicopatológicos con especial interés en aquellos aspectos del cuerpo de los cuales no se es conciente. En 1844, Peisse (en Aisenson, 1981), llamó “cenestesia” a la sensación en la que el cuerpo aparece constantemente como propio al yo, generando en el sujeto un sentimiento de existencia generalizada en la extensión limitada de su cuerpo. Este concepto hacía referencia a las sensaciones internas del organismo en los planos visceral y muscular, las impresiones de volumen y posición en el espacio, de límites de la superficie del cuerpo y las posibilidades individuales de movimiento y acción. Alrededor de estas observaciones, Höffding (en López y López, 1974), precisó que la cenestesia configuraba el conjunto de sensaciones que consistían en recibir e interpretar la lluvia de estímulos que bombardean el cuerpo desde la periferia del mismo.

Esta perspectiva sin embargo, planteaba el problema de la naturaleza misma de los estímulos, que Head y Holmes (en Aisenson, 1981), adscribieron a la naturaleza propioceptiva, al argumentar que se trataba de un “esquema postural” constituido por la comparación de los estímulos propioceptivos del momento actual con los de los momentos pasados que habían sido grabados y recogidos en el cerebro.

Aisenson señaló que en 1905 fue el médico Bonnier, quien buscó explicar el dispositivo que garantiza la fijación de las posturas de un sujeto normal dentro de un marco temporoespacial. Entre sus descubrimientos destacó el papel predominante del sentido auricular porque en virtud de él, es posible conocer la situación generalizada de las palancas óseas en sus relaciones mutuas, así como la tactilidad del vestíbulo del oído que permite aprehender en cierta medida, la verticalidad, la marcha en línea recta y la rotación. Con base en el análisis de casos patológicos, Bonnier encontró que las perturbaciones que aquejaban a sus pacientes se debían al trastorno de un esquema o configuración topográfica del cuerpo que cada cual posee y al que llamó “aesquematia”; conformando la idea de “esquema” como modelo perceptivo del cuerpo y como configuración espacial que permite al individuo diseñar los contornos de su cuerpo, la distribución de sus miembros y de sus órganos, así como localizar los estímulos y las reacciones con que el cuerpo responde.

A partir de la hipótesis de un esquema del cuerpo, esto es, de una estructura organizada que lo representa, se derivaron diversas conceptualizaciones como “esquema postural” e “imagen espacial” con base en la observación también de casos

patológicos. En 1922, Pick (en Aisenson, 1981), sugirió que la localización de los órganos, la orientación en el espacio y el conocimiento topográfico del cuerpo debían estar asegurados en una especie de mapa mental derivado de la asociación de las sensaciones cutáneas con las sensaciones visuales correspondientes, donde otorgó un lugar muy importante al sentido visual. Con la noción de “esquema corporal” interpretó el cuerpo no sólo como sensación sino como un tipo singular de experiencia para analizar lo que sucedía en los fenómenos del “miembro fantasma” y la anosognosia, donde parecía no haber una correspondencia entre lo que podía observar una persona —que generalmente era el médico— y lo que experimentaba “el enfermo”. Con este concepto Pick indicó que la vivencia del cuerpo no se trata de una mera representación mental o un conocimiento de orden conceptual, sino de una especie de marco referencial amplio que ordena las diversas experiencias.

Las observaciones de Head (en Aisenson, 1981), revelaron en cambio, que la imagen visual o motriz no representa el patrón fundamental para dar cuenta de los elementos posturales, sino que cada cambio reconocible penetra en la conciencia ya cargado de una relación con algo que pasó antes, de manera que el producto final de todos los intentos que tienden a apreciar la postura o el movimiento pasivo, llegan a la conciencia como un cambio postural ya traducido y esquematizado. Para designar ese patrón por el cual se miden todos los cambios de postura antes de penetrar en la conciencia, propuso también el concepto de “esquema” pero refiriéndose a la constante y permanente construcción de un modelo postural del sí mismo. De este modo, planteó dos grandes categorías, a saber, el “esquema postural” que proporciona la sensación de la posición del cuerpo, la apreciación de la dirección del movimiento y la conservación del tono postural; y el “esquema de la superficie del cuerpo”, que permite localizar en la piel los puntos en que ésta es tocada.

En las observaciones psiquiátricas y neurológicas sobre la experiencia del cuerpo, emergió desde hace más de un siglo la noción de un carácter existencial donde comenzó a ser reconocido el “sentido íntimo del cuerpo” no en su dimensión exclusivamente biológica, sino como experiencia subjetiva.

1.1. La imagen corporal como eje articulador de la experiencia

Schilder (1983), retomó algunas ideas de Head para su desarrollo teórico sobre el esquema corporal, advirtiendo no sólo la importancia del conocimiento de la posición del cuerpo, sino una imagen óptica del mismo que guarda relación con la percepción.

Para Schilder, se trataba de una imagen tridimensional que se tiene de sí mismo, que entendió como algo más que una percepción de esta unidad y a la que llamó "imagen corporal". En 1935, con la publicación de *The Image and Appearance of the Human Body*, Schilder se convirtió en el pionero en proponer una aproximación multidimensional al estudio de la experiencia del cuerpo humano, mediante la conjugación de algunas aportaciones provenientes de la fisiología, la psicología, el psicoanálisis y la sociología, principalmente.

En su obra explicó que el ser humano tiene una experiencia inmediata de su cuerpo que engloba un conjunto de sensaciones de la unidad corporal que lo constituye. De este conocimiento es posible tener algunas sensaciones del interior como las impresiones térmicas, de dolor, de hambre, la postura que se adopta, el movimiento de las vísceras, de los músculos, de los huesos, así como también la capacidad para localizarlas y relacionarlas con la unidad total del cuerpo. Mas el conocimiento que se tiene de él no se restringe a este tipo de vivencia, éste se eleva a un conocimiento exterior que incluye su apariencia, su tamaño y sus formas, configurando algo más que una simple percepción. Esta imagen "se halla en perpetua autoconstrucción y autodestrucción internas. Es una cosa viva, en su incesante diferenciación e integración" (Schilder, 1983, p. 19).

El autor planteó que el estudio de la imagen corporal debe considerar el problema psicológico de la relación que guardan las impresiones de los sentidos con los movimientos y la motilidad en general; ya que el proceso de la percepción no responde sólo a un mecanismo específico, sino que siempre existe una personalidad que experimenta tal percepción. Quizá sea ésta una de sus más grandes aportaciones, al advertir la importancia del ser emocional enlazado a un sistema de acciones e intenciones.

Con base en su práctica clínica y apoyándose en la teoría de la *Gestalt*, deliberó que esta unidad de percepción y acción, lo mismo que la unidad de impresión y expresión, constituye una totalidad original y dinámica, una *Gestalt*, es decir, una "forma" o "estructura". Concibió al modelo postural del cuerpo ya no sólo en su aspecto perceptivo sino como estructura indisolublemente perceptiva y activa que la experiencia enriquece sin cesar. Resaltó también que el conocimiento y la percepción se adquieren en virtud de un proceso activo en el que la motilidad se manifiesta en persistencia del tono muscular.

El tono de persistencia postural influye en la imagen del cuerpo al atraerla en su dirección. Pero también la imagen del cuerpo siempre está ligada de manera directa o indirecta a una experiencia emocional impuesta por la relación con otras personas. A lo largo de su obra, Schilder insistió en que la experiencia del propio cuerpo se relaciona íntimamente con los otros cuerpos.

Así como nuestras emociones y acciones son inseparables de la imagen corporal, del mismo modo, las emociones y acciones de los demás son inseparables de sus cuerpos. Por lo tanto, si queremos adquirir una visión más profunda de la psicología social, deberemos estudiar la imagen postural del cuerpo (Schilder, 1983, p. 19).

Al destacar el aspecto relacional de la corporalidad, Schilder aportó una dimensión psicológica a su estudio que nutrió con elementos retomados de la teoría psicoanalítica, al concebir el cuerpo como un conjunto de zonas erógenas concentradas sobre todo en los orificios corporales y en función de la historia de la persona; por lo que enfatizó que la estructura de la imagen del cuerpo varía según las tendencias psicosexuales de cada individuo.

Uno de sus intereses consistió en desentrañar la forma en que se hallan representadas las zonas erógenas en la imagen corporal. Sus observaciones lo llevaron a sostener que los ojos, la boca, los pezones, los genitales, la uretra y el ano, tienen una especial implicación en la imagen corporal de cada uno. Para Schilder “es evidente la enorme importancia psicológica de todos los orificios del cuerpo, puesto que es mediante esos orificios como nos ponemos en estrecho contacto con el mundo exterior” (1983, p. 111). De acuerdo con este planteamiento, hay en el modelo postural del cuerpo, ciertos puntos caracterizados que tienen gran importancia erótica, por lo que es de esperar intensas emociones con respecto al propio cuerpo; siendo la topografía del modelo postural, la base de actitudes emocionales en las que las zonas eróticas desempeñan un papel fundamental.

De manera permanente, la vida del sujeto transcurre en el descubrimiento de su propio cuerpo gracias al contacto con el mundo externo y con los otros cuerpos. Al tiempo que el cuerpo permite tocarse a sí mismo, toca a otros; base con la que se retroalimenta la imagen corporal cuyo desarrollo se lleva a cabo mediante las variadas experiencias que le suministran los contactos con el mundo.

En este sentido, describió la forma en que por su nivel de expresividad, el rostro es de suma importancia en la configuración de la imagen corporal. Al hallarse a la vista de todos, el rostro tiene una alta significación psicológica. Las manos por su parte, juegan

un papel trascendental en el modo en que el ser humano descubre su cuerpo. Las manos mismas forman parte del mundo exterior para los puntos del cuerpo que tocan. Las partes del cuerpo que se hallan al alcance inmediato de las manos, difieren en su estructura psicológica de aquellas partes que sólo pueden ser tocadas con dificultad o que no lo hacen. Schilder subrayó que la posibilidad de mover y desplazar las distintas partes del cuerpo en su relación recíproca, se convierte en un problema psicológico de la mayor importancia.

Señaló también que una parte del cuerpo puede simbolizar otra y en el caso particular de las cavidades del cuerpo pueden intercambiarse la vagina, el recto, la boca, los oídos y hasta las narinas; al pertenecer al grupo de los orificios corporales. Si bien el cuerpo consiste en orificios, cavidades y protuberancias, el intercambio simbólico de sus partes puede determinar sensaciones en el cuerpo o actitudes referidas a estos órganos particulares. La actitud hacia las distintas partes del cuerpo se halla determinada por el interés que expresan los demás en el propio cuerpo. La elaboración de la imagen corporal depende de las experiencias adquiridas mediante las acciones y actitudes de los otros frente a uno mismo y hacia sus propios cuerpos. En este contexto, las experiencias infantiles tempranas son de particular importancia, aunque en ningún momento el sujeto deja de reunir experiencias y de explorar su propio cuerpo.

Por lo que toca al papel que desempeñan los ojos en la construcción de la imagen corporal, la mirada establece también una diferencia entre las partes del cuerpo que se encuentran a la vista y las que se hallan fuera del campo visual. Es menester entonces atender el problema de cómo se experimenta de manera óptica la superficie del cuerpo, pues la piel tiene un enorme valor libidinal. Ante la mirada en el espejo, siempre queda una inseguridad emocional en la percepción de la propia imagen y la de los otros. Junto con ello, los contactos con los demás son de enorme importancia para el conocimiento y desarrollo del modelo postural.

Siguiendo al autor, el estudio de la estructura libidinal de la imagen corporal no puede realizarse de forma aislada, ya que forma parte integral de la historia del individuo. Schilder concibió a la imagen corporal como una estructura libidinal dinámica y cambiante a causa de las relaciones con el medio físico, vital y social; esto es, como un proceso continuo de diferenciación en el cual se integran todas las experiencias perceptivas, motrices, afectivas y sexuales, incorporadas en el transcurso de la vida y en las diferentes y sucesivas etapas del desarrollo libidinal.

La construcción de la imagen del cuerpo no es entonces una estructura sino una estructuración en la cual tienen lugar permanentes cambios cuyas modificaciones guardan relación con el interés que cada uno muestra por su cuerpo y con el interés que muestran los demás por las distintas partes del cuerpo del otro. Por lo que tiene también una enorme influencia lo que hacen con su cuerpo las personas que rodean al individuo en un intercambio recíproco de intenciones, miradas, movimientos, palabras y actitudes. Por consiguiente, la construcción de la imagen corporal está dada sobre la base de los contactos sociales.

En la infancia, es mediante el proceso de socialización que el infante incorpora a su imagen corporal ciertas partes de los cuerpos de los demás. Adopta así mismo la actitud asumida por los otros frente a las distintas partes del cuerpo, encontrando que los modelos posturales se hallan íntimamente vinculados entre sí en un proceso de identificación permanente. Las imágenes corporales de los seres humanos se comunican entre sí, ya sea de manera parcial o íntegra. “La construcción de la imagen corporal se basa no sólo en la historia individual de un sujeto, sino también en sus relaciones con los demás. La historia íntima es, así mismo, la historia de nuestras relaciones con los demás seres humanos” (Schilder, 1983, p. 123).

La vida del hombre se caracteriza por reunir a lo largo de su vida infinidad de experiencias que impactan su imagen corporal. En todo individuo tiene lugar un constante proceso de experimentación con representaciones clave, acrecentándose la influencia indirecta sobre las partes internas del cuerpo. Sin embargo, el modelo postural no sólo se construye constantemente sobre distintas bases, también hay una tendencia a destruirlo, donde las excreciones, las secreciones, la voz, el lenguaje, las uñas, los cabellos cortados o caídos, siguen guardando cierta relación psicológica con el cuerpo, constituyendo la organización de la imagen corporal una cuestión sumamente flexible.

Con respecto al desarrollo de tal imagen, Schilder explicó que existe una especie de maduración en todos los campos de la vida psíquica y que aún cuando están presentes factores internos que se dan en el organismo, éstos son relativamente independientes de las experiencias que determinan este desarrollo; tal maduración alcanza su forma final gracias al papel preponderante de las experiencias que tienen lugar en la vida del sujeto. “Nuestra imagen corporal no es siempre, por cierto, la misma cosa. La imagen corporal es un objeto diferente según el uso que hagamos de ella” (1983, p. 173).

Esta plasticidad que caracteriza a la imagen corporal es crucial para comprender ciertas prácticas que involucran el cuerpo de un modo directo. Todo deseo y tendencia libidinal cambia la estructura de la imagen corporal. El ser humano no sólo actúa en función de una personalidad, también opera con su propio cuerpo; constantemente vive con el conocimiento de él constituyendo la imagen corporal una de las experiencias básicas de la vida, uno de los puntos capitales de la experiencia vital.

Cuando tiene lugar una acción dada puede decirse que la imagen corporal cambia, lo que significa que puede ceder ciertas partes al mundo exterior como incorporar otras: el hecho de que todas aquellas cosas que se ponen en contacto con la superficie del cuerpo se incorporen a él en mayor o menor grado, al mismo tiempo, muestra su flexibilidad. Mas no sólo la actividad realizada participa de la conformación de la imagen, también lo hacen las modificaciones en el cuerpo como los tatuajes, el maquillaje, el teñido y el corte de cabello, la higiene corporal y el vestido, que son todos fenómenos que se pueden incluir dentro de esta característica.

El acontecer en el cuerpo es simbólico y tiene implicaciones en la imagen corporal. El caso de las prendas de vestir en particular, forma parte del esquema corporal, al asemejar la significación de las prendas a las partes del cuerpo que cubren, así como el mismo sentido simbólico que dichas partes tienen. Schilder advirtió que la imagen corporal pasa por un continuo proceso de agrandamiento y encogimiento y estos cambios suelen conllevar placer. El amplio espectro de modificaciones de la imagen permite sobreponerse a las limitaciones del cuerpo, agregando máscaras, ropas, adornos, cambiando movimientos y gestos. De este modo, es posible identificar una cualidad lúdica del ser humano con la que continuamente experimenta su propio cuerpo.

En suma, es por la cambiante actividad humana que la imagen corporal sufre modificaciones a lo largo de la vida. El esquema previo del modelo postural permanece en segundo plano y sobre éste se construye el nuevo llevando consigo un cambio en la imagen corporal a otro cambio en la actitud psíquica. De estas transformaciones, la vida emocional se halla vinculada con cambios característicos en el modelo postural del cuerpo disolviendo y cristalizado imágenes nuevamente.

La imagen corporal no existe *per se*, sino en un incesante proceso que puede dilatarse o contraerse, arrojar ciertas partes o incorporar otras; es una experimentación permanente la del cuerpo que lo expande, lo desfigura, lo desata y lo reestablece. Es una construcción y una destrucción vinculada con las necesidades, afanes y energías

del sujeto. Las fases del proceso de construcción y destrucción de la imagen corporal se caracterizan por un lado, por la tendencia a cristalizar unidades, a asegurar puntos de reposo, de carácter definido y con ausencia de toda transformación. Por otro, apuntan hacia la obtención de un flujo continuo, de una mutación permanente. Hay una zona íntimamente relacionada con la imagen corporal que constituye en cierto modo una prolongación del cuerpo rodeada de una esfera de sensibilidad particular hacia los otros, tornando la imagen corporal como un fenómeno social en tanto que su construcción es producto del contacto con otras imágenes. Incluso muchas partes de las imágenes corporales se convierten en un lugar común entre quienes guardan una relación emocional estrecha y recíproca.

Para Schilder, el cuerpo es una de las experiencias que constituyen la vida, al ser la imagen corporal la expresión de un yo en permanente construcción que abarca las esferas de la personalidad, el cuerpo y el mundo; donde la imagen corporal está basada tanto en los procesos somáticos como en los procesos de pensamiento, percepción e imaginación. De ahí la dificultad, según el autor, de obtener descripciones que permitan distinguir entre lo que es un cambio real de los sentidos, las percepciones y representaciones relativas al modelo postural del cuerpo y lo que constituye un delirio referente a la imagen. Por lo que subrayó que un estudio cuidadoso de los pensamientos referentes al propio cuerpo habrá de brindar una comprensión más profunda de la estructura de dicha imagen.

1.2. El vínculo yo-cuerpo

La experiencia del cuerpo como vaga impresión, sentimiento generalizado, vivencia, sensación, imagen o conocimiento, tiene un carácter dinámico y complejo. De acuerdo con Aisenson (1981), el papel del cuerpo-conciencia —imagen anudada en la historia del sujeto, los deseos, las expectativas, los temores, la relación con los otros y con el medio— forma parte integrante de la perspectiva personal al intervenir en múltiples niveles de la experiencia del sujeto; sin embargo, no necesariamente interviene en todos. Existen diversos planos en los que la experiencia del cuerpo coincide sólo de manera parcial con la vida del organismo real. La autora señaló el plano del cuerpo vivo más no *vivido* como el límite de la participación de la corporeidad, sin que ello implique descenderlo al estatuto de sólo cosa, puesto que en ciertos ámbitos de la vida, el sentimiento del propio cuerpo no nos acompaña.

Si bien el cuerpo constituye un soporte biológico y fisicoquímico indispensable, no siempre tiene un valor significativo o se encuentra revestido de un aura subjetiva. El cuerpo real interviene, desde luego, en tanto organismo vivo pero no necesariamente participa de toda situación *vivida*.

Hay pues un rango de posiciones distintas en el vínculo yo-cuerpo dentro del universo del comportamiento humano. Para Aisenson, existe una zona media en la que la vivencia del cuerpo está presente en su totalidad en los modos de sentir y de actuar más frecuentes. Mientras que en los extremos se hallan por un lado, los momentos “puramente espirituales” del pensamiento abstracto y de la libre adhesión a valores; y por el otro, funcionamientos fisiológicos de los que no se es consciente, que no vivenciamos y que únicamente a través de un rodeo o de algún acontecimiento particular, ingresan en la esfera de la subjetividad.

Esto significa que la corporalidad no siempre llega a ser conciencia. Hay circunstancias como el desmayo o el estado bajo los efectos anestésicos en los que el cuerpo sentido se torna un cuerpo meramente biológico y la subjetividad se desvanece en una inercia orgánica genérica y no individual. Hay sectores de la experiencia que nunca integran un cuerpo fenoménico en su totalidad, ni fragmentos de cuerpo en los que es posible reconocerse o reflejen la propia identidad. Esto “no individual” es donde el cuerpo vivido se manifiesta en el plano biológico; el cuerpo psíquico en cambio, emerge de una subjetividad que dota de sentido existencial su experiencia en una trama dialéctica ente el sujeto y su cuerpo.

Por lo que ni estoy yo en todo mi cuerpo ni está el cuerpo en todo mi yo. Sin embargo, en la zona que corresponde a nuestro ser habitual, incluidos los contactos con otras personas y cosas, cuerpo vivido y yo se confunden; nos hallamos aquí en un plano en el que las actitudes asumidas o los afectos experimentados poseen un carácter ambiguo, pues ya originariamente constituyen un comportamiento psicofísico (Aisenson, 1981, p. 295).

Si bien el cuerpo es una ineludible condición de posibilidad del yo, el yo no se agota en ello. El resultado es una experiencia ambigua del propio cuerpo en la que se es cuerpo y a la par no se es del todo. Sobre el basamento biológico que constituye el cuerpo se dan también otro tipo de acuerdos, los determinados por el propio proyecto individual y los condicionamientos sociales.

En la organización del sentir, el cuerpo interviene en varios niveles dando como resultado una impresión unitaria. De las impresiones que se tienen del cuerpo, Laín (1989) otorgó una especial importancia a la cenestesia, las sensaciones

propioceptivas, la sensación vestibular y —en estado de vigilia— la actividad de los sentidos externos, principalmente el de la vista; a través de los cuales el cuerpo se hace sentir como existente y como propio.

Psicológicamente expresada... en la cenestesia y en las sensaciones propioceptivas, mi conciencia de existir nace originariamente de la opacidad de mi cuerpo que la cenestesia y la sensaciones propioceptivas llevan consigo: sentir mi cuerpo es a la vez *saber* que mi cuerpo existe y *no saber* suficientemente de él, advertir que algo de él resiste a mi conocimiento (Laín, 1989, p. 126).

El sentimiento de existencia remite a sentir el propio cuerpo. De otra manera, sería una expresión tautológica decir que el cuerpo se siente a sí mismo o postular la existencia de un centro de autosentimiento distinto del cuerpo o considerarlo como un mero transmisor de impresiones acerca de sí mismo.

El cuerpo es simultáneamente sujeto y objeto, conciencia y no conciencia, es una realidad ambigua. Por lo que toca admitir que el sujeto epistemológico no es un yo cabal, pero constituye una de las posibilidades del yo el funcionar como tal (Aisenson, 1981).

“Es ambigua, pues, la percepción del cuerpo propio; para mí, y en cuanto mío, éste es a la vez objeto (cuando lo miro) y parte integral de mi actividad como sujeto (cuando lo siento)” (Laín, 1989, p. 284).

Sentir el propio cuerpo equivale a sentir el propio yo aunque como habíamos señalado anteriormente, la subjetividad no se reduce a ello. El cuerpo es sentido por el sujeto y el sujeto sabe que lo siente. Sin embargo, este saber refiere a la percepción del cuerpo acompañada de un sordo sentimiento estrictamente subjetivo, que depende de la condición de sujeto así como de la relación más o menos estrecha del individuo con su cuerpo, del nivel de injerencia voluntaria y de identificación del individuo con determinada acción (Islas, 2001).

Para Islas, el nivel de contacto entre el individuo y su cuerpo depende del modo en que se reconoce en él y en sus acciones, así como también de la manera como el cuerpo y sus acciones informan al individuo sobre sí mismo. La autora señaló que una percepción precisa y detallada del propio cuerpo permite tomar conciencia de matices mucho más sutiles de la vida interior, siendo la conciencia del cuerpo una condición y un instrumento del autoconocimiento que depende del estilo de la codificación cultural de las acciones del cuerpo.

El nivel básico de la relación del individuo con su cuerpo depende de la conciencia propioceptiva... La conciencia propioceptiva depende, sin embargo, de los usos corporales y del espacio-tiempo que le permiten la tecnificación social del movimiento. Por ejemplo, a pesar de que podemos hacernos conscientes de determinada parte del cuerpo, la cultura corporal puede no hacer énfasis en un uso y una conciencia de ella; por ejemplo, los dedos de los pies en las culturas urbanas (Islas, 2001, p.561).

De este modo, todo aprendizaje que involucra al cuerpo —como el aprendizaje de nuevos movimientos, de un nuevo régimen dietético, de un modo de inducirse estados anímicos y alterados de conciencia, entre otros— se añade a una historia precedente y al mismo tiempo desacondiciona y cambia la percepción del cuerpo a partir de esa historia. En esa experiencia compleja que es la corporalidad, intervienen así el condicionamiento biológico e histórico social como el influjo de los vínculos interpersonales tempranos y de estadios evolutivos posteriores, en interacción constante con circunstancias objetivas presentes. El sentimiento del propio cuerpo tiene la tarea de influir a su vez en la configuración de actitudes y expectativas, que de manera paulatina plasman modificaciones a lo largo de la vida.

Lo que se enfatiza aquí es el papel que el sentimiento del propio cuerpo desempeña en la configuración de la subjetividad, de la cual es inseparable. Si bien el alcance de la corporalidad como vivencia del propio cuerpo no abarca la existencia en su totalidad, reviste de un significado importante zonas fundamentales de la misma, al ser el cuerpo un *mi cuerpo*, un cuerpo singular.

De acuerdo con Baz (1999^a), es mediante el cuerpo como espacio psicológico que emerge el sujeto, su historia y su devenir. El reconocimiento del sujeto en una figura encarnada exige un posicionamiento subjetivo frente a sí y frente a otros que sólo es posible por la inserción del cuerpo al mundo simbólico del lenguaje. Cuando el cuerpo habita el mundo de los significados y éstos se encarnan en él, el cuerpo deja de corresponder al campo de la anatomía —en su estatuto de realidad— y se convierte en un cuerpo subjetivo.

Así, cuerpo y subjetividad se implican mutuamente; la noción de una alude necesariamente a la otra, en tanto que el devenir del sujeto está anclado con el devenir del cuerpo y su historia. Para la autora, el cuerpo es principio de individuación e instancia vital de diálogo del sujeto consigo mismo, con los otros y con el mundo.

El cuerpo está lejos de ser un instrumento dócil al servicio de la racionalidad consciente... la percepción está lejos de ser una simple traducción de las sensaciones en representaciones. Es en cambio un espacio expresivo en donde se escenifican las contradicciones de la vida

subjetiva. En tanto fundante de los procesos de subjetividad, el cuerpo es un lugar de inscripción de los códigos sociales tanto como reservorio de pulsiones y de emergencia del "yo", planos muy diversos que remiten a ubicar la experiencia del cuerpo como una realidad enigmática a ser interrogada (Baz, 1999^a, p. 40).

El cuerpo es experimentado de manera subjetiva y ello constituye un asunto capital: dota de identidad o de rechazo en torno al género, puede exaltar o disminuir a la persona, puede inspirar vergüenza, seguridad o indefensión, puede ser objeto de cuidado o repugnancia, de pudor, de dignidad, de responsabilidad; puede estar relacionado íntimamente con los sentimientos de dependencia hacia los demás, puede influir en las actitudes generales de cada uno en su situación particular. En cada momento, el universo sensorial toma lugar como un universo de sentido y aunque hay ciertos rasgos del cuerpo que escapan al control y a la conciencia del sujeto, ello no impide reconocer su dimensión subjetiva, social y cultural.

Es de acentuar estos aspectos porque a partir de ello es posible tener una comprensión más profunda del nivel de implicación que tiene el cuerpo subjetivo en el desarrollo de la historia del sujeto, al reflejar un modo característico del sentir en tanto estructura existencial única. Por ello, se debe a las experiencias del cuerpo sentido y a los usos sociales que de él se hacen, un lugar fundamental en el estudio psicológico de la vida humana.

En la medida en que el cuerpo tiene valor subjetivo, la psicología tiene la ocasión y el desafío de trabajar con el cuerpo que existe para el sujeto en el marco de los condicionamientos sociales que lo dotan de sentido y pertenencia; pues la experiencia del cuerpo sólo es posible dentro de un contexto de valores culturales y prácticas sociales que moldean las formas de sentirlo, conservarlo, expresarlo y presentarlo en la escena social. Ir en búsqueda de la experiencia del cuerpo implica por tanto, recurrir al sujeto e indagar el tejido social que lo conforma.

2. El Tejido Social del Cuerpo

La vida del cuerpo, mediada por las capacidades y la finitud del organismo, es culturalmente interpretada. El cuerpo es portador de un sistema simbólico, cuya biología y fisiología forman parte de la construcción social de sus significados; en sí mismas, constituyen sistemas clasificatorios de la experiencia humana y por ello, parte de la cultura, no de la naturaleza.

El acontecer del cuerpo sólo es posible de acuerdo con sus posibilidades históricas. Turner (1989) advirtió la configuración paradójica de la corporeidad al señalar que si bien se trata de un sistema vivo de procesos y funciones con un sustrato biológico, el cuerpo se encuentra inmerso en el entramado histórico, social y cultural.

La dimensión social e histórica del cuerpo es la que interesa destacar porque no hay forma objetiva de pronunciarse en torno a él. Su comprensión siempre está cargada de un significado socialmente construido, al ser los procesos de significación los que otorgan sentido a la corporeidad. El cuerpo es una configuración de metáforas, donde el movimiento, las formas de alimentación, de comunicación, la enfermedad, los placeres, los hábitos, el vestido, la sexualidad, como formas de “utilizar” el cuerpo en la relación social, están sujetos a un conjunto de normas, *habitus*, códigos, símbolos, representaciones e imaginarios que insertan al cuerpo en la escena social, en las coordenadas del tiempo, del espacio y la cultura.

Los cuerpos están así mediados por una serie de restricciones históricas y sociales al ser las manifestaciones corporales significantes para sus miembros. En la medida en que pertenecen a una comunidad cultural y a un particular momento histórico, únicamente tienen sentido en relación con la simbólica propia del grupo social al que pertenecen. A este respecto, Douglas (1970) formuló la idea de la existencia de dos cuerpos: el cuerpo social y el cuerpo físico entre los cuales hay un continuo intercambio de significados que se afectan mutuamente. Al tiempo que la experiencia física del cuerpo es susceptible de ser modificada y restringida por las categorías sociales, tales modificaciones refuerzan dichas categorías y mantienen una particular visión de la sociedad. La situación social se impone en el cuerpo y lo ciñe a actuar de formas concretas; de hecho, el cuerpo se convierte en un símbolo de la situación.

En su línea de estudio, el cuerpo como experiencia humana de estructuras, márgenes y fronteras, constituye un símbolo de la sociedad. La autora señaló que los poderes y peligros que se le atribuyen a la estructura social parecen estar reproducidos en

pequeña escala en el cuerpo humano. El simbolismo de los límites del cuerpo expresa a su vez el peligro que amenaza las fronteras de la comunidad; como un medio de expresión muy restringido por el ámbito social en sus fronteras y en sus límites, en sus funciones, en sus partes y en sus relaciones, el cuerpo es capaz de reflejar las formas sociales y ofrecer una fuente de símbolos a otras estructuras complejas.

Para Douglas (1973) el reconocimiento del simbolismo del cuerpo humano es decisivo para entender prácticas rituales, especialmente, las concernientes a las creencias sobre la pureza, la contaminación y el peligro, en la medida en que estas ideas tienen alguna referencia primordial de origen fisiológico y al mismo tiempo, reflejan la dinámica social. Los rituales en torno a los líquidos corporales como las excreciones, la leche materna, el sudor, la menstruación, la saliva, el semen, las lágrimas y otros restos del cuerpo como recortes de la piel, de las uñas y el pelo en algunas culturas guardan el potencial simbólico de ciertas relaciones y procesos sociales. Cada parte del cuerpo, fragmento o líquido desprendido de él, ocupa un lugar en la jerarquía de las ideas sobre la pureza, como es el caso de las lágrimas en contraste con el sudor o la sangre menstrual. La materia que brota de los orificios corporales, al atravesar las fronteras del cuerpo, es susceptible de convertirse en un elemento con significado marginal; sin embargo, los diferentes aspectos del cuerpo en los ritos del mundo son altamente variables como lo son sus efectos en el orden social.

Son los sistemas de creencias y el lugar que ocupa el cuerpo en ellos, los que permiten que en unas culturas el cuerpo o una de sus partes, sea temido como un peligro o una especie de riesgo y contaminación; mientras que en otras, pueden ser venerados. “El simbolismo corporal forma parte del acervo común de los símbolos, hondamente emotivos en razón de la experiencia de cada individuo. Pero los ritos se nutren de este fondo común de símbolos de modo muy selectivo. Algunos desarrollan un aspecto, otros no” (Douglas, 1973, p. 163).

Al afirmar que la imagen de la sociedad “se graba en la carne humana”, Douglas puntualizó que el análisis del simbolismo ritual es crucial para aproximarse a las grandes paradojas de la existencia. En particular, el hecho de que el desperdicio corporal y los márgenes del cuerpo son revestidos de poder y peligro. Los ritos corporales por consiguiente, constituyen un intento de crear y mantener una determinada cultura; al tiempo que confieren una serie de supuestos para controlar la experiencia.

Algunos temas centrales se expresan mediante ritos de manipulación corporal... Los ritos representan la forma de las relaciones sociales y al darle a estas relaciones expresión visible permiten que la gente conozca su propia sociedad. Los ritos actúan sobre el cuerpo político mediante el instrumento simbólico del cuerpo físico (Douglas, 1973, p. 173).

Es a través del cuerpo —antes que a través de la palabra— que el sujeto se inserta en el universo cultural y esta inserción demanda el uso del cuerpo como uno de los principales factores de la socialización (Islas, 2001).

En 1936, Mauss (1971) se ocupó de analizar la constitución social de la corporeidad en su ensayo sobre las “técnicas del cuerpo” al señalar la importancia del aprendizaje de las normas culturales, los valores instrumentales y las expectativas exigidas al cuerpo según la época y la comunidad cultural, para convertirse en un miembro apto y competente del grupo social. Con el concepto de “técnicas del cuerpo” se refirió a la forma en que los hombres, de acuerdo con la tradición de cada sociedad, utilizan su propio cuerpo. Para Mauss, las técnicas del cuerpo significan actos “tradicionales y eficaces” donde el cuerpo constituye el primero y el más natural instrumento del hombre, el primer y más natural objeto técnico y al mismo tiempo, el primer y más natural medio técnico.

Su propuesta incluía la clasificación de las técnicas corporales a fin de establecer criterios para distribuir las técnicas entre el conjunto de la población según el sexo; las variaciones de las técnicas del cuerpo según la edad; las técnicas del cuerpo respecto al rendimiento, las técnicas del sueño, del descanso, de la actividad; las técnicas de los cuidados del cuerpo; de consumo; las técnicas reproductivas, y la transmisión de tales técnicas. Así como también la posibilidad de estudiar todas éstas de manera biográfica, esto es, en el transcurso de la vida de un hombre tras considerarlas a medida que van apareciendo en la etapa del nacimiento, la infancia, la adultez y la vejez.

A este respecto, Volli (2001) resaltó que un aspecto significativo de los usos técnicos del cuerpo es que constituyen rasgos distintivos entre las diversas sociedades; incluso en las formas corporales más elementales como el caminar, la gestualidad, las distancias de relación, el contacto corporal, las posturas, entre otras. Si bien la humanidad está sujeta a necesidades biológicas tanto a nivel funcional como en la estructura del cuerpo —la comida, las relaciones sexuales, el cuidado del cuerpo, la defecación— existe una especie de “estilo” de las técnicas del cuerpo de una sociedad a otra.

Para Volli, la noción de estilo de una cultura tiene relevancia porque permite establecer una distinción entre las técnicas del cuerpo, a saber, la oposición entre las técnicas cotidianas y extracotidianas. A las primeras se refirió como aquellas técnicas que son parte del proceso de culturización fundamental del individuo en una sociedad. A las segundas las describió como un conjunto de técnicas muy distintas entre sí que están relacionadas con determinadas funciones cuyos objetivos son generalmente públicos.

A diferencia de las técnicas cotidianas, las extracotidianas requieren de un aprendizaje más o menos formal; influyen en el estatus de quien las practica y se caracterizan por producir una desviación del uso "normal" del cuerpo: "una alteración de los ritmos, de las posiciones, de la utilización de la energía, del dolor y de la fatiga, que puede extenderse o no a toda la actividad de un grupo o de una persona" (Volli, 2001, p.84). La palabra "técnica" referida a estas prácticas sugiere la aplicación consciente de un "saber hacer" empírico. Entre este tipo de técnicas, el autor distinguió además, las técnicas públicas de las personales. Las primeras tienen una proyección de la presencia frente a otros; mientras que las segundas poseen un carácter privado y se distinguen por tres factores: la soledad en la que se realizan, la experiencia subjetiva que las acompaña y la dirección activa que suelen asumir.

En su dimensión extracotidiana, Volli señaló que las técnicas corporales constituyen "técnicas del alma" porque es imposible separar el cuerpo de quien lo vive. Las técnicas corpóreas se encuentran en estrecho vínculo con las técnicas mentales y es así porque el cuerpo es en realidad toda la persona. Para que haya un funcionamiento eficaz de las técnicas corporales, hay que bloquear la mente discursiva y hay que hacer actuar al cuerpo o a su "inteligencia". "Se trata de crear condiciones de 'silencio', en las que no hay que pensar en lo que se hace" (2001, p.91); carácter que comparten en general las técnicas corporales. Al respecto, Islas (2001) advirtió que las técnicas extracotidianas producen un estado de mayor conciencia de ciertas formas de subjetividad, "toda técnica, en la medida en que es vehículo de un afuera social más o menos vertido en ella, conforma el interior" (p. 557).

La idea de las técnicas corporales para describir una dimensión del acontecer humano muestra no sólo la flexibilidad del cuerpo como organismo vivo sino la plasticidad cultural como una de sus potencialidades y su conformación social. A decir de Islas (2001) "Entre el exterior y el interior individual se sitúa la corporeidad: lugar de paso y

de elaboración de las estructuras sociales en la individualidad, y de la individualidad en las estructuras sociales” (p. 557).

Las aportaciones de Goffman (1981) por su parte, también han contribuido a entender la relevancia de la dimensión social del cuerpo en la comprensión de la vida humana. Desde una perspectiva de la actuación o representación teatral, el sociólogo estudió la manera en que el individuo se presenta y presenta su actividad ante otros, la forma en que guía y controla la impresión que los otros se forman de él y el tipo de cosas que puede y no hacer mientras actúa para un público particular. Desde este punto de vista, las relaciones sociales constituyen un escenario sobre el cual el actor social representa una obra, ya sea de manera individual o en compañía de un equipo, donde desempeña un papel y representa un personaje sin ser plenamente consciente de tal actuación.

En esta representación, la *fachada personal* constituye un aspecto escénico de singular importancia porque a través de ésta, el sujeto proyecta la credibilidad sobre la impresión que promueve ante determinado auditorio. La fachada personal consiste en un conjunto de dotaciones de signos como las insignias del cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad, y las características raciales: el tamaño y el aspecto, el porte, las pautas del lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes.

La *apariencia* y los *modales* por su parte, informan acerca del estatus social del actuante y advierten el rol de la interacción que va a desempeñar en la situación que se avecina. Para Goffman, es común esperar cierta coherencia entre la apariencia y los modales, cuya función es representar un *tipo ideal* para estimular la atención respecto de las excepciones, más el carácter significativo de la información transmitida por la fachada es expresado de forma abstracta y general. Ante la tendencia de los actuantes a ofrecer a sus observadores una impresión idealizada o ante la tendencia del auditorio a idealizar a las personas, la actuación se dirige incorporando los valores y pautas acreditados por la sociedad, tanto más de lo que hace en realidad. Un ejemplo de ello es cuando se fomenta la impresión de que se tenían motivos ideales para adquirir el rol actuado y que se posee una capacidad ideal para desempeñarlo. Es posible que los actuantes intenten incluso dar la impresión de que su porte y capacidad actuales son algo que siempre han poseído. Para hacer una representación “más real” de su dramatización, el actuante tiende a encubrir o a minimizar aquellas actividades y motivos incompatibles con una versión idealizada de sí mismo y de sus

obras. Además, el que actúa produce a menudo en los miembros de su auditorio la creencia de que está relacionado con ellos de un modo más ideal de lo que en realidad está.

Tal como lo advirtió Mauss (1971), al hablar de la eficacia de las técnicas corporales para convertirse en un miembro apto de la sociedad, Goffman (1981) especificó este requerimiento del actuante de ser capaz de mantener el control expresivo de su actuación para hacer verosímil la realidad que está representando. En nuestra sociedad, ciertos gestos y expresiones del cuerpo deben ser especialmente cuidados a fin de evitar impresiones incompatibles con las que se fomentan. De acuerdo con Goffman (1981), éstas se agrupan en tres categorías generales: a) Un actuante debe contenerse para transmitir situaciones que expresen incapacidad, incorrección o falta de respeto al perder momentáneamente control de sí mismo: resbalar, tropezar, caer, eructar, bostezar, cometer un *lapsus linguæ*, rascarse, tener flatulencias, chocar. B) Actuar para no emitir la impresión de que se está demasiado ansioso por la interacción o desinteresado de ella al tartamudear, olvidar su parte, aparecer nervioso, culpable o afectado; tener explosiones de risa, ira u otras reacciones que momentáneamente lo incapacitan como interactuante o mostrar un interés excesivo o demasiado superficial; y por último, c) No permitir que su presentación adolezca de una inadecuada dirección dramática. El medio puede no estar en orden o haber sido preparado para otra actuación o incluso haberse desarreglado durante ella; contingencias inesperadas pueden causar una regulación incorrecta del tiempo de llegada o partida del actuante o provocar silencios embarazosos durante la interacción.

El condicionamiento social para llevar a cabo una determinada actuación impone la subordinación de un conjunto de estados corporales considerados inadecuados o incompatibles con el personaje que se pretende mostrar. La actuación forma parte de la disciplina social para mantener una máscara de modales.

Todas estas características generales de la actuación llevan al individuo a expresar la realización de su tarea y transmitir sus sentimientos de manera aceptable. El éxito social depende así de la capacidad para manipular el yo por conducto de la adopción de habilidades interpersonales adecuadas para presentar una imagen aceptable, donde el manejo de la imagen y la creación de imágenes compatibles a ésta tienen un carácter decisivo para la organización de la vida diaria.

Las aportaciones de Goffman (1981) son útiles al estudio porque muestran las formas en que las normas y expectativas culturales se imponen sobre los cuerpos para su

presentación en el mundo social; de modo tal que las personas se esfuerzan en hacer que sus cuerpos luzcan apropiados, aceptables, llamativos, deseables o pasen inadvertidos también; en la medida en que los individuos intentan mantener las apariencias y buscan ser definidos por los demás como “normales” de acuerdo con un contexto social específico que determina un canon corporal de su comportamiento y su presentación.

En la serie de convenciones sociales a las que están sujetos los cuerpos, el vestido ha ocupado un lugar primordial. El vestido transforma el cuerpo, constituye un acto de comunicación de la clase social, el género, la moda. La ropa funciona como un símbolo del contexto al transmitir información sobre la situación. Los códigos de vestir forman parte de la actuación de los cuerpos en el espacio y funcionan como medio para disciplinarlos a que actúen de formas concretas. Entwistle (2002) subrayó el hecho de que “el mundo social es un mundo de cuerpos vestidos” (p.19) y esto es relevante porque la basta mayoría de las situaciones sociales requiere de cuerpos vestidos. Incluso la mayor parte de nuestras vidas las transitamos de manera vestida.

Dice el autor que el cuerpo debe presentarse no solamente cubierto por ropas, sino de manera apropiada. Como seres sociales es necesario conocer las normas culturales y las expectativas exigidas al cuerpo, de ahí que la indumentaria también sea una cuestión de moralidad inserta en el orden microsocial. Además de subrayar este hecho, Entwistle planteó la existencia de una estrecha relación entre la prenda cotidiana, el cuerpo y la identidad en el marco de las relaciones sociales, y definió el vestir como una práctica corporal contextualizada en la que el sujeto prepara su cuerpo para presentarlo en un entorno social particular atendiendo —de manera consciente o inconsciente— a las normas y expectativas sociales.

El acto de vestir conlleva grados variables de conciencia para la presentación del yo según la situación. En la experiencia del vestido, el tiempo y el espacio ordenan el sentido del yo, las relaciones con los otros y con el propio cuerpo mediante la indumentaria. El vestir lejos de ser una práctica homogénea es vivido de manera subjetiva como también representa el vehículo por el que el sujeto interpreta al tiempo que es interpretado por los demás.

El papel de las instituciones y los medios de comunicación es crucial en la conformación de las imágenes y usos corporales que gozan de una aceptación social, cuyo efecto es el trazo de determinadas formas de vida, de atención y cuidado personal a través de la educación social del cuerpo en aras de la organización y la

administración social de la vida. Los saberes en torno al cuerpo y las prácticas corporales son transmitidos de diversos modos, según el momento histórico y su finalidad social. De acuerdo con Rivera (2002) estas representaciones son producto del aprendizaje de un proceso cultural constante que se materializa en las formas de vivir, de alimentarse, enfermar y morir.

2.1. Socialización corporal

Bourdieu (2001) propuso que la transmisión de valores y creencias tiene lugar como un proceso silencioso de aprendizaje y reproducción de ciertas técnicas del cuerpo, cuya orientación no tiene como base una conciencia racional pero sí un marco de sentido. En este proceso se aprenden las demandas sociales que proporcionan el dominio práctico del campo social y que toman la forma de un “estado del cuerpo”. Al estar incorporadas como *habitus* proporcionan lo que él llama *el sentido práctico*.

El sentido práctico, necesidad social que deviene naturaleza, convertido en principios motores y en automatismos corporales, es lo que hace que las prácticas, en y a través de lo que en ellas permanece oscuro a los ojos de sus productores y por donde se revelan los principios transubjetivos de su producción, sean *sensatas*, es decir, estén habitadas por un sentido común. Lo que hacen los agentes tiene más sentido del que saben, porque nunca saben por completo que lo hacen (Bourdieu, 2001, p. 108).

Para Bourdieu esta pedagogía implícita tiene la capacidad de inculcar toda una cosmología, una ética, una metafísica y una política en el cuerpo; e inscribir en las maneras corporales y verbales de modo permanente, los principios fundamentales del “arbitrario cultural” (la división social de lo masculino y lo femenino) y por ello, “de *sentir* y de *pensar*”. Tales determinaciones tienden a formar a través de la relación con el propio cuerpo, las disposiciones constitutivas de la identidad sexual y las disposiciones sexuales. El cuerpo sobrecargado de significaciones y valores sociales es para el autor, prácticamente aprehendido y apreciado en la división social y en la división sexual del trabajo.

Desde esta perspectiva, la relación con el cuerpo como una dimensión fundamental del *habitus* —que es a la vez inseparable de una relación con el lenguaje y con el tiempo—, no puede ser reducida a una “imagen del cuerpo” entendida como representación de sí producida y reenviada por los otros con implicaciones en la autoestima; en primer lugar, porque entre el individuo y su cuerpo se interponen todos los principios de percepción y de apreciación en los que un grupo deposita sus

estructuras fundamentales, así como los principios de expresión que aseguran un comienzo de objetivación.

El proceso de adquisición mimético práctico prescinde de un esfuerzo consciente por reproducir un acto, un gesto o una palabra, como prescinde de un discurso racional del modo en que se llevan a cabo los principios culturales que organizan el propio cuerpo y las partes del cuerpo más pertinentes desde el punto de vista de estos principios.

El cuerpo cree en lo que juega: llora cuando mima la tristeza. No representa lo que juega, no memoriza el pasado, *actúa* el pasado, anulado así en tanto que tal, lo revive. Lo que se aprende por el cuerpo no es algo que se posee, como un saber que uno puede mantener delante de sí, sino algo que se es (Bourdieu, 2001, p. 115).

Todo el saber cultural, las prácticas rituales y discursos se encuentran en estado incorporado en el cuerpo como significaciones estructuradas que conllevan una profunda identificación emocional; este saber cultural “sólo puede ser restituido al precio de una especie de gimnasia destinada a evocar” (Bourdieu, 2001, p.115). La característica del *modus operandi* del dominio práctico es precisamente su “estado práctico” que no accede al nivel del discurso. Sin embargo, ello no significa que la adquisición del *habitus* sea generado por un aprendizaje mecánico de ensayo y error. El arte de vivir es adquirido por un trabajo pedagógico de las disciplinas sociales que se graban en lo más profundo de las disposiciones corporales a través de la regulación de uso del tiempo, de la distribución de las actividades colectivas e individuales y el ritmo para su ejecución.

El grupo entero *actúa* para inculcar este saber de acuerdo con los principios del *habitus*, siendo el espacio habitado, y en particular, la casa, el lugar por excelencia para la objetivación de tales por medio del arbitrario cultural. Para el autor, el propio cuerpo y el cuerpo ajeno sólo son percibidos a través de categorías de percepción con las que se trata de introducir orden en el cuerpo y en el mundo, por medio de una manipulación simbólica de la relación con el cuerpo destinada a imponer una “geografía corporal”. La identidad sexual sólo puede encontrarse en la base de la adquisición de los principios de la estructuración del yo y del mundo en tanto que se instaura con objetos simbólica y no biológicamente sexuados. La identidad sexual y la representación de la división del trabajo entre los sexos, se construye a partir del mismo conjunto socialmente definido de indicios inseparablemente biológicos y sociales. La oposición entre la masculinidad y la feminidad, como principios de división

fundamental del mundo social y del mundo simbólico, pesan de fondo en la construcción de la imagen de sí y gobiernan todas las experiencias corporales.

Los códigos culturales son puntos cardinales en el establecimiento de la relación del sujeto con su cuerpo y en el intercambio con otros cuerpos. Anclaje de símbolos en el cuerpo a través de normas y expectativas en torno a lo aceptable, lo deseable y lo prohibido al operar tanto en las fronteras sociales como en las físicas. Una de las posibilidades que ofrece el estudio del carácter simbólico, relacional y subjetivo del cuerpo es entonces conocer la experiencia del yo con su propio cuerpo, así como elevar este conocimiento al entendimiento de algunos estratos de la experiencia del sujeto en la sociedad; al ser la experiencia corporal un asunto tan subjetivo como social y tan dependiente de la historia personal como de la pertenencia y ubicación histórica, cultural, étnica, de clase y de género.

2.2. Diferencia sexual y género

Quizá el ejemplo más evidente que ilustra el modo en que la biología es parte de una construcción social es la interpretación histórica que se ha hecho de las diferencias anatómicas de los cuerpos y sus implicaciones en la organización de la experiencia y la vida social.

La historia de la representación de las diferencias anatómicas entre hombre y mujer resulta, por tanto, extraordinariamente independiente de la estructura real de esos órganos o de lo que se conocía sobre ellos. Era la ideología y no la precisión de las observaciones lo que determinaba cómo se veían y cuáles eran las diferencias que importaban (Laqueur, 1994, p. 161).

Según la investigación del autor, en nuestra época, una de las producciones culturales más influyentes sobre la vida de las personas ha sido la invención que tuvo lugar en el siglo XVIII, del modelo de la diferencia de los sexos, después de una larga tradición renacentista y galénica del modelo de la carne única.

Hasta entonces, el cuerpo de la mujer había sido considerado como una creación al revés del hombre y por tanto imperfecta e inferior a él. Las representaciones anatómicas y la enseñanza de la medicina confirmaban estas teorías sobre el cuerpo. Sin embargo, a partir del siglo XVIII, la matriz, que había sido una especie de falo negativo, se convirtió en útero –órganos cuyas fibras, nervios y vascularización proporcionaban explicación y justificación naturalista al estatus social de las mujeres.

La manera en que eran concebidos los órganos de la reproducción, ocupaba un lugar paradigmático que expresaba la jerarquía entre los hombres y las mujeres. Estas interpretaciones resonaban en la vida de las personas; con la creación del sexo de la mujer, el cuerpo femenino sin embargo, se convirtió en un campo de batalla para la redefinición de la antigua e íntima relación social básica: la de la mujer con el hombre. Los cuerpos de las mujeres hubieron de soportar una nueva y pesada carga de significado, esto es, se inventaron los dos sexos como nuevo fundamento para el género.

Como lo señala Laqueur (1994), ello no ocurrió de repente ni en todas partes al mismo tiempo, como tampoco significó un cambio permanente. En los siglos XVIII y XIX algunos libros transmitieron aún el saber galénico a lectores profanos; incluso los propios médicos hablaban también en el lenguaje del modelo unisexo. El autor explica de dos formas cómo los dos sexos modernos tal como hoy los imaginamos fueron inventados en una forma epistemológica y otra política. El contexto en el que fueron formulados los dos sexos inconmensurables no residía ni en la teoría del lenguaje ni en los avances científicos, sino en su carácter político. El campo de batalla de los roles de género se trasladó a la naturaleza, al sexo biológico y las diferencias en la anatomía sexual se adujeron a favor y en contra de todo tipo de reivindicaciones en una amplia gama de contextos sociales, económicos, políticos, culturales y eróticos. Se trataba de encontrar fundamentos biológicos al orden social. Después del siglo XVIII se expandieron los libros que hablaron explícitamente de los fundamentos biológicos del orden moral y las diferencias sexuales.

A principios del siglo XX, la política del género afectó no sólo a la interpretación de datos clínicos o de laboratorio, sino también a su producción. La investigación se enfocó en el conocimiento de la anatomía del cuerpo masculino y femenino, y aumentó la capacidad de la ciencia para predecir y efectuar con éxito la biología de la reproducción, así como en los progresos en la comprensión del sexo. Más importante aún es cómo la definición social del cuerpo y en particular, las diferencias de los órganos sexuales, han sido percibidas como fundamentos objetivos para instituir la división en géneros relacionales: masculino y femenino, en el sentido de géneros contruidos como dos esencias sociales jerarquizadas e inscritas tanto en los cuerpos como en los hábitos de sus agentes, en la forma de esquemas de pensamiento, de subjetividad, corporalidad y de acción.

Para Bourdieu (2000), el cuerpo como realidad sexuada ha sido depositario de principios de división sexuales y esta visión ha sido extendida a todas las cosas del mundo. A partir de la diferencia anatómica de los cuerpos han sido construidas las diferencias entre lo masculino y lo femenino de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo arraigada en la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres, e inscrita a su vez en la realidad del orden social.

Se trata de una construcción social arbitraria de lo biológico, de sus costumbres y de sus funciones, que proporciona un fundamento aparentemente natural a la visión androcéntrica de la división de la actividad sexual, la división sexual del trabajo y de la definición diferenciada de los usos legítimos del cuerpo que tiende a excluir del universo de lo sensible y de lo factible todo lo que marca la pertenencia al otro sexo.

Para Bourdieu (2000), es de resaltar un prolongado trabajo colectivo de “socialización de lo biológico y de la biologización de lo social” que se conjuga para hacer aparecer una construcción social naturalizada de los *géneros* como el fundamento natural de la división arbitraria donde el orden masculino se ha impuesto como el orden dominante. Gracias a este trabajo se instituye el arbitrario cultural y permite que el principio de división dominante sea encarnado en unos hábitos claramente diferentes, hasta lograr la capacidad de percibir el mundo de acuerdo con ese principio.

El principio de división fundamental entre lo masculino-activo y lo femenino-pasivo tiene implicaciones en la subjetividad y en el modo en que viven la sexualidad hombres y mujeres así como la relación que tienen con su cuerpo. De acuerdo con los esquemas de género, el deseo es organizado, expresado y dirigido de maneras significativamente diferentes. Bourdieu destacó también que este aprendizaje es eficaz en la medida en que opera de manera tácita a través de una disciplina constante sobre todas las partes del cuerpo, y en particular, en el cuerpo femenino cuanto más restringido por la moral androcéntrica que el cuerpo masculino: la presión sobre el arreglo personal, el rostro, la cabellera, la delgadez, las manos, los modales, las posturas; como aspectos cargados de una significación moral. Exigencias sociales impuestas al cuerpo femenino que condicionan su modo de comportamiento, lo fragmentan y le asignan funciones y expresiones caracterológicas expresivas.

Además de la violencia simbólica que se inscribe en los cuerpos y que produce disposiciones y prácticas para actuar; el género reproduce relaciones de poder a través de discursos y regímenes que tienden a ser más severos con los cuerpos femeninos que con los masculinos en torno a la regulación de la sexualidad, el vestir,

el contacto corporal, la diversión, y que están vinculados al poder de diversas y complejas formas, sujetando estos cuerpos a un mayor escrutinio que los cuerpos de los hombres, aunque no por ello, los cuerpos masculinos queden fuera de este orden social.

2.3. Orden social, orden corporal

Si bien históricamente se han definido corporalidades distintas para hombres y mujeres, es menester señalar cómo la cultura de consumo y el avance tecnológico han retomado al cuerpo como una ruta hacia la realización personal a través de la promoción de valores, creencias y prácticas cada vez más andróginas dirigidas a moldear, rejuvenecer y adelgazar los cuerpos a través de dietas, actividades físicas, masajes, tratamientos y productos para diseñar la figura o cambiar el color de los ojos o incluso el tono de la piel; evitar la calvicie, eternizar un colorido específico en los labios o hacer de las cejas y pestañas ciertas formas perdurables. Más aún, para elegir estados de ánimo específicos (Le Breton, 2007; Lipovetsky, 2007).

Hoy en día, es posible observar la presencia y la accesibilidad cotidiana a una diversidad de sustancias que ofrecen inducir estados subjetivos a elección del sujeto para satisfacer deseos, aminorar angustias, lograr fines recreativos y socializadores; como también elevar la potencia sexual, contrarrestar la obesidad, regular el ciclo sueño-vigilia, proporcionar energía vital, con efectos antienvjecimiento, contra la grasa acumulada, entre otras. Prácticas que muestran el acontecer simbólico del cuerpo y dan lugar a procesos permanentes de evaluación y auto transformación en los que el sujeto participa de manera activa en la planeación de su forma, su estado de ánimo y su imagen.

El cuerpo se ha transformado en un proyecto a realizar cuya evaluación depende del grado en que se ajuste a las normas contemporáneas de la moda, la salud y la belleza otorgando una creciente importancia al aspecto físico a través del modo en que los discursos y las prácticas para disciplinar el cuerpo actúan y que el sujeto incorpora y al mismo tiempo transforma. Estos modos de manipulación tecnológica del cuerpo y de las relaciones sociales han tenido cada vez mayor aceptación social. Es notable el incremento de prácticas como la cirugía plástica entre otras formas de modificación corporal que constituyen medios simbólicamente eficaces para aludir al sentimiento de una producción del propio cuerpo (Le Breton, 2007).

Artes que son reflejo de un imaginario del cuerpo humano que ha fomentado la industria y el consumo que lo toma como objeto de intervención. Junto con la transmisión de ciertos valores que se relacionan con la importancia de la apariencia que la persona presenta ante los demás, aparece el cuerpo como objeto de máxima preocupación que pretende reflejar el estatus social pero no se identifica con la persona misma.

Algo semejante ocurre con la cada vez más expandida promoción de cursos, talleres y seminarios dirigidos a integrar la mente, el cuerpo y el espíritu a través del fomento de autodisciplinas proyectadas a generar un estilo de vida basado en el conocimiento de sí y en el aprendizaje del manejo de la "energía corporal". Estas prácticas tienden a sobreestimar el control individual como eje de la vida espiritual y carnal. Se trata de técnicas que en conjunto persiguen un modo de operar sobre el cuerpo, con miras a operar sobre el mundo.

Las representaciones sobre el cuerpo que emanan de estas técnicas que el sujeto implementa consigo mismo están sustentadas en una noción binaria del ser humano. En tanto que aceptan una entidad material o cuerpo físico y una entidad inmaterial nominada espíritu, alma, mente o energía, el cuerpo es tratado como un conjunto de factores que se puede integrar como si antes de estos aprendizajes hubiera estado desintegrado.

De estas técnicas es posible rastrear la concepción de la persona como la suma de sus partes y la del cuerpo vinculado al ideal heterosexual, de belleza, de completud, de la razón, de la salud y el bienestar. Se trata de un conjunto de configuraciones que plantea un modelo hegemónico del cuerpo humano basado en estos ideales y que suscita la exclusión o incluso la anulación social de otros cuerpos que no tienen cabida en este sistema de creencias. Baste mencionar ejemplos tales como cuerpos siameses, hermafroditas, con capacidades diferentes, enanos, transexuales, transgéneros, homosexuales.

Los saberes, esquemas y representaciones que giran alrededor del cuerpo humano no son sino tributarios de una visión del mundo, y dentro de ésta, de una definición de la persona (Turner, 1989). El cuerpo humano o más específicamente, la diversidad de cuerpos humanos no puede ser un tema indiscutible. Detrás hay un fondo cultural que filtra tanto las interacciones entre los cuerpos como la relación que se establece con el propio cuerpo.

Es así que alrededor de la vida del cuerpo hay una constelación de normas culturales que organizan, orientan y administran la vida de las personas y la vida de las poblaciones (Foucault, 1999). Sujeto a una serie de convenciones y a una serie de rutinas específicas, el control del cuerpo constituye una expresión del control social. Cuando los cuerpos transgreden dichos controles, provocan procesos de estigmatización convirtiendo los ciclos biológicos de la vida en ámbitos de significación social y de moralidad. De hecho, para referirse al cuerpo suele hablarse desde términos morales como prácticas apropiadas, correctas, impecables, adecuadas y sus contrapartes (Turner, 1989).

En este orden de ideas, es importante resaltar una cuestión de extremo valor en el ser humano, que es su capacidad infinita y diversa para sentir placer. La relación entre el placer y el cuerpo es ante todo irreductible. Los placeres implican la corporalidad a través de sus sensaciones y sus significados; su manifestación es diversa, idiosincrática y peculiar; por ello los placeres son inevitablemente relativistas. Mas esta capacidad humana para el placer tiene un fondo cultural. Los placeres no son en ningún sentido homogéneos y en distintos niveles, esto ha representado un problema para el mantenimiento del orden social.

Los placeres humanos no provienen única y exclusivamente de la satisfacción de necesidades fisiológicas sino que exploran más allá, incluso a costa de poner en riesgo el propio cuerpo y en ocasiones en contra de él. Hay placeres que parecen ser no necesarios y que incluso son signados como antisociales al manifestarse destructivos para la persona y los que la rodean, tal es el caso del consumo de drogas o la autoflagelación, por mencionar sólo un par de ejemplos. La distinción entre placeres “buenos” y “malos”, “correctos” e “incorrectos”, necesidades “reales” y “falsas” así como deseos, ha desatado diversas polémicas de orden filosófico, científico, histórico, político y moral. No obstante, la constante histórica es que tanto el individuo como los grupos sociales, han estado inmersos dentro de una red de disposiciones y regulaciones sociales de sus necesidades, placeres y deseos (Turner, 1989).

Comer, dormir y beber, son las necesidades físicas por excelencia, que son imprescindibles para la vida del cuerpo. La insatisfacción de estas necesidades desemboca en el deterioro, el mal funcionamiento y el malestar; mientras que su satisfacción produce placer en la medida en que libera la tensión de una carencia irresuelta. Junto a estas necesidades, han sido reconocidas y jerarquizadas otro tipo de necesidades “sociales” como la necesidad de compañía, de respeto propio o de

autorrealización (Maslow, 1979). La necesidad desde este punto de vista, es un concepto explicativo dentro de un marco general de las teorías de la motivación, que sostienen que el comportamiento humano es producto de la búsqueda del placer y de la elusión del dolor. La necesidad desde esta perspectiva, implica un objeto que la satisface, siendo este objeto exterior a ella. Sin embargo, la experiencia del placer y del dolor tiene raíces culturales y subjetivas ante las cuales este tipo de modelos suelen desplomarse ante un análisis de los placeres y los deseos que no tienen cabida dentro de esta clasificación.

En virtud de la corporeidad, hay necesidades que deben ser satisfechas y que son universales; sin embargo, los seres humanos no solamente necesitan comer, dormir, beber y tener actividad sexual. Existe ante ello un enorme espectro de variabilidad en que los placeres tienen lugar; sin embargo, todos son adquiridos en un contexto social que media la forma de satisfacerlos, son constituidos por la cultura. “El papel de la cultura es imponer al individuo las representaciones colectivas del grupo y refrenar las pasiones por medio de obligaciones colectivas y compromisos sociales” (Turner, 1989, p. 47). Por su parte, si bien el deseo no puede ser satisfecho, en tanto que el deseo mismo es su propio objeto, cabe señalar que posee dimensiones sociales, políticas e ideológicas a través de las cuales es producido, regulado y distribuido socialmente. El modo de producción del deseo determina un conjunto de relaciones sociales en torno a la elegibilidad de las personas, las provee de un discurso que designa los placeres socialmente adecuados y organiza sus relaciones. El discurso social sobre los placeres y las necesidades orienta los gustos, la vida sexual, la alimentación, la procreación, en fin, la relación con el cuerpo en general.

Siguiendo a Turner, la regulación social descansa entonces en alguna noción de las necesidades y en la distinción entre éstas, los placeres y los deseos que se encuentra vinculada con las expectativas sociales acerca de lo que es normal y aquello que no lo es en un contexto social determinado. Foucault (1984) ha sido uno de los principales teóricos que se ha ocupado de analizar el modo en que los placeres han sido sometidos a indagaciones científicas para desarrollar tecnologías en aras de su administración y control. En su obra, el cuerpo humano ocupa una cuestión central como objeto de las relaciones de saber y de poder. Al resaltar las discontinuidades de la historia, argumenta que el cuerpo es construido por el discurso. El cuerpo del deseo para Foucault (1990, 1992, 1999, 2001) no es el cuerpo fenomenal, vivo. Su análisis no aborda una subjetividad corpórea, encarnada, sino los procesos histórico-políticos que producen modos de subjetivación y corporalización.

Foucault (1992, 1999) llamó la atención sobre la manera en que la racionalización de la sociedad occidental desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, halló en el cuerpo humano el blanco de la exploración de los procedimientos científico-técnicos y se constituyó en el principal objeto del poder. Los nuevos saberes que emergieron de la psiquiatría, la psicología, la pedagogía y la criminología, han implicado la extensión del poder institucionalizado a través de una vigilancia del cuerpo y la instauración de una ética corporal en torno a lo deseable y lo prohibido, mediante prácticas y discursos que buscan saber para organizar, administrar y regular el cuerpo de los individuos y el cuerpo de las poblaciones en aras del orden social. Los trabajos de Foucault permiten ver cómo las sociedades basadas en el control y la observación institucional para la normalización de los cuerpos, han establecido conjuntos de restricciones normativas que producen y regulan dinámicas sociales íntimamente relacionadas con la experiencia corporal de las personas (Turner, 1989). Mediante regímenes específicos como la dieta y el ejercicio, dichas sociedades han conseguido que el cuerpo sea disciplinado por el individuo mismo; logrando el control a través de un sistema de vigilancia interna de la propia conducta (Foucault, 1990).

Sin embargo, hay otros cuerpos que transgreden las normas sociales de la salud, el orden convencional y la moral; al tiempo que son sometidos por instituciones escolares, jurídicas y sanitarias que mantienen una permanente observación de las señales que transgreden esos controles. El consumo de drogas, los tatuajes, escarificaciones e implantes, son algunas de las prácticas que al encontrarse inmersas en relaciones de poder-saber, se han convertido en delitos del cuerpo sujetos a la persecución y el castigo o en su caso, a la rehabilitación. De acuerdo con Piña (2004) los discursos médico-psiquiátrico-criminalistas, han condenado este tipo de prácticas a la patología y a la desviación, generando procesos de estigma, intolerancia e incompreensión alrededor de quienes las llevan a cabo.

Estos temas revelan uno de los conflictos sociales en términos de la subordinación de los deseos del cuerpo por las razones de la mente vía las instituciones como la familia, la Iglesia y el Estado; donde la historia de las sociedades puede verse como la racionalización de un proceso ascético del cuerpo a través de los diversos dispositivos y mecanismos de control y disciplinamiento. A este respecto, la obra de Foucault (1990, 1992, 1999, 2001) aporta un conjunto de herramientas teóricas para la comprensión de estos procesos, particularmente, respecto a las relaciones de poder-saber y las micropolíticas del cuerpo.

Por su parte, para el abordaje de la relación entre la disciplina y el control de los cuerpos *versus* el deseo, Turner (1989) planteó la necesidad de llevar a cabo una reflexión en torno a los paralelismos entre la idea de un régimen o gobierno del cuerpo y el régimen de una sociedad determinada. Su propuesta consiste en un artificio heurístico que identifica cuatro subproblemas dentro del problema general del orden social. Estos son la reproducción de las poblaciones a través del tiempo, la regulación de las poblaciones en el espacio, la restricción del deseo como un problema interior del cuerpo y la representación del cuerpo exterior en el espacio social como un asunto que atañe a la apariencia del cuerpo. Esquemáticamente, la teoría puede ser representada como sigue:

Poblaciones		Cuerpos	
Tiempo	Reproducción	Restricción	Interno
Espacio	Regulación	Representación	Externo

Toda sociedad reproduce su población y la regula en el espacio social; en el nivel individual, la sociedad exige la restricción de ciertos deseos y la presentación de la persona en el escenario social. Estos cuatro problemas presentan rasgos diferentes en las distintas sociedades, puesto que dependen también de la naturaleza del modo de producción económico, ideológico, cultural y político. En un nivel empírico, estas dimensiones no pueden ser distinguibles de manera clara, pero ello no contrarresta el valor analítico del modelo, que subraya el hecho de que todas las estructuras sociales que institucionalizan la desigualdad y la dependencia, son discutidas en el nivel de una micropolítica de la desviación y la enfermedad. Debido a que el cuerpo es la más potente metáfora de la sociedad, la enfermedad es la metáfora más prominente de la crisis estructural. “Toda enfermedad es desorden: metafórica, literal, social y políticamente” (Turner, 1989, p. 149).

Si bien el cuerpo, como campo subjetivo es construido a partir de ciertos procesos histórico-políticos, conformaciones simbólicas e imaginarias, y dispositivos ideológicos e institucionales, como lo señaló Parrini (2007), los sujetos no sólo son resultado de una tecnología de poder institucional que demarca las coordenadas de la subjetividad. Los sujetos reformulan los modos de vivir institucionalizados, los desplazan, se los apropian desde una dinámica que es cotidiana y permanente que alude a una “microfísica no sólo del poder, sino también de sus reveses, de sus reacomodos y de las resistencias que se le oponen y lo desplazan” (p. 17).

Así, las diversas maneras en que los sujetos se apropian de su corporalidad pueden tomar formas aceptables, indeseables o prohibidas de vivir, de imaginar, de presentar y de sentir el cuerpo que se encarnan y se modifican a lo largo de la vida.

La experiencia del cuerpo, moldeada por discursos normativos que son interiorizados mediante procesos de socialización, organizan las prácticas cotidianas en torno a una ética corporal que exige al cuerpo cierto tipo de sexualidad, de dieta, de higiene, de figura, de movimientos, de olores, y en general, de su presentación en la escena social —entre otros usos del cuerpo que cuentan con aceptabilidad en contextos urbanos contemporáneos. Lo que corresponde señalar es que a estas formas aceptadas de ser cuerpo, coexisten otro tipo de corporalidades que subvierten el orden social como resultado también de discursos y prácticas institucionalizadas, pero re-apropiadas por los individuos como una expresión del entrecruzamiento entre lo singular y algunos procesos sociales e históricos. En el siguiente capítulo nos ocuparemos del uso de drogas como una práctica corporal que subvierte en algunas de sus dimensiones dichos controles.

3. Corporalidad y Uso de Drogas

Consumir drogas, ingerirlas, inyectarlas, inhalarlas, fumarlas o beberlas, constituye una experiencia ante todo vivida que instiga el abordaje de la corporalidad puesta en juego: en tanto la experiencia del sujeto toma forma desde la singular perspectiva que es el cuerpo como marco subjetivo, social y espacio-temporal. En este contexto, no hay ningún sentido, ningún significado que no esté anclado en una experiencia corporal.

La práctica de usar drogas es considerada aquí como una forma de relación que el sujeto establece consigo mismo, tras modificar de manera intencional su estado de ánimo, su percepción y su sentir a fin de experimentarse y experimentar el mundo a través de la alteración de su propio cuerpo. Con el uso de drogas, cambia la relación con el cuerpo al cambiar la relación con los sentidos, la percepción del tiempo, del espacio, de sí mismo y de los otros.

En esta perspectiva, la ingesta de drogas sólo puede ser vista como una práctica que deviene en experiencia subjetiva, que incide en el imaginario social y en la relación entre el sujeto y su cuerpo a través del placer, el dolor, el antojo, la sensualidad, el deseo, el erotismo y la angustia experimentada —por mencionar sólo algunos ejemplos— como dimensiones constitutivas de la experiencia que han sido silenciadas por las cifras que pretenden dar cuenta del fenómeno.

En este contexto, cabe preguntar por qué a pesar de una serie de mecanismos sociales para el control del uso de drogas, perduran las concepciones de éstas como objetos capaces de producir placer, bienestar, estatus social, relajación, potencia sexual, confianza en sí mismo, sensación de libertad, aceptación social, entre otras; mismas que es deseable incorporar al estudio de las adicciones para tener una comprensión más cabal del asunto. De ahí la importancia de mirar hacia el vínculo cuerpo-subjetividad como el marco en el que se anudan este tipo de experiencias.

Para Escotado (1998), hay ciertas situaciones en las que el cuerpo es “vencido” por el “espíritu” —al grado de que en algunos casos es posible prescindir por periodos del alimento, del sueño, del sexo y del movimiento. En el caso de los estados de intoxicación, la droga vence al cuerpo tras la afectación de los ánimos, aunque de manera efímera, potenciando la serenidad, la energía y la percepción; reduciendo el dolor, la aflicción, la apatía y la rutina psíquica.

El psiquismo humano depende de aportaciones externas, pero no toca esas materias sino a través del cuerpo, que las metaboliza previamente. Con todo, algunas moléculas no se transforman en nutrición y provocan de modo directo un tono anímico. Desde ojos cartesianos, son modalidades de cosa extensa que incumplen la regla e influyen sobre la cosa pensante. A caballo entre lo material y lo inmaterial, lo milagroso y lo prosaico, por el juego de un mecanismo puramente químico <<ciertas sustancias permiten al hombre dar a las sensaciones ordinarias de la vida y a su manera de querer y pensar una forma desacostumbrada>> (Escotado, 1998, p.13).

En los procesos de intoxicación, el cuerpo se pone en juego no sólo desde los mecanismos fisiológicos de la adicción, como lo ha propuesto el modelo médico hegemónico. También como el sitio de la experimentación y el sentido, donde el sujeto establece una singular relación consigo mismo; dando lugar a un cuerpo subjetivo que encarna los preceptos sociales en torno a lo que significa, cómo se valora, lo que se hace y lo que se dice tanto del propio cuerpo como de los otros cuerpos.

Bajo esta perspectiva, la propuesta consiste en explorar la configuración subjetiva del cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas, tras enfocar el cuerpo como experiencia y atender a las correspondencias subjetivas que dan cuenta de lo que el sujeto experimenta y los procesos sociales que estructuran la experiencia.

3.1. El uso de drogas como un uso del cuerpo

Lejos de explicar el uso de drogas por la presencia de un conjunto de características psicológicas que predisponen o motivan al individuo a utilizar sustancias, el estudio asume la postura de Becker (1971), quien mostró que es en el curso de la experiencia que se desarrolla la motivación y el gusto por las sustancias y no al revés. Usar drogas implica un aprendizaje que con el tiempo, la práctica y la interacción con otros usuarios, es factible de producir motivaciones “desviadas” de las que se esperan en torno a los usos sociales del cuerpo.

Con base en una serie de entrevistas que Becker realizó a fumadores asiduos a la marihuana, identificó una trayectoria en la experiencia en términos de cambios de actitud y aprendizaje, que con la práctica suelen llevar al uso de la sustancia de una curiosidad imprecisa y vaga —por el tipo de experiencia que la marihuana puede producir— a un patrón de conducta de su uso por placer a través de la interpretación social de una experiencia física que en sí misma es ambigua.

De acuerdo con sus observaciones, el uso continuo de la marihuana resulta de la resignificación que el individuo hace de la droga misma y de los usos que puede darle;

concepción que se desarrolla a medida que la experiencia del individuo con la droga aumenta.

La “carrera” —como la llama el autor— del usuario de marihuana comienza cuando la persona se siente dispuesta a probar por primera vez la sustancia. En este momento, puede tener ciertos conocimientos previos a la experiencia sobre la experiencia misma. Este conjunto de saberes en torno a las drogas son de orden común; la escuela, los medios masivos de información, los anuncios publicitarios del gobierno, las instituciones de salud, difunden sus discursos y contribuyen a formar ciertas ideas sobre el uso de drogas. Incluso la observación de la experiencia de otros proporciona también información. No obstante, mientras el sujeto no haya participado de probar una sustancia, la experiencia carece aún de la connotación *vivida* hasta que lleva a cabo la acción; y a partir de la que puede o no repetirse o bien, transitar por una serie de etapas si es que el sujeto desarrolla y mantiene un conjunto de actitudes que lo convertirán en un usuario de marihuana que la utiliza por placer y que estará dispuesto a ingerirla en cada oportunidad que tenga de hacerlo. Estas etapas, Becker las describió como sigue:

3.1.1. Aprender la técnica

En el inicio de la experiencia pueden presentarse de manera simultánea, temores, ideas y expectativas respecto a los efectos y posibles reacciones que se obtendrán con el uso de la droga. Probar la marihuana como cualquier otra sustancia, no produce *per se*, efectos placenteros. Es habitual encontrar que el individuo que fuma por primera vez, necesita ensayar varias veces antes de percibir sensaciones agradables. Una forma de explicar este hecho es que el principiante no comienza fumando la droga de manera “correcta”, puesto que fumar marihuana requiere la operación de su propia técnica, sin la cual el usuario no logrará administrarse una dosis suficiente para producir los efectos de la intoxicación.

Becker observó que el desconocimiento de la técnica así como la carencia de sentido en los primeros ensayos, tienden a aminorar la posibilidad de que el fumador desarrolle una concepción de la droga como un objeto capaz de producir placer y con ello, la disminución de intentar utilizar la sustancia posteriormente. Por su parte, en los casos en que los usuarios continuaron después de sus primeros ensayos, encontró que habían aprendido a utilizar la técnica para inducirse un estado placentero con la sustancia, así como un cambio en la concepción de la droga misma. El autor sugirió

que esto suele suceder como resultado de la interacción del principiante con usuarios experimentados, de quienes puede aprender la forma “correcta” de fumar la marihuana a través de la transmisión de sus conocimientos o incluso por medio de la observación y la imitación de las operaciones necesarias para llevar a cabo la intoxicación.

3.1.2. Aprender a percibir los efectos

El aprendizaje de la técnica sin embargo, no garantiza una experiencia placentera como tampoco un significado positivo de la sustancia. El individuo tiene que asimilar también las sensaciones y tomar conciencia de sí bajo los efectos de la misma.

El <<volar>> está integrado por dos elementos: la presencia de síntomas provocados por la marihuana, por un lado, y el reconocimiento de estos síntomas por parte del fumador y la asociación de los mismos con su uso de la droga, por el otro. Es decir, que no es suficiente que los efectos estén presentes; ellos no previenen, por sí mismos, la experiencia de <<volar>>. El fumador tiene que ser capaz de percibirlos en sí mismos y relacionarlos conscientemente con el hecho de haber fumado marihuana, antes de tener esta experiencia. De no ser así, y sin que importe qué efectos se producen realmente, el fumador considera que la droga no ha tenido efecto alguno en él (Becker, 1971, p. 54).

A partir de observar a los fumadores experimentados, el principiante se forma la expectativa de que la droga le producirá una experiencia similar. Ello motiva la repetición del consumo hasta que logra identificar los efectos esperados; lo cual implica una escrupulosa toma de conciencia para percatarse de la experiencia que no había logrado explorar. El diálogo con los fumadores experimentados juega un papel clave porque brinda elementos al aprendiz para distinguir las reacciones y las señales específicas que se supone se deben sentir, y de ese modo, inducir la experiencia de intoxicarse con la marihuana.

Los conocimientos y saberes que circulan los usuarios experimentados, ofrecen referencias concretas que el principiante suele aplicar a su propia experiencia. Estas nociones le permiten localizar, reconocer y registrar las señales de la intoxicación entre sus propias sensaciones y asociarlas de manera directa al uso de la droga. La integración de estos acontecimientos es crucial para adquirir y formar los conceptos que hacen posible la toma de conciencia de las sensaciones percibidas.

Es hasta que el individuo logra ser capaz de sentir los efectos que podrá seguir fumando marihuana con el objetivo de obtener placer. Cuando continúa con esta carrera de consumo, adquiere también los conceptos necesarios para expresarse a sí

mismo la experimentación de nuevas sensaciones provocadas por la droga. Para que se convierta en un fumador de marihuana, no sólo es necesario que la droga se utilice en forma que produzca efectos. Según el sociólogo, una condición necesaria es que aprenda a percibirlos cuando éstos se presentan y la droga adquiera el valor simbólico de objeto que puede ser usado para obtener placer.

Con el aumento de la experiencia, el fumador podrá alcanzar una mayor apreciación de los efectos de la droga. Aprenderá a examinar con minuciosidad las experiencias subsecuentes y continuará en la búsqueda de nuevos efectos, asegurándose de mantener los que ya conoce. En esta etapa ha alcanzado el desarrollo de un conjunto de categorías que le permiten experimentar los efectos de la droga con cierto grado de facilidad y aumentar su nivel de conocimiento para distinguir entre la gama de síntomas producidos, entre tipos de marihuana y niveles de potencia.

Mas la capacidad de percibir los efectos de la droga ha de mantenerse, de lo contrario, su uso será factible de terminar. Becker argumentó que por un lado, las personas que llegan a ser grandes consumidores de alcohol, barbitúricos u opiáceos, generalmente no continúan fumando marihuana debido a que pierden la capacidad de distinguir entre sus efectos y los de las otras drogas. Por otra parte, aquellos casos en los que el individuo fuma marihuana de manera cotidiana, es muy posible que sienta que la droga no tiene efecto sobre él, dado que falta el elemento esencial, que es una diferencia perceptible entre el sentirse bajo los efectos y sentirse "normal". En tal situación, es probable que el fumador abandone la droga en forma total, aunque temporaria, con el objeto de poder volver a ser capaz de percibir tal diferencia.

3.1.3. Aprender a gustar de los efectos

La experiencia tiende a prolongarse cuando el individuo desarrolla un gusto por los efectos que aprendió a experimentar. Ha descubierto que las sensaciones de fumar marihuana no son automáticas ni necesariamente placenteras. El gusto y el placer experimentado constituyen un asunto socialmente adquirido. Los mareos, la sensación de sed, la picazón en el cuero cabelludo, la pérdida de la noción del tiempo, el desequilibrio generalizado del cuerpo, la pérdida de control, la confusión, la incapacidad para mantener una conversación o la sensación de sentirse perseguidos, son algunas de las señales que el individuo habrá de connotar de forma agradable si persiste en fumar marihuana. De no ser así, aún cuando estas reacciones configuren una experiencia real, será una experiencia desagradable que preferirá evitar.

Al inicio de la experiencia, las primeras sensaciones suelen presentarse como fuentes displacenteras o por lo menos ambiguas. Las reacciones percibidas de manera general provocan extrañeza, malestar, temor, susto y confusión. A menos que consiga redefinir la gama de sensaciones iniciales como gratas, el individuo podrá ser capaz de encontrar placer en los efectos de la droga y eventualmente, convertirse en un fumador habitual.

La interacción con usuarios experimentados es crucial en tanto que ellos se encargarán de transmitir al principiante una serie de estrategias, conocimientos y pautas para regular la cantidad de la droga a ser administrada; las formas de evitar los síntomas desagradables, a redefinir las señales ambiguas y aprender a retener las placenteras. Las sensaciones que fueron en un comienzo causa de extrañeza y desagrado, se transformarán en un gusto por la experiencia. La definición favorable de los efectos inducirá placer y la marihuana será representada como un objeto deseable y buscado.

Esta actitud es una importante condición para el uso continuado de la droga. No obstante, también pueden ocurrir episodios desagradables incluso en los usuarios más experimentados; ya sea porque han fumado una cantidad mayor a la habitual o por la calidad misma de la droga. Cuando esto ocurre, el fumador puede hacer una revaloración de la experiencia y continuar o no con su uso en la medida en que establezca una relación con la sustancia como objeto capaz de producirle placer o que ha cesado de hacerlo. El grado de contacto que el individuo establece con otros fumadores participa de la probabilidad de que ocurra tal redefinición. Cuando el nivel de interacción es intenso, el individuo es disuadido de su sentimiento negativo hacia la droga, y de este modo, los compañeros evitan su deserción. Aunque también puede ocurrir que a una experiencia perturbadora con la marihuana, le siga una reducción en el contacto con otros fumadores y con ello se interrumpa el consumo. Becker observó también que reanudar contactos con usuarios después de un periodo de abstinencia, aumenta la probabilidad de redefinir la naturaleza de la droga y reiniciar o continuar con el uso de la sustancia.

La transición de una a otra etapa en la trayectoria de consumo, dependerá no sólo del mantenimiento de la capacidad de disfrutar los efectos que ha alcanzado con la marihuana; sino del modo en que intervengan determinadas fuerzas sociales para controlar su uso —en la medida en que se trata de una práctica ilegal y socialmente sancionada— y la posición que el sujeto guarde frente a éstas.

3.2. Entre el placer y las normas

Siguiendo a Becker, el aprendizaje del gusto por los efectos de la marihuana constituye una condición necesaria pero no suficiente para desarrollar una pauta estable de consumo. La evolución de esta práctica es posible en la medida en que el usuario reafirma la capacidad adquirida para disfrutar los efectos. No sólo debe considerarla como un asunto divertido; sino tener la disposición a permanecer consciente de las implicaciones derivadas de llevar a cabo un comportamiento sancionado de manera legal y con una marcada desaprobación social, así como sobrellevar éstas cuando lo requiera.

Además de los riesgos de arresto o encarcelamiento que conlleva el carácter ilegal de las drogas para el consumidor, el individuo se ve orillado a resistir un conjunto de fuerzas de control social que se despliegan a través del uso del poder, de la aplicación de sanciones y otros mecanismos sutiles como descalificaciones, amenazas implícitas y connotaciones morales para desalentar el consumo. Este tipo de controles suelen desplegarse en los círculos familiares, laborales, escolares y sociales en general. Con atribuciones relacionadas a un escaso control de la propia conducta, a un sentido inmoral e irresponsable frente a sí mismo y frente a quienes lo rodean, así como un carácter falto de voluntad, aunado a una serie de factores psicológicos adversos, el usuario de drogas se ve inmerso en procesos de estigmatización convirtiéndose en objeto de rechazo, ostracismo y abandono (Goffman, 2006).

No obstante la serie de mecanismos de control que actúan para desanimar la intoxicación, esta práctica persiste en la medida en que se encuentra en el horizonte social de lo posible. Pese a los controles y prohibiciones sociales y normas legislativas, el uso de drogas ilegales muestra un aumento en las tasas de consumo, la expansión en distintos grupos sociales, patrones de consumo cada vez más complejos, la aparición de nuevas drogas, de laboratorios clandestinos, así como un conjunto creciente de procesos violentos tanto en número como en gravedad, relacionados con el uso y la venta de estupefacientes.

En el marco de los controles sociales para el uso de drogas, Becker (1971) identificó tres etapas en la carrera del fumador de marihuana. La transición de una a otra representa un notorio cambio en la relación que establece el sujeto consumidor con los controles de la sociedad en general y con la subcultura del uso de drogas. La primera etapa se refiere a la primera experiencia. La segunda es cuando el consumo

ya se ha vuelto ocasional y dependiente de factores circunstanciales; y la tercera, cuando el consumo es llevado a cabo de manera cotidiana y sistemática.

De acuerdo con el autor, el paso de un nivel de consumo a otro, refleja que los diversos tipos de controles sociales se han vuelto progresivamente menos efectivos; o alternativamente, la forma en que al impedir estos cambios, los controles siguen siendo efectivos. Los principales tipos de control que identificó son: a) la limitación del suministro y el acceso a la droga, b) el mantenimiento del secreto y c) el control a través de la definición del acto como inmoral. Cuando dichos controles pierden su efectividad, en los niveles y combinaciones que a continuación se describen, puede considerarse una condición especial para el consumo continuo e incrementado de la sustancia.

3.2.1. El suministro

En primer lugar, la posesión o venta de drogas ilegales constituye un delito. Su distribución proviene entonces de fuentes ilícitas no necesariamente accesibles a todo público. Cuando una persona comienza a utilizar alguna droga ilegal, inicia también ciertos contactos subrepticios para tener acceso a las sustancias con grupos usualmente organizados alrededor de una serie de valores y actividades que se oponen a los de la sociedad convencional. Si el individuo aún no ha experimentado con alguna droga pero tiene contactos con estos grupos, es muy factible que tenga la oportunidad de hacerlo.

Cuando no es fácil conseguir la droga, la participación en este tipo de grupos proporciona conexiones con otros a quienes es factible el acceso. Así mismo, provee las condiciones para el nivel siguiente de uso ocasional, en el que el individuo usa las drogas en forma esporádica e irregular. Este tipo de consumo depende de las condiciones de disponibilidad creadas por el contacto con otros usuarios. Al inicio, el individuo usa la droga en compañía de otros que tienen provisión de la misma; de no ser así, es posible que desista de usarla.

Al tornarse el consumo en habitual y sistemático, el individuo ha logrado establecer conexiones con personas que comercian con los estupefacientes, logrando una fuente de suministro más estable y posibilitando incrementar su ingesta. A medida que una persona se integra con pares usuarios de drogas no sólo se generan procesos de identificación y pertenencia grupal; también adquiere un mayor conocimiento sobre los

traficantes. Se ha ganado la confianza del grupo para obtener información sin correr el riesgo de comprometer a alguien.

Las fuentes de suministro permanecen en un estado de inestabilidad como resultado de la persecución y sus correspondientes sanciones legales hacia los traficantes. La regulación y el control del consumo por la vía legal generan a su vez que dichas fuentes se tornen más inseguras y el acceso a las sustancias sea cada vez más difícil y riesgoso para los consumidores. Si bien los mecanismos sociales actúan para limitar la disponibilidad de la droga, cada nivel de consumo adopta su propia forma de suministro. En la medida en que el individuo incrementa su consumo, tiende a participar en grupos en los cuales, los controles que limitan el acceso a la droga han dejado de ser efectivos. El sujeto consumidor adopta nuevos valores e incrementa su sensibilidad a los controles del grupo de usuarios, permitiendo la entrada a fuerzas grupales que presionan a favor de nuevas fuentes de suministro.

Becker señaló que los cambios en la forma de suministro crean a su vez las condiciones para que el individuo transite hacia un nuevo nivel de consumo, al modificar las posibilidades de acceso del individuo a las sustancias, las cuales sólo pueden obtenerse a través de canales ilícitos.

3.2.2. El secreto

El uso de drogas es así mismo mediado por el grado en que los individuos llevan a cabo un comportamiento que saben o creen que es inadecuado. Temen recibir algún tipo de sanción por parte de la gente significativa si ésta descubre tal inadecuación real o supuesta en su conducta y se alarman al pensar que sus relaciones con los no usuarios de drogas serán alteradas luego de este descubrimiento. Tras estas percepciones, la intoxicación suele llevarse a cabo en forma secreta.

En el desarrollo de su experiencia con la droga y en el curso de la relación del usuario con otros consumidores, los lazos que unen al sujeto con los diferentes tipos de controles se flexibilizan de manera paulatina. No obstante, el usuario se empeñará en mantener oculto su consumo, principalmente, cuando se está iniciando en la experiencia. El logro del ocultamiento de la conducta ante no usuarios posibilita a su vez un nuevo nivel de consumo, sin embargo, el individuo utilizará la sustancia sólo en aquellas ocasiones en que el encuentro con los no usuarios parezca poco probable. El temor a ser descubierto impedirá que el individuo mantenga una provisión de la droga,

y su consumo dependerá de los encuentros con otros usuarios. No necesariamente lo realizará cuando lo desea.

Cuando el consumo es regular, el individuo en cambio, tiende a no tomar en cuenta las posibilidades de encuentro con los no usuarios ni planea sus momentos de consumo con base en las mismas. Su actitud con respecto a ser descubierto ha cambiado. Ha reducido sus contactos con no usuarios de manera notable y también ha aprendido a ocultar los efectos de la droga cuando está en presencia de ellos aunque tema que la variedad de síntomas que la droga pueda producir, sean interpretados como un signo de un comportamiento anormal. Becker mencionó que una condición para que el consumo sea regular es el cambio en la concepción de los usuarios de las posibilidades de ser detectado. Lo que ocurre es que en este nivel de consumo ha aprendido una forma de actuación bajo los efectos de las sustancias que le permite llegar a la conclusión de que su consumo puede continuar en secreto; ha perdido el temor a ser descubierto. Esto significa que cuando el consumo ya es habitual, el individuo está cada vez más alejado de los límites y los lazos que lo unían a la normatividad convencional aunque nunca llega a segregarse de manera completa de ellos.

En la trayectoria de la experiencia con el uso de drogas es posible observar en principio, un comportamiento en el que los individuos limitan su consumo en función de la intensidad de sus miedos, realistas o no, a ser descubiertos por los otros significativos y hacerse acreedores a un castigo. En la medida en que este tipo de control pierde importancia, la práctica comienza a ser considerada como algo que puede mantenerse en secreto con relativa facilidad. Esto implica que el paso de un nivel de consumo a otro puede darse si la persona cambia su concepción de los peligros implicados en el mismo, de modo tal de permitirlo.

3.2.3. La moral

Otro medio por el cual se controla el consumo de marihuana, son las nociones morales convencionales. Los imperativos morales que actúan en este caso son los que requieren que el individuo sea responsable de su propio bienestar y sea capaz de controlar su conducta de manera racional. El estereotipo del adicto a las drogas representa a una persona que viola estos imperativos. Lo descrito por Becker (1971) señala que en las distintas fases de la intoxicación, los valores morales que en un principio constituían barreras para el consumo, a menudo se van liberando con la

ingesta constante de la droga. El individuo pierde de manera paulatina inhibiciones y frenos y se incrementa el desinterés por actividades socialmente normativizadas como la escuela o el trabajo.

Al establecer una relación de dependencia con la droga, el sujeto se somete de forma voluntaria a un hábito difícil de romper; incluso aún cuando comparte ciertas ideas referentes al estereotipo del “drogadicto”, no las verá en él. En el curso de la trayectoria con el uso de marihuana, la visión convencional y la caracterización usual del consumidor de drogas tenderán a ser disuadidas y ello en gran parte se deberá a la integración con pares desviantes. La observación de los otros sobre cómo utilizan las sustancias, la laxitud del grupo de usuarios frente a las normas convencionales, el sentimiento de pertenencia al grupo y la adquisición de nuevas formas de relación proveen las condiciones para evitar los controles en un grado suficiente y continuar con la experiencia del consumo.

Junto con una serie de racionalizaciones para sostener dicha experiencia, el grado de especialización de la práctica cuando ésta se ha hecho sistemática intervendrá también para mantener el nivel de intoxicación. Sin embargo, ésta cada vez adquirirá un carácter más planeado que al principio de la experiencia, pues el sujeto ha aprendido a evaluar los momentos apropiados, lo que le hará sentir control sobre el consumo convirtiendo en inocuas las posibles contradicciones de su práctica y elevar el sentimiento de dominio sobre sí mismo.

Señaló Becker que ello sólo es posible cuando el individuo ha reorganizado sus nociones para excluir su propio consumo de los imperativos morales convencionales sobre las drogas; así como también considerar que su consumo no ha llegado a ser excesivo. La posición del usuario frente a estos imperativos estará por momentos en constante reevaluación como condición necesaria para que pueda continuar con el consumo. El individuo de manera continua deberá asegurarse de que aún no ha “cruzado la línea”. Sin embargo, con el curso de la experiencia y la dependencia desarrollada a la sustancia, es muy posible el advenimiento de la sensación de pérdida de control, que lo llevará a realizar una serie de pruebas e intentos de abandonar la droga, espaciar su consumo o manejar los tiempos para darse cuenta del control que aún conserva.

En otros casos, más influenciado por un saber popular basado en un punto de vista médico y psiquiátrico del consumo de sustancias, el sujeto consumidor evaluará su práctica en términos de su salud mental al aceptar la suposición de que el consumo se

debe a un desajuste mental del individuo que le provoca que las drogas le sean necesarias. De este modo, el uso de la sustancia se convertirá en un símbolo de su debilidad psíquica y su debilidad moral. Señala Becker que a menos que no aparezca otro tipo de racionalización sobre la experiencia, el sujeto se predispondrá en contra de un consumo regular o en aumento.

En síntesis, Becker explicó que el hecho de que una persona pueda continuar con su carrera como usuario de marihuana, dependerá en gran parte de que logre atribuir menos importancia a las normas convencionales sobre la droga; y sobre todo, las reemplace por una visión de “adentro” que ha adquirido a través de su experiencia con la droga y la integración con otros usuarios.

3.3. El cuerpo como el lugar de la experimentación y el sentido

Es menester señalar que el estudio de Becker (1971), es relevante para nuestros propósitos porque describe el consumo de marihuana como un proceso de aprendizaje inserto en un continuo entre la norma social y el deseo en el marco de un contexto sociocultural determinado. El análisis del autor es considerado un punto de partida para los objetivos de la investigación porque resalta el conflicto entre las normas internas y las externas en cada fase de transición de la trayectoria con el uso de la droga, donde los requerimientos sociales estructuran las modalidades de experiencia subjetiva, en tanto están condicionadas por modos de subjetivación que trazan un margen a la experiencia.

El punto de vista de Becker, ubica el uso de la marihuana como una forma de elección que aunque no es completamente deliberada, contempla la intencionalidad del sujeto y el nivel de implicación de su experiencia subjetiva. Si bien, el autor especificó la manera en que el uso de esta sustancia se concreta como una práctica socialmente aprendida, es necesario explicitar que el proceso de aprendizaje del usuario no sólo se centra en el manejo de la droga sino en el manejo técnico de su propio cuerpo. En la carrera con el uso de marihuana antes descrita, es de resaltar la forma en que el usuario aprende un conjunto de conocimientos, imaginarios y técnicas sobre la droga pero también sobre cómo operar y ejercer un proceso técnico sobre su propio cuerpo. Si recordamos que:

Toda técnica del cuerpo constituye un hábito por aprender. Es justamente en este aprendizaje-entrenamiento en el que se definen los niveles de intervención del sujeto y en donde se dan la mecanización y la falta de incidencia individual o la ausencia de un movimiento en pleno contacto con

el sujeto. Es decir, no es a un lado de la técnica que el individuo se vuelve o no expresivo, sino dentro de ella, dependiendo de si interviene o no en la producción del movimiento y la acción (Islas, 2001, p. 562).

En términos de Volli (2001), podemos entender el uso de una droga como una técnica extracotidiana, en tanto se añade a una historia precedente que desacondiciona y cambia la percepción del cuerpo a partir de esa historia; al tiempo que produce una modalidad diferente del uso “normal” del cuerpo al implicar al sujeto el aprendizaje de un conjunto de conocimientos que determinan qué sustancias utilizar y para qué efectos; la identificación y el sentido de las reacciones, las vías de administración, las dosis, los modos de preparar las sustancias, las recetas, fórmulas y estrategias, los momentos para hacer precisas las combinaciones, sus modos de empleo y lograr un gusto por los efectos que se retroalimenta con la experiencia y conlleva una marcada impronta corporal. Con el uso de drogas se activa un imaginario fisiológico y topográfico del cuerpo y sus sensaciones que conlleva una forma particular de vivirlo al tiempo que constituye una práctica social al ser compartida por otros.

En la trayectoria con el uso de drogas hay una alteración de los ritmos del cuerpo y sus prácticas que en efecto, influyen en el estatus de quien las practica; tiene una proyección frente a otros y se caracteriza por una dirección activa que el sujeto asume sobre sí mismo, y que da como resultado una experiencia subjetiva del propio cuerpo.

Toda técnica corporal, cotidiana o extracotidiana, tiene la virtud de producir cierto estado de conciencia o de inconsciencia: todo es significativo para dar cuenta del trabajo corporal. Y aunque quizá las extracotidianas hacen un énfasis más consciente en la producción de ciertas formas de subjetividad, toda técnica, en la medida en que es vehículo de un afuera social más o menos vertido en ella, conforma el interior (Islas, 2001, p. 557).

De acuerdo con Islas, es importante hacer notar que los usos del cuerpo como técnicas corporales se encuentran insertas en lo que llama una “tecnología corporal” que incluye las técnicas corporales como tales y los modos de implantación social, en tanto que se encuentran en estrecho vínculo con la estructura cultural que los produce. Incluso la autora propone hablar de “tecnologías corporales” como el conjunto de técnicas cotidianas y extracotidianas atravesadas no solamente por rasgos kinéticos sino por relaciones jerárquicas de poder, pues se hallan determinadas por grados de determinación externa y de producción subjetiva al mismo tiempo.

Ante el hecho que Becker (1971) señaló, que sólo en el transcurso de la experiencia es que los usuarios aprenden a significar los efectos que provoca la marihuana, es

posible pensar que procesos similares ocurren también con otro tipo de drogas; puesto que lograr sentir placer con ellas, no obedece a una reacción inmediata, como hemos revisado anteriormente, constituye una experiencia de aprendizaje entre cruces de saberes, prácticas, técnicas, normas, contextos y formas de interacción.

Como resultado de este proceso, al experimentar un estado de intoxicación, la persona experimenta consigo misma tras la percepción alterada de su propio cuerpo, cuya motivación a relacionarse con cualquier tipo de sustancia es precisamente el efecto que ejerce sobre sí. De acuerdo con Walton (2005), estos efectos pueden abarcar un amplio espectro: desde la sensación de bienestar hasta el aturdimiento, alegría, somnolencia, relajación, pérdida de la conciencia, sensaciones de disociación hasta alucinaciones psicodélicas. Incluso la conciencia de la propia presencia en el mundo, alcanzada por medio de una percepción delirantemente exacerbada de éste, pueden ser resultado de muchas experiencias de intoxicación. Efectos que incluso se superponen al mezclar distintas sustancias. Bajo la premisa fenomenológica del cuerpo como vehículo del mundo (Merleau-Ponty, 1945), *lo que se le agregue o quite* modifica no sólo el estado fisiológico del sujeto; le implica formas diversas de conocer, trabajar, imaginar, sentir y operar sobre su propio cuerpo y su alrededor. De ahí que sea incluso apropiado decir que se hace un determinado uso del cuerpo, no de las drogas.

Para poner a prueba la serie de hipótesis que se han planteado hasta aquí, será necesario interrogar a la experiencia misma en términos del tema de la transgresión de las normas para los usos socialmente aceptados del cuerpo, de las modificaciones del uso de algunas de sus partes, del espacio, del tiempo, de los límites de lo aceptado y lo prohibido y la simbólica del cuerpo que se pone en juego. Se trata de averiguar el modo en que el uso de drogas decodifica la normatividad de los usos del cuerpo así como dar cuenta de los procesos técnico-corporales que surgen en determinada situación social y funcionan en esa lógica. Se trata en fin, de explorar los procesos de significación y la configuración subjetiva del cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas desde el nivel de la narración, es decir, desde el universo de la significación con la que los usuarios de drogas relatan su propia experiencia en el marco de las condiciones sociales de producción de sentido.

4. La Experiencia Subjetiva del Cuerpo como Producción Narrativa

El estudio asume que el cuerpo, en tanto experimentado fundamentalmente de manera subjetiva, constituye un campo de interrogación privilegiado al ser simultáneamente sujeto y objeto de la experiencia. Con base en este supuesto, la investigación ha sido conducida para estudiar la experiencia del cuerpo como ámbito subjetivo que se configura a lo largo de la vida.

Para Díaz (2006) no hay experiencia significada, sino de lo que pulsa al sujeto, el que de manera permanente, hace un esfuerzo de reducción y producción de sentido “una labor interminable de escritura de los acontecimientos que, en su muda ocurrencia, sobrevienen al umbral de su experiencia” (p. 16).

Si bien el espacio del cuerpo vivido constituye un ámbito oscuro, silencioso y no del todo nombrable; la propuesta del estudio consiste en analizar la experiencia subjetiva del cuerpo en el nivel que se halla organizada por medio del lenguaje. En tanto la narrativa es productora de sentido, la experiencia del cuerpo es referida a través de saberes que preexisten al sujeto; elementos que retoma en el proceso interpretativo mismo para pensarse y estructurar una historia de sí que constituye una interpretación de las vivencias del propio cuerpo.

Al hablar de la experiencia, el sujeto se apropia de los recursos de su cultura y su contexto social, los incorpora y los transforma. En este marco, el relato constituye la expresión de un permanente trabajo narrativo auto-referencial que remite a la propia corporalidad. El narrador proyecta una imagen de sí, cuya constante es la de ser un mismo y único cuerpo, cualesquiera que sean y hayan sido sus modificaciones a lo largo de su biografía. Como lo señaló Bourdieu (2001), lo que se aprende con el cuerpo no es un conocimiento que se posee, sino algo que se es, por ello es que hablar de la experiencia es una forma de hablar del propio cuerpo en general.

Nos situamos entonces en el ámbito donde las vivencias se traducen a un entramado de significados y procesos emergentes de sentido de la experiencia de los usuarios de drogas. Alejados de una noción del cuerpo como un orden fáctico y siendo la experiencia una reorganización simbólica de lo vivido; la dimensión subjetiva del cuerpo puede ser abordada desde la interpretación que hace el sujeto de sí mismo.

Benveniste (1971) señaló que el fundamento de la subjetividad se encuentra en el ejercicio de la lengua. El lenguaje funda la subjetividad en tanto que “Yo” se refiere al acto de discurso individual en que es pronunciado y cuyo locutor designa. La realidad a la que remite es la realidad del discurso como la instancia en que *yo* designa el locutor donde éste se enuncia como “sujeto”. Cuando habla el sujeto se apropia de la lengua designándose como *yo* y “no hay otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que así da él mismo sobre sí mismo” (p. 183).

En su planteamiento, el lenguaje es posible cuando cada locutor al hablar se sitúa y se enuncia como sujeto al remitirse a sí mismo como *yo* en su discurso. Ahí donde la realidad dialéctica entre *yo* y *tú* se define por relación mutua, se descubre el fundamento lingüístico de la subjetividad.

Al hablar de la experiencia, el lenguaje lejos de ser un mediador entre la actividad mental y las cosas o un instrumento que el sujeto utiliza para describir su realidad, es considerado aquí como un universo de múltiples funciones del significar humano. El acontecimiento del habla es un acto que no reproduce la experiencia tal como la ha experimentado el sujeto. Cuando alguien habla, lo que comunica es su significación; donde el contenido no describe una historia particular sino un proceso interpretativo que se estructura lingüísticamente en la cultura y que da lugar a la subjetividad en el lenguaje.

De acuerdo con el autor, es en y por el funcionamiento simbólico del lenguaje y el ajuste articulado que hace el sujeto de él, que el hombre se constituye como sujeto. El lenguaje funda en realidad, en *su* realidad, el concepto de “ego” y el de “subjetividad” como la capacidad del locutor de plantearse como “sujeto”. Más allá del sentimiento que éste experimenta de ser él mismo, la subjetividad como unidad psíquica trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne y asegura la permanencia de la conciencia. Sostiene además que esta noción de “subjetividad” no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje.

La subjetividad es posible entonces por el lenguaje, que contiene las formas lingüísticas apropiadas a su expresión. El discurso es constitutivo de las coordenadas que definen al sujeto, emerge la subjetividad porque cada locutor en ejercicio de su discurso se apropia de las formas “vacías” que el lenguaje propone para referirse a sí mismo como “persona”, definiéndose como *yo* y una pareja como *tú*. Para el autor, la instalación de la “subjetividad” en el lenguaje crea la categoría de la persona, donde la forma personal es su indicador; manifestación de la subjetividad que no adquiere su relieve

más que en la primera persona que se instaura dentro de un contexto cultural determinado.

En todo discurso de la experiencia se aprecia además, cierta organización lingüística de la noción del tiempo, donde la línea divisoria es marcada por el “presente” cuya referencia temporal es la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia de discurso que lo describe. El momento “presente” no se refiere así a los acontecimientos de una cronología “objetiva”. “La temporalidad humana con todo su aparato lingüístico saca a relucir la subjetividad inherente al ejercicio mismo del lenguaje” (Benveniste, 1971, p. 184).

Es por medio de la adquisición simbólica, que el cuerpo se encuentra entretelado en una serie de significaciones que ordenan sus posibilidades de experiencia. De acuerdo con Baz (1999^a), el lenguaje inscribe en el sujeto códigos culturales que regulan la relación con el cuerpo en el intercambio con otros cuerpos: son modos habituales de actuar, gestos, movimientos, posiciones, ritmos y posibilidades expresivas, como formas de “usar” y vivir el cuerpo que reflejan la interiorización de las instituciones sociales. La autora describió este proceso como el tránsito de la naturaleza a la cultura, articulado por un mundo social e histórico que consiste en tramas de significación que erigen la experiencia humana; donde las nociones de subjetividad y de sujeto se encuentran enlazadas a los procesos de creación de sentido. Para ella, el término “sujeto” hace referencia a un sostén viabilizado por las grupalidades que hacen la vida social, por lo que cualquier referencia al sujeto alude al vínculo social.

La subjetividad tiene lugar en la paradoja donde la función de sujetación, contención y sostén de la sociedad, es condición fundante de la subjetivación. Ésta, aclaró Baz, es un proceso de diferenciación sin el cual no existiría la creación de cultura y de instituciones. El sujeto como actor social —ya sea una persona o una colectividad—, revela un excedente de sentido. Más allá de la configuración de la experiencia individual, remite a la dimensión colectiva que porta como miembro de la sociedad humana. El orden simbólico representado por el lenguaje en tanto campo transindividual; las instituciones que constituyen el campo de la normatividad y el territorio de la intersubjetividad; son los planos del ámbito colectivo, que fundan y sostienen la singularidad y dan lugar a los procesos de diferenciación e individuación.

El sujeto como portador de su cultura, es a la vez un elemento activo de transformación de la misma y la subjetividad tiene lugar en esa contradicción donde el apego a los códigos y a la normatividad, coexisten con una capacidad de reflexión

sobre el mundo y sobre sí mismos de los sujetos. Al ser el sujeto una construcción social siempre inacabada, en su condición esencial de búsqueda y de creación de sentido, “expresa la lucha vital —muy dinámica y vulnerable— en ese posicionamiento que es la relación del sujeto consigo mismo, con los otros y con el mundo” (Baz, 1999b, p. 80). Este posicionamiento constituye un emergente en la articulación de la subjetividad y los procesos sociales como acontecimiento histórico que surge bajo ciertas condiciones pero que revela una cualidad nueva.

Al tornarse la experiencia un registro “radicalmente singular”, dice la autora, el rasgo que interesa destacar es que depende de una corporeidad única e histórica, mediada invariablemente —en tanto experiencia humana— por el campo simbólico, por lo que a lo único que podemos tener acceso de la experiencia de otro sujeto en la situación de entrevista es a un relato, a un discurso. En él,

El sujeto que se enuncia como “yo” atestigua con su cuerpo su ser en el mundo, su tránsito por la vida comandado por una dinámica pulsional que tiene, por definición, una base inconsciente. Desde ese lugar donde busca “representarse” y ser confirmado por su interlocutor en el diálogo, se verifica una experiencia de relato de sí mismo también troquelada por el deseo inconsciente (Baz, 1999b, p. 77).

En este contexto, los relatos de vida al estar anclados en la experiencia humana, constituyen versiones que el sujeto elabora para dar sentido a lo vivido. Esto “vivido” proviene de la situación biográfica del hablante que se gesta en un modo de vivir, de aprehender y de relacionarse con el propio cuerpo constituyendo un proyecto tan individual como social.

La trama que escribimos y reelaboramos sobre nuestra vida está condicionada por la imagen y representación que nos hacemos de nosotros mismos. En su configuración narrativa, la identidad como una dimensión de la subjetividad, se erige precisamente del vínculo con el propio cuerpo. En el relato se proyecta la capacidad del sujeto de desdoblarse para transformarse en objeto de sí y referirse a sí mismo. Identidad inacabada que emerge del relato para dar cuenta de los procesos existenciales a través de la reevaluación y resignificación de la experiencia.

Al elaborar una versión de la propia historia, el sí mismo es narrativamente interpretado y la apropiación de la identidad del personaje es el vehículo privilegiado de esa interpretación. De acuerdo con Lindón (1999), el carácter interpretativo del relato no reproduce la experiencia tal como ocurrió. Se trata de un proceso de

fabulación como la imaginación con la que el narrador interpreta sus experiencias y en ese proceso reconstruye la realidad social.

Para la autora, el acto de colocar la experiencia en el lenguaje, de ser un espacio íntimo se traduce a formas compartidas socialmente. Cada experiencia es seleccionada y traducida a un contexto sociocultural que permite acceder a un discurso en un contexto de significado. “En esta concepción de lo biográfico, el individuo sólo cabe como expresión singular de lo social” (Lindón, 1999, p. 300). Si bien la experiencia se expresa en un relato singularizado, su trama se entreteje a partir de significados socialmente compartidos en un tiempo, en un lugar y en una determinada ubicación social, étnica y de género.

Por medio del relato, el sujeto da cuenta de su devenir y de su historia. En él tiene lugar un “pacto autobiográfico” al desplegarse un discurso sobre el yo, como también una versión particular de ese discurso. Cuando una persona relata su vida, recorre el camino de la existencia propia al narrar el modo en que ha llegado a ser quien es.

El ‘yo’ de la historia de vida cuenta la génesis de un individuo que se convierte en narrador en el curso del relato: los acontecimientos que describe son las etapas de una experiencia por medio de la cual el sujeto desarrolla la dialéctica de la identidad y la diferencia, la exclusión y la inclusión, la proximidad y la distancia (Burgos, 1993, p. 152).

La especificidad del relato como discurso particular, proviene de un narrador que construye, proyecta y sostiene una imagen particular de <<sí mismo>> que se genera desde la situación biográfica del hablante. Cada relato puede concebirse como un material para el conocimiento de las estructuras narrativas con que el hablante construye el <<sí mismo>>, de acuerdo con una estructura propia, construyendo una ilación peculiar que por consiguiente, suscita un campo singular, único e irrepetible de la subjetividad (Piña, 1989).

El relato, biográficamente determinado por la situación actual del actor, tiene su historia, que es la sedimentación de todas sus experiencias subjetivas anteriores que no son experimentadas sino de manera particular. Dicha experiencia emana de una corporeidad que en tanto presencia sentida, es entrañablemente personal y por tanto, parte constitutiva de la experiencia. La experiencia íntima del cuerpo vivido constituye así una experiencia subjetiva con implicaciones sobre todas las demás experiencias.

El relato como productor biográfico, explicación y marco dentro del cual se despliega la subjetividad como campo narrable de la existencia, entreteje los episodios de lo vivido e implica diferentes registros que puntúan la historia del sujeto. En este sentido,

la práctica discursiva-narrativa constituye un espacio de autoconstrucción permanente de la propia experiencia en el que tienen lugar múltiples posibilidades del re-significar humano en torno al posicionamiento subjetivo del sujeto frente a sí mismo y frente al mundo.

El objeto de estudio así planteado, requiere la exposición general de una serie de lineamientos teórico-metodológicos que sustentan el modo en que se han pretendido explorar los procesos de significación y de producción de sentido relacionados con la experiencia subjetiva del cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas.

4.1. El enfoque biográfico

Una forma de explorar el terreno de los procesos subjetivos es mediante el llamado “método biográfico interpretativo”, según la denominación utilizada por Denzin (1989, en Sautu, 2004) quien lo definió como una concepción particular y un uso sistemático de documentos —autobiografías, biografías, diarios, cartas, notas necrológicas, historias y relatos de vida, crónicas de experiencias personales —que describen momentos y puntos de inflexión en la reconstrucción de las experiencias de los individuos.

El método recoge descripciones de sucesos que forman el marco de la acción social. Lo que el “yo” incluye u omite constituye el material que se utiliza en el análisis; cuyo procedimiento de registro y obtención de las narraciones son en general la entrevista semiestructurada o abierta y a profundidad que es transformada en un texto.

Por la riqueza semántica del material documental que produce, este método ha sido considerado como un camino privilegiado en la antropología, la sociología y la psicología social para dar cuenta de la subjetividad de los protagonistas en contextos socio-históricos determinados. Si bien estas disciplinas utilizan tradiciones teóricas distintas, al utilizar el método biográfico se apegan a un tratamiento interactivo entre los objetivos de la investigación, la producción de materiales empíricos y el análisis de los resultados para estudiar el despliegue de sucesos y experiencias de vida en un número limitado de casos (Sautu, 2004).

El método biográfico conforma así un conjunto de procedimientos que implica decisiones teóricas, epistemológicas, metodológicas y técnicas para organizar la investigación con base en la descripción-interpretación de las expresiones narrativas de experiencias de vida a fin de reconstruir las interpretaciones subjetivas de los

protagonistas y el modo en que la experiencia individual se entreteje con la realidad histórica que la enmarca.

En este sentido, el estudio se inscribe dentro del campo de la investigación biográfica con un enfoque del relato de vida focalizado, puesto que el interés se concentra en un tema particular de la vida del sujeto. Centrado en los aspectos simbólicos de la vida social y en los significados de la vida individual, el estudio adopta un marco interpretativo con orientación fenomenológica. De este modo, subraya el interés por conocer el punto de vista de los actores sociales y el sentido que atribuyen a sus acciones. Esta aproximación comprensiva/interpretativa asume a las personas como seres propositivos y reflexivos sobre sí y sobre sus actos e inmersos en una cultura determinada (Ito y Vargas, 2005).

Para dar lectura a los relatos hemos retomado algunos de los supuestos que Sautu señaló acerca del modo en que las vidas son contadas: 1) la existencia de “otros”, 2) la influencia de la clase social y el género en la construcción narrativa, 3) el papel de la familia en el desarrollo de la historia, 4) los puntos de inflexión en la vida de las personas que afectan sus experiencias y constituyen nuevas etapas, 5) el autor-protagonista del texto que asume la existencia de otro-observador a quien le narra su vida, 6) las marcas subjetivas, imaginarias y objetivas como puntos críticos que estructuran la vida de la gente.

Además de estos supuestos, el estudio se adhiere a una serie de hipótesis que Piña (1989) describió en torno al relato de vida, las cuales se describen a continuación.

Primera. El relato es un discurso particular de carácter interpretativo que está estructurado en torno a la construcción de una figura denominada “personaje”. Como categoría nuclear, la preocupación metodológica estriba en el análisis de los procedimientos de generación y articulación del personaje porque a través de ello es posible conocer los presupuestos, mecanismos y condiciones que regulan la elaboración de la propia biografía. Para Piña, la forma metodológica de abordar un relato es considerar “cómo ese alguien se representa —ante sí y ante otros— el transcurrir de su vida y lo relata” (p. 136). A través del análisis de la versión que la persona despliega acerca de sí, es posible aprehender ciertos procesos colectivos de atribución de significado. Cada texto autobiográfico constituye así un material para el conocimiento de las estructuras narrativas con que el hablante construye el “sí mismo” y sus procesos específicos de atribución de sentido; del cual interesa su dimensión “novelística”.

Segunda. La imagen de sí que el narrador construye en términos de un personaje, constituye una representación realizada por el sujeto ante sí y ante otros sobre su propia identidad. Se trata de una representación en la que la persona es objeto reflexivo de sí misma. Indica una relación en la que el sujeto es objeto de sí mismo y distinto de todos los demás objetos, constituyendo una experiencia de la propia persona sobre la persona misma.

Esta imagen varía de acuerdo con los atributos que un individuo desea o se siente obligado a materializar en el contexto de sus posibilidades y de acuerdo con la relación social específica de la que participa. En función de ésta, exhibe o proyecta una serie de características que tienden a sostener y otorgar credibilidad a esa imagen.

Esta es la faz visible del <<sí mismo>> en determinada circunstancia, es la representación que hace una persona con base en los caracteres que supone debe encarnar en ese momento. La imagen nace y muere en la relación social, sólo existe en escena, tiene corporalidad y existencia histórica, se consume en el momento mismo en que la relación social se lleva a cabo, es un producto situacional (Piña, 1989, p. 142).

El personaje se refiere al nombre propio que protagoniza el discurso autobiográfico y que sólo vive en él como producto lingüístico del relato. La identidad proyectada es siempre una construcción verbal. Las imágenes que cada persona proyecta a otros en determinadas circunstancias, no están del todo escindidas del personaje que queda inscrito en el texto, como tampoco de las imágenes que el propio sujeto proyecta ante sí. El sí mismo proyectado en un momento biográfico y que se constituye como protagonista del relato, es otro sí mismo proyectado que aquél de cuya vida se habla.

Siguiendo al autor, quien habla se torna narrador, es un portavoz de la historia porque relata y a través de su relato cree revivir, reproducir, recrear, reflejar; aspira a la veracidad apoyándose de la memoria. El personaje debe ser considerado como un fenómeno lingüístico que no existe ni antes ni durante ni después del relato. Interesa destacar que el personaje que lo protagoniza no es imaginario en el mismo sentido que los personajes literarios, pero tampoco es equivalente al hablante y su relato no es reflejo de la vida de aquél.

El personaje narra mediante la articulación que realiza el hablante entre el recuerdo y el olvido. El relato funda y sostiene la exclusiva perspectiva del propio personaje-narrador mediante su posición de hablante en primera persona. Se desplaza entre los acontecimientos a través de los tiempos y espacios en donde transcurre la narración.

El narrador designa, adjetiva, nombra, interpreta y explica, da a conocer motivaciones y deseos, califica y caracteriza a los demás protagonistas del texto.

Tercera. La imagen de sí mismo es generada ineludiblemente desde la situación biográfica del hablante, explicativa y a la vez constitutiva del perfil final que asume el texto. La versión de sí mismo parte de la perspectiva existencial como el ángulo desde donde alguien cuenta su vida, desde su ubicación temporal, espacial y social. El sí mismo proyectado se reconstruye a partir de la actualidad del sujeto. A medida que suceden los diversos episodios que componen la vida de alguien, el sujeto modifica de manera permanente su identidad y sus percepciones sobre ella y el mundo que lo rodea. No sólo en torno a su ubicación con relación al futuro, también al pasado aludiendo a un proceso continuo de reinterpretación de su existencia.

En este proceso, la memoria juega un papel crucial: al recordar, el hablante selecciona recuerdos que desde el presente adquieren un sentido y una función al interior de la situación generadora de la narración y del relato mismo. Los recuerdos son elaborados desde el presente y están compuestos por aquello que para el hablante merece ser imperecedero. Lo que se olvida no sólo se niega, también se anula como vivencia específica previa. Los ámbitos del olvido son más densos y numerosos que los del recuerdo. El futuro en cambio, aparece como el desenlace de una trayectoria unilineal. Desde esa "posición volátil" del presente fugaz, el sujeto planifica el porvenir y ambos procesos —tanto la mirada ordenada del pasado como la proyección a futuro— se encuentran inmersos en una función recíproca. En este proceso en el que los recuerdos son interpretados y el futuro diseñado, "la subjetividad no opera como una interferencia exterior, sino que es la naturaleza misma de él" (Piña, 1989, p.151).

Cuarta hipótesis. En la construcción del relato son claves las condiciones materiales y simbólicas de su generación, incluso forman parte de él. Estas condiciones fluctúan entre la forma como se llevó a cabo la entrevista y la influencia de la tecnología implementada (máquinas fotográficas, audio grabadoras, filmaciones, entre otras). Estas variables condicionan la relación social entre el entrevistador y el entrevistado al interior de la cual nace y se concreta el discurso autobiográfico. La acción de contar una vida implica que está dirigida a un público más o menos particularizado. La narración se estructura en términos de una imagen para ser consumida por otros y por sí mismo.

En este proceso, el investigador se convierte en coautor del relato de vida, al ser un participante activo en la entrevista pero también en la forma de presentar y analizar

sus hallazgos. Al hacerlo, somete a un proceso determinado de montaje, ya sea ocultando o subexponiendo su presencia. El investigador “prolonga, otorga y quita la palabra al narrador, explica con notas o paréntesis el significado de ciertos conceptos o frases, titula, subtitula, formatea, divide y organiza el texto de acuerdo a cortes temporales o temáticos” (Piña, 1989, p.155). De este modo, no es posible obtener un relato “puro” sino desde el punto de vista metodológico, esclarecer la situación y ponderar su influencia acerca de las condiciones en que se generó el relato, donde es necesario reconocer la asimétrica relación entre el entrevistador y el entrevistado.

De acuerdo con el autor, cabe añadir que al convertir en texto los relatos, se pierde algo de la peculiaridad que los constituye: la entonación, el ritmo, el volumen, las pausas, los énfasis y todos sus cambios a través de la conversación. Al transformar la conversación al plano escrito no sólo se pierde información, sino sobre todo, se altera su significado; mas la implementación del diseño como las consideraciones que aluden al método, serán tratadas con mayor detalle en el siguiente apartado.

4.2. Especificaciones metodológicas del relato de vida

Bajo el enfoque antes expuesto se generó, se organizó el material empírico y se eligieron las herramientas analíticas para su abordaje. En primera instancia, la estrategia utilizada para la producción del relato fue la entrevista en su modalidad abierta e individual, con el objetivo de acceder a una versión de la experiencia de manera abierta y espontánea.

Como dispositivo de investigación, la entrevista debe ser considerada sólo en articulación con los objetivos del estudio y su marco conceptual. Más que una técnica constituye una estrategia metodológica con implicaciones teóricas y éticas. Supone un tipo de intervención que genera un intercambio intersubjetivo que no es “neutro” ni puede ser estandarizado. En esta concepción, se considera al entrevistador como parte activa del proceso. La persona que es el investigador, sus habilidades, experiencia y limitaciones, como la manera en que comprende y se coloca en la situación de la entrevista, resultan ser el principal instrumento en la investigación (Baz, 1999b).

Baz precisó que este tipo de dispositivos permite fundamentar, desde el punto de vista de la producción de conocimiento, lo que “la singularidad de un proceso específico de entrevista muestra sobre la condición humana” (1999b, p. 78). El diseño de la investigación con un número limitado de entrevistas es un procedimiento

metodológicamente válido para relacionar la singularidad de un caso —ya sea un individuo o una situación social específica— a horizontes de comprensión que lo trascienden.

Si el objetivo es crear las condiciones para posibilitar la expresión de los significados atribuidos a una experiencia —con relación a una situación o temática particular— a través del habla del sujeto, se trata entonces de una entrevista abierta. Este adjetivo responde a que el investigador plantea una consigna al entrevistado para que éste estructure el campo de su experiencia. Se trata de un dispositivo no directivo en el que se plantea al entrevistado una petición más o menos en términos de “*cuéntame la historia de...*” de acuerdo con los objetivos de la investigación. En el método biográfico la “intención directiva del investigador” sólo se lleva a cabo en el inicio de la narración, cuando el entrevistador marca una pauta inicial para que el narrador empiece su propia construcción desde un ámbito de su vida. Lo directo, en otros términos, atendería contra la propia narración (Lindón, 1999, p. 298).

El objeto de reflexión temático o enunciado eje, debe ser lo suficientemente general para que a la vez que permita colocar al sujeto en un campo acotado de su experiencia —objeto del interés de la investigación—, promueva en él la generación de un discurso espontáneo. El papel que juega este primer acercamiento es el de un detonador y seleccionador de recuerdos (Piña, 1989), en la medida en que activa en el sujeto un proceso de articulación de su experiencia a través de un libre recuento y organización de eventos, estados afectivos y significados. Esta “intención directiva” de solicitar la palabra al entrevistado es la de marcar una pauta inicial que opera sólo al comienzo de la entrevista para que el entrevistado construya su relato.

Puesto que el relato supone que en él se despliega una versión de la vida de acuerdo con una estructura propia, la propuesta temática tiene un efecto de irrupción del curso habitual y rutinario de la experiencia, al momento que sugiere un trabajo auto-reflexivo, el cual puede a su vez, llevar a terrenos incluso no pensados antes por el propio entrevistado.

La invitación a contar la propia vida o parte de ella desencadena en el participante un patrón lingüístico concreto aprendido desde la infancia. Esta invitación no sólo abre el patrón narrativo, también impulsa a una cierta motivación estética, la cual hace de los relatos productos literarios en los que se entretaje la ficción; con la particularidad de que ésta da cuenta de la realidad social (Lindón, 1999).

El entrevistado despliega un discurso de acuerdo con su particular forma de abordar la tarea propuesta, esto es, con su propia subjetividad, el modo en que habla con desconcierto, estructura recuerdos, siente confusión, emociones, sentimientos y una gama de reacciones que puede suscitar la petición de hablar de sí mismo sobre un campo acotado de la vida.

De este modo, es menester proceder de manera sistemática en el encuadre de trabajo para establecer de manera explícita las reglas a seguir durante la interacción, la descripción de la participación que se espera del entrevistado, la tarea del investigador como acompañante en este proceso, las consideraciones éticas que enmarcan el estudio; así como las cuestiones que se refieren al escenario y tiempo de la entrevista: duración, número de encuentros, lugar y horario.

Con base en estos planteamientos, el papel del entrevistador se concentra en seguir el relato con una escucha atenta y no valorativa, interviniendo sólo para aclarar alguna duda y manifestando una actitud interesada al trabajo reflexivo del entrevistado. La función del investigador como escucha activa, no sólo crea una atmósfera atenta para motivar al entrevistado a que despliegue su relato, también conlleva un ejercicio interpretativo tanto desde el sentido común, como desde sus inquietudes e interrogantes teóricos a partir de la información que va captando y de la riqueza que ofrece el lenguaje corporal del entrevistado.

De acuerdo con Baz (1999b), se trata de propiciar la generación fluida del relato; por tanto, la intervención del investigador en términos generales, debe ser mínima para permitir que el sujeto despliegue sus posibilidades en el tiempo de la entrevista. Este tipo de intervención reducida por parte del entrevistador puede basarse en la sugerencia de líneas de asociación para que el sujeto amplíe la exploración que realiza y favorezca un movimiento reflexivo sobre los procesos implicados en su experiencia. Así, el investigador puede sugerir un esclarecimiento de lo que se dijo y señalar elementos que le devuelven al sujeto una mirada interrogativa sobre su propio relato. De ahí la importancia de observar durante la entrevista, el trabajo de abordaje, construcción y dificultades del sujeto ante la temática propuesta, y registrar estas ideas una vez terminado el encuentro a fin de nutrir el nivel de análisis y reorientar la forma de trabajo si se considera necesario.

Baz también indicó la importancia de que el investigador asuma la entrevista como un encuentro a construir y no como una técnica dada, donde la expresión de un interés genuino por el relato de los sujetos contribuye a generar condiciones de confianza a

pesar de la situación asimétrica de la entrevista, donde una persona interroga y otra habla de sí. Resulta fundamental considerar el contexto interaccional en el que se produce el relato, puesto que el carácter dialógico de la entrevista también forma parte del resultado obtenido.

Para Lindón (1999), éste es un rasgo característico de las narraciones, donde el narrador estructura su relato para ser comprendido por un otro —en este caso el investigador—, a quien está relatando la experiencia, la cual se expresa según la manera en que el entrevistador es visto por el entrevistado. Al respecto, Bertaux (1993) puntualizó que el relato no depende del narrador sino del “narratario”, de la persona para quien se hace el relato, de su demanda, de su espera, de su atención: el contacto implícito que encierra el primer encuentro, dando como resultado un producto situacional. Esto tiene implicaciones en la validez del relato como dato de la investigación. En la entrevista, la relación que se gesta entre el investigador y el participante del estudio depende en gran medida de la posición asumida por el primero.

El relato debe ser considerado así como un material cuya producción no ha sido del todo “espontánea”, puesto que por una parte, el investigador ha sido quien lo ha solicitado; y por otra, ha sido el producto de un proceso de preguntas que, aunque sean todo lo abiertas posible, no siguen necesariamente el interés inmediato del narrador por lo que es necesario tomar en cuenta las condiciones y el contexto en que el se elaboró (Burgos, 1993). Dice Burgos que el desarrollo exitoso de una narración sucede cuando se invierte la relación de poder que se establece entre el entrevistador y el entrevistado, a lo cual contribuye la escucha y la comprensión.

Este tipo de dispositivos de investigación es de alguna manera una forma de intervención en la medida en que se participa de una experiencia, cuyos efectos pueden variar de entrevista a entrevista, propiciando en el mejor de los casos, el aprendizaje de los sujetos sobre la escucha de sí mismos. Sin embargo, otros efectos también son posibles, pero cualesquiera que éstos sean, la recomendación de Baz (1999b) es que el investigador mantenga una perspectiva de los propósitos y de los límites de su trabajo.

Conjuntamente, el investigador debe tener presente la importancia de agradecer el tiempo y la participación del entrevistado, así como señalar en el cierre de la entrevista, el valor de su participación en la investigación.

La entrevista como un acontecimiento de lenguaje recreado en un contexto de diálogo, deriva en el establecimiento de un texto o material para su análisis cuando el discurso es puesto por escrito. Así, posterior a la recuperación del relato de vida focalizado, se lleva a cabo su transcripción de manera cuidadosa y completa.

4.3. Principios generales para el análisis del relato

La actividad analítica se juega en distintos niveles durante todo el proceso de investigación, desde la problematización del objeto de estudio, el diseño, la manera de abordarlo, de trabajar con el material empírico y presentar los hallazgos. En este sentido, en la etapa final del análisis la tarea es reconstruir los relatos obtenidos en las entrevistas bajo los objetivos de la investigación.

Para analizar el transcurso de la vida o una etapa de ella, es necesario identificar hitos analíticos alrededor de los cuales sistematizar los datos y elaborarlos a la luz de un esquema integrador (Sautu, 2004), dando lugar a un proceso interpretativo para ensamblar de forma sistemática una cadena coherente de significados entre los datos y la teoría. Pero antes de pasar a la descripción del procedimiento analítico de los relatos que se verá en el capítulo donde se detalla el método, es necesario plantear los supuestos teóricos del relato que subyacen y se juegan a lo largo del análisis.

El presente estudio se adhiere y a la vez particulariza un sistema de nociones propuesto por Todorov (1996) para el estudio del discurso literario. Para comenzar, el autor distinguió el “sentido” de la “interpretación” para facilitar el trabajo de descripción. El sentido o la función de un elemento de la obra lo definió en términos de la posibilidad de entrar en correlación con otros elementos de ésta y con la obra en su totalidad; donde cada elemento de la obra presenta uno o varios sentidos —aunque en número limitado— que es posible establecer.

A diferencia del sentido, la interpretación de un elemento de la obra está en función de la personalidad del crítico o el investigador, de su posición ideológica y la época en que se encuentra. “Para ser interpretado, el elemento es incluido en un sistema que no es el de la obra sino el del crítico” (Todorov, 1996, p. 162). Para tener sentido la obra debe estar incluida en un sistema superior. De modo que cada obra se encuentra en complejas relaciones con las obras ya existentes que forman según las épocas, diferentes jerarquías dentro del universo literario. En cuanto a su interpretación, ésta varía según las épocas y sus críticos.

Todorov ubicó el relato como un elemento dominante a lo largo del tiempo en la estructura de las obras en prosa; en cuyo nivel más general, esclareció dos aspectos muy relevantes para los objetivos de la investigación: al tiempo que el relato constituye una historia es un discurso también. Aspectos que no siempre resultan fáciles de conocer; no obstante, para comprender su unidad misma, es necesario identificarlos.

4.3.1. El relato como historia

El relato es historia en el sentido de que evoca una cierta realidad; acontecimientos que habrían sucedido, personajes que desde este punto de vista, se confunden con los de la vida real. La historia no corresponde a un orden cronológico ideal. Basta que haya más de un personaje para que este orden ideal se aleje notablemente de la historia "natural". La mayoría de las veces la historia contiene varios "hilos" y sólo a partir de un cierto momento éstos se entrelazan. La historia es una convención, no existe a nivel de los acontecimientos mismos. Se trata de una abstracción, una secuencia de acontecimientos percibida y contada por alguien que no existe en sí.

Todorov distinguió dos niveles de la historia: a) la lógica de las acciones y b) los personajes y sus relaciones. En cuanto al primer nivel, señaló que toda obra se caracteriza por una tendencia a la repetición, ya sea de la acción, los personajes o los detalles de la descripción; no obstante, también puntualizó que se trata de una tentativa de describir la lógica de las acciones en un grado de generalidad muy elevado. Para caracterizar con mayor precisión las acciones, propuso el modelo triádico, según el cual, el relato está constituido por el encadenamiento de micro-relatos; que a su vez, están compuestos por tres o a veces dos elementos cuya presencia es obligatoria. "Todos los relatos del mundo estarían constituidos, según esta concepción, por diferentes combinaciones de una decena de micro-relatos de estructura estable, que corresponderían a un pequeño número de situaciones esenciales de la vida; podríamos distinguirlos con términos como <<engaño>>, <<contrato>>, <<protección>>, etc." (Todorov, 1996, p. 167).

Al mismo tiempo, el autor indicó que en el relato, la sucesión de las acciones no es arbitraria sino que obedece a una cierta lógica; donde la aparición de un proyecto provoca la aparición de un obstáculo o el peligro provoca una resistencia o una huida. En el análisis de las formas simples del relato, es posible que estos esquemas de base sean limitados en su número y que se pueda representar la intriga de todo relato como una derivación de éstos.

En cuanto al nivel de los personajes y sus relaciones dentro de la historia, el autor advirtió la importancia del papel que juega el personaje, puesto que es a partir de él que se organizan los otros elementos del relato. Estas relaciones se pueden reducir a tres: el deseo, la comunicación y la participación; sin que esto implique que todas las relaciones humanas en todos los relatos se reduzcan a estas tres. En cambio, sostiene que son tres los predicados que designan las relaciones de base y que todas las otras relaciones pueden ser derivadas de estas tres mediante las reglas de derivación: la regla de oposición y la regla del pasivo. A grandes rasgos, la primera señala que cada uno de los tres predicados posee un predicado opuesto. En la segunda, son menos comunes y corresponden al pasaje de la voz activa a la voz pasiva.

En otros de sus postulados encontramos también la existencia de dos niveles de relaciones: el del ser y el del parecer; en los que cada acción puede aparecer de determinada manera y enseguida cambiar a una relación completamente distinta. Esto es, hay una distinción entre el sentimiento aparente y el verdadero que experimenta el personaje respecto de otro, entre el parecer y el ser; que lo llevó a postular la existencia de un nuevo predicado que sólo se presentará en el grupo de personajes que se sitúa a un nivel secundario respecto de otros y es el de “tomar conciencia” o el “darse cuenta de”. Pero la descripción que mediante estas nociones es posible hacer es estática y para poder describir el movimiento del relato introdujo las reglas de acción.

Estas reglas prescribirán como resultado final, las nuevas relaciones que deben instaurarse entre los agentes. Reflejan las leyes que gobiernan la vida de una sociedad y los personajes mismos pueden tener conciencia de ellas a nivel de la historia pero no al nivel del discurso. “Las reglas así formuladas corresponden a las grandes líneas del relato sin precisar cómo se realiza cada una de las acciones prescritas. Para completar el cuadro creemos que se necesitarán técnicas que den cuenta de esta <<lógica de acciones>>” (Todorov, 1996, p. 178). El autor subrayó la idea de que las reglas formuladas tienen un valor de ejemplo y no de descripción exhaustiva. Así mismo, puntualizó que a través de cada obra que sólo es palabra, existe una lengua de la que ella no es más que una de las realizaciones y que la tarea del análisis es precisamente estudiar esta lengua para saber por qué el autor ha elegido tales peripecias para sus personajes y no otras, en tanto que obedecen a la misma lógica.

4.3.2. El relato como discurso

Para Todorov, el relato es al mismo tiempo discurso en tanto existe un narrador que relata la historia y frente a él un lector que la recibe. A este nivel, no son los acontecimientos referidos los que cuentan, sino el modo en que el narrador los da a conocer a su público o audiencia. El relato únicamente considerado como discurso, se refiere a la palabra real dirigida por el narrador al lector. El autor distinguió los procedimientos del discurso en tres grupos: el tiempo del relato, en el que se expresa la relación entre el tiempo de la historia y el del discurso; los aspectos del relato o la manera en que la historia es percibida por el narrador y los modos del relato que dependen del tipo de discurso utilizado por el narrador para hacer conocer la historia.

a) El tiempo del relato. El problema de la presentación del tiempo en el relato se plantea a causa de la diferencia entre la temporalidad de la historia y la del discurso. El tiempo del discurso es un tiempo lineal en tanto que el tiempo de la historia es pluridimensional. En la historia es posible que varios acontecimientos se desarrollen al mismo tiempo y el discurso debe obligatoriamente ponerlos uno tras otro.

Con el término “aspectos del relato” Todorov se refirió a los diferentes tipos de percepción reconocibles en el relato. El aspecto refleja la relación entre un *él* (de la historia) y un *yo* (del discurso), entre el personaje y el narrador. Esta percepción interna presenta tres tipos principales.

Narrador > personaje. El significado de esta fórmula es que el narrador sabe más que su personaje. La superioridad del narrador puede manifestarse en el conocimiento de los deseos de un personaje —que él mismo ignora—; en el conocimiento simultáneo de los pensamientos de varios personajes —de los que ninguno de ellos es capaz—; en la narración de los acontecimientos que no son percibidos por ningún personaje.

Narrador = personaje. Aquí el narrador conoce tanto como los personajes. El relato puede ser elaborado en primer persona (lo que justifica el procedimiento empleado) o en tercera persona, según la visión que de los acontecimientos tiene un mismo personaje.

Narrador < personaje. En este caso el narrador es capaz de describir lo que se ve, lo que se oye pero no tiene acceso a ninguna conciencia de los personajes.

Los aspectos del relato conciernen al modo en que la historia es percibida por el narrador mientras que los modos del relato conciernen a la forma en que el narrador expone y presenta el relato. Existen dos modos principales: la representación y la

narración. Modos que corresponden en un nivel más concreto a dos nociones: el discurso y la historia.

Todorov indicó también que toda palabra es a la vez un enunciado y una enunciación. En tanto enunciado, se refiere al sujeto del enunciado y es objetiva. En tanto enunciación, se refiere al sujeto de la enunciación y guarda un aspecto subjetivo; representa en cada caso un acto cumplido por este sujeto. En diversos grados, toda frase presenta estos dos aspectos: algunas partes del discurso tienen por única función transmitir esta subjetividad mientras que otros conciernen a la realidad objetiva. De ahí enunció dos modos del discurso: “constatativo” para referirse al objetivo y “performativo” para aludir al subjetivo. Es así que hay frases que tienen una significación que concierne casi en exclusivo al sujeto de la enunciación. “Sin embargo, es sólo el contexto del enunciado el que determina el grado de subjetividad propio de una frase” (Todorov, 1996, p. 188). Las relaciones entre los aspectos y los modos del relato son estrechas y conciernen ambas a la imagen del narrador.

El narrador es el sujeto de esa enunciación que representa un libro. Todos los procedimientos que hemos tratado en esta parte nos conducen a este sujeto. Es él quien dispone ciertas descripciones antes que otras, aunque éstas las preceden en el tiempo de la historia. Es él quien nos hace ver la acción por los ojos de tal o cual personaje, o bien por sus propios ojos, sin que para ello necesite aparecer en escena. Es él, por último, quien elige contarnos tal peripecia a través del diálogo de dos personajes o bien mediante una descripción <<objetiva>>. Tenemos, pues, una cantidad de informaciones sobre él que deberían permitirnos captarlo y situarlo con precisión; pero esta imagen fugitiva no se deja aprehender y reviste constantemente máscaras contradictorias, yendo desde la de un autor de carne y hueso hasta la de un personaje cualquiera (Todorov, 1996, p. 190).

Sin embargo, el nivel apreciativo constituye un lugar donde pareciera que es posible aproximarse lo suficiente a esta imagen. Tanto la descripción de cada parte de la historia conlleva su apreciación moral, como la ausencia de una apreciación representa una toma de posición que es también significativa. Esta apreciación es inherente al libro y requiere ser tomada en cuenta si se quiere captar la estructura de la obra. Son dos interpretaciones morales de carácter distinto: una que es interior al libro y otra de los lectores, la cual varía según las épocas y la personalidad de cada lector.

El nivel apreciativo acerca a la imagen del narrador que corre paralela a la “imagen del lector”. Esta imagen tampoco tiene que ver con un lector concreto como la imagen del narrador no tiene que ver con el “verdadero” autor. Ambas dependen una de la otra: en cuanto la imagen del narrador comienza a destacar, el lector imaginario se dibuja

con mayor precisión. Son dos imágenes propias de toda obra de ficción: “la conciencia de leer una novela y no un documento nos lleva a asumir el rol de ese lector imaginario y, al mismo tiempo, aparece el narrador, el que nos cuenta el relato, puesto que el relato mismo es imaginario” (Todorov, 1996, p. 191).

Las observaciones descritas no son sino un esbozo de las nociones que Todorov desarrolló para la aprehensión de la estructura literaria de la obra en sus relaciones y estructuras elementales. Éstas han sido retomadas en la presente investigación a modo de un marco genérico para el estudio de los relatos.

4.4. La interpretación del texto

Al ser el relato una interpretación que gira alrededor de la propia vida, es a la vez, un texto que al comprender se interpreta. El comprender y el interpretar son asumidos aquí como partes de un mismo proceso. Se trata de dos fenómenos simultáneos: la interpretación del hablante (al hacer una reconstrucción de su experiencia) y la interpretación de quien escucha o lee. Quien lee, participa de la creación de sentido de un modo circunstancial e histórico. El lector participa del texto desde una postura determinada, más o menos cercana al universo cultural y lingüístico del hablante, donde el punto de comprensión no se sitúa en los sucesos ni en las vivencias sino en el texto mismo.

El discurso hablado de los entrevistados no es el objeto a ser interpretado, sino el texto de su relato. Es este texto el material de análisis cuyo centro lo ocupa el lenguaje escrito como el lugar de los símbolos o del doble sentido donde se enfrentan las diversas maneras de interpretar (Ricœur, 1995). En este contexto, el símbolo se define como una expresión lingüística de doble sentido que requiere una interpretación; y la interpretación, un trabajo de comprensión cuya tarea es descifrar los símbolos. Temas que constituyeron el eje central de las obras de Gadamer (2003) y Ricœur (1995, 2002, 2003).

Sin pretensiones de ahondar en las nociones sobre la interpretación desarrollada por estos autores, en el apartado se señalarán algunas ideas que han sido retomadas como guías y orientaciones para la interpretación de los textos.

La actividad interpretativa alude entonces a la construcción del sentido, donde lo simbólico expresa el carácter no inmediato de nuestra aprehensión de la realidad, y el símbolo designa los instrumentos culturales de esta aprehensión. Importa señalar aquí que todo texto no es portador de significaciones unívocas, sino que constituye un

espacio indeterminado y abierto a diversas interpretaciones y por consiguiente, en la medida en que el acontecimiento del habla es transitorio, lo que se puede comprender es su sentido. Siguiendo a Ricœur (1995), el concepto de sentido implica tanto el significar como aquello a lo que el interlocutor se refiere como lo que la oración significa.

En el diálogo como intercambio subjetivo, lo que primero puede ser comunicado es lo que el autor llama el lado “objetivo” o el contenido proposicional del discurso; esto es, la intención del hablante, lo que se “quiere decir” en el sentido del contenido proposicional. Mientras que el lado “subjetivo” lo ocupa lo intencionado por el hablante –el triple sentido de la autorreferencia de la oración, la dimensión ilocutiva del acto de habla y la intención de obtener reconocimiento por parte del oyente. Cuando las personas hablan, lo que hacen es ayudar uno al otro a identificar el objeto que se quiere significar por medio de recursos gramaticales que proporcionan una experiencia singular revestida de una dimensión conocida y constituyen un primer nivel de comprensión.

Para Ricœur (1995), en la dialéctica de la explicación y la comprensión, ambas tienden a traslaparse e invadirse. Sin embargo, las distingue señalando que en la explicación, ex–plicamos o desplegamos la gama de proposiciones y sentidos, mientras que en la comprensión, entendemos o captamos como una totalidad la cadena de sentidos parciales en un solo acto de síntesis. En esta dialéctica, la interpretación es un caso particular de comprensión: comprender lo que quiere decir el hablante así como el sentido de lo que dice, constituye un proceso circular. En este contexto, la comprensión se dirige más hacia la unidad intencional del discurso mientras que la explicación hacia la estructura analítica del texto, convirtiéndose en polos distintos de una dicotomía desarrollada y compleja, que no implica dualidad sino que está sumamente mediatizada.

El término “interpretación” puede ser aplicado no a un caso particular de comprensión (el de las expresiones escritas de la vida) sino al proceso complejo que engloba la explicación y la comprensión. En otros términos, la interpretación no se define por los signos “inscritos” sino por un tipo de proceso: la dinámica de la lectura interpretativa. De este modo, la explicación y la comprensión son fases de un mismo proceso.

Ricœur señaló que en un primer momento, la comprensión puede ser entendida como una ingenua captación del sentido del texto en su totalidad, donde existe una relación asimétrica entre el texto y el lector, puesto que éste tiene que hacer conjeturas sobre

el sentido del texto en tanto que las intenciones del autor han dejado de estar presentes. Aquí, el sentido del texto ocupa el lugar de la intención del autor, de tal forma que la comprensión se lleva a cabo en un espacio propiamente semántico y no psicológico que ha quedado constituido en el texto. Es este el punto donde se inicia la dialéctica entre la explicación y la comprensión, donde el sentido objetivo es algo distinto de la intención subjetiva del autor y donde el problema de la comprensión correcta ya no puede resolverse por un simple regreso a la supuesta situación del autor. “Configurar el sentido como el sentido verbal de un texto es conjeturar” (1995, p.88). La actividad metodológica de la interpretación consiste entonces en que “si no hay reglas para hacer conjeturas válidas, hay métodos para hacer válidas las conjeturas que hacemos” (1995, p.88).

Lo que se conjetura por medio de la comprensión, es en primer lugar, explicar el sentido verbal de un texto en su totalidad. El texto como tal tiene un tipo de plurivocidad que es distinta de la polisemia de las palabras individuales y de la ambigüedad de las oraciones individuales. Esta plurivocidad textual es típica de las obras complejas del discurso y las abre a una pluralidad de explicaciones. La relación entre el todo y las partes requiere un tipo específico de discernimiento donde el todo aparece como una jerarquía de tópicos primarios y secundarios. De ahí que la reconstrucción de la arquitectura del texto adquiere la forma de un proceso circular en el sentido de que la suposición de un cierto tipo de totalidad se sobrentiende en el reconocimiento de las partes. Y recíprocamente, es al interpretar los detalles cuando explicamos la totalidad. No hay ninguna necesidad, ninguna evidencia, por lo que atañe a lo que es importante y a lo que no lo es. El autor señaló que el juicio de importancia es en sí mismo una conjetura.

En segundo lugar, Ricœur (1995) planteó que el trabajo de analizar el discurso sólo se puede alcanzar por medio de un proceso que consiste en ir reduciendo el alcance de los conceptos genéricos, que incluyen el género literario, el tipo de textos al que este texto pertenece y los tipos de códigos y estructuras que se entrecruzan en él. Esta localización e individualización del texto único es también una conjetura. El texto como un todo y como una totalidad singular, se puede comparar con un objeto que puede ser visto desde distintos lados, pero nunca desde todos los lados a la vez. Por tanto, la reconstrucción de la totalidad tiene un aspecto, de acuerdo con la perspectiva, similar a la reconstrucción del objeto percibido. Siempre es posible relacionar la misma oración de distintas maneras con esta o aquella oración que se considera la piedra

angular del texto. En el acto de la lectura está implícito un tipo específico de unilateralidad, la que cimienta el carácter conjetural de la interpretación.

En tercer lugar, los textos literarios entrañan horizontes potenciales de sentido, que pueden ser actualizados de diversas formas; característica que se relaciona con la función de los sentidos metafóricos y simbólicos secundarios. Para el autor, el lenguaje metafórico y simbólico no es paradigmático para una teoría general de la hermenéutica. Ésta debe abarcar el problema del discurso incluyendo la escritura y la composición literaria.

En lo que concierne a los procedimientos de validación por medio de los cuales el investigador comprueba sus conjeturas, éstos se encuentran más cercanos a una lógica de la probabilidad que a una lógica de la verificación empírica. De ahí que la validación no sea una verificación sino una disciplina argumentativa. La conjetura y la validación están relacionadas circularmente en cierto sentido como aproximaciones subjetivas y objetivas al texto. A los procedimientos de validación también pertenecen los procedimientos de invalidación, donde el cometido de la falsificación pone en juego el conflicto entre las interpretaciones en competencia.

El significado del texto no está detrás del texto u oculto en él. Lo que tiene que ser entendido no es la situación inicial del discurso, sino lo que apunta hacia un “mundo posible”, gracias a la referencia no aparente del texto. La comprensión intenta captar —más allá del autor y su situación—, las proposiciones del mundo abiertas por la referencia del texto. Entender un texto es seguir sus movimientos desde el significado a la referencia: de lo que dice a aquello de lo que habla.

En primera instancia, lo que ha de entenderse y apropiarse de un texto no es la intención del autor; no la situación histórica común al autor y a sus lectores; no las expectativas o sentimientos de estos lectores originales; ni tampoco la comprensión de sí mismos como fenómenos históricos y culturales; sino el sentido del texto mismo, concebido como la dirección que el texto ha impreso al pensamiento.

Lo que tiene que ser apropiado no es otra cosa que el poder de revelar un mundo que constituye la referencia del texto. De esta manera estamos tan lejos como es posible del ideal romántico de coincidir con una psique ajena. Si se puede decir que coincidimos con algo, no es con la vida interior de otro ego, sino con la revelación de una forma posible de mirar las cosas, lo que constituye el genuino poder referencial del texto (Ricœur, 1995, p.104).

Para Ricœur, este enlace entre revelación y apropiación constituyó la piedra angular de la hermenéutica. En este sentido, la apropiación es algo cercano a lo que Gadamer

(2003) llamó una fusión de horizontes: el horizonte del mundo del lector se fusiona con el horizonte del mundo del escritor y la idealidad del texto es el eslabón mediador en este proceso.

Por otra parte, es menester señalar que una de las principales objeciones que ha recibido la hermenéutica, es la cuestión de que la interpretación lo que hace en realidad, es poner el sentido del texto bajo el poder del sujeto que lo interpreta. Ante ello, Ricœur señaló que si se tiene presente que lo que se ha “hecho propio” no es algo mental ni la intención de otro sujeto, sino el proyecto de un mundo, la proposición de un modo de ser en el mundo que el texto abre frente a sí mismo por medio de sus referencias no ostensibles; se dará cuenta que la interpretación como proceso de revelación de nuevos modos de ser, da al sujeto una nueva capacidad de autoproyección al recibir del texto mismo un nuevo modo de ser. “Sólo la interpretación que cumple con el mandato del texto, que sigue la ‘flecha’ del sentido y que trata de pensar de manera acorde, da inicio a una nueva autocomprensión” (Ricœur, 1995, p.106).

Desde la perspectiva cualitativa que la investigación asume, la subjetividad del investigador está implicada en todo el proceso de la misma. Lo cual, lejos de considerarlo como un obstáculo o una fuente de intrusión para lograr un trabajo sistemático, es incluso un motor de búsqueda creativa y una herramienta de exploración. A este respecto, Taracena (2002) resaltó que si bien, la elección de la disciplina como el tema de investigación por un estudioso de las ciencias sociales, de manera inevitable se encuentran en relación con su trayectoria de vida y sus experiencias personales, estas realidades pueden nutrir el proceso de conocimiento.

La subjetividad no es un obstáculo en la investigación (a condición de que el investigador la analice) y por el contrario, puede ser una herramienta de trabajo muy valiosa, ya que la sensibilidad que una trayectoria de vida puede significar en relación con ciertos problemas involucra, a nuestro juicio, una mayor posibilidad de comprensión (Taracena, 2002, p. 132).

La autora subrayó el hecho de que el análisis de la implicación del investigador con su objeto de estudio representa un esfuerzo por aclarar los diferentes niveles de esta relación, lo que proporcionaría mayor claridad al lector para comprender cómo y desde dónde el investigador construyó sus hipótesis y elaboraciones teóricas.

Es así que la revisión de la propia biografía me ha permitido conocer ciertas dimensiones que me han vinculado con el tema de estudio, y a su vez, me ha

posibilitado "limpiar" el texto de hipótesis e inferencias que son más biográficas que parte de los hallazgos.

De este modo, al interpretar el relato, el investigador participa en un juego de dos niveles interpretativos. El primero corresponde a las interpretaciones que realiza como escucha e interlocutor, desde sus acervos de sentido común y su propia biografía; el segundo, desde sus interrogantes teóricos. De manera casi simultánea interpreta desde los constructos de primer grado y desde sus constructos científicos o de segundo grado, términos que Lindón recuperó de Schutz (en Lindón, 1999, p. 298); como también lo hizo Piña (1989), para describir el discurso autobiográfico como "construcciones de primer nivel", en las que las elaboraciones narrativas son propias del sentido común y cuyos elementos subjetivos reflejan el punto de vista del actor. Por consiguiente, la meta del análisis es dar cuenta de la dimensión subjetiva del discurso, ella refleja la perspectiva del hablante y el fundamento de su acción. Al mismo tiempo, el análisis del relato debe cumplir con los requerimientos de objetividad, es decir, sus procedimientos y aseveraciones deben estar expuestos a la verificación intersubjetiva.

Los conceptos elaborados en el análisis son construcciones de las construcciones elaboradas en el pensamiento de sentido común por los actores sociales. Estas "construcciones de segundo nivel" corresponden a elaboraciones de tipos ideales. Son sistemas teóricos que contienen hipótesis generalmente susceptibles de ser puestas a prueba. Como verdades relativas a un ámbito específico de validez, atribuciones de sentido históricas y en permanente autodestrucción, su solidez debe ser sustentada en el método: se trata de experiencias controladas y no de meras expresiones del punto de vista momentáneo, íntimo e irreproducible del observador. Entonces, el trabajo minucioso del investigador da validez a los resultados (Sautu, 2004). Por lo que cabe destacar que a la importancia de llevar a cabo los procedimientos descritos de manera sistematizada, se suma el valor del desempeño del investigador para visualizar los componentes del relato en una perspectiva integral que contempla la conciencia de su mirada propia como investigador.

5. Método

Hasta aquí hemos establecido algunas coordenadas teóricas para caracterizar la corporalidad como experiencia subjetiva construida en el relato de vida a partir de posibilidades históricas, culturales y sociales. Así mismo, hemos resaltado el carácter experiencial del cuerpo y la importancia de conocer su configuración subjetiva en la trayectoria del consumo de drogas.

De este modo, sustentado en la construcción social de la realidad y en la adopción de un paradigma interpretativo, hemos elegido un tipo de acercamiento que nos permita abordar el objeto de estudio desde la propia narración de las personas y resaltar el sentido que atribuyen a sus vivencias, con la intención de mostrar también una descripción fenomenológica del amplio espectro de matices de la experiencia que brinda el estudio de la corporalidad.

5.1. Objetivo general

Analizar la experiencia subjetiva del cuerpo a través del relato de la trayectoria con el uso de drogas.

5.2. Objetivos específicos

- Explorar las significaciones del cuerpo en el relato de la experiencia con el uso de drogas.
- Dilucidar los registros subjetivos del cuerpo que puntúan la historia del sujeto en el relato.
- Conocer las transiciones subjetivas en la relación que se establece con el cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas.
- Aportar una aproximación teórico-metodológica al estudio de la corporalidad.

5.3. Diseño y tipo de estudio

Se trata de un “estudio biográfico interpretativo” (Denzin, 1989; en Sautu, 2004), en el que utilicé el estudio de caso con un diseño de casos múltiples (Creswell, 1998) como una modalidad de indagación con fines exploratorios y descriptivos.

La noción de “caso” remite a un tipo de entidad en “proceso de observación”, esto es, el caso de los usuarios de drogas; asumiendo que el *estudio de casos* constituye *un medio* para la investigación social y no un *objeto de estudio focalizado* en uno o cada caso singular (Gundermann, 2001).

En esta perspectiva, los casos representan la oportunidad de extraer conclusiones acerca de la entidad y los nexos entre características, elementos o dimensiones del fenómeno estudiado.

5.4. Participantes y escenarios

Los participantes fueron seis, tres mujeres y tres hombres, cuyas trayectorias con el uso de drogas al momento del estudio, se encontraban en un rango de haber cesado su consumo hasta un consumo actual de distintas sustancias clasificadas como ilegales. Todos mexicanos, mayores de 18 años, pertenecientes a un estrato social medio-bajo y residentes de la zona metropolitana de la Ciudad de México. El cuadro 1 muestra los datos generales de los participantes al momento de ser entrevistados¹, cuyos nombres son seudónimos.

Los escenarios donde realicé las entrevistas variaron conforme el acuerdo pactado con cada participante. En el caso de Rosalba, la entrevista se llevó a cabo con la autorización y en las instalaciones de una asociación civil dedicada al tratamiento del consumo de drogas². Con Pablo y Diego, las sesiones transcurrieron en las instalaciones de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala. Con Nicolás, ambas sesiones fueron realizadas en su casa. La entrevista con Isabel tuvo lugar en un consultorio privado y posteriormente en su hogar. Con Patricia, el primer encuentro se efectuó en la casa que una de sus amigas ofreció para tal encuentro y el segundo en su propio domicilio.

¹ Las entrevistas se llevaron a cabo entre enero y agosto de 2005.

² Por razones de confidencialidad de la entrevistada, he omitido el nombre de dicha asociación, que amablemente aportó sus aulas para realizar la entrevista.

Cuadro 1. Datos generales de los participantes al momento de la entrevista

Seudónimo	Edad	Estado civil	Escolaridad	Ocupación	Trayectoria de consumo		
					Edad y droga ilícita de inicio	Drogas que ha consumido	Consumo actual
Rosalba	21 años	Soltera y madre de dos hijos de 5 y 1.5 años respectivamente	Primaria inconclusa	Trabajo doméstico y estudiante de primaria.	Alrededor de los 12 años	Alcohol, marihuana, cocaína, solventes y pastillas.	Ninguno desde dos años atrás
Nicolás	33 años	Casado y padre de un hijo de cuatro años	Bachillerato inconcluso	Trabajador en un taller de reparación de llantas	12 años marihuana	Alcohol, marihuana, solventes, cocaína, pastillas, <i>poppers</i> , peyote.	5 meses en periodo de abstinencia
Pablo	41 años	Casado y sin hijos	Secundaria inconclusa	Conductor de un vehículo de refrigeración de cárnicos	8 años marihuana	Alcohol, marihuana, cemento, pastillas, <i>poppers</i> , peyote.	De manera esporádica, alcohol
Isabel	23 años	Soltera y madre de un hijo de 2 años	Bachillerato	Empleada de mostrador y estudiante de licenciatura en Psicología	15 años cocaína	Cocaína, marihuana, solventes, pastillas y alcohol.	Alcohol, solventes y marihuana de manera ocasional
Diego	18 años	Soltero y sin hijos	Secundaria	Estudiante de nivel medio superior y trabajador en un taller mecánico los fines de semana	13 años cocaína	Alcohol, marihuana, cocaína, <i>crack</i> y activo.	Consumo frecuente de alcohol, marihuana y cocaína
Patricia	21 años	Soltera y sin hijos	Técnico en enfermería	1er. Sesión: Enfermera en una clínica 2da. Sesión: desempleada	16 años marihuana	Tabaco, alcohol, marihuana, solventes, cocaína, <i>crack</i> , pastillas, hongos.	Uso diario marihuana. Frecuente: alcohol, solventes, cocaína, pastillas y hongos.

5.5. Estrategia de producción del relato

Con el objetivo de producir el relato de la experiencia con el uso de drogas, llevé a cabo una estrategia de entrevista abierta según la denominación propuesta por Baz (1999b); y sustentada en el método biográfico, cuya modalidad fue el relato de vida con un enfoque focalizado.

Cada encuadre lo realicé de manera individual durante dos sesiones con cada participante. Ambos encuentros fueron considerados como un único proceso de entrevista. Cada sesión duró alrededor de dos horas.

El objeto de reflexión temático fue planteado en términos generales de la siguiente manera:

“Contar cómo ha sido la experiencia que han tenido con el uso de drogas”.

5.6. Procedimiento

Para contactar a las personas usuarias de drogas utilicé la técnica “bola de nieve”³. Después de dos entrevistas hice un punto de corte en la cadena de presentaciones para reiniciar un nuevo proceso de selección e invitación de participantes⁴.

De esta manera, especifiqué a cada uno que se trataba de colaborar en una investigación en proceso realizada en la Facultad de Psicología, UNAM; cuyo objetivo era conocer la experiencia con el uso de drogas. Expliqué también que su participación consistiría en compartir su historia siempre y cuando lo hicieran de manera voluntaria. Del mismo modo, solicité su autorización para la audiograbación del relato. En la invitación resalté el valor de su participación para el estudio y el trato confidencial que daría a la información compartida. En aras de subrayar la confidencialidad solicité a cada participante la utilización de un seudónimo antes de comenzar la grabación. Así mismo, pedí su autorización para utilizar el material con fines de investigación y difusión académica.

Durante las entrevistas, el encuadre de trabajo se dirigió a refrendar los acuerdos convenidos y propiciar un ambiente de confianza y apertura. Señalar el valor de escuchar y conocer la experiencia del entrevistado y enfatizar que se trataba de una

³ La técnica consiste en la presentación sucesiva de nuevas personas que se interesen en participar de manera voluntaria y cumplan con las características requeridas para el estudio, a partir de los contactos iniciales (Amuchástegui, 1996) y hasta completar la selección de individuos por entrevistar.

⁴ Cabe señalar que no todas las presentaciones se consolidaron en la realización de una entrevista.

conversación en un marco de respeto y confidencialidad, y para fines exclusivos de investigación.

En el proceso de entrevista traté de sostener una escucha atenta y no valorativa al trabajo narrativo del participante. Por su parte, la consigna de trabajo resultó ser clara para los entrevistados, quienes la llevaron a cabo no sin resistencias que vencieron conforme abrieron paso a su narrativa; al tiempo que disminuyó la ansiedad generada en el contexto de una entrevista audiograbada. De acuerdo con el método de investigación utilizado, sólo cuando lo consideré necesario, solicité al participante aclarar o profundizar ciertas temáticas relevantes para el estudio.

Al final de cada encuentro, agradecí el tiempo y la disposición a cada uno; así mismo, llevé a cabo la escritura de algunas observaciones del trabajo de abordaje y construcción del relato así como del propio desenvolvimiento durante la entrevista como un espacio de co-construcción.

De manera paralela, transcribí íntegramente los contenidos de las entrevistas con el objetivo de transformar el discurso en un texto para llevar a cabo su análisis. Posteriormente, cotejé las transcripciones con sus correspondientes audios.

5.7. Consideraciones éticas

Las entrevistas fueron realizadas con base en el consentimiento informado de los participantes acerca de los propósitos del estudio; la negociación de la hora, duración aproximada y lugar de encuentro; la aceptación de la utilización de materiales para fines de investigación así como la autorización de cada participante para audio-grabar las sesiones de entrevista haciendo énfasis en que tanto el material grabado como transcrito, sería tratado de manera confidencial y sólo para los propósitos del estudio y su difusión académica.

Durante la entrevista se consideró también la pertinencia de disponer de un directorio de instituciones de apoyo psicológico y servicios a la comunidad, en caso de que el entrevistado planteara un tipo de demanda o solicitud fuera de los límites de la entrevista.

Como una forma de devolución a los participantes, se ofreció a cada uno la transcripción íntegra de su entrevista. Cabe señalar que sólo dos mujeres se interesaron en obtenerla y sólo una de estas entregas se consumó, debido a que la otra entrevistada faltó en tres ocasiones a las citas programadas para ello.

5.8. Análisis de los relatos

Para dar cuenta de los objetivos de la investigación, se diseñó un dispositivo teórico-metodológico para la producción de los relatos de vida, cuya elaboración simbólico-discursiva es considerada aquí como un campo de la subjetividad susceptible de analizar.

Siguiendo esta perspectiva, los textos fueron sometidos a un proceso analítico de reconstrucción y sistematización de sus significados mediante una estrategia interpretativa construida con base principalmente en el enfoque biográfico (Piña, 1989; Bertaux, 1993; Burgos, 1993; Lindón, 1999; Sautu, 2004); elementos generales para el análisis cualitativo de datos (Coffey y Atkinson, 2003); algunos principios fundamentales para el análisis del relato (Todorov, 1996) y mediante la identificación de algunas de las dimensiones para el análisis estructural de los relatos propuesto por Barthes (1990, 1996).

La estrategia analítica se orientó a interpretar el material en términos de las formas en que se desplegó la experiencia subjetiva del cuerpo en la reconstrucción de la trayectoria con el uso de drogas; así como develar el proyecto del personaje en el relato y su articulación con las distintas formas de definirse a sí mismo para elaborar una presentación de sí y de su experiencia.

De este modo, la meta consistió en analizar las formas en que es contada la experiencia al identificar la serie de acontecimientos que iluminan, justifican y/o explican la situación actual de la persona, esto es, el sentido que atribuyen a usar o haber dejado de utilizar drogas y cómo ha sido ese proceso⁵ en el marco de la interpretación que hace el narrador de la vida en el momento de la entrevista, la manera en que la narración es conducida para transmitir un propósito definiendo un tono particular y eventos clave relativos a las vivencias personales.

En este contexto, el enfoque consistió en desentrañar la historia que entretiene los episodios y secuencias que giran alrededor de la experiencia subjetiva del cuerpo, el sentido que le otorgan y la manera en que se engarzan con la presentación que hace el sujeto de sí mismo y de los acontecimientos reconstruidos.

⁵ Explorar esta justificación que hacen los narradores es crucial porque el objeto de reflexión temático solicitó precisamente la reconstrucción de la experiencia de una práctica que enfrenta procesos de estigmatización y que demanda al sujeto la elaboración de estrategias de sí para enfrentarlos en el contexto social y en el marco de su situación particular.

Sobre estos supuestos, la organización, clasificación, sistematización e interpretación de los materiales consistió en los siguientes pasos:

1. Transcripción íntegra de cada entrevista.
2. Ejercicios de lectura analítica del material discursivo.
3. Segmentación del texto con base en la identificación de las siguientes unidades narrativas propuestas por Barthes (1990, 1996):

a) Núcleos: una función cardinal o núcleo, refiere una acción que abre, mantiene o cierra una alternativa consecuente para la continuación de la historia. Estas unidades tienen una funcionalidad lógica y cronológica, a la vez son consecutivas y consecuentes. Forman conjuntos finitos de términos poco numerosos y son a la vez necesarios y suficientes. El sentido o la función de un elemento del relato es su posibilidad de entrar en correlación con otros elementos y con el relato en su totalidad.

b) Catálisis: son unidades de naturaleza “completiva”. Estas funciones son en la medida en que entran en correlación con un núcleo e implican una funcionalidad atenuada, unilateral, parásita: describen lo que separa dos momentos de la historia. Las catálisis no son unidades consecutivas. Desde el punto de vista de la historia, estas unidades tienen una funcionalidad discursiva: aceleran, retardan, dan nuevo impulso al discurso, resumen, anticipan, a veces incluso despistan. Se aglomeran en torno de un núcleo o de otro sin modificar su naturaleza alternativa. Tanto las funciones *núcleo* como la *catálisis* corresponden a una funcionalidad *del hacer*.

c) Indicios e informaciones: la unidad remite a las informaciones relativas a la *identidad* y a las notaciones de *atmósferas*. Son funciones integrativas cuya funcionalidad es expansiva: llenan el espacio narrativo que separa las funciones núcleo.

Los *indicios* del relato son unidades que remiten a los elementos caracterológicos que conciernen a los personajes. Tienen significados implícitos y por ende, involucran una actividad de desciframiento cuyo objetivo es conocer un carácter, una atmósfera. Las *informaciones* por su parte, sirven para identificar, para situar en el tiempo y en el espacio. Son datos puros que proporcionan un conocimiento ya elaborado; sirven para autenticar la realidad del referente. En tanto operadores realistas, poseen una funcionalidad no a nivel de la historia sino a nivel del discurso. Estas unidades corresponden a una funcionalidad *del ser*.

4. Método de escritura para la reconstrucción del personaje y los episodios y secuencias identificadas en la reconstrucción del relato:

a) La escritura del esbozo del personaje se realizó a partir de la articulación de las unidades identificadas llamadas indicios e informaciones que conforman la proyección del “sí mismo” en el relato. Para la reconstrucción del proyecto narrativo también se consideró la atmósfera y el carácter expresivo del relato como el marco en el que el narrador ha contado su historia. A este nivel, la reconstrucción de las unidades narrativas se refiere al relato como <<discurso>>.

En los relatos, los actores sociales narran sus historias con un propósito. Las formas que adoptan los relatos proporcionan elementos para conocer cómo se estructuran las experiencias y cómo se transmite la información para producir el impacto deseado (Coffey y Atkinson, 2003). La forma en que los actores sociales construyen la presentación de sí mismos, muestra que la producción narrativa debe situarse dentro del marco de interacciones donde se produce, como es el caso de la entrevista de investigación. Con este propósito, cada relato fue explorado en términos de sus posibles cualidades funcionales y sus contenidos. Este acercamiento resultó ser un punto de partida útil para explorar el objeto de estudio en cuestión tras la identificación de las cualidades funcionales del relato, que permiten conocer cómo enmarcan los actores sociales un conjunto particular de experiencias y les encuentran sentido. La idea de “función del relato” puede ser usada como unidad analítica para reflexionar en la forma que se representan los actores sociales a sí mismos, a su público o audiencia y cómo se logra tal presentación.

b) En la reconstrucción de la historia se describen y articulan los acontecimientos y secuencias que configuran el relato a partir de las funciones núcleo y catálisis identificadas.

La ubicación de estas funciones permitió distinguir diversos modos de registros subjetivos de la experiencia del cuerpo más o menos diferenciados, que puntuaron la historia del sujeto y dieron forma a la construcción narrativa de la experiencia con el uso de drogas; develando así los episodios de la experiencia subjetiva del cuerpo y sus componentes significativos inscritos en el relato. A la exposición de estos episodios subyace una práctica interpretante de las significaciones con las que da cuenta el sujeto de su propia experiencia. Este ejercicio interpretativo se llevó a cabo tratando de respetar la configuración simbólica del relato, ilustrando la presentación

con fragmentos literales de cada uno de los relatos de acuerdo con su pertinencia de sentido.

c) Lectura interpretativa de los relatos:

Consistió en una recapitulación y recuento interpretativo del material previamente identificado al que he denominado epílogo. Este apartado constituye un modo de cierre en cada uno de los casos para mostrar la reconstrucción del relato como una “totalidad significativa” (Bertaux, 1993) que da cuenta del sentido de la experiencia en la singularidad de cada sujeto y en el contexto de lo social de la experiencia subjetiva del cuerpo. Este ejercicio adquirió la forma de un proceso orientado por los objetivos de la investigación y las herramientas heurísticas retomadas del marco teórico para reconstruir el relato de vida mediante secuencias significativas de la experiencia narrada.

5.9. Estrategia de presentación y comunicación de los hallazgos

La información ha sido organizada por caso. El orden de la exposición obedece a un criterio de presentación de los hallazgos como estrategia para acercar al lector a la temática del estudio. De este modo, la sucesión de los casos está en función del momento en el que se encontraban los entrevistados en su trayectoria con el uso de drogas, esto es, desde el mayor tiempo en abstinencia (Rosalba), hasta el mayor grado de consumo actual (Patricia).

Con el objetivo de mostrar cómo opera la estrategia analítica implementada y el tipo de información que ofrece esta aproximación teórico-metodológica, los resultados del estudio se dan a conocer de la siguiente manera: la primera parte, consiste en la caracterización y descripción del proyecto del personaje en un nivel interpretativo de la forma en como se presenta a sí mismo en el relato. Posteriormente, se despliega una exposición con orientación fenomenológica, de los registros y secuencias de la experiencia subjetiva del cuerpo identificados en la historia. En tercer lugar, un epílogo que condensa los elementos significativos encontrados y plantea una serie de reflexiones relacionadas con los temas centrales de cada relato.

Para complementar esta descripción, se presenta un metarelato de la experiencia con el uso de drogas y su correspondiente epílogo; contruidos a partir de una lectura transversal de los hallazgos de cada caso, esto es, una lectura entre casos cuyo objetivo ha sido trascender el nivel de la singularidad del relato para situarlo en el marco social y cultural que da contexto y estructura a la experiencia.

6. Resultados

Los resultados de la investigación se presentan en términos de la reconstrucción de la presentación de sí que ha hecho el personaje del relato; seguido de los episodios y núcleos narrativos identificados que entretienen la experiencia subjetiva del cuerpo en cada una de las historias. Posteriormente, una lectura particular que recapitula el vínculo cuerpo-subjetividad en la trayectoria de la experiencia con el uso de drogas al interior de cada relato, y la forma en que se articula con el lugar desde el cual el relato ha sido enunciado.

6.1. Rosalba

La primera impresión de Rosalba, de 21 años de edad, fue la de una joven con una expresión dura y cierto aire de enfado. Imagen que se desvaneció en el transcurso de la entrevista, donde se mostró con soltura y disposición. De Rosalba, de tez morena, estatura baja, complexión delgada, cabello ondulado y sujetado hacia atrás; destacaba la expresión de sus ojos apenas maquillados y su sonrisa discreta. Con un tono de voz cálido, pausado y volumen bajo, expresó sentirse tranquila al compartir sus recuerdos.

Su historia se remonta al momento en que llegó por primera vez a la Ciudad de México. A los 10 años de edad salió de su natal Tabasco con algunos de sus hermanos en busca de una “mejor vida”. Tras una serie de intentos para lograr sus planes y después de tensiones y desencuentros familiares, Rosalba emprendió el camino por su cuenta. Más tarde, la relación con su familia culminó en la ruptura total.

Aún no cumplía 13 años cuando comenzó a utilizar tabaco y alcohol. Paulatinamente continuó con el uso de marihuana, cocaína, solventes y pastillas. Entre los 11 y 19 años trabajó en distintos oficios (tortillería, bar). También se ocupó limpiando parabrisas, vendiendo dulces y lavando platos para obtener dinero o recibir comida a cambio. Para sobrevivir en la ciudad, Rosalba accedió a vivir con distintos hombres aunque por breves periodos; otras temporadas las pasó en situación de calle y menos veces en habitaciones alquiladas o con alguien que le brindaba hospedaje aunque de manera efímera.

Durante este tiempo, se hizo madre de dos hijos varones. El mayor de cinco años y el menor, de un año y medio de edad. Con su primer hijo perdió el contacto desde que un día lo abandonó cuando el niño se encontraba hospitalizado. Años después Rosalba inició su búsqueda para recuperarlo. Al momento de la entrevista vivía con el

menor de sus hijos en una casa donde una pareja religiosa brindaba apoyo a niños y jóvenes en situación de calle. Así mismo, asistía a tratamiento en una comunidad terapéutica para la rehabilitación del consumo de drogas. Estaba cerca de cumplir dos años sin consumir ningún tipo de sustancia aunque no sin resistencias y recaídas. Además de cuidar a su hijo, se dedicaba al trabajo doméstico remunerado y a concluir sus estudios de primaria.

En su narración destacó la vivencia de situación de calle como el principal escenario en el que la percepción de abandono jugó un lugar primordial en la trama de su historia. En su relato enfatizó los eventos que sucedieron a partir de que llegó a la capital del país, aunque también mostró las resonancias de las amargas experiencias que vivió en su ciudad natal al lado de su familia de origen.

La lectura de los indicios permitió entrever en Rosalba como sujeto del relato, un perfil dominante, proclive a actuar de manera impulsiva. Con un posicionamiento activo y actitudes radicales enfrentó sus circunstancias. Para el personaje fue importante definir su lugar ante los otros en términos de dureza y enojo como estrategias de sobrevivencia. La atmósfera de su relato fue la de haber recorrido de manera constante situaciones difíciles sin el apoyo de sus familiares y escasos recursos económicos desde que fue una niña. Conoció la crueldad y la exclusión; sintió la marginación, la explotación y vivió con el lastre de la violencia de algunas personas e instituciones. Sin embargo, y a pesar de la sensación de desamparo y de un angustioso trabajo consigo misma para enfrentar una diversidad de acontecimientos, manifestó un carácter que no se colocó en una posición de víctima. A diferencia de ello, encarnó la indiferencia, la tenacidad y la ira para esquivar y defenderse de los abusos y las adversidades.

Al figurar como un personaje estoico, Rosalba mostró también una postura libre de culpas y lamentaciones. Decía valorar sus actuaciones sin remordimientos. Lejos de aparecer como mártir, proyectar debilidad o ser presa de la voluntad de los otros, presentó su historia como un producto de su propia determinación. Estas características encajaron en un relato construido con un tono dramático donde cada acontecimiento fue descrito con la fuerza del impedimento, la complicación y el accidente. En la trama, Rosalba se mantuvo en la batalla para hacer frente a cada obstáculo aunque no sin sufrimiento. Los episodios del relato se complicaron una y otra vez y cada vez con mayor intensidad, consolidando el devenir del personaje como una figura heroica.

Su historia no fue edificada sólo como un relato de dolor y padecimiento. Al tiempo que mostró indefensión, también expresó desapego y desinterés ante valores convencionales en torno a su cuerpo, la maternidad, la salud, la familia, la pareja y la amistad. Lejos de buscar la compasión, proyectó una imagen de sí cuya fortaleza le permitió enfrentar las adversidades.

En un vaivén entre la salida de una situación difícil y la sobrevivencia cotidiana, Rosalba resurgía para enfrentar nuevos infortunios pero también para restituirse con tenacidad. Esta dinámica se presentaba aún más con las parejas. El personaje mostró que al tiempo que era abandonada por unos, otros la recuperaban. Mientras que unos la rechazaban, otros la deseaban. Rosalba siempre fue acogida por alguien que le brindó ayuda y que funcionaba como un pivote para empeorar cada acontecimiento.

En la fluctuante opresión fue posible identificar la presencia de distintos personajes aludidos en el relato. Por su eficacia narrativa, sobresalió la llegada de un otro que por lo general era un extraño, un desconocido o un compañero de calle que la auxiliaba, le brindaba ayuda, la protegía o la cuidaba aunque de manera fugaz. Para Rosalba, la intervención de estos efímeros personajes le permitió sobrellevar una serie de dificultades pero no terminó con su soledad. Su historia careció de relaciones de larga duración contribuyendo a dibujar un panorama desolador.

En un juego de oposiciones y contrastes, los hermanos, medias hermanas y la pareja en turno, es decir, aquellos con quienes había establecido algún tipo de vínculo o cierta forma de cercanía, derivaron en relaciones tensas, de abuso, abandono, rechazo y traición. Estas figuras confirieron al relato no sólo una mayor intensidad narrativa; también la oportunidad para que la propia Rosalba no aceptara una posición receptora de maltrato, sino la restitución de su personaje en una figura activa, situándose en el papel de la que abandonaba, reemplazaba o sustituía sus relaciones por otras.

Al tiempo que proyectaba una imagen de sí fuerte y una secuencia ordenada de los acontecimientos, con la descripción de la experiencia en situación de calle y la cúspide con el consumo de drogas, la coherencia y la cronología del relato se colapsó. La imagen de sí comenzó a desplegarse en términos de un cuerpo amorfo y desarraigado, cuya ubicación espacio-temporal presentó una tendencia a desdibujarse. Una forma de vida que expresaba cierta ausencia de normas y falta de apegos. Vivencia caótica del tiempo y de los espacios. Relaciones sin arraigo a los lugares y a las personas. Tenacidad debilitada tras una experiencia circular de intentos

frustrados de abandonar la vida de calle, cesar el consumo de sustancias, hacer una vida de pareja y dedicarse a su hijo que duró hasta que se conjugaron una serie de factores.

La secuencia de la vida en la calle fue interrumpida por el internamiento involuntario de Rosalba a una institución de rehabilitación. Esta decisión la tomó una señora que fungió como su madre adoptiva. Luego de su permanencia en dicha institución, la imagen de sí sufrió algunas modificaciones. Más no fue determinante su posición en torno a las drogas sino hasta la muerte del padre de su hijo y su segunda maternidad, cuando el personaje se propuso un estilo de vida diferente que no logró sin antes enfrentar una batalla con los síntomas de la abstinencia. El reto de cesar el consumo de drogas se convirtió en condición para “revivir su cuerpo”. A decir de Rosalba, necesitaba recuperar la salud para lograr cambios en su persona; sin embargo, el deseo por llevar otra vida coexistía con el deseo de las drogas y la nostalgia por los compañeros de calle. La idea de cambiar implicaba asumir la responsabilidad de su maternidad y lograr controlar su deseo por la droga. Para lograrlo, bajo la influencia de la madre adoptiva, Rosalba se propuso poner el cuerpo y el alma a disposición de Dios. Esto significaba renunciar a los placeres obtenidos con el uso de sustancias y las vivencias con sus compañeros en situación de calle.

La intención de “entregarse” a Dios, signó el relato con un antes y un después que se consolidó con una serie de transformaciones en la imagen de sí. De percibirse con un carácter dominante y agresivo, se sintió apacible, amorosa y con apego hacia la vida. Su entorno dejó de ser visto como “vil y despreciable” luego de dejarse guiar por una vida apegada a un conjunto de valores espirituales. A decir de Rosalba, el tiempo en el que se drogó vivió en un mundo propio, ajeno a un sistema de valores y normas que pertenecían a otros. Dejar de usar drogas y renunciar a la compañía de los demás usuarios que tanto extrañaba, representó un aprendizaje difícil para adaptarse a un medio social con el cual no terminaba de identificarse. A dos años de abstinencia, Rosalba había aprendido a ocultar el deseo por la droga que aún la inquietaba. Para sobrellevar su deseo y sus impulsos, anteponía su voluntad y la conciencia que adquirió sobre los daños y las consecuencias de usarlas, así como una evaluación de las pérdidas físicas y morales que tuvo cuando se drogaba, pero sobre todo, anteponía los valores espirituales adoptados en el anexo.

Es así como la historia de Rosalba puede ser reconstruida a partir de siete núcleos narrativos articulados en torno al tema del abandono, el embarazo en situación de

calle, la intervención de las instituciones, la batalla con el propio cuerpo, la adopción de valores espirituales, la realidad de vivir sin drogas y el asumirse enferma como el lugar al que arribó para mostrar dos realidades coexistentes. Una que llevaba a cabo frente a los otros tras presentarse como una persona “normal”, como alguien que ha aprendido de sus experiencias; igual que lo hacen aquellos que como ella, han vivido la dinámica del consumo de drogas y la vida de calle; aunque entre ellos reconozcan que no lo son ni lo serán jamás. Aunque tal forma de presentarse facilitaba el reconocimiento de y la visibilidad ante los otros; la otra realidad, la que admitía en su “interior”, era que continuaba y continuaría siendo “una enferma emocional y mental” en la medida en que vivía este papel con sufrimiento y esfuerzo porque añoraba “la vida de calle”, la compañía de los usuarios de drogas y el placer obtenido con éstas. Para Rosalba, la huella del consumo de drogas permanecerá impresa por siempre en su vida.

6.1.1. Abandonada, abandonar, abandonarse

En el relato fue posible identificar el tema del abandono en tres figuras en torno a las relaciones que Rosalba estableció con los otros y consigo misma: ya fuera en una posición pasiva de abandono, asumiendo el lugar del que abandona o mostrando el abandono de sí. La primera secuencia que remitió a este triple movimiento se engarzó con los acontecimientos referentes al momento en que Rosalba ya se encontraba en la Ciudad de México intentando hacer su vida sin el apoyo de sus familiares.

El rostro del abandono apareció cuando dejó a su primer hijo en manos de un familiar tras anteponer “el amor de un hombre”, veinte años mayor que ella; quien le daba “buen trato” porque no le pegaba. En aquel entonces, Rosalba pasaba prolongados periodos bajo los efectos de las drogas y ausente de casa. Se sentía abandonada y trataba de escapar a esos sentimientos pasando el tiempo en las “tocadas”¹, bebiendo alcohol, fumando marihuana y eventualmente, usando solventes. Sin precisar el tiempo que duró esa relación, un día Rosalba se marchó y comenzó a trabajar en una tortillería donde solía recibir a su hijo para amamantarlo hasta que un día decidió no hacerlo más.

Tras estos eventos el personaje se posicionó como el sujeto de la acción que al tiempo que abandona, se abandona también: dejó de trabajar, de atender a su hijo y

¹ Suele denominarse como “tocadas” o “toquín” a los conciertos de música que reúnen de manera masiva a la población “joven”.

comenzó a “rodar” por las calles. La imagen de sí comenzó a configurarse como un cuerpo que “rodaba” sin dirección, sin nombre, en un ciclo de repetición que parecía interminable.

A veces me llevaban al bebé ahí donde yo trabajaba y ahí le daba yo [...] su pecho, ahí le daba yo de comer, se dormía y luego se lo volvían a llevar hasta que un día decidí por no regresar por él ni ir a verlo. Empecé a rodar por las calles, empecé a caminar y a caminar. Toda la noche caminaba, toda la noche de siempre, caminaba toda la noche juntando colillas de cigarro y... Así en la calle para fumar y que no me diera frío [...]. A veces todo me parecía como un sueño y decía yo ¿Cuándo voy a despertar? Porque siempre era vagar y vagar...

En esta transición, Rosalba consiguió un oficio como mesera y más tarde como *fichera*. En estas circunstancias su relación con las drogas adquirió un sentido distinto. Se drogaba para resistir las jornadas laborales nocturnas y ocultar el cansancio y los signos del desvelo. Usó la cocaína para hacer resistir su cuerpo, del que se valía como instrumento y medio para el trabajo sexual.

Se encontraba rozando cierta rutina hasta que llegó la noticia de un accidente que había sufrido su hijo. El menor estaba siendo atendido en un hospital. Rosalba acudió a verlo no sin antes tener una confrontación con sus familiares; entre reclamos por haber abandonado al niño la dejaron con él. Así, decidió permanecer con su hijo aunque se encontraba en la batalla con la necesidad de drogarse y la disyuntiva entre hacerlo o cumplir con sus responsabilidades como madre. El dilema que vivió con desamparo lo refiere así:

Estuve ahí... Quince días, veinte, y no iba nadie a verme, me dejaron solita, y como yo no comía nada dentro del hospital... No comía yo nada, estaba siempre sin comer nada, lo que le sobraba al bebé, lo poquito que me comía y como yo me drogaba, estaba yo bien nerviosa, ya quería yo la droga, pero no lo quería dejar.

Al poco tiempo salió del hospital y decidió no volver. Desde entonces no vio más a su hijo.

Después le dije a una señora ¿Sabe qué señora? Présteme para mi pasaje, yo voy y vengo, voy a bañarme, voy a comer y yo regreso y no, salí de ahí y nunca más regresé. Nunca regresé. Después de ahí empecé la calle nuevamente. Ya no fui con mis hermanos, ya no fui con nadie, sino que ahora fue peor, caí a la calle. Empecé igual, toda la noche... Salí del hospital y toda la noche caminar y caminar y caminar. A veces mis pies ya no los aguantaba, pero caminaba yo y caminaba yo y así pasaba el tiempo.

En la situación de calle el espacio y el tiempo perdieron sentido. Caminaba sin rumbo en el anonimato. Cada vez menos se ocupaba de sí para asearse y comer. Los lazos

que la unían con la sociedad convencional se fueron debilitando. Se sentía “inundada” por un sentimiento de lejanía con respecto a los demás. En este contexto, los periodos en situación de calle comenzaron siendo variables. Un día llegó a una casa de apoyo para menores trabajadores. Su intención era dejar de usar drogas pero encontró una situación de mayor “tentación” para su consumo. Hizo grupo con los “niños de calle”, aumentó las dosis y expandió el tipo de drogas que utilizaba. Volvió a habitar las calles, a dormir en los parques y comenzó a andar en grupo. Posteriormente, formó una pareja con uno de ellos.

Esta nueva relación no estuvo exenta de violencia y Rosalba incrementó aún más el consumo de sustancias. En medio de una pelea, intentó arrojarse por la ventana. Su pareja la detuvo pero también terminó con su relación al tiempo que el intento de Rosalba de abandonar la vida se frustró. En el recuento de acontecimientos, una vez más el personaje resurgió reemplazando con otro hombre al último que la dejó. Esta vez inició una fase distinta en la relación de pareja porque se prolongó algunos años —aunque de manera inestable— y se extendió con su segundo embarazo. No obstante, el tema del abandono como la sensación de desamparo como núcleos narrativos de su historia, continuaron insistiendo en el relato.

6.1.2. Un cuerpo que conmociona y estremece

Rosalba se encontraba aún en situación de calle el tiempo de su embarazo, el cual vivió con asombro ante los cambios que presenciaba. Este tiempo lo pasó dormida bajo la sombra de los árboles, resistiendo hambre, vicisitudes climáticas y emociones dolorosas. Cuando su pareja conseguía alimento Rosalba no lo toleraba; débil y con escasa movilidad, presentaba sangrados que despertaban espanto y angustia de perder a su hijo. Ella y su pareja inhalaban PVC para apaciguar el frío, la lluvia, el hambre y la vida en general. Las circunstancias no cambiaban excepto cuando él la dejaba resolver por su cuenta el deseo de la droga, la necesidad de comer y cobijarse; al tiempo que Rosalba cada vez tenía menos posibilidades de asistirse por sí misma.

El recuerdo de su embarazo fue de intranquilidad, abandono por parte de su pareja y zozobra. No obstante, en la trama narrativa siempre apareció alguien, ya fueran los compañeros de calle, extraños o personas pertenecientes a una iglesia o alguna institución, que se conmovían o se horrorizaban al verla. Cobijas, alimento, ropa, eran algunos de los objetos que la gente le llevaba luego de compadecerse de una mujer embarazada en situación de calle. Mientras que Rosalba cada vez tenía menos control

de lo que le sucedía, otros lo tomaban: unos no le permitían comer ciertas cosas, otros la atiboraban; unos más no la dejaban bañarse o la obligaban a ello. La forzaban a ingerir alimento, la presionaban para cambiarse de ropa. Le administraban el tipo de alimentos, de ropa, zapatos y la higiene personal en general. Algunos no la dejaban mover y otros la ponían de pie y a caminar. Unos se acercaban para brindarle ayuda mientras que otros sólo se detenían a verla. Unos más le compartieron PVC. De haber pasado inadvertida en la calle por mucho tiempo, con el embarazo alcanzó visibilidad y despertó la atención de la gente.

...Siempre acostada ahí, siempre, toda piojosa, mugrosa, o sea, así, greñuda, como tenía el cabello largo, greñuda... Luego iban unas señoras que me llevaban calditos, me veían ahí y me llevaban ropa, zapatos, cosas así me llevaban... pasaba la gente y nada más se me quedaba mirando... mirando.

Llegó el momento del nacimiento. Rosalba se sentía asustada ante los dolores de parto que no comprendía hasta que fueron evidentes. Una vez más sintió el abandono tras la negativa de apoyo de su pareja. Una vez más se encontraba bajo el desamparo de otro significativo. Fueron los compañeros de calle quienes la acompañaron aunque estremecidos tampoco podían auxiliarla. Para Rosalba, el PVC le ayudaba a apaciguar los dolores.

6.1.3. En manos de la institución

Llegó la institución médica para auxiliarla. Sin embargo, esta ayuda no colmó su desesperación. Al ser trasladada al hospital comenzó un nuevo episodio de lucha y desavenencias. El trato que recibió de la institución el personaje lo describe como sigue:

...En ese rato [...] que llega la ambulancia y que llegan [...] los que cuidan abajo del metro [...] y que dicen ¡No, pus que aquí está! ¡Llévensela! [...] y todavía en la ambulancia me iban haciendo preguntas y preguntas, y yo ya no quería contestar, ya iba yo así desesperada, [...] me preguntaban y ¿Qué inhalas? Y ¿Qué esto? Y ¿Qué lo otro? Y ya empezaba yo a hablar y ya el bebé ya, ya desesperada...Ya llegué al hospital, me metieron, nomás me alcanzaron a ponerme la bata y ponerme en la cama esa y me dejaron todavía ahí solita, y ya yo ya no podía y decía y ahora ¿Qué? Y yo así yo fuerzas y fuerzas, y ya mis manos que me las pongo aquí, yo ya no aguantaba. Ya cuando sentí, o sea, yo me asusté porque yo no sabía ¡Qué era lo que me estaba saliendo! Si era el bebé o era ¡Otra cosa! Ya sentí la cabecita del bebé y traía un buen de cabello y le digo ¡Doctor! ¿Qué es esto? Le dije, y ya todos los doctores andaban por allá y yo ahí y ni siquiera me pusieron algo para no sentir mucho dolor ni nada, no, [...] ni siquiera me

anestesiaron ni nada. Ya cuando les hablé a los doctores, el bebé ya iba para afuera y ya nomás alcanzaron a agarrarlo y ya que se lo llevan.

A diferencia de otras señoras, Rosalba no tuvo en brazos a su hijo. Hasta transcurrido un tiempo con significado perenne, personal de la institución le informó que no le sería posible verlo. El recién nacido tenía muy bajo peso y sería trasladado a un hospital infantil donde estaría en observación. Angustia de no saber en qué condiciones de salud se encontraba. Angustia de no conocerlo hasta que saliera del hospital.

Cuando Rosalba fue dada de alta nadie estaba para recibirla. Una vez más se sentía en una situación de orfandad. Ni la institución ni sus conocidos le brindaron apoyo. Subrayó la ausencia del padre de su hijo y la hipótesis de que esa falta había sido a causa de las drogas. Después de una vivencia psicológica eterna de la espera, quien le brindó apoyo para salir fue una señora que más tarde sería su madre adoptiva. Sin embargo, no fue inmediata la salida del hospital. Aunque Rosalba ansiaba ver a su hijo tuvo que esperar.

Una vez que se encontró en el hospital infantil se llevó una nueva sorpresa: los médicos evaluaban la pertinencia de entregar un niño a una madre usuaria de drogas o la alternativa de canalizarlo a un centro infantil dedicado a atender ese tipo de casos. Una vez más, una efímera aliada, en este caso, una trabajadora social, intervino para que la institución le entregara a su hijo. Bajo la orientación religiosa de la madre adoptiva, en una suerte de fe y promesas, Rosalba imploró a Dios tener a su hijo a cambio de dejar de usar drogas y emprender una vida nueva.

6.1.4. La batalla con el cuerpo: la muerte y el renacimiento

Al recuperar a su hijo de forma paralela Rosalba inició una batalla con su propio cuerpo. El deseo por la droga adquirió mayor presencia sobre sí. Deseo de drogarse cada vez más insoportable al tiempo que se presentaban los síntomas de la abstinencia: sensación de ahogo, desesperación, inquietud y sobresaltos. Ansiaba desahogar la tentación con PVC; consumir esta sustancia era una idea que sólo pensarla le provocaba mayor inquietud. La zozobra por no consumir cada vez la resistía menos. Tras una serie de recaídas, llegó el día en que sucumbió ante su deseo de manera total:

...Cuál fue mi error de haberme salido ¡Me fui nuevamente a drogar! ¡No importándome el bebé! ¡No nada! ¡Me fui a drogar! Porque mi tentación ¡Yo ya no la aguantaba! Yo sentía que me ahogaba, sentía una desesperación... Yo quería droga... Me sentía desesperada, [...] me

sentaba y no podía estar [...] me paraba y no podía estar, [...] caminaba y no, no podía estar... Necesitaba yo la droga, sentía mi cuerpo dormido, lo sentía yo así que... Me sentía yo triste... Empezaba yo a recordar lo que yo había vivido con mis papás... [...] ¡Prefiero irme a drogar! Y me iba yo a drogar otra vez [...] me iba yo a traer mis latas de droga, de PVC, y me ponía a drogar y me iba a buscar mi mamá porque el bebé quería comer, el bebé quería... Tenía hambre... Y me iba a buscar y otra vez pa'la casa, y me tenía que tomar litros y litros de leche para que se saliera todo lo que me había metido... Tardaba una semana, ocho días, quince días, veinte días y nuevamente volvía a hacer lo mismo, pero ahora ya no me fui sola, ahora ya me llevé a mi bebé.

Rosalba huyó de la casa donde había sido adoptada en busca del padre de su hijo y de los inhalantes. Cuando por fin los encontró, su relato rememora la manera en que con un brazo sostenía a su hijo para amamantarlo y con el otro inhalaba su "mona". Su hijo dependía de ella y ella dependía de la droga. Caminando y drogándose apareció una vez más un personaje que la rescató. Una mujer se acercó, le dio cobijo, alimento y hospedaje luego de que el intento de Rosalba de reunirse con su pareja fracasó.

Por medio de esa mujer conoció a otro hombre que se sumó a la lista de aquellos que la ayudaron. Él le ofreció apoyo y protección económica. Se hicieron "como una pareja". Con él vivió una temporada; sin embargo, en una danza inestable, Rosalba pronto extrañó a sus padres adoptivos y a sus hermanos, los "chavos de calle". Un día decidió irlos a buscar y no más regresó. Cuando se reencontró con sus padres, Rosalba recibió la noticia de que el padre de su hijo había muerto y que la había buscado antes de morir. Finalmente, la había dejado para siempre.

La muerte del padre de su hijo fue significada como un mensaje que Dios le envió. Para Rosalba, él entregó su vida a Dios a cambio de que ella y su hijo logran vivir. Rosalba continuaba en su lucha para dejar de consumir y esta muerte representó un motivo para lograrlo.

Dejar la droga no fue un proceso fácil ni inmediato. Las drogas, la vida de calle y su "verdadera" familia, los compañeros de calle, estaban estrechamente ligados y Rosalba no quería separarse por completo.

Entre el dolor y la privación de las drogas, Rosalba pasó por largos periodos de incertidumbre; incluso estableció una relación de adversarios entre ella y el deseo de la droga. En ocasiones, se sentía incapaz de controlar el intenso deseo de inhalar y de estar con sus compañeros. Mientras que algunas veces resistió, también tuvo recaídas. Esta cita evoca una de ellas:

...La última vez que yo me salí de mi casa ya estaba yo bien, ya no había caído nunca pero llegó el momento en que nuevamente llegó esa desesperación, esa lucha contra mí, que yo quería controlar a la droga y yo dejé que la droga me controlara a mí... Me fui a drogarme nuevamente [...] y ya que me pongo a drogar hasta atrás... Nos metimos al metro [...] y ahí me quedé a drogar otra vez ¡Toda la noche drogándome! Llegó la mañana y yo no me había dormido para nada, me quedé sentada ahí, empecé a alucinar, pero veía yo a su papá de mi hijo que estaba ahí y veía yo vidrios, veía yo trapos, veía yo con qué trabajaba él [...] y ahí fue donde me puse mal. Esta marca que yo tengo aquí, no sé si se ve... E: ¿Al lado de tu ojo? N: Sí, fue como una quemadura que me hicieron, porque yo estaba perdida y esto me pasó cuando me desmayé y nomás estaba como... ¡Aggg! Me dio como un ataque epiléptico, o sea, yo no podía respirar, yo nada más estaba ¡Aggg! ¡Aggg! ¡Y que me desmayo!

Tras el desmayo los compañeros de calle asustados acudieron a la madre adoptiva quien con engaños y forcejeos obligó a Rosalba a permanecer en un anexo de *Alcohólicos Anónimos* (AA). La experiencia de internamiento fue difícil. Lo que recuerda es un sentimiento de enojo y malestar; de resistirse a comer, a dormir y a recordar. Una vez más se sentía en manos de otros que se ocupan de su aseo y sus rutinas cotidianas. Al cumplir cuatro meses en el anexo su madre la llevó a casa. Esta vez se llevó a otra Rosalba.

Con una imagen distinta de sí Rosalba aún lidiaba con el deseo de la droga aunque de manera esporádica, pero sobre todo, con el trabajo de “despertar” el cuerpo que se había quedado “dormido”. En esta batalla, Rosalba describió un conjunto de imágenes y teorías sobre el funcionamiento de su cuerpo, sus partes y la lógica de sus reacciones bajo la experiencia del uso de sustancias y el esfuerzo por desintoxicarse, que describe de este modo:

...A mi cuerpo lo estaba yo matando en vida, estaba yo matando a mi cuerpo, lo intoxicué, lo dormí, pero... El volver a despertar me costó otra vez, me costó desintoxicarme, el volver a revivir mi cuerpo, mis neuronas se murieron y otra vez ahorita empiezan a revivir otra vez... Todo eso, o sea, porque cuando tú te drogas, tus neuronas se mueren y ahora estoy empezando a vivir otra vez...

La desintoxicación fue significada como una especie de renacimiento que debía llevar con calma, y que pudo sostener gracias al amor que antes no sintió.

Yo ahorita ¡Apenas voy gateando! Apenas... Quizá ahorita voy dando ¡Mis primeros pasos! Pero para que yo siga así como estoy, debo de caminar con cuidado, no correr porque si corro, me voy a tropezar y me voy a volver a caer. Es con calma, así es... Y lo que a mi me sirvió mucho fue el amor de mis papás, fue el amor de mi hijo, el amor de ¡Todos! Porque yo necesitaba mucho amor, el amor que nunca se me había dado. Ahora tengo el amor de Dios...

6.1.5. Entregar el cuerpo a Dios

Rosalba comenzó a orar cada vez que sentía desesperación por la ingesta. Oraba para desahogar los sentimientos y la nostalgia que sentía por su vida de calle. Al mismo tiempo, oraba para convertirse en una nueva persona; para que Dios guiara sus comportamientos y cuidara de su hijo. Rosalba atribuyó haber logrado el cese del consumo a los efectos de la oración. Sentía que había renacido como una nueva persona gracias al poder de Dios.

Rosalba sintió que su temperamento se modificó, dejó atrás su tristeza y sintió paz interior. En adelante, sería conciente de tener un cuerpo habitado por Dios. Imagen del propio cuerpo como representante del cuerpo de Dios. De este modo, para Rosalba “el trato que cada uno se da a sí mismo, es la manera como cada uno trata a Dios”. Rosalba cantaba para sí:

No tengo manos en esta vida para tocar a tanto enfermo... No tengo boca para hablar con mi reino... No tengo entrañas que puedan derramar lágrimas y lágrimas por tantas almas que a punto están de morir. Por eso hoy te ruego a ti... Te pido hoy, pudieras tú ser mis manos, pudieras tú ser mis pies, pudieras tú derramar mis lágrimas y mi sangre también. Pudieras tú ir por mí. No puedo yo, te necesito a ti...

Dedicar el cuidado del cuerpo y el alma en nombre de Dios resultó significar “una dosis superior”. En adelante, adjudicó su comportamiento y su consumo de drogas a los sentimientos de soledad, de minusvalía, al rechazo de sus padres y al trato que los hombres le dieron en general. Las drogas le permitían aligerar el peso de la vida de calle hasta que descubrió que Dios era la única “dosis” para llenar su vacío, algo que no haría ni encontraría en otro ser como ella.

6.1.6. La realidad de vivir sin drogas

Los cambios por los que Rosalba transitó la enfrentaron a una realidad distinta de la dinámica organizada en la vida de calle. Se encontró con los aspectos tangibles de vivir sin droga a cambio de una vida “sana”. Esta realidad le exigió en múltiples niveles un esfuerzo constante que describe así:

...A la realidad de vivir sin droga y [...] sin amigos de calle y a aceptar la realidad de que tenía que trabajar, que tenía que esforzarme para mi hijo. Tenía que sacarlo adelante y que ahora ya no nomás era yo, sino que también era mi hijo, era... También era mi vida, que tenía que darme a valorar como mujer y que tenía que tener unos principios como mujer y que tenía que dejar de denigrarme como mujer, y darme un respeto y un valor, para seguir adelante y no nomás tomar un chavo que me tome ¡Ay!

Porque... Para satisfacer sus deseos personales, sino que ahora la que iba a mandar en mi vida, era yo, ya no la droga, ya no nadie.

De haber llevado su vida en términos de un espacio de flexibilidad y permisividad, Rosalba se hizo regir por un conjunto de prescripciones que dotaron su vida de rangos para actuar. Implementó un mecanismo de vigilancia interna para evaluarse y evaluar las situaciones antes de actuar. Se convirtió en una mujer guiada por sus comportamientos moderados. Instauró una serie de estrategias de autovigilancia para detenerse antes de caer en un arrebató emocional o de sus apetitos con respecto a la droga y sus deseos sexuales. Aprendió a detectar los “malos pensamientos” y frenarse o censurar aquello que le podría hacer mal o tener implicaciones negativas. Su carácter agresivo, impulsivo, autoritario fue sustituido por un modo de relacionarse con ella misma y los demás con base en la tranquilidad, la paciencia y la responsabilidad. La meta de rehacer su vida con un régimen distinto de valores la llevó a plantearse la recuperación del hijo que un día abandonó en un hospital. Recuperar a su hijo para resarcir el pasado que no olvidaba y que se convertía en un motivo más para luchar.

...A veces, el hecho de que yo tenga cierto tiempo de que ya no me drogo, a veces aún está ahí, aún está ahí el... Aún a veces se me viene la desesperación, se me viene el... Así como que quiero drogarme, pero yo sé que ya no porque... Pues... [...] se me antoja irme a drogar, tener una mona y estármela inhalando y digo ¡No! ¡Pero qué tonterías estoy pensando! Primero es mi hijo y lo demás ¡No! Y empiezo a decirle al de allá arriba ¡No Señor! ¡Por favor no! ¡Ayúdame! Porque yo ¡No quiero! ¡No quiero drogarme! ¡No quiero nada de eso! [...] todavía me pasa, aunque llevo un proceso ya largo aún me llega a pasar ¡Claro! [...] ... Pero yo sé que puede más mi fuerza de voluntad que todo lo demás, o sea, yo sé que eso está mal. Está mal irse a drogar. Está mal el pensar eso [...] cuando me drogaba no sabía de nada, yo vivía en mi mundo. Yo no sabía ni de ti, ni de mí... Yo no sabía de ¡Nadie! De lo que pasaba, yo no sabía absolutamente de nadie, solamente vivía yo por vivir y nada más ¡Ni sabía en qué día vivía! Ni sabía qué hacía la gente. No sabía nada, vivía yo por mí, solamente por mí y lo demás no me interesaba. El día de hoy sí me preocupo por la gente, me preocupa todo y nada a veces y todo eso... Me ha dado ánimos de seguir adelante, de seguir pues... Luchando.

6.1.7. La enfermedad en el ser

La trayectoria vivida situó a Rosalba en una relativa estabilidad: logró tener control sobre la droga, reinsertarse a la vida familiar, ocupar su tiempo y atender la crianza de su hijo. “Seguir una vida normal” no obstante, no era sino un tipo de actuación que se sobreponía a una realidad “interior”. En el fondo, el posicionamiento subjetivo del personaje revelaba una verdad, su verdad. A la apariencia de la recuperación subyacía lo que ella llamaba “la enfermedad mental y emocional”.

La imagen que Rosalba proyectaba de sí era la de asumir la “drogadicción” como una enfermedad que se implantó en ella. Subjetividad trastocada por la experiencia con el consumo de drogas. A decir de Rosalba, ella como los demás usuarios de sustancias pueden reintegrarse a una sociedad, representar un papel aceptable a los ojos de los demás. Son capaces de actuar como “normales” para ser incluidos pero no necesariamente aceptados e integrados aunque al menos logran hacerse visibles. Sin embargo, entre los que se saben y se identifican como usuarios de drogas o enfermos mentales, reconocen la enfermedad incrustada, inscrita en el ser y su carácter de irreversibilidad.

Para Rosalba, la experiencia con el uso de drogas cambia de manera radical a la persona, la transforma. Una vez que se instaura la enfermedad en la persona, jamás se puede retirar, incluso aunque haya cesado el consumo. Se es enfermo emocional porque del manejo de las emociones depende la recaída a las drogas y eso, desde su perspectiva, hace la diferencia con las personas que no optan por la intoxicación. Rosalba refirió su experiencia como una vivencia compartida con otros usuarios de drogas. Un “yo” que se reconoció en un “nosotros” identificados por la trayectoria del consumo.

...Después de todo eso pues ya, siguió mi vida normal, así como entre comillas normal porque yo sabía que soy una enferma drogadicta... E: ¿Eres? N: Aún soy porque... No puedo decir que ya no, porque somos unos enfermos... Mentales, nada más, mentales somos, somos enfermos. Ante la sociedad nosotros podemos ser [...] unas personas que no tenemos ningún problema, pero ante los demás [...] que tienen el mismo problema, somos enfermos emocionales y mentales, eso es lo que somos nosotros. Y somos enfermos para toda la vida aunque ya no te drogues, aunque ya [...] no fumes, aunque ya no tomes ¡Somos enfermos! Enfermos emocionales. Nosotros cuando tenemos una emoción, la expresamos luego [...] porque si nos quedamos con eso y si nos quedamos con eso, con eso mismo nos podemos ir a drogar nuevamente y entonces somos enfermos emocionales y mentales...

Rosalba frente a la sociedad sólo podía ser en la medida en que no asumía la condición de “drogadicta”. Para ella, se trataba de una actuación, de una representación en la que “disimulaba” su enfermedad para poder tener un lugar aceptado por los otros. Presentarse como una persona “normal” era una exigencia social que Rosalba había adoptado. Máscara de la que se podía despojar entre los usuarios.

...Y yo ante la sociedad digo no, pero es que yo no soy drogadicta. Sí disimulo, no, no soy drogadicta ni lo fui nunca ni nada. Soy como soy y así, pero... Yo sé que soy una enferma emocional y mental, o sea, ahorita estoy

hablando contigo y tú no sabes si soy drogadicta o no realmente... O sea, tú puedes decir ¡Oye, pero ¿A poco tú sí tuviste el problema?! No, pues sí lo tuve, entonces ¿Qué podrías decir tú si no nos conocieras? No, pues sí, no, no tienes ningún problema ni lo tuvistes, pero todos somos así, o sea, ante la sociedad somos, somos normales ¡Entre comillas! Pero ya con ellos somos, somos enfermos...

6.1.8. Coda

El cierre de su relato revalidó la trayectoria de su vida. La historización de su experiencia le permitió dibujar su presente y el modo en que ha llegado a ser como es; así como dejar abierto el camino para seguir resignificando la realidad, dando lugar a la organización de un relato para sí misma y para los otros.

...Y entonces todo eso tuvo que pasar para que yo estuviera con mi hijo. Después de haber salido de ahí, nuevamente tuve que aceptar otra realidad...

6.1.9. Epílogo

La historia de Rosalba, puntuada así por las secuencias descritas, mostró en el primer núcleo narrativo el tema del abandono como un eje articulador de las distintas relaciones que entretejió el personaje: al tiempo que Rosalba es abandonada por su familia, abandona a su hijo y se abandona también. Subjetividad inscrita en el circuito del abandono que reveló una forma de organizar sus relaciones consigo misma, con los otros y con el mundo; ya fuera como sujeto de la acción o bien, en una posición pasiva como abandonada. El tópico del abandono engarzó los distintos episodios elaborando cierres y aperturas de los acontecimientos. A ello contribuyó la posición del personaje como figura heroica que venció una serie de obstáculos y la función resolutiva ante la serie de complicaciones que permitieron y perpetuaron una y otra vez el abandono a lo largo del relato.

En la primera secuencia, la construcción de las escenas se caracterizó por una estructura coherente y un orden cronológico y lineal. En contraste, a partir de que el relato se desarrolló en la vivencia de la calle, la organización de los acontecimientos se tornó caótica, dispersa e ininteligible. El tiempo del relato adquirió un carácter circular y los espacios y los límites se desdibujaron. El uso de drogas, de haber comenzado como una forma de evasión de la realidad y como elemento de ambientes “festivos” (las tocadas), se convirtió más tarde en soporte de frustraciones y fracasos, medio de resistencia corporal y en particular, en el contexto de la calle, adquirió un tono de utilidad para apaciguar el hambre, el frío y la soledad.

En un vaivén entre la calle y la paulatina disolución de sus redes de apoyo familiares y laborales, Rosalba mostró cada vez mayor desapego hacia valores sociales convencionales vinculados con la pareja, la maternidad, la familia, la salud y la sexualidad. A temprana edad, evidenció las fracturas de las prescripciones y expectativas del orden social tras relacionarse con una pareja 20 años mayor que ella, ser madre adolescente, consumir drogas, haber abandonado la escuela para ir a la ciudad y haber pasado temporadas en situación de calle.

Esta última resultó paradigmática de la separación de Rosalba con un sistema hegemónico de normas para administrar la vida a través de hábitos que regulan la relación del sujeto consigo mismo y que regulan también la imagen de sí, frente a los otros y frente al entorno. La vivencia en la calle generó la imagen de sí como un cuerpo ¿Objeto? Rodante: sin orientación, sin nombre, sin identidad ni reconocimiento. Rotos los lazos con ciertos regímenes corporales y emocionales, el espacio vivido de la calle ocupó el espacio de sí: sin hábitos, sin tiempo, sin arraigos, sin ubicación ni estabilidad. Rosalba dejó de existir para sí como dejó de existir para el mundo que le rodeaba. La calle como espacio vivencial, primer escenario en su llegada a la ciudad y momento en el que instauró aún una forma de relación convencional con el mundo tras la realización de distintos oficios; se desplazó a un mundo interior cuyo único referente lo constituían las drogas y el vínculo que construyó con los niños en situación de calle como única posibilidad de enunciación de un “nosotros” en la historia. Rosalba comenzó a habitar la calle como la calle comenzó a habitar en Rosalba. La dinámica de la calle como espacio abierto, ácrono y sin límites, cobró vida en la perspectiva de Rosalba, la vivió y la actuó de manera personal y grupal.

La situación de calle se mostró paradigmática también de la situación del cuerpo. El cuerpo bajo la intoxicación de las sustancias fue significado como un espacio sin confines. Un cuerpo que se mantenía de las sustancias: que no dormía, que caminaba sin parar, un cuerpo infranqueable, inmune al cansancio, al frío y a la falta de alimentación. Un cuerpo deshabitado cuando estaba drogada: no tenía conciencia de sí. Lo que había en la experiencia con el uso de drogas era un cuerpo carente de voluntad y de sentido. No había placer ni había control, ni límite de consumo. Siguiendo esta línea, la subversión de los parámetros sociales relacionados con los usos del cuerpo —como la maternidad adolescente, la temprana formación de una pareja, el uso de drogas— se prolongó al utilizar el cuerpo como un medio e instrumento de intercambio económico. La transgresión del cuerpo con el uso de drogas adquirió un nuevo significado: bajo ciertos estados de intoxicación el cuerpo

podía resistir largas jornadas nocturnas de trabajo, sobrellevar el agotamiento físico y disfrazar los signos del desvelo y la agitada vida. En el otro extremo, deseo de escapar de un cuerpo que exigía sustancias, que dolía y que pesaba. El intento de suicidio apareció como el intento “real” de perpetuar el abandono de sí, sea otro modo de transgresión corporal en Rosalba.

Después de este episodio, la vivencia del embarazo aún en situación de calle, constituyó la pauta para dar continuidad a la historia y llevar esta segunda secuencia hasta el momento en que entró en escena la institución de salud. El núcleo narrativo remitió al embarazo como una posibilidad para la mujer de alcanzar visibilidad en el contexto del maltrato y la indiferencia vivida en la situación de calle. De haber ocupado un lugar indiferenciado del paisaje urbano, estigmatizado por su condición de “situación de calle” y consumo de drogas, con la evidencia del embarazo como proceso de transformación corporal cargado de significaciones culturales, se impuso a los ojos de los demás revelando el valor social otorgado a la mujer por su función reproductiva y la conmoción de tratarse de una mujer embarazada-usuaria de drogas.

El cuerpo entonces sólo puede ser leído como cuerpo-mujer, cuerpo-embarazo, cuerpo-intoxicado, cuerpo-situación de calle. Hasta aquí, el cuerpo femenino en el relato había transitado por los extremos de un mismo continuo del orden patriarcal, ya fuera como objeto sexual o en el otro extremo, por su valor reproductivo y los significados asociados a la maternidad. Subjetividad cosificada al tiempo que corporalidad exacerbada. Indicios del relato que más de una vez se entretrejieron a partir de los discursos de un orden patriarcal, sus relaciones de poder y su formas de violencia emocional, física y sexual, donde el cuerpo ocupa el blanco a controlar, particularmente, el cuerpo de la mujer. De este modo, Rosalba como sujeto femenino del relato apareció como aquella que era abusada, maltratada o bien, rescatada por una figura masculina a lo largo de su historia.

El tercer episodio se engarzó mostrando el papel de la institución de salud y el estatuto del cuerpo como objeto exclusivo del saber médico. La construcción narrativa de Rosalba se erigió a partir de la negligencia institucional y la insensibilidad experimentada cuando le brindaron atención médica, así como a partir del ejercicio del poder vía el discurso institucional que determinaría las condiciones y la aptitud de Rosalba para ejercer su maternidad en circunstancias particulares de consumo de drogas. No se sabía a quién pertenecían el cuerpo de Rosalba y el cuerpo del recién nacido hasta que la institución lo decidió. El cuerpo y sus capacidades se encontraban

bajo la lupa del saber y del poder de la ciencia médica. El gobierno del cuerpo apareció así en el relato desigualmente distribuido: a los usuarios de drogas y a los niños en situación de calle se les ha atribuido una incapacidad para el gobierno de su propio cuerpo. De ahí que la decisión del sujeto queda reemplazada por el diagnóstico institucional dejando el cuerpo como dato sobre el cual el saber científico y el poder se consolidan.

La batalla con el cuerpo fue la cuarta secuencia que hilvanó el relato. Se desplegó desde el momento en que Rosalba recuperó a su hijo tras la promesa de dejar de usar drogas y redefinir su modo de vida. Sin embargo, encontró una nueva batalla en su propia corporalidad. Con intensidad narrativa Rosalba describió las sensaciones, los momentos de estremecimiento, conmoción, las imágenes, las evocaciones y las ideas que le generaba la experimentación de un cuerpo en estado de abstinencia a las drogas. La experiencia del cuerpo sin los efectos de las sustancias se reveló y se rebeló con mayor fuerza en sus síntomas físicos y en sus emociones. Rosalba emprendió una batalla con su propio cuerpo cuya vivencia desestabilizó todas las demás experiencias. La significación subjetiva del cuerpo fue descrita en términos de ser arrebatada por una necesidad, ya no por un deseo de las sustancias.

La batalla con los síntomas de la abstinencia le impuso varias recaídas. Una y otra vez abandonó a su hijo para consumir sustancias y una y otra vez se abandonó en los efectos. Es aquí, en este núcleo narrativo donde la experiencia corporal fue descrita con mayor detalle. El momento de la abstinencia fue construido como el relato <<más vivo>> de la experiencia. El personaje describió de forma extensa y puntualizada un conjunto de imágenes, sensaciones y teorías en torno al funcionamiento del cuerpo, sus partes y la lógica de sus reacciones para explicar la propia experiencia.

En este mismo episodio, para ella y sus otros significativos, la voluntad que mostró para dejar las drogas resultó insuficiente y ello justificó el sometimiento a un tratamiento institucional que en la medida en que apareció como espacio estable, que le brindó apoyo, cuidados y protección —escenario contrapuesto a la vida de calle— le planteó otras perspectivas en torno a la relación con su hijo, la relación con su apariencia y la relación con su cuerpo. Con nuevas metas a realizar, la reconstrucción subjetiva de sí giró en torno a la “limpieza” del cuerpo y del alma como condición necesaria para resituarse frente a sí y frente a los otros. Para Rosalba, el apoyo y el amor que le brindaron sus padres adoptivos fue un factor fundamental que impulsó el cambio.

El reto de dejar de consumir drogas apareció significado como un proceso semejante a un renacimiento. El recuento de acontecimientos situó el cese del consumo como una oportunidad para recomenzar la vida. La manera como se relacionara con su cuerpo reflejaría en adelante su estado moral y espiritual. La “salvación” de su alma estaba así íntimamente ligada a la salud de su cuerpo, puesto que para lograr sus objetivos debía entregarlo a Dios. La posibilidad de revivir el cuerpo que había muerto por efecto de las drogas, se encontraba en la abstinencia a sus placeres para insertarse a una nueva realidad. Mediante el régimen de la oración, Rosalba consiguió subordinar el deseo de la droga por las razones espirituales, morales y mentales. Ritual de la oración como medio de contención. En este marco, la presencia de Dios en el relato se sumó a la lista de figuras masculinas en las cuales Rosalba buscó protección, cuidados y refugio.

De este modo, en la quinta secuencia, la resolución narrativa de Rosalba a la problemática y la incapacidad de dejar el uso de drogas consistió en entregar su cuerpo a Dios. Ello significó moderar la conducta y llevar una vida de austeridad emocional, material y corporal, puesto que “como se trata al cuerpo, se trata a Dios”. Es así como los comportamientos y las emociones pero sobre todo, el deseo por la droga se ligaron a una vida espiritual y moral. La presentación de Rosalba en el relato giró en torno a la idea de controlar el deseo por la droga gracias a la intervención de un tercero. Al mismo tiempo, el cuerpo apareció como el sitio por excelencia del ejercicio de la voluntad para abatir sus apetitos y sus excesos. Con la adopción de este régimen Rosalba logró finalmente gobernar su cuerpo. Subjetividad que al tiempo que planteó su historia como un producto de su propia determinación, se normativizó, se ciñó a las reglas del otro para alcanzar un lugar social legítimo, aunque esta posición la confrontara con la realidad de vivir sin drogas.

En el relato, la realidad de vivir sin drogas como núcleo narrativo agrupó elementos de un sistema de valores que habría de cumplir durante un proceso de ajuste, conciliación y normativización de la vida que no fue fácil de digerir para el personaje. El cambio de percepción de su realidad le planteó también la incorporación a un sistema normativo que le exigía ciertos principios de conducta relacionados con la administración y el gobierno del propio cuerpo. La adopción de este régimen le implicaba adoptar una serie de prescripciones para ejercer su maternidad, el ejercicio de su sexualidad y el gobierno de sí misma. Tendría que ejercer dominio de sus emociones y moldear su comportamiento ante los demás. Aprender reglas de conducta y adoptar ciertos parámetros en el vestir, en el maquillaje, en el caminar, en

el lenguaje. Su carácter y su apariencia se convirtieron en la tarea a resignificar como el lugar que ahora tendría que asumir como “hija de familia”.

Con la adopción de un sistema de normas para sí en lo psicológico, moral y corporal, el personaje se reposicionó en un presente a la luz de su pasado en la vida de calle: lo que hacía la diferencia eran las metas, el deseo de obtener éxito y reconocimiento social. Ingresar a la escuela, obtener un mejor trabajo, cuidar su sexualidad, educar a su hijo con las “leyes de Dios” y no volver a consumir sustancias. Ello le requirió un trabajo intenso de reconstrucción de sí bajo una línea tensa y angustiosa. De este modo, a la adaptación a las nuevas reglas y marcos de convivencia —como la responsabilidad de su maternidad, el cese del consumo, el control de su sexualidad— subyacía la evaluación de su experiencia en términos de llevarla a cabo bajo una actuación, una representación de una forma de vida “normal” ante los demás para ocultar la enfermedad que percibía en su interior.

Es así que Rosalba enfatizó que la experiencia del consumo de drogas no puede borrarse de la biografía una vez que se ha inscrito en ella, puesto que a pesar de que se encuentra a dos años de abstinencia, aún siente deseos de consumir. No obstante, un lugar legítimo en la sociedad requiere del reconocimiento y la identificación del cumplimiento de una normatividad que exige características cada vez más específicas a los cuerpos y a las mentes, y éstas por supuesto, excluyen el consumo de drogas y una dinámica como la que plantea la situación de calle. De ahí que actúa y representa una vida “normal” para aparecer en escena de un modo socialmente aceptado. Mediación que le permite guardar para sí signos de una identidad que pertenece aún a otro mundo (el mundo de la calle, el mundo del consumo de drogas) al tiempo que le permite tener un lugar de reconocimiento en el espacio social convencional.

Lo que este núcleo narrativo planteó fue el lugar desde el cual ha sido enunciado el relato, esto es, una doble condición identitaria y por consiguiente subjetiva, que obedece tanto a las exigencias del deber ser al tiempo que a las propias construcciones afectivas.

Para finalizar, cabe señalar que al reconstruir su historia, Rosalba significó la entrevista como un espacio que contribuyó a dejar de traer un conjunto de sentimientos dolorosos a cuestas, así como a vislumbrar el trabajo que tiene por hacer consigo misma y con sus hijos.

6.2. Nicolás

Nicolás de 33 años, a primera vista, aparentaba mayor edad. Era un hombre alto de complexión y facciones gruesas. Expresivo e inquieto, al hablar se conducía con soltura y efusividad.

El entrevistado se encontraba casado y tenía un hijo de cuatro años; juntos vivían en un pequeño y austero departamento alquilado en la zona conurbana de la ciudad. Él se encargaba del sustento económico familiar; trabajaba en un taller mecánico que pertenecía a su padre, donde hasta tiempos recientes, pasaba la mayor parte del día. Desde que se dispuso a no consumir sustancias y a dejar de involucrarse en situaciones delictivas, su rutina transcurría entre el hogar y su ocupación laboral.

Su trayectoria con el consumo de drogas comenzó cuando tenía alrededor de 12 años de edad con la experimentación de marihuana. Posteriormente, utilizó cemento, alcohol, anfetaminas, cocaína, *crack*, heroína, inhalantes, *poppers*, peyote, y una amplia variedad de sustancias de uso médico que utilizó para fines tóxicos. Unas veces cometió robos y asaltos para obtener las sustancias; otras veces se involucró en la venta.

Nicolás interrumpió sus estudios a nivel bachillerato y no los concluyó. Se ausentaba cada vez más de la escuela para pasar el tiempo con sus amigos. A menudo participaba de las riñas suscitadas entre las bandas de los jóvenes que se reunían en su barrio, que a su decir, constituían una forma de deshago. Entre la gente de la comunidad comenzó a ser reconocido por su mal carácter y por la destreza de sus puños.

En dos ocasiones Nicolás estuvo en prisión por posesión y venta de estupefacientes. En la cárcel vivió una violencia exacerbada, aunque desde su perspectiva, su modo de vida en el encierro institucional, no cambió mucho. Experimentaba tanta soledad como cuando no estaba preso; consumía drogas, las vendía y hacía de sus puños y su ira sus principales instrumentos de sobrevivencia.

Al salir de prisión, continuó con la venta y el uso de sustancias. En ciertos periodos se ausentaba de casa y comenzó a pasar los días en las calles. En ese tiempo, ya había abandonado el trabajo también. Ante estos acontecimientos, su esposa se fue llevándose a su hijo, evento que Nicolás significó como un riesgo definitivo de perder a su familia. En ese contexto, aceptó internarse en un anexo para *Alcohólicos* y

Drogadictos Anónimos, donde ingresó a un tratamiento que no llevó a término aunque logró iniciar un proceso de abstinencia a las sustancias.

Durante el lapso que se mantuvo sin consumir, recuperó su trabajo en el taller mecánico. Al mismo tiempo, consiguió que su esposa y su hijo también regresaran. Cinco meses antes de realizar la entrevista, no había ingerido ninguna dosis. Había logrado mantenerse no sin padecimiento y periodos en crisis de abstinencia. Su meta era cesar el consumo de manera definitiva, pero hacerlo en un estado de tranquilidad y convicción.

Como sujeto del relato, Nicolás proyectó una imagen de sí entristecida en medio de una atmósfera sombría. Desde que fue niño rememoró haberse sentido solo. En la reconstrucción de su historia, evocó el lugar donde creció con sus abuelos y algunas de sus tías como un espacio insuficiente y frío para el número de personas que lo habitaban; donde las mujeres de la familia se encargaban de atenderlo; no obstante, los cuidados que le brindaron no cubrieron sus expectativas. Menos aún cuando se enteró que tiempo atrás, ellas mismas habían desalojado a su madre de casa. Sus padres se habían separado y él desconocía las razones. No fue sino hasta después de varios años que conoció a su madre con quien tuvo una tensa relación.

La elaboración de su relato despertó el recuerdo del abuelo llegando a casa en estado alcoholizado y cometiendo violencia contra las mujeres de la familia. En medio de este ambiente, sus carencias afectivas eran más difíciles de soportar. Le dolía ver a sus compañeros de escuela acompañados de sus padres. Tenía la sensación de que la vida había sido injusta con él al negarle la oportunidad que a otros les concedió. El deseo insatisfecho de vivir en el seno de una familia armoniosa lo llenaba de frustración.

Para el personaje, fue difícil crecer con un sentimiento de soledad y falta de orientación para enfrentar las vicisitudes que como adolescente tenía. Nicolás atribuía a la separación de sus progenitores haber carecido de consejos, valores y reglas familiares que lo arrastraron al “círculo vicioso de la droga”. Esta práctica llegó a significar una forma de alivio y un modo de lidiar con las expectativas irrealizadas de la vida familiar. Aunado a ello, las drogas no le habían sido ajenas desde el alcoholismo de su abuelo y el consumo de sustancias de la mayoría de sus tíos y otros familiares varones; además, en el barrio donde creció el consumo de drogas era una práctica constante.

En este contexto, el personaje se dibujó como receptor de un fatídico destino. Se describió como un hombre solo y temeroso; atormentado por el desasosiego y la incompreensión. No obstante, la imagen de sí cambió cuando se involucró con el consumo de drogas. Nicolás dio un vuelco posicionándose en una figura activa en el relato; de aparecer como víctima se transformó en un hombre violento. Esta actitud la atribuía al hecho de encontrarse inmerso en un medio que por características de pobreza, carencias afectivas y consumo de drogas, lo obligaban a hacerlo. Aplicar sus propias reglas se convirtió en el eje central de sus relaciones.

La lectura de los indicios del relato fue trazando la conformación de un carácter explosivo y violento ante los sentimientos experimentados. Para Nicolás, los resentimientos acumulados desde su infancia lo pervirtieron “envenenando” sus afectos. En el fondo no se consideraba un hombre falto de apegos y valores; se describía como un hombre sensible, incluso tímido. Cambió como respuesta a una realidad injusta. El personaje se transformó al descubrir su habilidad para pelear y se sintió orgulloso de su fuerza y su destreza. Una vivencia fundamentada en la violencia como signo de virilidad. Saber golpear como una cualidad inherente a su personalidad y a su constitución física. Con un rostro “malencarado” comenzó a enfrentar el mundo y a someter a los otros. Características que se exacerbaban cuando estuvo en prisión.

Conforme aumentó su consumo de drogas, su flexibilidad en torno a las normas también cambió: desconoció una serie de reglas y valores convencionales. Al mismo tiempo, la trayectoria con el uso de drogas se desarrolló como una aventura en la que adquirió prestigio, reconocimiento y poder por su consumo y por su venta. Sobresalía porque en el grupo de amigos, él era el de menor edad, sin embargo, consumía a la par de los más experimentados. Como “drogadicto”, señaló que lo que más amaba era su libertad: controlar su tiempo y su espacio así como sus decisiones.

El alarde de su fama y su prestigio dotaron su relato de intensidad narrativa. El relato mismo fue construido con la satisfacción de desplegar una historia protagónica de sí mismo. En determinadas secuencias de la trama, el personaje se presentó no sólo con un carácter rudo e invulnerable, también desplegó una imagen de sí ataviada de oro, vistosas alhajas y un atuendo llamativo como símbolos de poder y autoridad. Gustaba de mostrar sus tatuajes y el arma de fuego que solía portar. Le agradaba ocupar las miradas de los otros, ser el tema de las conversaciones de la gente del barrio y saberse temido en su entorno. Para Nicolás era de suma importancia el reconocimiento social.

Después de un periodo de gloria en el que sentía controlar tanto el consumo como la venta de drogas, Nicolás comenzó a sentirse vulnerable de nuevo y a ello le siguieron reacciones cada vez más violentas hasta el grado de asesinar. A decir de Nicolás, esta forma de actuar era el resultado de haber crecido como un hombre incesantemente acosado por el sufrimiento. Para el personaje, el coraje era una máscara, una pantalla que encubría su tristeza, su rencor y sus frustraciones. Lo que importaba era aparentar fortaleza y valentía aunque sintiera dolor. Éste no debía mostrarse como “hombre” que era, de lo contrario, corría el riesgo de sufrir más al ser sometido por otros.

Con los periodos de crisis y las muestras cada vez más claras de rechazo familiar, Nicolás trataba de asumir el lugar que creía que le correspondía por haber nacido de unos padres que también fueron consumidores de drogas. Ello significaba encarnar “la ley de un drogadicto”, de un hombre que “era banda, que se tatuaba, que se drogaba”, de una persona marginal, estigmatizada y “anormal”. Para Nicolás, la sociedad tenía guardado un lugar para este tipo de personas y él solamente lo ocupaba. Cuando salía de prisión lo hacía con la idea de volver porque su objetivo era seguir drogándose y robando como una forma de venganza contra sus padres, aunque éstos se habían alejado ya del consumo. Nicolás sentía que había hecho un modo de vida. Ya no le importaba pasar los días en las calles o refugiarse en terrenos baldíos. Ya perdía el conocimiento de sí cuando se drogaba. Ya no podía contener la necesidad de drogarse y hacer lo que fuera necesario para obtener las drogas hasta el grado de involucrar a su esposa en la venta.

A todo ello coexistía el deseo de evitar la reproducción de su historia con su propia familia, particularmente, con su hijo. El abandono de su esposa disparó en Nicolás la motivación para cambiar tras internarse en un anexo. En el relato se punteó una línea divisoria en el tiempo que distinguió un pasado en el que no era consciente del daño que hacía a su alrededor y a sí mismo y un presente donde se vivió arrepentido, con remordimientos y sentimientos de culpa. El personaje trazó así una trayectoria de eventos que fortalecieron su sentimiento de soledad y desdicha. Su narrativa enfatizó los hechos tristes y su marcada relación con las normas, ya fuera porque se quejara de su ausencia, las transgrediera y finalmente las buscara para llevar a cabo su vida.

Al resignificar su experiencia, la imagen proyectada de sí fue la de un hombre que a pesar de haber creído en un destino determinado, se dio la oportunidad de cambiar. Hacerse responsable del ejercicio de su paternidad y de la relación con su esposa,

pero sobre todo, adoptar un régimen de abstinencia total en cuanto al consumo de drogas incluyendo el alcohol. Después de haber encarnado la marginación, haber sido humillado por adicto, por robar, por haber estado preso y haber asesinado; el personaje luchó por transformar esta imagen en alguien “útil para la sociedad”. A decir de Nicolás, esto se debía a la vivencia en el anexo donde también surgió el deseo de evitar reproducir su historia en su hijo. El cese del consumo se presentó entrelazado con un deseo de cambio moral y afectivo. Se planteó recuperar la confianza de su esposa y brindarle un ambiente de tranquilidad. Pensaba que de su bienestar dependía el bienestar total de la familia.

Tras evaluar su propia historia se posicionó como un hombre arrepentido y confrontado con una imagen de sí al admitir que el respeto, la admiración y el temor que generaba en la gente, eran parte de sus fantasías. Incluso después de su trayectoria de consumo pensaba que los usuarios de drogas “contaminan” y lastiman a la sociedad. Su meta era alcanzar la sobriedad plena. Nicolás se construyó como un personaje obstinado en sufrir más. Se sentía acechado por los sentimientos de culpa y significaba como una condena vivir para pagar los daños cometidos.

A la par, consideraba que contaba con suficiente experiencia, habilidad y agudeza para continuar “con éxito” su trayectoria delictiva y de consumo de drogas. Sin embargo, hacerlo significaba el riesgo de perder a su familia. Para evitarlo, se apegaba a su actividad laboral al tiempo que se imponía por un lado, la realización de ejercicio físico en exceso para desahogarse, para sentirse agotado; y por otro, sustituía el antojo de las drogas consiguiendo saciedad con la ingesta de comida. En el relato se desplegó la necesidad de llenarse, de agotarse; de lo contrario, sentía que no podría sobrellevar su existencia. El personaje temía estar engañándose al enfrentar la realidad sin los efectos de las drogas porque reconocía un deseo permanente por consumir y revivir las sensaciones experimentadas y los ambientes asociados a la ingesta.

Para lograrlo, se planteó alejarse de los usuarios de drogas al admitir debilidad y desesperanza ante una recaída. El personaje despiadado y rudo se sentía endeble ante su deseo por usar drogas. Nicolás se vivió en un proceso que imaginaba largo y que le generaba dudas sobre su propia voluntad para resistirlo. Cuando albergaba este tipo de sentimientos, establecía un diálogo consigo mismo y consideraba alejarse de su esposa y su hijo en caso de recaer en el consumo. Constantemente luchaba con la idea de no engañarse a sí mismo. Anhelaba un propósito genuino para no tratar de

convencerse de dejar la droga si en su interior persistía la inquietud y el deseo por hacerlo. Si bien, tenía ciertas motivaciones para dejar de consumir, sentía miedo y angustia: tormento porque sabía que su recuperación no era total. El personaje enunció así su lugar en el relato, en pleno riesgo de recaída. Nicolás se presentó como un sujeto que no podía manejar las cantidades ni la fuerza de sus puños ni los límites de su consumo. Se sentía ante el riesgo de que probando una baja dosis de cualquier sustancia podía “caer y esta vez no levantarse”. De ahí que una de sus fantasías era continuar con el consumo pero en bajas dosis, sin descuidar sus obligaciones, más no se sentía capaz de hacerlo. Este periodo de abstinencia significó una prueba que se puso a sí mismo para concretar un proyecto familiar en el marco de una vida convencional. Nicolás batallaba consigo mismo día con día y sentía que era una meta muy difícil de alcanzar.

El relato de Nicolás puede ser leído a través de siete secuencias. La primera, es un marco de la vida familiar, donde aborda el sufrimiento en la infancia y la frustración ante la ausencia de sus padres como el argumento que lo llevó al uso de drogas. En la segunda describe las reacciones, técnicas y modos de operar con las drogas y con el cuerpo una vez que estaba inmerso en el consumo. La tercera reconstruye los acontecimientos en los que el control percibido sobre las drogas derivó en un consumo desenfrenado. La cuarta, alude a un ciclo de repeticiones referentes al exceso en la ingesta, la transgresión de normas y sus correspondientes sanciones. En la quinta secuencia el personaje despliega una evaluación de sí en términos de los costos de sus actos que articula con una línea prospectiva en la sexta secuencia, como posibles estrategias para liberarse de la culpa y reinsertarse a la sociedad convencional. La historia culmina con la enunciación de una meta reconstructiva del lugar subjetivo donde se enlazan el genuino deseo por el uso de sustancias y la dificultad para vencerlo, que deriva en la séptima secuencia con el lugar desde el cual el relato ha sido enunciado.

6.2.1. Una inyección de pus: la raíz del consumo

En la primera secuencia, Nicolás reconstruyó los recuerdos de la vida familiar que lo marcaron con una sensación de soledad. En este contexto, se pensó a sí mismo como un hombre que creció con un vacío de orientación, de normas familiares y carencias afectivas. Vacíos a los que atribuyó el haberse involucrado con el consumo de drogas que Nicolás describe como sigue:

...Yo recuerdo cuando entré al círculo vicioso de la droga... Fue porque yo pues... Mi papá, mi mamá se separaron, yo en esos tiempos, causa, motivo, no lo sabía, lo ignoraba. Yo sólo recuerdo cuando mi abuelita me llevaba a la escuela, mis tías se preocupaban por mí, a veces me lavaban... Pero yo delante de todo eso sentía cierta soledad [...] preguntar ¿Por qué yo no? ¿Por qué los niños sí van con sus papás y yo no? [...] Recuerdo muy bien, en un cuarto vivíamos varias... Nos teníamos que quedar varios, éramos una familia grande, entonces empiezo con esa soledad, con ese llanto solo de niño, no tenía con quién jugar, sabiendo que yo pude haber tenido medios hermanos o hermanas y no tener con quién patear una pelota [...] alguien que me recibiera en un columpio. Era para mí muy triste [...] tuve que pasar muchos años de sufrimiento para poderlas contestar ya que esas preguntas ahora me doy cuenta que la vida son las que me las respondió, la vida que yo tuve [...] y yo me empiezo a llenar aparte de soledad, me empiezo a llenar de dudas, de preguntas sin respuesta, el no tener a alguien a quién decirle [...]. Entonces empiezo a ir a la secundaria, me empiezan a enseñar un poco más cosas, yo sigo mis estudios normal, como deberían de haber sido pero una vez me encuentro con unos amigos [...] y fue mi primer experiencia probar la marihuana... Me invitan a probar la marihuana y yo sin ningún consejo de que me dijeran mira hijo, esto es bueno, esto es malo, esto es bueno, no hagas esto, no te juntes con esto, pues yo sin saber la verdad, yo caigo en eso...

La primera vez que el entrevistado experimentó con marihuana, representó una experiencia difícil de discernir. Sus sensaciones las refirió en términos de ambigüedad y extrañeza. Más con la imagen de sí como un niño sin orientación y el consumo de drogas presente en su contexto social inmediato, se abrió paso la posibilidad de experimentar con otro tipo de sustancias. Nicolás había crecido en un “barrio de drogadicción” y las sucesivas experiencias con las drogas fueron tornándose en experiencias placenteras que devinieron en el deseo de repetir las.

En esta cita, Nicolás expresa sus cavilaciones en torno al modo en que fue relacionándose con el consumo de drogas y el papel de lo que él llama “el alucín” en este proceso:

...Me sentí extraño, no, no me gustó, empiezo a decir que no, pero en otra ocasión encuentro un tubo de cemento [...] y yo ya había visto por ahí, por donde yo me crié en un barrio pues de drogadicción... Me encuentro ese tubo y lo empiezo a inhalar y me sentí bien, empecé a sentir alucinaciones donde yo me alucinaba con mi padre, con mi familia... Alucinaba cosas que no tenía en realidad y me empieza a gustar ¿Por qué? Porque yo me sentía bien porque veía a mi papá y a mi mamá juntos y luego me llenaban de juguetes, porque esos eran mis sueños... Si yo, ahora pienso que a lo mejor como yo llevaba ese pensamiento y el obstáculo de la droga, el alucín de ese cemento me empieza a hacer alucinar cosas buenas que yo quería saber, que quería sentir y empiezo así a meterme en todo esto de la droga...

Nicolás comenzó así, a los 12 años de edad, inhalando cemento de manera furtiva. En el consumo de esta sustancia y en la dinámica de las calles del barrio donde vivía, encontró un modo de desahogar su furia y su dolor mediante el contacto violento con otros. Así mismo, experimentó estrategias diversas en las que probó y combinó el uso de pastillas y alcohol elevando un gradiente de satisfacción a la experiencia.

...Empecé con cemento porque la marihuana no me gustó. Empiezo a crecer y me tenía que esconder porque en mi casa yo todavía era niño, tenía doce años cuando empiezo a inhalar bolsas de cemento [...]. Me empieza a atraer cuando se pelean calle con calle, yo sacaba todo mi coraje, aquel coraje cuando yo me sentía solo bajo aquellas cobijas donde yo lloraba y las peleas que tenían mis familiares. Yo empiezo a sacar todo eso con coraje, peleaba yo con coraje pero yo nunca me hice desobligado, yo seguía trabajando y estudiando a pesar de que me empecé a drogar con cemento. Después conocí las pastillas, los psicotrópicos los empecé a consumir y ya los combinaba con alcohol, como me gustaba mucho la cerveza, entonces ya era una revoltura... Empezaba yo a revolver, a revolver cosas...

Con el aumento de su consumo, restó importancia al hecho de ocultarse de su familia y a la dinámica violenta que vivía en casa. Sus tíos también usaban drogas y el modo en que lo hacían se convirtió en un parámetro de su propio consumo. Al tiempo que el rencor y la droga se lo “estaban comiendo”, en la interacción con otros usuarios de drogas descubrió la historia de “drogadicción” de sus padres y con ello, una mayor motivación para incrementar su ingesta. En palabras de Nicolás, este suceso fue vivido como una “inyección de pus” que redefinió la relación que estableció con las drogas:

...Se me quedaban viendo mucho porque yo era de los chicos, yo era un niño a comparación de con los que iba, yo me ponía a la par con ellos pero yo sin darme cuenta que me empezaba a comer todo eso, todo eso me estaba comiendo, el rencor que yo tenía... Y no me importaba que en mi casa mi abuelita me pegara, mis tíos eran igual pero yo les quería ganar, yo siempre quise ganarles en ese aspecto. Después con el tiempo yo me empiezo a juntar con gente más grande pero esa gente conocía a mi papá y a mi mamá y me empiezan a platicar ‘Tu mamá también era drogadicta, tu papá también era drogadicto’ y a mí todo eso me llenó, me enfermó el alma. Era como inyectarme pus, como inyectarme veneno a mí, y yo en mi actividad de drogadicto y de alcohólico pues decía ahora les voy a pagar con la misma moneda, o sea, ahora yo voy a ser peor que ustedes para que sientan lo que yo sentí cuando yo no los encontré juntos. Me empecé a inyectar heroína, me empecé a inyectar Nuvaín, morfina, derivados...

6.2.2. Las drogas, sus métodos y sus efectos. El cuerpo, sus reacciones y sus partes

En la medida en que estuvo dispuesto a experimentar con diversos tipos de sustancias, Nicolás comenzó un periodo de descubrimiento de sus propias reacciones. De manera conciente, exploraba un rango de sensaciones que aprendió a identificar de acuerdo con el tipo de droga utilizada. Con la práctica aprendió los modos de preparación y administración y comenzó un gusto por el exceso. La siguiente cita muestra la manera en que el personaje descifra su experiencia como reflejo del conocimiento adquirido.

...Por dentro sientes tú que en lugar de ponerte más, te está bajando, entonces no, yo quiero otra vez sentir ese pedo... Son diferentes síntomas. Yo te los voy a descifrar... también de cómo se agarra un bote, cómo le fumo, cómo atizo, cómo ponchaba los toques, cómo expurgaba, cómo la siembran, de dónde viene... [...] yo te puedo ir detallando y cómo me la inyectaba, cómo me pegó y la reacción que empiezo a tener, los chochos me gusta chuparlos, me gusta chuparlos y me gusta en puños, de cuatro o de cinco, me gustaban...

En el caso de la marihuana, Nicolás destacó el conjunto de reacciones que le provocaba, así como el modo en que aprendió a administrarse las dosis de consumo y a usarla con el objetivo de mantener cierto estado de relajación y evitar el aletargamiento.

...La marihuana tiene muchos síntomas: te relaja, te da por reírte [...] los ojos se te irritan y se te hacen chicos, la boca se te seca y hablas muy quedito, es por eso que muchas veces nosotros, te detectan al hablar. Yo digo que de tanto de estarte drogando, se te hace la voz así. Entonces, ese es el síntoma de la marihuana, que hasta ahorita yo digo que es la droga más tranquila que he visto, es lo más tranquilo que hay [...]. Yo llegué a fumar a las seis de la mañana, me daba uno y hacía ejercicio y regresaba, me bañaba y me daba otro y desayunaba y me iba a trabajar. Llegaba a trabajar y otro, en lo que me cambiaba, chambeaba, como a las once otro, te hablo de que otro. [...] Los síntomas son esos, entonces muchos se terminan el cigarro, otros no, otros las tres, pa'no apendejarte mucho, es como la cerveza, si te tomas tres no es lo mismo que si te tomas cinco, o sea, te pone igual, pero te pone más, te pone ¡Hasta la madre! Entonces llega un momento en que ya, como le dicen por ahí, te entablas, igual también con la droga te entablas por más que estés tragando, simplemente no te bajas del avión, te quedas en ese grado, no te bajas, no hay bajón para ti. Siempre estás, siempre siempre... Esos son los síntomas y te da mucha hambre cuando te bajas, mucha, mucha hambre, tú quieres tragarte todo lo que ves, te lo estás tragando, le llamamos nosotros 'el bajón'...

Alrededor de los 16 años, sintió que había adquirido un nivel más alto de conocimientos que operaba por ejemplo, para administrarse las pastillas de uso

médico. Más allá de que aprendió a diferenciarlas, lo que resaltó fue el paso de la voz de un yo a la de un “nosotros”, los usuarios de drogas. Además de la noción de pertenencia grupal que caracterizó este momento del consumo, el fragmento próximo ilustra el modo en que en esta etapa, Nicolás estaba centrado en las reacciones de su cuerpo:

...Como 16 años [...] estaba en mi apogeo, o sea ¡Machín! Entonces empiezan a salir pastillas. Hay algunas que son para arriba, para cuando chambeas ¡Putá! Y te quitan el sueño. Esas se las recetan a los obesos para que no se duerman en el día, no coman mucho, estén defecando, miando, cagando, pero... Nosotros, como les damos mal uso, pues de a tres ¡Chingue su madre! Y sude y sude y la chingada y sientes unos aviones bien extraños. Entonces [...] nosotros, llegan a nuestras manos y ¡Vale madre! Hay pastillas para abajo, que es como darte un toque, como tragarte una caguama [...] entonces te empiezan a bajar, a alivianar, tranquilito...

Las siguientes citas por su parte, señalan al cemento y la cocaína respectivamente, como algunas de las sustancias que formaron parte de su trayectoria de consumo; las sensaciones, el gusto que adquirió por su ingesta y el modo en que las preparaba.

...Está el cemento que es alucinógeno, en bolsa, lo inhalas y sí alucinas, el alucine es... Yo tengo entendido esto, que es algo ficticio o sea, tú estás viendo cosas ficticias y no pasa nada, tú estás hasta sentado o acostado y tú sientes que viajaste a mil por hora [...] y no pasó nada... Esas son las reacciones, pero te hace como más adicto porque andas, te gustó ese pedo, vaya, el avión, te gustó y ¡Te gusta el chemo güey!

...La cocaína, el polvo muchos lo utilizan, rayas... Lo pican, se hacen rayas pero muchos son cuando están chupando y mjjjiu, yo así lo utilizaba, yo estaba chupando y ¡Trae un perico! Lo abría y con tarjeta, mjjjiu, mjjjiu y ya nomás me limpiaba y su reacción es... Como contiene anfetaminas, te empieza a acelerar el corazón y te sientes chido, o sea, te activa esa madre...

...Empiezo a revisar la coca ahora lo que le llaman la piedra, que es como una epidemia, a todos les da, a todos les está pegando, todos fuman piedra ahorita, esa madre es coca pero pura. A la coca, mira [...] a pesar sí me interesaba y yo sí leía no que la mayoría ni sabe lo que se mete [...] y la extraen, le extraen el jugo a la coca, un líquido y hacen como un tipo de goma, pero para que la puedan inhalar le muelen pastillas porque es muy pesada y también pa'que aguante. Que yo ya he conocido muchos güeyes que se han quedado con el bote, una lata de refresco, le pican, le echan ceniza, la hacen como curva, le pican como una ollita, bueno, le picábamos, porque yo también y le ponen la piedra y le ponen el encendedor y le fuman, pero sientes un pinche madrazote que también alucinas un poco... Lo sientes en el corazón y se te traban las quijadas y empiezas 'Sshhh... Cállate güey, no hagas ruido güey, porque alguien viene', y son las tres de la mañana ¡Nadie viene! [...] A otros les da que el mal del pollito, muchos empiezan en el piso a buscar [...]. A otros güeyes

les da por estar viendo a la gente, a otros no les pasa nada, más que sienten el madrazo y andan como si nada, pero lo que yo más he visto y yo también sentía ¡Eso! Te quedas quieto y son unos madrazotes al corazón y al cerebro...

La ingesta de los hongos en cambio, no la practicó de manera frecuente, pero cuando lo hizo, la experiencia fue alucinógena, semejante a las reacciones que produce la inhalación de cemento según lo descrito por Nicolás:

El hongo que me prepararon a mí, yo la verdad no tengo mucha experiencia en esa madre, dos veces la probé. Fui a Huautla, a la sierra [...] porque son unos viajes alucinógenos, es como el cemento pero nomás que acá te dura tres, cuatro días [...]. Un señor me empieza a dar tortilla, nada tóxico, nada químico, nada, me daba tortillas, lechugas, pepinos, limón, durante dos tres días me los dio y ya cuando yo estaba limpio; bien extraño porque fue y revisó lo que yo había hecho del baño y ¿A ver tu orina? ¡Estás bien güey! ¡Vámonos! Pero no te claves en nada de que te dejó tu vieja, de que tienes problemas no, no. ¿Qué te gusta? Y yo ya le dije a mi me hubiera gustado vivir en los aztecas [...] y me empieza a platicar, a lo mejor me mintió en una historia pero tragando esa madre y clavándome sobre eso, es como si te duermes [...]. Empiezo a sentir que me empiezo a viajar y me acuesto [...] y me empecé a sentir medio mareado y empezó mi viaje...

Con la continua experimentación se fueron agregando elementos al conjunto de saberes que tenía al inicio de su experiencia sobre las drogas y sus modos de administrárselas. Nicolás había aprendido a diferenciar las sustancias por sus presentaciones y sus usos; por sus efectos y reacciones. Incluso contaba con un imaginario sobre sus compuestos. Cuando ingería sustancias había un nivel de conciencia sobre los procesos corporales y los estados alcanzados en sus distintas facetas y de acuerdo al tipo de droga de consumo:

...Cuando tragaba puras pastillas, en el orín, en el orín y dormía mucho, cuando inhalaba, llegaba tomado y no podía hablar porque eso como contienen anfetaminas. Fíjate, a pesar de que en la drogadicción sí te puedo hablar no nomás del sufrimiento de la drogadicción sino de las acciones, reacciones y por qué y por qué... [...] la cocaína viene de una planta que se llama coca, los colombianos la descubrieron porque caminaban en la sierra y se la comían y duraban un chingo caminando, entonces aquí para podérnosla nosotros inhalar necesitamos ciertos cortes de anfetamina, o sea, adherencias de anfetaminas y cosas así. Entonces la anfetamina te hace que balbucee tu corazón mucho, de que te trae muy alertado, [...] y yo aprieto mucho la quijada [...] Entonces yo pruebo eso y lo primero que hago es apretar la quijada y yo no hablo con la cocaína...

Desde la perspectiva del entrevistado, entre mayor eran los efectos experimentados, mayor era la necesidad de incrementarlos y de permanecer en el nivel de intensidad percibido. La inquietud por combinar las sustancias era también cada vez más

persistente. Ya fuera con alcohol o alguna otra droga de acuerdo con las reacciones que buscaba. Ya fuera para tener más estimulación o para disminuir los efectos. Cuando usaba una sustancia, ésta llevaba a otra en una serie de encadenamientos según las sensaciones percibidas, cuyas implicaciones devenían en la disposición cada vez más abierta a seguir experimentando. Los límites de consumo se habían relajado y sus reacciones ocupaban el primer plano de la experiencia. El cuerpo era el sitio donde ocurría la transición entre sensaciones, el lugar de la experimentación.

Y entonces empiezan no una cerveza, tráete una cañita o algo fuerte porque me quiero bajar de esta madre ¡Te cuesta un chingo de pesos! 50 pesos y te los chingas en 10 minutos y ¿Ahora te los quieres bajar? ¡Estás loco! Pero como somos drogadictos, o sea, es así, ve lo que yo te estoy dando a entender es cómo una droga te lleva a la otra, o sea, de que tanto estás arriba, ora te quieres bajar y luego te quieres bajar y luego te quieres volver a subir y luego ya como no subes [...] te quieres ir a los lados, 'Ahora saca un toque y vámonos a echarle a ver qué sabe'... Entonces yo así empecé, vamos a echarle coca, vamos a hacer un primo² ¿A ver a qué sabe? Pa'arriba y pa'bajo... como pinche elevador...

En este momento del consumo, no sólo experimentaba con la combinación de las sustancias, sino con el modo de ingerirlas al jugar con las distintas vías de administración. En la singularidad de Nicolás, la necesidad de "sentir otras sensaciones" derivó en un gusto por todas ellas; al mismo tiempo, entrevió cierta pérdida de control que lo llevó a aceptar cualquier tipo de droga a la que tuviera acceso. Este episodio de su experiencia reveló una suerte de experimentos para ampliar el rango de las sensaciones ya conocidas:

...Pero cuando tengas el humo échate un trago en la caguama, unos submarinos y entonces empiezo [...] a mezclar varios tipos de drogas y a muchos no les gustó de mi camada, de mi banda que se juntaron conmigo. Entonces empiezo yo a mezclar varios tipos de drogas y me quedo con las que más me gustaban que son ¡Todas! Empiezo yo a meterme de... ¡Lo que me trajeran era bueno! O sea, si me sacaban mota, mota; si me sacaban pastas, pastas; si me sacaban perico, perico; y si me sacaban cemento, cemento; peyote, o sea, infinidad de mamadas me metí. Entonces es por eso que yo digo que perdí un control, o sea, mi necesidad por sentir otras sensaciones es más fuerte, yo ya hasta me inyectaba Nuvaín, que es como un derivado de la morfina, es para los dolores, sé que se lo recetan para los dolores, para el dolor de huesos, cosas así. Cuando te fracturas te inyectan esa madre, pero yo me la metía por la vena ¡Padrote! Bien tranquilo pero ¿Qué pasa? O sea, bien tranquilo ¿Sabes qué güey? Tráeme un perico porque me quiero levantar, me bajó mucho esta madre...

² Con este nombre se denomina a los cigarrillos que se hacen con la combinación de marihuana y cocaína.

6.2.3. Perder el control

En este núcleo narrativo, el personaje señalaba que más allá de cualquier “chaqueta mental” como argumento que el usuario de drogas puede esgrimir sobre su consumo, el objetivo central emerge del deseo de alterar la percepción del propio cuerpo.

Nosotros decimos, te haces un chingo de chaquetas mentales, con tal de estar hasta tu pinche madre, que porque te dejó tu vieja, que porque tu papá no te quiere, que por que te bajó mucho...

Hasta este momento, había usado drogas de un modo planeado. Sin embargo, comenzó una fase en la que preparaba lo necesario para el comienzo, pero no sabía cuándo terminar. Después de una ingesta de varios días, entraba en un ciclo de deseo que al colmar producía mayor deseo.

El siguiente fragmento representa uno de estos ciclos de consumo. El ejemplo muestra además que la intoxicación, si bien la llevaba a cabo en compañía de una pareja, el sexo no era un motivo intrínseco para la interacción, éste lo constituía la ingesta misma de sustancias.

...Éramos novios, pero también era drogadicta y me aventaba unos rockanrolotes de esos pero ¡Chulos! ¡Chingonzotes! ¡Chingonzotes! ¡Hasta se antojan! Y varios me envidiaban [...] yo trabajaba, y yo le decía nos vemos el jueves... Pero el jueves yo ya tenía que tener una receta, dinero y ya empezaba a planearla [...] yo agarraba y iba a la farmacia, canjeaba la receta, me daban la caja de chochos, iba por la chava y vente, vamos a cotorrear, nos la empezábamos a tragar y ¿Qué quieres? ¿Una viñita? Y ¡Órale! Un tequila y un anís ¿Te quieres dar un toque? Sí, un toque y ¿Sabes qué? La neta yo ya me prendí, yo voy por un perico y vamos a comprarnos un flan, un bote de cemento le llamábamos flan... [...]. Y empezaba a caminar [...] me gustaba mucho caminar, estar cantando con ella, a ella le gustaba mucho eso de mí. Ya cuando reaccionábamos de la droga, de un viaje, despertábamos desnudos en un parque y bien locos y la gente viendo y ¿Qué onda? Ya viste tú, vamos a caminar otra vez y otro viaje... Otra vez a vaciar cemento, tenga otros dos chochos y vente vamos a comprarnos otro tequila... Y otra vez a caminar, ya cuando se llegaba la noche nos íbamos al hotel y no teníamos sexo ni nada, de que terminábamos hasta la madre, perdidos y al otro día, no que vamos a curárnola y otra vez de viaje...

La sensibilidad que había adquirido lo impulsaba no sólo a buscar combinaciones de drogas, sino también le generó la sensación “psicológica” de que el uso de cualquier sustancia podía tener algún efecto sobre él. Obsesión por alterar la experiencia de sí a través de alterar su cuerpo. La necesidad creada lo obligaba a buscar estrategias y mecanismos para exceder, para hacerse “explotar” como lo señala a continuación:

...Pero de tanto estar probando tanta droga... Al menos yo me empiezo a volver mañoso ¿Oye güey? A la cocaína yo he visto que le echan carbonato y la sacan y se fuma, como goma de opio y sí, a ver y ¡No pues sí, también pone esa madre! Y ya sientes que hasta un pinche té de hierbabuena te pone, pero es psicológico porque empiezas a sentir la necesidad y ¡Todo te pone a ti! ¡Todo te pone! Si no tienes pastillas ve por cuatro cafeaspirinas con una coca y te explota, pero empiezas a volverte mañoso y a querer más, más, más de esos viajes...

La experiencia de sí con el uso de drogas estaba centrada en el interior, lo que desde la perspectiva del personaje, le impedía reconocer otras realidades. Nicolás se sentía perdido por la droga y se percataba de que se había producido en él la necesidad de intoxicarse. No tenía una sustancia preferida, su inclinación se orientaba hacia una mezcla de drogas para evitar la desesperación por los síntomas de la intoxicación que cada vez más necesitaba.

...Yo ya no veía nada más de mis narices, yo ya estaba totalmente perdido por la droga... Y no te digo que por cierta droga: que por la piedra, que por la coca en polvo ¡No! ¡Yo la droga en total! Porque yo la droga que probé fueron todas las drogas, desde cemento, solventes, marihuana, chochos, inyectarme morfina, cocaína, fumarla... Yo probé de todo, me drogaba con todo. Cuando yo no traía dinero, me compraba una ampolleta de Metamizol sódico que es para el dolor y me la inyectaba por las venas y también me ponía [...] yo necesitaba una mezcla de ciertas sustancias tóxicas para poder caminar, poder estar bien, si no, no podía. Me desesperaba, me empezaba a poner de malas, y ya si no era mota era un chocho o de a perdis una caguama, que no me hacía nada...

La ingesta de drogas derivó en un trayecto incierto: de saber cómo sería el principio pero no cuándo llegaría el final. Esta incertidumbre significó el reconocimiento de la pérdida de control sobre las sustancias. En este momento del consumo, la incapacidad para contener el deseo de las drogas apareció como el principal núcleo de la experiencia. Una vez que se encontraba bajo los efectos, el entorno mismo se desvanecía ante el alivio experimentado con los cambios percibidos.

Entonces me encanta el principio pero como yo ya no puedo, o sea, ya no me puedo controlar... Metiéndome las primeras ¡Valió madre todo! Yo me sigo dos, tres días y hasta una semana, quince días he llegado. Lo máximo que un día llegué fueron cuatro meses de culero ¡Diario! Andaba ya mugroso, pinche barbón, me bañaba de vez en cuando y la chingada. Entonces yo ya no me puedo contener, contener, por eso ahora cuando me dicen ¿Quieres una? Les digo es que sé cuándo voy a comenzar pero no sé cuándo voy a terminar...

El uso de drogas constituyó una experiencia que dejó una impronta corporal irreversible y sedimentada en la subjetividad. El apego y la afición a las drogas

nacieron en un arte de lo sensible que cobró fuerza de repetición, según lo refleja el relato de la experiencia:

...A lo mejor si no las hubiera conocido no siento esa sensación ¿Verdad?
Pero ya no me puedo controlar...

6.2.4. La misma historia: la transformación, el exceso, el monstruo, la ira, la fama, la gula, la ceguera y la prisión

Para Nicolás, la intoxicación con la combinación de varias sustancias tenía un efecto de dominación sobre su cerebro que lo convertía en un hombre violento.

...Cuando me metía varias cosas pues yo ya no controlaba mi cerebro y lo que se me ocurriera lo hacía... Esos son los problemas que yo te digo, o sea, el pegarle a alguien, todas esas cosas yo no las quería hacer pero pues yo ya drogado pus yo ya las hacía...

En este episodio, el personaje atribuía al uso de drogas un proceso de transformación de su persona que no solo impactó sus relaciones familiares y sociales, sino la propia imagen de sí, en la que el crecimiento de los “huevos” representaba el agrandamiento de una masculinidad entendida como una figura de poder sobre los demás, incluso sobre otros hombres.

...Yo digo que es por lo mismo de la droga... Como yo sí siento ese cambio... es una transformación. Cuando uno está activo en la droga [...] nomás son los veinte treinta minutos que me drogo pero ¡No! Yo empecé a cambiar tanto con mi familia como con mis amigos, con todos yo empecé a cambiar ¡Ahora me doy cuenta! Porque cuando andaba no me daba cuenta pero sí empecé a cambiar. En el momento en que yo no tenía alguna dosis me empezaba a desesperar y empezaba a volverme agresivo [...] Sentía yo que todo me salía mal [...] me empezaba a enojar, empezaba conmigo mismo, yo estaba envioltándome [...]. Nosotros decimos ‘nos crecen los huevos’ por la droga... Más cuando andaba yo en la actividad de drogadicto. Yo decía que eran más débiles ellos E: ¿Quiénes? N: Los que no se drogaban porque por eso no se drogaban, porque rápido se ponían, porque rápido se dormían [...] entonces como que uno se encierra en todas esas cosas y uno aparenta ser más rebelde...

Las drogas como objetos aparecieron connotadas como “un monstruo” que cuando se consumen, éstas consumen al sujeto: lo “van tapando”, lo “van cubriendo” de manera rápida, casi imperceptible; cuya necesidad gobierna las acciones y su falta genera el impulso de la violencia.

Ahora me doy cuenta que esta onda es un monstruo muy cabrón que te va tapando, te va cubriendo en cuestión de unos días, de unos segundos, te va cubriendo y vas avanzando... Y tus acciones son impulsadas por necesidad de droga, o sea, te volviste violento o sea, tienes ese impulso de violencia porque no tienes alguna dosis adentro.

En este proceso, los límites de su consumo cada vez fueron más frágiles y sus comportamientos cada vez más alejados de las normas sociolegales. Nicolás comenzó a relacionarse con otros que ya estaban involucrados en la venta de cocaína implicándose también. En lo referente a la ingesta y sus efectos, éstos resaltaron en su relato, así como la transformación en la imagen de su propio cuerpo.

...Me acuerdo que me llegaba a quedar en baldíos inhalando cemento y tomando caña como teporocho y yo chavo, yo tenía unos veinte años [...]. Cuando estaba muy clavado, me junto con una persona que vendía cocaína y pues yo igual... Entonces mal, en lugar de ir saliendo iba empeorado [...]. Y empiezo a vender también pero en lugar yo de vender yo ya me la fumaba y me la inhalaba y empecé a enflacar, con la cocaína yo enflacaba mucho. Son unos efectos muy feos pero muy necesarios por el sabor, porque son unos efectos donde empiezas a sentir que oyes pasos, que ya viene la patrulla y si ves un carro piensas que vienen por ti y te imaginas que ya viene una persona por ti y luego se te cae y buscas en el piso, esos son los efectos de la maldita piedra...

El deseo desbordante de drogarse se convirtió en el eje que rigió su vida. La necesidad incontenible por las drogas lo llevó a traspasar otros límites sociales. Para Nicolás, al tiempo que se intoxicaba con las sustancias, se llenaba también de rencor.

...Pero más me empiezo a llenar de rencor, sigo igual, llega 1998, o sea, yo ya me inyectaba cocaína, yo ya perdía, empecé a quedarme en las calles, en baldíos... Las reacciones eran ya cada día más fuertes para mí sobre la droga, yo ya no me podía contener, tuve que robar para una caguama, tuve que robar para cualquier cosa que yo necesitaba [...] robaba para drogarme.

Su historia apuntó una ruptura de sentido con la normatividad sociolegal en general. La cita ilustra el modo en que la experiencia del exceso y la “ceguera” que atribuyó al efecto de las drogas, desencadenó el desvanecimiento de los límites corporales junto con la transgresión de otros límites sociales:

Me cegó la droga, me cegó mucho... Robo a mi misma familia, me metí a agarrar la chamarra de mi hermano⁶ me valía madre todo, todo me valía madre todo, yo no tenía nada, todo me valía madre y el que se parara enfrente, quítate todo porque ni te muevas, quítate todo porque yo necesito drogarme...

La fama fortalecía la imagen de sí como un hombre valiente, agresivo, dominante y poderoso. En un circuito de reforzamiento, su popularidad y las traiciones alimentaban la ira, los rencores y la agresividad. La admiración que había ganado por su consumo

⁶ El entrevistado solía llamar “hermanos” a los tíos con quienes convivió en la infancia.

se extendió por la venta de drogas y por la violencia que estaba dispuesto a ejercer. El personaje lo expresó del siguiente modo:

...Yo me perdía totalmente entre el cemento, el vino y las pastillas y la marihuana la utilizaba para empezar, con eso empezaba [...]. Entonces empiezo a irme más recio, más fuerte, empecé yo a vender [...] marihuana, empiezo a ser famoso en el barrio porque yo les empiezo a vender droga, entonces ¿Qué pasa conmigo? Que me empiezo a crecer ¡Putá! Yo bien respetado en la esquina [...]. Cuando pasa todo eso, pasa el sentirme muy chingón, el estarme peleando, empiezo a robar porque el dinero fácil me empezó a gustar. Empiezo a robar, empiezan los amigos traidores [...] y por la espalda me dieron un balazo en la pierna [...] de que me quisieron matar para llevarse el botín [...]. Entonces empiezan las traiciones y yo con mi carácter todavía... Llenándome más de ira, de rencores [...] y me vuelvo más agresivo y no me importaba... Varias veces yo llegué a matar.

Dicha fama se encarnó en una figura armada y ataviada de oro como símbolos de poder. En el relato, la “gula” apareció como la metáfora del régimen con el que llevaba a cabo la ingesta de sustancias y la vida en general. El siguiente es un ejemplo del proceso en el que el personaje estableció la ruptura con la normatividad sociolegal y el modo en que se vio inmerso en un ciclo de repeticiones:

...Por el 95 yo llego a un reclusorio. Me agarran como con medio kilo de marihuana y llego a un reclusorio... Vuelvo a salir y más recio [...] empecé a robar más duro, ya drogado yo necesitaba drogarme, muchos psicotrópicos, muchos chochos [...] había Pacidrín, yo tragaba mucho ¡Ya era gula! Me tomaba un jarabe de bebé, un jarabe pediátrico que si te lo tomas todo este... se llamaba ¡Megadol! Nos lo tomábamos y alucinabas, te volvías loco con esa madre, y yo pues siempre me gustaba andar con pistola porque yo era ratero, o sea, y me vestía bien y traía cadenitas, andaba oreado, pero tenía mucho oro, traía mucho oro, o sea, me gustaba andar muy alhajeado, pero muy malencarado y nos parábamos en los antros y si me picudeaban los sacaba y o sea, me empecé a volver así...

El cumplimiento de cada condena no significaba una salida definitiva. Nicolás sabía de la probabilidad de regresar a prisión porque salía con mayor ímpetu para drogarse, robar y vender drogas. El personaje había asumido un modo de vida marginal y “desviado”, donde distintos estigmas ya no provenían de los otros sino que eran asumidos por él mismo:

...Salgo de prisión, cumplí la condena... Me dijo el licenciado que todavía yo podía tener beneficios aunque fuera por segunda, o sea, que yo ya era de reingreso y le dije que no, que no quería quemar los beneficios porque yo todavía tenía la idea de regresar a prisión, o sea, yo no tenía la idea de componerme y decía no pa’la otra vez que regrese pues ya utilizo los beneficios, por ahorita no. Entonces salgo y me aviento todo ese año de pura loquera [...] empiezo otra vez a robar... ¡Hasta dónde me llevó! ¡A pensar que yo todavía tenía que regresar! Que era la ley de un güey que

era banda, de un güey que se tatuaba, que se drogaba, de un güey que era bien chingón, de un güey que tenía mucho dinero...

Al adjudicarse la identidad de “drogadicto”, Nicolás asumió un alejamiento de la normatividad sociolegal que especifica como sigue:

...Cualquier drogadicto quisiera ser libre, cualquier drogadicto quiere andar para allá y para acá, es por eso que perdemos matrimonio, perdemos familia, perdemos todo porque queremos nomás sentirnos a gusto nosotros y no con los demás, con los que nos rodean.

En la construcción de su experiencia, el personaje incorporó el estigma de drogadicto y con ello, la “ceguera” que le impidió aceptar cualquier tipo de ayuda. La historia de sus padres aún tenía un peso significativo en su propia historia como lo muestra este fragmento:

...Yo ya era drogadicto y yo ya no podía salir de eso solo, sin la ayuda de nadie. Mis tíos y todos me invitaban a grupos de alcohólicos, grupos de drogadictos, y yo no quería porque yo les decía al hoyo que yo entré yo voy a salir cuando yo quiera pero sin saber que no, yo ya no podía, ya no podía salir de eso, pero yo no lo veía así, yo me empecé a cegar, una vez le quise pegar a mi madre cuando también la conocí, me corrió de su casa, tuve muchos problemas con ella y con los que yo me empecé a juntar ellos me empezaron a provocar con historias de mi papá y de mi mamá. Había muchas pláticas de ellos de lo que hicieron, de cómo robaban, todo lo que hicieron y todo eso yo lo quise imitar.

Nicolás continuó así con la venta de cocaína y la ingesta de ésta y otras sustancias. Continuó robando y cometiendo asaltos. Una vez más fue remitido a prisión. En este episodio, el tiempo es percibido de un modo relativamente estático. En las siguientes citas despliega una parte de su experiencia en el encierro y el modo en que se repetía la misma historia:

...Entonces me junto con esta pareja, vendo cocaína, me la empiezo a fumar, llego bien flaco, robo una ferretería con un arma [...] y me vuelven a agarrar y me voy a prisión otra vez. Pero esta vez por el lapso de dos años ocho meses. En una prisión también hay drogas [...] me empiezo a encontrar a la banda allá adentro y me empiezan a ofrecer otra vez pastillas, otra vez marihuana, pulque del que fabrican allá adentro, cocaína y empiezo yo otra vez como si estuviera en la calle, simplemente sin mis seres queridos y sin mi libertad.

...Allá adentro me sigo drogando, me sigo inyectando, me apuñalan, estuve a punto de morir, me dan cuatro puñaladas todavía las traigo, tengo tres en el brazo y una en el riñón pero estuvieron a punto de perforármelo. Entonces yo llego a enfermería y ahí me tuvieron como tres meses, estuve a punto de morir, perdí mucha sangre y salí y maté al chavo que me picó ahí adentro y así fue mi vida en la cárcel, de drogadicción y estar vendiendo. Ya después me gano el respeto con esa muerte, empiezo yo a

sentirme más crecido y empiezo a mover cocaína y marihuana adentro del penal, y nadie me tocaba, yo era muy respetado y otra vez se empieza a repetir la misma historia...

6.2.5. El cuerpo y el alma: los saldos de la intoxicación

Cuando terminó el encierro en la cárcel, Nicolás estableció una nueva relación de pareja en la que se dio un embarazo inesperado. Ante este hecho, nació por vez primera la inquietud por lo que su sangre había albergado de las sustancias. La incertidumbre que despertó la posibilidad de transmitir a través de su sangre 18 años de trayectoria de consumo, lo llevó a reconsiderar su ingesta. Sentía miedo de los estragos de las drogas en su organismo y de las posibles consecuencias en la salud de su hijo. El miedo de engendrar un cuerpo incompleto o deforme le devolvió la conciencia del deterioro y el reconocimiento de estar sujeto a una adicción. En el relato, estos temores se entremezclan con el gusto y el interés por la farmacéutica.

...Me encuentro a una niña que es mi mujer [...]. Empiezo a vivir con ella y sin darnos cuenta ella queda embarazada y yo tenía miedo porque yo tenía ya 18 años de drogarme, de drogadicto... Mi sangre estaba muy drogada, muy dañada. Me empieza a entrar el miedo de cómo iba a nacer mi hijo, si iba a nacer sin un pie, sin una mano, con alguna deformación... Ahí es donde me empecé a dar cuenta de que yo ya estaba mal pero también me empecé a dar cuenta de que me costaba trabajo, yo ya la adicción ya la tenía, yo ya tenía esa adicción. Más que nada yo consumía mucho psicotrópico, mucha pastilla... Yo consumía te voy a decir y voy a parecer farmacéutico: yo hasta las *Cedalmerk* ponen para mí, contienen cafeína y paracetamol; y el paracetamol es para el dolor y me quita el dolor o sea, ando drogado, ando dopado ¡Obvio! En la farmacia te recetan uno o dos, yo me trago diez con una coca, con un café y hasta con agua y con eso ando dopado, con eso me dopo porque no siento nada, mi cuerpo está dormido y aparte no duermo porque contienen cafeína, la cafeína es para no dormir, pero yo en mis tiempos, pues yo te digo, yo en mis tiempos, ese jarabe, *Megadol*, este *Rivotril*, *Diazepan*, *Valium*, que también es *Rivotril*, este... Yo me inyecté *Nuvaín*, que es morfina, derivado de morfina, es derivado de morfina, ahora hay unas que se llaman *Rohypnol*, antes había de dos miligramos... Yo me robaba, yo entraba a consultas con un doctor y me robaba los blocks y yo falsificaba las recetas, sabía escribirlas, sabía llenarlas y sabía para qué eran, por decir, ponía una caja de *Rohypnol*, 30 comprimidos, un mg tomada cada 24 horas después de cada comida, después de la cena, por decirlo así... Y dx que es diagnóstico, neurosis crónica o depresión en sueño y si quería unas para no dormir por decir, los pericos que le llaman que son los que utilizan los trailers, son para la bulimia o anorexia, pero esa viene con cápsulas de 60 con 30 miligramos, entonces empiezo a desenvolverme en eso...

Al reconsiderar la experiencia del consumo, la salud, el cuerpo y la percepción del tiempo aparecieron como objetos de preocupación según lo muestra este fragmento:

...Hoy que no me drogo empiezan a salirme los dolores de oídos, me empieza a doler el hígado y ¡Ay güey! ¿Por qué? Porque como todo el tiempo estuve dormido, estuve drogado, sedado, no me dolía ni madres, yo me siento de poca madre, tengo treinta pero parezco de 16... Y ahora yo siento que por el lado superficial de mi cuerpo yo sí tal vez me quería, porque hacía ejercicio, jugaba *football*, jugué americano, entrené box mucho tiempo, pero por dentro me estaba desmadrando. Ahorita no sé como esté, necesito hacerme un chequeo... Ahorita yo lucho contra todo pero porque me di cuenta del daño que hace esa madre, o sea, yo sí llegué al fondo de todo ese pedo [...] yo siento que mi vida la viví muy rápido, o sea, siento que estos años los viví pero súper rapidísimo...

En el relato, el deterioro corporal asociado al uso de sustancias, reflejó el detrimento de sentido en otros ámbitos de la vida y en el valor de sí mismo:

...Yo perdí muchas amistades, empezaba a perder a mis amigos, empecé a perder a mi familia. Mi misma familia me cerraba las puertas porque pues sí llegaba drogado a robarme las cosas ¡Claro! Me cierran muchas puertas, me cierran los caminos: mi papá me corrió del taller por drogarme adentro, me encontró inyectándome, inhalando solventes y me corre de ahí y llego a la casa y a los dos días mi esposa también me deja [...] y fue cuando reaccioné y dije todavía los puedo rescatar pero sí, yo ya estaba muy dañado, ya estaba muy flaco, muchas cosas las había tirado ya a la basura, había perdido valores, ya no respetaba a las personas, ya no respetaba donde me drogaba, me drogaba en los baños públicos, en el metro, en los camiones, ya no me importaba, yo ya no valía nada...

Las pérdidas y los daños ocasionados a sí mismo y a los otros significativos dispararon la intención de “rescatar” sus relaciones y saldar las cuentas con cada uno. Luego de aceptar internarse en un anexo AA, la estimación de los costos de la práctica de la intoxicación fue alta: conforme aumentó su consumo fue perdiendo el alma y mortificando el cuerpo. En este episodio emergió un registro espiritual de la experiencia que no había sido aludido hasta el internamiento en dicha institución.

...Me recomiendan que me anexe a un grupo de Alcohólicos Anónimos y llego ahí y me abren los ojos del daño que hago alrededor con esa droga, con ese alcohol, y sí, sí dañé mucho a mi mujer y empiezo otra vez yo cuando andaba en la actividad de drogadicto yo renegaba de Dios, de que por qué me trajo aquí, por qué me dio esta vida y a lo mejor me la dio porque me puso a prueba cuánto valor yo tenía, valor civil, valor moral ¿Cuánto, cuánto tienes? Pus ya el poco que me dio o si lo tuve, nunca me di cuenta de él, yo mi alma la fui perdiendo, la fui perdiendo... Yo siempre andaba dopado más que nada era pastillas, era el *Valium* el que me daba en la madre, yo tragué muchos *Valiums*. Ahorita que no me drogo me empieza a doler el estómago, me empieza a doler por lo mismo, ya empiezan los dolores pues de las reacciones de aquellas pinches drogadas que me daba y eran de días, eran de días, eran de semanas, si acaso descansaba un día para poder comer y bañarme, pero yo seguía, yo seguía y si no es que me iba a bañar así, bien drogado y bien tomado, siempre toda mi vida fue así, toda mi vida, desde niño, nunca nunca nunca paré, ni

en el reclusorio que estuve [...] nunca he parado de drogarme, apenas hasta que ahora sí sentí el perder lo que Dios me había mandando...

La experiencia del internamiento en Alcohólicos Anónimos tuvo resonancias en el relato. En los siguientes fragmentos, se desplegó una amalgama de sentimientos de culpa, en la que por un lado, el cuerpo apareció como pertenencia de Dios; y por el otro, la adquisición de una deuda moral y espiritual que habría de pagar con sufrimiento.

...Dios te manda completo al mundo y cuando tengas que entregarle cuentas ¿Qué le vas a decir? ¡Ya viste! ¡Ya me regresaste un cerebro bien drogado! ¡Ya viste! Si te di como 400 kilos de masa, ya me vas a entregar como 350 ¡Pinche hígado! Ya no tienes güey, de tanta pinche droga que te metiste... Tus riñones están tapados güey de ¡Tanta pinche piedra que te metiste! ¡Ya no sirves güey! ¿Pa'qué regresas? Entonces llego a la conclusión de que cuando yo decía ¿Por qué Dios no me lleva de una vez? Pues porque Dios ¡No acepta chingaderas güey todavía! Aquí vas a pagar lo que hiciste. Hoy me estoy preparando para no drogarme y no tomar, me estoy preparando para ese pago que tengo que hacer, porque lo tengo que hacer, lo tengo que hacer, tengo que sufrir más, pero ahora porque yo hice sufrir y si mi esposa todavía me saca cosas tengo que aguantar... Así tengo que estar pagando, soportando pero ahora sí con la frente en alto y buscar solución ¡Es lo que provoqué!

...Sí llegué a hacer cosas que me arrepiento mucho, me arrepiento mucho pero solamente Dios sabe hasta cuándo me va a mandar una factura donde tengo que pagar todo lo que debo. A lo mejor por eso estoy pagando con este sufrimiento que llevo de que estoy bien sin drogarme y me llegan recuerdos como esos que te digo, el robarle el sueño a una esposa, el robarle el sueño a mi madre...

En este recuento, la boca apareció como un régimen de contención para no acumular más deudas a las adquiridas. Se propuso hacer un esfuerzo para cerrar, cancelar e inhibir la boca como resguardo de sí y de otros: para no agredir a Dios con la ingesta de sustancias, para no perder el trabajo y a los otros significativos.

...Fue lo que provoqué y lo tengo que soportar, pero ahora no me tengo que vencer tan fácil para volverme a drogar, porque pus yo la verdad volverme a drogar, ya estaría muy pendejo, o sea, ya de plano no me quiero, de plano no quiero a Dios, de plano no puedo ni abrir la boca. La verdad no, perdería otra vez mi trabajo, perdería otra vez a ellos, perdería otra vez todo, y me costó mucho trabajo. Me costó mucho trabajo porque me costó mucho trabajo aceptar que sí era drogadicto [...] te soy sincero, me costó mucho trabajo aceptar [...] que me dañó todo, todo, todo, física, económica y moralmente [...] Me costó mucho trabajo aceptar que yo era el del error, que yo era el que estaba mal, que yo era el que había provocado todo eso, que yo era el culpable, eso fue lo que me costó mucho trabajo. Entonces no, no puedo, ni debo, ni quiero tampoco volver a drogarme.

De la vivencia en el anexo emergió la motivación de reinsertarse a una sociedad de la que se sentía marginado. En oposición a una infancia sin normas ni límites, en el anexo encontró la posibilidad de ese espacio normativo para llevar la vida sin el uso de drogas.

...Yo estaba ahí y todo eso me empieza a dar valor pero ya no para drogarme sino para salir adelante [...] es un anexo [...] y a mí me dieron servicio... Primero es el que trae las llaves, sale por tortillas, verdura, organiza, tú te vas a cocina, tú haces el baño, tú te vienes y todo eso me empieza a motivar de que digo sí valgo, sí sirvo a la sociedad, siempre fui marginado de la sociedad y ahora me doy cuenta que sí sirvo, sí sirvo, sí, sí sí lo logro, sí, sí puedo, sí puedo hacerlo, sí puedo hacerlo, eso fue lo que me dio o me dan ganas de ya no drogarme, sí puedo, y puedo bien, sí puedo trabajar bien, ya me di cuenta, llevo meses trabajando sin drogarme y puedo, o sea, no es necesario eso en mí, estaba siendo necesario...

Con un gradual relajamiento de los vínculos con la sociedad convencional, Nicolás construyó su historia para luego reinsertarse a ésta. Desde niño creció sin la orientación de sus padres, ausencia de valores y reglas familiares. En su adolescencia y juventud gobernó una forma de relacionarse con la vida en general y el consumo de drogas en particular, sin límite alguno. La búsqueda de una normatividad que rigiera su vida fue el reflejo de un reposicionamiento subjetivo que buscó para asirse a la sociedad convencional. Ello requería frenar el consumo de sustancias y hacer un movimiento en el espacio emocional: perdonar a sus padres por haberse separado abandonándolo y cambiar la relación con su esposa para evitar la repetición de su historia con ella y con su hijo.

...El valor de afrontar las cosas en la vida y decir ¡Sí, yo puedo! ¡Sí, yo lo hago! Y ¡Sí, es mi error! Y sí, no, yo no, yo era el hombre perfecto. Yo era el dios de mi universo. Yo era yo era mi dios. Yo era el que gobernaba mi vida, mi vida era ingobernable, nomás yo la gobernaba. No me acataba a las reglas de la vida, las reglas de lo que te rige la vida, de lo que te rige hacer un matrimonio, de lo que tienes que hacer, no. Si yo ya di mi gasto yo ya tengo derecho de irme a poner hasta la madre, y no güey ¡Falta jugar con tu hijo güey! Por eso te dejaron [...] pero sí me dolió mucho meses de no ver a mi hijo [...] a lo mejor ese dolor, ese sufrimiento de no verlo: eso fue lo que lo que me hizo cambiar, lo que me hizo ver y decir todavía estoy a tiempo, no estoy muy viejo... Empiezo a perdonar, perdono a mi papá, perdono a mi mamá, sólo ellos saben por qué no están juntos, sólo ellos saben por qué sufrieron, sólo ellos saben por qué me dejaron, pero yo no pienso dejar a mi hijo, yo no pienso dejar a mi esposa, no pienso. Sus problemas son sus problemas, y los míos son los míos, hoy, hoy que no me drogo, tengo el valor de decir ¡Adelante! Y tengo el valor de decir ¡No! O sea, decir, no quiero y no puedo, yo tengo por quien ver... Ahora me duele porque yo con estos cinco meses que llevo sin drogarme yo quiero recuperar, aunque sea que ella recupere la tranquilidad de que yo ya no voy a llegar así, de que yo quiero echarle ganas porque mi hijo está

creciendo, yo no quiero que se repita aquella historia de la separación de mi mujer y yo y como mi papá y mi mamá para que no sufra lo que yo sufrí durante todo eso de la droga que es muy feo...

Después de una serie de lamentaciones y del cese del consumo de drogas, la imagen de sí apareció como un hombre en proceso de recuperación que se daría a la tarea de redireccionar su historia de transgresiones y excesos.

...Me doy cuenta de lo que soy, soy un ser humano que tiene valores y los está recuperando, pero sí puedo, todavía estoy coherente no quedé muy... Sí, sí me dañó la droga pero no estoy muy tocado así como pa'decir ¡No tienes remedio cabrón! Yo digo que al punto que dejé la droga y que me dan fuerzas, no llegué ni tarde ni después, llegué en el momento justo...

6.2.6. Ya pesa la basura. Barrer el alma y limpiar el cuerpo

La elaboración narrativa se erigió sobre la base de una construcción binaria de la experiencia, entre lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, el pasado y el presente, la tolerancia y los excesos, la imagen de sí consumiendo y no haciéndolo.

¡He aprendido a vivir! Sí, sí he aprendido. Soy más tolerante, sí estoy aprendiendo de todo lo malo, sé lo que es bueno y lo que es malo ahora...

La percepción de sí contrastaba con la que tenía cuando usaba drogas. En el siguiente párrafo se observa la manera en que la certeza de los cambios venía de la palabra de otros. Nicolás obtuvo reconocimiento social en la medida en que se insertó a una realidad convencional.

...He cambiado mucho. Yo me doy cuenta y he cambiado mucho. No soy el mismo y varios me lo han dicho... Varios que he convivido con ellos se dan cuenta y luego luego me dicen 'Ya no le pones ¿Verdad? ¡Mira que has cambiando! El tipo de plática, el tipo de tema... Antes nada más hablaba de balazos, de putazos, de que fui que no fui, de que qué le pasó a este y no... Ahora ya platico de otras cosas, o sea, cambio de platica porque ya me doy cuenta de lo que leo, de lo que veo, de lo que siento, de lo que estoy viviendo en realidad, como debe debo de vivir, siento yo.

El físico y el semblante eran interpretados como el resultado de un movimiento interno. Por el cuerpo se notaba y le notaban el cese del consumo, la fe, la paciencia y el deseo de cambiar. Estos datos reforzaban la esperanza de continuar en el proceso de abstinencia.

...Tan sólo con el físico dicen ¡Este güey ya! ¡Anda perfecto! ¿Dónde te metiste güey? ¿Mira cómo estás? Me ven, me ven mi fisonomía, me ven mi forma de hablar, ven el que tómate una, pero una y ya. Entonces ahorita tengo esa esperanza de que sí puedo, o sea, tengo fe en Dios y tengo fe en mí, porque el que no tiene fe, no vive [...] necesitas tener fe en alguien,

creer en alguien... [...] yo me pongo a ver y digo 'Tengo que tener fe'. Tengo fe en salir y tengo fe en salir adelante y lo voy a lograr [...] más que esta vez no me quiero desesperar porque yo antes las cosas las quería al momento por lo mismo de la droga, o sea, yo las quería al momento y ahora tengo que tener paciencia, todo llega a su debido tiempo.

Una de sus metas era lograr un lugar visible en la sociedad: construirse una identidad aceptada por él y los otros. El tiempo apareció como un factor que marcaba no sólo la cronología de los hechos, también la pertinencia de los cambios, esto es, desplegaba una cualidad moral a la experiencia. La relación con los otros estaba en función de la relación que pudiera lograr Nicolás consigo mismo.

...Ahora quiero ser alguien en la vida y nunca es tarde. Ni a mis 33 años me siento viejo. Todavía me salgo a correr y todavía hago ejercicio [...]. Tengo que correr al trabajo porque ya me estoy haciendo más responsable. Tengo que llegar al trabajo como tengo que llegar a mi casa. Tengo que estar porque eso es lo que me toca en la vida, tengo que regalarle un poquito más de... Devolverle aquella tranquilidad a mi esposa, devolverle lo que le robé: le robé el sueño, le robé la tranquilidad, la esperanza de tener un buen hombre y le salí con esto pero ahora me cae que lloro de alegría de que sí puedo, lloro de alegría y sí puedo y lo voy a lograr por mí, porque si yo digo que por ellos, es otra vez engañarme no porque es mi hijo, o sea, tengo que empezar por mí, a quererme yo para poder querer a ellos.

La siguiente cita muestra que en el proceso de abstinencia, tuvo lugar un reajuste en cuanto a su lugar como ciudadano, padre y esposo; con base en la limpieza del cuerpo, de quitarle los olores y los signos de la intoxicación que repelían el contacto con los otros y le desmeritaban un lugar legítimo en la sociedad.

...Me empiezo a dar cuenta de que hay gente que me necesita que es mi hijo, que es mi esposa, es gente que me necesita estar conviviendo conmigo que yo soy la cabeza de la casa... Que yo sí digo esto no se va a hacer, pero si yo estoy mal, todo lo voy a elegir mal, o sea, no, necesito yo estar bien y seguir mis estudios... [...]. Me doy cuenta de que a base de mi abstinencia a la droga, a base de limpiar mi cuerpo puedo pensar, puedo leer, puedo decir, puedo hablar, tengo derecho a un voto. Entonces esos son los que me hacen la fuerza a no, no, no me drogo, no me drogo, no bebo. Entonces puedo platicar con cualquier persona con confianza porque antes era tímido porque ya me olió, a lo mejor ya me vio, a lo mejor ya se molestó, ya se va...

Los costos y sanciones sociales del consumo de drogas comenzaron a tener un sentido distinto en la medida en que Nicolás se encontraba en un proceso de apego a las normas.

...No quiero volver a sufrir tanto como lo que sufrí como drogadicto, el estar en prisión, el estar humillándome ante una gente de pedir, de estirar la mano, de pedir el veinte, el quinto... La humillación de la policía cuando te

agarra, [...] las humillaciones de la gente de que 'Quiten todo porque ahí viene ese güey y es ratero'... Y ese se va a parar aquí a fumarse su chingadera... Son humillaciones, me sobajé a mucho y ya no quiero...

Así, la abstinencia a las drogas tenía que ser efectuada de una manera radical porque el deseo aún permanecía latente. La siguiente pieza es un ejemplo de ello:

...Todo este diciembre los clientes me empezaron a regalar botellas y todas ya las regalé, no las quiero tener, es como tener un arma en mi casa para mí, no quiero tener porque a mí me dicen échate nomás una copa, no, es que sé cuándo empiezo pero no cuándo termino, la botella para mí es como la lámpara maravillosa, y sale un genio pero maligno, me pone hasta la madre, empiezo con una copa y termino inhalando solventes, entonces mejor no.

El periodo de abstinencia estaba cargado de sufrimiento por el deseo del consumo, los sentimientos de culpa y el miedo a una recaída. Esta etapa representó la certeza de un presente mientras no consumiera sustancias y la incertidumbre del futuro mientras resistiera hacerlo. La llegada del mañana dependía de inhibir el deseo de intoxicarse.

De este modo, Nicolás desplegó una serie de estrategias en aras de no consumir. El siguiente segmento presenta una de ellas. Un modo de estimular los recuerdos, de frenar la trayectoria ya conocida; de "sacar la basura" que ya le pesaba en el alma: culpas, traiciones, robos, enfrentamientos con la policía, exceso en el consumo. Aligerar la carga para prepararse a restituir el mañana, si es que éste llegaba.

...Lo que me preocupa es el presente, el futuro no mucho porque no sé si llegue, pero si llega, voy a estar preparado para lo que me traiga la vida porque sí me he sentido estas últimas veces que ya no he estado drogado, me siento como si estuviera drogado pero para analizar el negro destino, el negro camino que tuve, me hago el que estoy drogado... Vente, vamos a la esquina como cuando me daba un toque, pero me siento y en lugar de dármelo estoy analizando... Recuerdo ¡El acto! Cuando estoy triste, cuando estoy así... Me salgo aquí a la esquina y destapo una coca de lata o cualquier cosa y me siento como si me fuera a preparar yo un toque pero me estoy tomando la coca cola y empiezo a analizar... Destapo el refresco pero me imagino que es una cerveza, me hago a la idea de que me voy a dar un toque, de que me voy a tragar algo pero ¡No! Sino que empiezo a ver, si yo ahorita me fuera para allá, me fuera y me acuerdo cuando iba allá cómo me ponía... Sí, ya hubiera tenido los problemas: el clásico que llega la policía y yo tuviera que correr... Entonces empiezo a analizar mi negro destino, el negro camino que recorrí y cuando me llega el shock ¡Ya! Terminé, vámonos a mi casa y ya llego tranquilo... Ese es mi estímulo que estoy, o sea, yo me los hago cuando no estoy, más bien cuando no voy al grupo, vaya... Es como si me drogara, na'más que no lo hago, o sea, nada más me acuerdo, si ahorita lo hiciera vaya, ahorita si estuviera, no estuviera ni aquí platicándote, permítame déjame ir sacando unas cervezas, se trata de que ya vaya sacando la basura, barre tu alma güey, ya no le echas más, ya pesa la basura.

En el relato, Nicolás se tomó a sí mismo como obra a realizar. La producción de una subjetividad y una moral fundamentada en la abstinencia de los apetitos del cuerpo transitaría otra vez por un camino lleno de preguntas, esta vez con saber y conocimiento sobre él.

...Hoy en día yo trato de rescatarle lo bueno de todo esto, porque digo a huevo, a huevo que debe de haber algo que me ayude a vivir, o sea, no estoy viviendo del pasado, o sea, no, ni con él vivo, o sea, trato de ayudarme a vivir del pasado, o sea, trato de decir ¡Cabrón si tú ya lo viviste güey, ya no lo hagas güey, sabes lo que te puede pasar! Es como si ahorita me voy y sé lo que me puede pasar, sé a lo que voy a llegar a vivir. Yo lo tuve que vivir y me tuve que hacer así porque estaba en esas circunstancias pero ahorita no lo estoy. Entonces puedo evitarlo, ahora si veo, yo lo que trato de hacer ahorita es definir bien qué es lo que quiero o sea ¿Qué es lo que quieres güey? Ahorita me estoy haciendo esta prueba de no drogarme, de tratar de vivir bien con mi familia, de todo eso...

6.2.7. Alma, corazón y huevos o la doble derrota

En esta secuencia, el personaje inserto en el proceso de abstinencia, se sitúa en la lucha entre el deseo por las drogas y la consigna de dejarlas. En la siguiente cita, Nicolás plantea lo que representa esta batalla que ubica entre dos polos de la experiencia:

...Pero todo está en mí, todo está en que yo quiera no seguir drogándome, todo está en que yo quiera, que no me esté engañando en seguir diciéndome que ya no quiero y por dentro yo siento esa sensación de que sí quiero, todo está en mí, en mi está... Y si yo me empiezo a engañar voy a volver a aquellas ondas, aquellas andadas... Pues es mejor ahorita que está chico mi hijo dejarlo y a lo mejor le va mejor pero no quiero. No quiero, o sea, lo que acabo de decir se oye feo pero, esos son mis pensamientos secundarios, digo, si vas a seguir con tus mamadas pues mejor déjalos que se las arreglen solos, para que los sigas dañando, pues mejor vete. Pero no o sea, pasan por mi mente como secundarios pero yo no quiero volver a caer...

El relato enunciaba la contienda consigo mismo para no recaer en el consumo, Nicolás se sabía en pleno riesgo de recaer. Se ubicaba en el camino hacia la recuperación pero lejos todavía de la meta. En este proceso, desplegaba una serie de estrategias a fin de evitar la ideación y el antojo por las drogas: necesidad de llenar vacíos con comida, distracciones, actividades, ejercicios. La recaída como el consumo de drogas representaba una derrota que no quería sumar a su experiencia.

...Con mi esposa me pongo a platicar, le digo fíjate que estoy comiendo mucho porque me llegan las ansias de drogarme y se me quitan comiendo digo, ya después iré a ver un doctor porque también es malo pero por ahorita creo que está bien, prefiero estar comiendo y no estar

drogándome... Como, como, como, trato de ponerme mi mente en otra cosa, trato de hacer algo rápido, me meto y empiezo a hacer las facturas del día [...] y trato de no estar pensando en eso, trato de abrir un libro y me pongo a leer la prensa y me pongo a leer un libro, me pongo a barrer, me pongo a trapear, cualquier cosa que se vaya rápido el día para poder llegar a mi casa cuando me llega esa obsesión. Cuando me llega el antojo hago eso y como mucho, como mucho, como mucha chatarra, muchas tortas, trato de comer ¡Vaya! Por el momento ¡Es mejor! Pero sé que también es malo porque estoy engordando, peso 96 kilos, no es mi peso... Pero cuando menos sé que está mal estar comiendo, pero por el momento está bien porque mi herida está fresca, mi recuperación no es total, es apenas un... Dios me aventó una chispa de luz de felicidad... También a un pendejo como yo no le pueden mandar la felicidad a puños porque se enferma, o sea, va a decir ya lo tengo todo, recuperé todo ¡Vamos otra vez a lo mismo! no, o sea, me la tiene que ir dando gradualmente, ten, ten, ten, porque si no, no, no puedes. Entonces yo ahorita pues es lo que hago, o sea, como, hago y deshago cócteles, yogurt lo que me pongan, nieves, como mucho dice mi esposa pero ¡Prefiero! Dice, sí me molesta que comas mucho pero prefiero que comas aquí y que llegues... o sea, el comer estoy comiendo contigo y el drogarme me voy a dar en la madre, me voy a ir otra vez al pozo, y de ahí estoy saliendo porque no he salido, no te puedo decir... No puedo escupir hacia arriba porque la escupida me va a caer en la cara, no puedo decir ya salí, estoy curado, no, porque todos se van a volver a burlar de mí y voy a sentir más feo la doble derrota...

La tentación de ingerir sustancias era percibida también por otros significativos. En particular, la pareja tenía presente la fragilidad de Nicolás frente a las drogas que contrastaba con el control y la seguridad que éste sentía en su interior. Realidades superpuestas —la de la esposa y la del mismo Nicolás— que coexistían en torno al proceso de abstinencia.

...Mi esposa me lo ha dicho, yo te veo con una cerveza en la mano y siento que se acaba todo, siento que se acaba todo [...] el otro día que me tomé una o dos cervezas, cuando me vio con la primera agachó la cabeza así con una preocupación como diciendo ¡Este cabrón! Pero no, yo llevaba una seguridad por dentro de que eran dos, y eso de traguitos de que salud, salud y se acabó, o sea, me empiezo, quiero llegar a no tomar pero ahorita me está ganando un poquito esto, pero también llevo la seguridad y la totalidad de mi mente, la total seguridad en mi mente de que no puedo beber a grandes grados...

Nicolás asumía la falta de control en la medida. Sabía que la negativa a las sustancias debía tener un carácter rotundo. Tenía miedo de probar la droga porque al comenzar no podría frenar. A diferencia del alcohol, las demás drogas no podía ni olerlas, menos probarlas. Ni siquiera estar al lado de alguien consumiendo. El antojo borboteaba impetuoso e incesante. La distancia entre él y las sustancias tenía que ser tajante.

...Yo ya no me puedo engañar con que nomás una, nomás le voy a dar una fumada, no, porque una, dos, tres, cuatro, no, se trata de que no y no y no.

En cuestión de la droga porque alcohol, no era tan alcohólico, le tengo más miedo yo a la droga que al alcohol, sinceramente, que también el alcohol es droga porque toda la droga te estimula, entonces el alcohol también te pone todo pendejo y también pierdes familia y también te lleva al caos, pero en este caso para mí, yo sí siento que me siento más seguro de que me puedo tomar una cerveza o dos porque sé que no me la voy a seguir pero de droga si no puedo decir... De droga no puedo tomar nada, no, no puedo volver a probar nada, ni a probarla, ni siquiera a olerla, no puedo, no puedo, ni estar al lado de que alguien se esté drogando, no puedo... Se me antoja, se me antoja...

Para el personaje era de suma importancia evitar los lugares donde solía realizar la intoxicación. Se sabía débil ante la invitación de los usuarios; el riesgo de abrir una obsesión que estaba “cerrando” era inminente.

Y es cuando me doy cuenta y digo no, no, no, no, y no frecuento los lugares donde yo me drogaba, no los frecuento porque es volver a lo mismo, es abrir una obsesión que yo estoy cerrando. Yo de hecho, si yo fuera mañoso, bueno, que me volví mañoso, si yo quisiera yo le sigo, a mí no me importa, pero no. Yo no quiero y como no quiero, no quiero tampoco que me abran la obsesión de estarme drogando porque al estar al lado de mí me van a dar las ganas y soy tan débil y me volví tan endeble que voy a volver a caer, voy a volver a caer si yo estoy ahí, o sea, obvio, a fuerzas, a fuerzas, o sea yo, yo estuve en la lumbre y me quemé y pues quedaron brasas y en cualquier momento un soplido y vuelve a encender la llama y voy a volver y esta vez pues no no no quiero. No quiero volver a sufrir tanto como lo que sufrí como drogadicto...

Lo que muestran las siguientes citas es una percepción distinta del tiempo, donde un ejercicio permanente de reflexión sobre el pasado, se hace necesario para mantener un presente, aunque efímero, en tanto que el futuro es incierto. El relato así mismo hace patente la dificultad de lidiar con el antojo día con día para el personaje.

Hoy no estoy viviendo en el pasado: voy a tratar de huir de él pero en forma productiva, voy a darme cuenta dónde estuvieron mis errores de mi pasado para poder vivir porque el futuro no me importa mucho, no sé si va a llegar pero por si llega, me preparo pero es que ¡Es la verdad! Es la verdad, o sea, lo que me preocupa es el presente, el futuro no mucho porque no sé si llegue... Es con lo que yo lucho, yo lucho día a día, nada más...

...Ya no le pongo, por ahorita no, quién sabe mañana, no aseguro nada mañana... ¡Quién sabe! Ya después... Pero por ahorita no...

Nicolás no sólo dudaba de lograr mantenerse en abstinencia. También vislumbraba la posibilidad de recaer en los excesos y la serie de situaciones que desencadenaba el consumo como lo explica a continuación:

...Entonces, yo la verdad siento que si pruebo otra vez alguna madre de esas ¡Caigo! Entonces yo si llego a caer, como me voy a ir bien recio...

Pero no nomás es eso, no nomás es el drogarme, si ella supiera sabes qué güey, que te drogaste, ni pedo güey ¿No? Quédate a dormir y ya, el lunes vas a trabajar... ¡No! Me vuelvo muy muy muy agresivo, el estar tirando balas y [...] empiezas y ya sacas el fierro... Entonces ella me conoce y sabe y [...] o sea, me vale madre. Entonces, te vuelvo a repetir, esos son los problemas que me ocasiona, por estar así todo lo que hago, que al otro día me arrepiento [...] y digo ¿A ver a qué hora me vienen a tocar qué desmadre hice? Ya a mi edad, tengo 33 años, creo que ya no me queda, creo que ya me veo mal parado en una esquina, dándome un toque... Si yo viera ¿Sabes qué? Me voy a dar un toquecito o me voy a tragar una pastilla, pero voy a estar tranquilo aquí, me voy a poner a hacer quehacer y ya no salgo y a hacer ejercicio y ya no me exhibo, puede ser que sí, pero como sé que no... Entonces ve contra todo lo que tengo que luchar ahora por estar bien, o sea, por no verme así, porque me caigo ¡Vaya! ¡Encontré una palabra! ¡Me caigo! Yo probando la droga ¡Me caigo! Me siento bien pero a la vez siento que me falta fuerza, o sea, me siento como en un lazo donde puedo caer...

En la experiencia de Nicolás, coexistía el gusto adquirido por las sustancias y la nostalgia por continuar con su uso, como el deseo de sobreponerse a su antojo par evitar infligir más daño a su familia. El personaje se situaba así en un trabajo de reconstrucción de sí mismo que le implicaba el “alma, corazón y huevos” como metáfora de la fortaleza que requería para lograr su propósito.

...Te soy honesto, sí me hubiera gustado seguir sabiéndome controlar porque ¡Ah! ¡Padrote! Pero ya no me puedo controlar, yo sé de antemano que sería estarme engañando todavía, o sea, sería: ‘Mira güey, quítate de mamadas ni pa’trás ni pa’delante, ni de un lado ni para otro, decídete güey, decídete ¿Vas a seguir o no? ¡No mames! Si vas a seguir de culero, mira, dile a tu esposa que se vaya y déjalos en paz, que no te estén viendo güey, que no te vean así güey, sácate a tu pinche madre o por ahí y si no ¡Échale envidia! ¡Échale huevos! ¡Alma, corazón y huevos!

En el discurso de Nicolás, la abstinencia como una etapa endeble, lo confrontaba con esa imagen fuerte y poderosa que tenía de sí mismo. En “los huevos” radicaba el poder de una masculinidad que ahora estaba a prueba frente a su propio consumo:

...Y varios me dicen ¡Te ves bien repuesto güey! ¡Bien repuesto! Y digo chido, ay la llevo, entonces me da gusto porque hay un chingo de güeyes que quieren salir y no pueden y están en las meras garras, necesitan tocar más fondo para que se den cuenta porque el querer es poder, pero unas veces ¡Te gana esa madre! Te gana, te gana y te gana. Un chingo de güeyes me dicen ‘Pásame tu receta’ y les digo sí, cómase dos huevos en la mañana, dos en la tarde y dos en la noche, a base de huevos nada más. Sí, neta, a base de huevos...

En la trama del relato, la abstinencia no significaba una meta consolidada. Lejos de ello, se exigía un permanente esfuerzo para vencer el deseo de drogarse. Advertía que la abstinencia total y permanente era un estado interno difícil de agenciar.

Yo nomás le doy gracias a Dios de que el día de hoy no me drogué ni me llevé el alcohol a la boca y de que quiero seguir luchando, nada más sí necesito un poquito más de fuerza porque vivo en todo este pedo, donde todo lo que viví sigue viviendo ahí, ya no lo hago pero sigo viviendo ahí, entonces, tengo que andarme con cuidado, con cuidado porque con la fuerza de él y... Con la fuerza mía pues solamente así yo digo que se puede y sí pero yo me cae que sí, lucho día a día, pero está cabrón.

Tras la descripción de la etapa de abstinencia en la que se encontraba, Nicolás, a propósito de sus 21 tatuajes, planteó una serie de temas como la libertad, la normatividad, la identidad, la pertenencia social, la memoria, la capacidad expresiva. En su relato, el cuerpo apareció como el punto donde convergen estas experiencias; el cuerpo que se “come el mundo de un solo bocado”, como el medio, el fin y el representante de cada paso que ha transcurrido en su vida.

...Yo casi traigo puros de la naturaleza, traigo pavorrales, indias, me gusta mucho todo eso. Me iba yo a acampar [...] ahora sí que atizando café y sí, no me importaba, era libre, quería ser libre por dentro. Yo no sé si te pueda hacer una pregunta ¿Si puedo? E: No te detengas en plantear... N: ¿Sientes que eres totalmente libre? Porque yo siento que bueno, yo no creo que la libertad sea plena, y te voy a decir por qué... Uno aparentemente está libre aquí pero ¡No! Para salir del país necesitas una visa, un pasaporte; para ir en tu carro y salir de tu estado necesitas pagar una cuota o sea, no eres libre, libre no eres. Rigen reglas [...] para mí yo no soy libre, disfruto de la poca libertad que tengo, entonces me gusta todo ese tipo de tatuajes, me gustan mucho, traigo pájaros, dragones, me gustan mucho.... Son 21... Es una forma de expresar mi libertad. En mis tiempos... No sé si recuerdes que los que traían tatuajes nomás eran los que habían estado en la cárcel. Todos los que estaban marcados ¡Si no eres la rata, eres vicioso! El pedo es que ¡Tú no eres normal güey! Hoy los tatuajes se los hace quien quiera y antes no. En mí venían vinculados con la vida en la cárcel y las dos actividades, o sea, el estarnos, vamos a hacernos un tatuaje, estarme drogando y estármelo haciendo, vienen vinculados en mí. Hoy veo que los chavos, hay muchos y bien tatuados pero no se drogan ni nada, nomás están bien pintados, pero sí te alcanzas a dar cuenta de cuando es en estudio y cuando es canero o de la calle [...]. Cuando menos yo sí los alcanzo a identificar, pero en mí venían vinculados todas esas ondas. Entonces son marcas que dicen ¡Ya ves güey, que no todo era bueno! Que a lo mejor tuviste la oportunidad de poderla cotorrear bien ¡Pero no quisiste güey! Vamos, me quise tragar el mundo así de un pinche solo bocado, no la cotorree como debió de haber sido, eso yo pienso. Ahora me toca vivir así, digo, he vivido un chingo de circunstancias de mi vida, la he vivido, digo ¡Putá madre! En cuestión de dinero, abajo, arriba, en cuestión moral, abajo, arriba, o sea, en todos los aspectos la he vivido de una forma u otra, hoy me está tocando así ¡Ya no se la haga de pedo, güey, decídase güey! ¡Si va a seguir siendo culero, o sea, andar de lacra güey, ábrase güey, ya no le de más molestias a su familia ni a su mujer! Así.

6.2.8. Epílogo

En la primera secuencia del relato, el personaje desplegó un argumento bajo la metáfora de “una inyección de pus” como “la raíz” que subyace a su historia con el uso de drogas; esto es, una demanda insatisfecha de la vida familiar al haber crecido sin sus padres y con ello una percepción generalizada de soledad y abandono a las que atribuyó haberse drogado. Sin embargo, a ello también hay que añadir que no sólo Nicolás pertenecía a una familia donde los varones solían utilizar sustancias psicoactivas, sino también, que el consumo de drogas era una práctica que tenía grado elevado de aceptabilidad social entre la gente del barrio donde creció, incluso era parte de algunas relaciones familiares y comunitarias.

En este contexto, resaltó el primer encuentro con la marihuana como un acontecimiento que no fue motivo de un interés intrínseco por el objeto mismo de la droga. La relación que estableció con éstas, apareció en primera instancia, asociada a la falta de normas y valores que atribuyó al hecho de haber crecido sin la orientación de sus padres; relación que se agudizó con el resquebrajamiento de la imagen añorada de éstos al descubrir que también utilizaron sustancias. Registro subjetivo que generó la imagen de un cuerpo “envenenado”, “lleno de pus”, “enfermo del alma”, que vinculó con la separación de sus padres y por ende, con su ausencia en la vida de Nicolás.

De este modo, el personaje reconstruyó el principio de una trayectoria con las drogas que desembocó en el asunto central de su historia. El inicio de la experiencia comenzó así como un ejercicio compensatorio del dolor que le provocaban los recuerdos de una infancia vivida en soledad. La ingesta, particularmente de cemento, fue gratificante en la medida en que le proporcionaba ciertas fantasías de sí al lado de sus padres. No obstante, para lograr esos efectos, el personaje transitó por una serie de experiencias que al principio fueron connotadas como un conjunto de impresiones difíciles de interpretar. La descripción de las sensaciones se planteó en términos de ambigüedad y extrañeza ante lo vivido. La fabulación de la experiencia corporal bajo los efectos de las drogas se entretejió con un tono dramático cuyas entrañas localizó en las carencias emocionales vinculadas con la familia.

A pesar de que la demanda del personaje giraba en torno a la orientación y normas familiares, la historia dejó ver un proceso de relajamiento en los lazos que lo unían a una normatividad social y familiar implícita. En la medida en que se involucró con el uso de drogas, se incorporó también a otras prácticas como las riñas de la calle, cuyas

disputas tenían lugar por cuestiones de territorialidad y jerarquía y un efecto de desahogo emocional para el personaje.

Subjetividad que se situó al margen de aquellos que contaban con una vida familiar armónica, que suscitó modos de resistencia para ajustarse a las reglas de la sociedad y la disposición para emprender una serie de prácticas de consumo cada vez más intensas de diversidad de sustancias; así como involucrarse en situaciones de violencia en los espacios públicos como formas de manifestar su frustración.

Al contar la historia de cómo adquirió el hábito de consumo, fue posible identificar una disposición a continuar experimentando con el cuerpo una vez que las sensaciones provocadas por las sustancias adquirieron sentido. Conforme diversificó el tipo de sustancias e incrementó la frecuencia de la ingestión, el personaje se fue apropiando de un particular lenguaje para nombrar los efectos de las sustancias: subirse, bajarse, sentir el avionazo, sentir cómo pegan las sustancias, sentir el madrazote, identificar el bajón, prenderse, viajar, sentirse chido, activado, clavarse, sufrir el mal del pollito. Mientras que el comienzo de la experiencia había tenido un carácter desprovisto de significado, gradualmente fue descrito como una práctica que ante todo le proporcionaba placer.

En el relato, la experiencia con el uso de drogas fue significada como un acontecimiento que marcó un antes y un después en la historia del personaje: una vez que conoció las sensaciones experimentadas con las sustancias, no encontró modo de borrar la experiencia. Se había gestado un proceso de apropiación subjetiva de la corporalidad a partir de la percepción de estados anímicos diferenciados de cuando no usaba sustancias.

Con base en el consumo, los acontecimientos se desarrollaron en torno a esta experiencia que una vez conocida, marcó un registro irrevocable en la configuración subjetiva/corporal. La trayectoria narrada, en el segundo episodio, se concentra así en las nuevas formas de relación que estableció con el cuerpo a través de un mayor conocimiento que adquirió de las sustancias. El personaje construyó su historia a partir del modo en que excedió los límites de su propio cuerpo. La trama entreteje los episodios de sobredosis, despliega los conocimientos que ha adquirido sobre las sustancias, el aprendizaje de nuevas estrategias de administración, la identificación de los momentos climáticos durante el consumo, el grado de accesibilidad que rodea a las drogas en su contexto, el lenguaje para referirse a ellas, a sus modos de preparación, de presentación y de reconocimiento de sus efectos; el manejo de los

procesos de abstinencia, la incorporación de un gradiente en la vivencia con la administración de nuevas sustancias, y en general, del procedimiento técnico para operar su propio cuerpo como reflejo de la sofisticación que había adquirido su experiencia.

En adelante, el relato se centró en los procesos del adentro identificados como relajación, risa, irritación en los ojos, resequedad en la boca, cambios en el volumen de voz, en el tono del habla, aletargamiento, energía, sensación de anestesia, hambre, sudoración, mareos, alteración generalizada, tranquilidad, sensación de rejuvenecimiento, apaciguamiento, alucinaciones, delirios, degustación de sabores, dolor, reconocimiento de olores, modificaciones intempestivas en el estado de ánimo, cambios en la orina, en el ciclo sueño-vigilia, en el habla, en los estados de alerta, percepción de los sonidos del corazón, sensaciones paranoicas, antojo, estimulación, sensación de rigidez en la mandíbula, curiosidad. Tras la ubicación de estas sensaciones, las venas, la lengua, los ojos, la boca, la nariz, el corazón, el cerebro, las mandíbulas, la sangre, el hígado y los oídos, emergieron como partes del cuerpo identificables en la experiencia del consumo en relación con la percepción generalizada del cuerpo.

En este episodio fue plausible identificar un imaginario del cuerpo humano y sus reacciones de acuerdo con el tipo de sustancia utilizada pero sobre todo, observar que mientras más experiencia con las drogas hay, mayor relato de ellas que sin su consumo no sería posible.

Con la repetición de la experiencia, el personaje transitó por un proceso paulatino de apropiación subjetiva de la corporalidad. El uso de drogas se convirtió en un particular modo de operar sobre sí mismo, donde el cuerpo constituyó el objeto de intervención de sí mismo. Deseo de llevar al cuerpo más allá de lo vivido. "Necesidad por sentir otras sensaciones" que impulsaba la aceptación de cualquier tipo de consumo. Episodio centrado en el conocimiento de las drogas, sus métodos y sus efectos, como en el cuerpo, sus reacciones y sus partes. En este momento, el consumo de drogas se convirtió en el objetivo principal de la acción del personaje, el consumo *per se*, la necesidad de alterar el propio cuerpo que define al usuario de drogas, lugar en el que se asumió Nicolás.

El tercer episodio remitió a la pérdida de control sobre el uso de sustancias. Una vez que las drogas se incorporaron en la cotidianeidad, hicieron sedimento en la subjetividad y la memoria se arraigó en las sensaciones corporales; la percepción de

la experiencia giró en torno a un deseo por la droga que comenzó a regir la vida y a hacer ingobernable la relación del sujeto consigo mismo.

En el recuento de acontecimientos, arribó la idea de la ausencia de límites para sí que lo llevó a buscar algún efecto en cualquier tipo de sustancia y a explorar cada vez más combinaciones. El placer y los alcances analgésicos de las drogas habían sido rebasados, la vida se desarrolló alrededor de la búsqueda de sensaciones, cualesquiera que éstas fueran a través del uso de sustancias.

La sucesión de las acciones se ordenaron en torno a la lógica de la dependencia. El tiempo de la adicción llenó el espacio narrativo; dejó de ser una elección y una práctica controlada, invirtiendo la relación de dominio entre el sujeto y las sustancias. La ingesta adquirió un carácter incierto, donde la noción del tiempo, del espacio y de los otros se desvanecía bajo el efecto de la intoxicación.

En este episodio era posible ver ya un alejamiento cada vez más marcado de la normatividad sociolegal en la medida en que el núcleo narrativo lo ocupaba la preocupación del personaje por saciar su deseo de la droga. El placer alcanzado con las sustancias había sido desplazado por la imperiosa necesidad de satisfacer la abstinencia, cuya construcción se desplegó en términos de un lenguaje de sensaciones más que de un discurso racional de la experiencia. El cuerpo ocupó el lugar protagónico de la historia, en la medida en que hay un exceso de cuerpo que se tiene que colmar a cualquier precio.

En la cuarta secuencia, la pérdida del control sobre el consumo de drogas conlleva la percepción de la pérdida de control de sí. El efecto de las sustancias comienza produciendo un efecto de transformación en el que Nicolás se convierte en un ser agresivo, sin límites ni sentimientos tras adquirir un carácter violento e incontrolable.

Transformación que se concentra en el crecimiento de los testículos bajo el efecto de las sustancias y que permite la exacerbación de su rebeldía, agresividad, potencia, fuerza y ejercicio de su voluntad. Signos de una masculinidad posicionada en un engranaje de relaciones de género y sus vínculos con el simbolismo del cuerpo.

La fabulación del relato creó la imagen de un cuerpo transformado por el efecto de las drogas y de las drogas transformadas en un monstruo al que se teme. Las drogas revierten el efecto de ser consumidas y consumen al sujeto. Posición subjetiva en la que al tiempo que el sujeto absorbe, es absorbido, come y es comido. Simbiosis del

sujeto y las sustancias; al tiempo que las drogas tienen un efecto de “ceguera” que nubla la conciencia y que justifica un carácter irracional.

Si bien el desvanecimiento de las normas fue paulatino, comenzó a perfilarse una historia de transgresiones que giraría en torno a un vaivén entre límites y prohibiciones que aprendió en el transcurso de la experiencia con el uso de drogas y que se nutría de la fama que adquiriría el personaje. En el relato, la disposición a tener cada vez mayor contacto experiencial con las drogas, se vinculó con el alejamiento a la normatividad establecida, la integración y el liderazgo entre pares desviantes así como actos delictivos referentes a robos y venta de estupefacientes.

Emergió el uso de drogas en conexión con una serie de transgresiones hacia la normatividad social y jurídica que además de complicar la historia del sujeto en su expresión narrativa, también conformó elementos que introdujeron a la trama una dimensión dramática.

Imagen de un cuerpo que al tiempo que se llenaba de fama, se llenaba de ira. El narrador que cuenta la historia se presenta como un experto de la vida del personaje, quien ha dejado de ser dueño de sus actos y sus sentimientos. No hay razón y tampoco hay normatividad posible. El sujeto ha establecido una relación de ruptura con la normatividad en general y el cuidado de sí mismo en particular. No sólo comienza el deterioro físico, adviene una mayor desconexión con los lazos familiares, laborales, institucionales y personales.

El régimen de la gula guía la transgresión de las normas: Nicolás comete robos en las calles y a sus familiares, vende drogas, falsifica recetas médicas, comete asaltos con violencia, porta armas, es encerrado en el reclusorio, duerme en terrenos baldíos, falta a su casa, consume sustancias con mayor intensidad, pierde la conciencia con las drogas y deja de comer y tener hábitos de cuidado e higiene. La subjetividad es cada vez más golpeada como efecto de las fuerzas sociales que han sido agitadas en contra del personaje, quien se configura violento, agresivo, lleno de rencores y con mayor rechazo y alejamiento a las redes de apoyo convencionales y sus sistemas normativos de convivencia y control del comportamiento individual.

El episodio se caracteriza así por una escalada de sanción-transgresión-sanción donde el personaje se había posicionado en un lugar marginado y desviado. De este modo, el cumplimiento de una condena no significaba sino la continuación de su trayectoria delictiva. Al tiempo que la ruptura con las normas sociales se hacía más evidente, Nicolás se alejaba cada vez más de sus redes de apoyo familiares e

institucionales. Acusaba una “ceguera” que le impedía ver con sus propios ojos lo que otros señalaban como la necesidad de ayuda.

La mirada es aludida como una forma de conciencia. Los ojos aparecen como el régimen corporal que determina la experiencia del sujeto. La observación tanto en la prisión como en la calle era de singular importancia: tenía que cuidar, vigilar, observar cada paso que daba para poder continuar con su consumo y sus estrategias de sobrevivencia.

En la prisión por su parte, la subjetividad no fue mayormente alterada, el daño y la soledad que podría haber alcanzado ya la conocía desde tiempo atrás. Tras asumirse como “drogadicto” el personaje asume también que no puede llevar una vida convencional. El matrimonio, la paternidad, el trabajo, la familia, exigen reglas que como usuario de drogas, no puede aceptar.

El tiempo apareció en una línea circular, eternidad en la que el personaje una vez que ha ganado fama y cierto reconocimiento por su carácter protagónico de transgresiones, comete más y así tiende a repetir la misma historia.

La “ceguera” como régimen corporal que media la subjetividad del personaje aparece nuevamente en la quinta secuencia narrativa donde describe un impedimento para “ver”, para ubicar su dependencia a las sustancias y la serie de delitos y faltas cometidas hacia sí mismo y los otros. Sin embargo, el acontecimiento del embarazo como punto de inflexión de la historia, cambia la dirección del relato a través de una evaluación de los costos de las transgresiones del personaje. El deterioro del propio cuerpo, la decadencia moral, el detrimento de sus relaciones familiares, sociales y laborales y el temor a heredar a su futuro hijo la sangre contaminada por el uso de drogas, aparecieron como los saldos de su historia de transgresiones; cuyos costos más altos los constituirían la pérdida del alma y un cuerpo atrofiado.

El cuerpo se convirtió así en objeto de atención por el desgaste y los daños físicos generados por las drogas. El temor a heredar “sangre contaminada” y procrear un cuerpo deforme debido a su trayectoria de intoxicación, modificó la percepción de Nicolás en cuanto a su adicción. La conciencia del cuerpo determinó la interpretación de la realidad e impulsó un reposicionamiento del personaje frente a su obra y frente a su decir.

La indiferencia ante la trasgresión del cuerpo y sus límites, cedió el paso a la posibilidad de una resignificación de la experiencia, al tiempo que asumió su

dependencia a las sustancias y comenzó a buscar un régimen de regulación de su consumo. En esta transición subjetiva, el dispositivo institucional disparó en Nicolás el reconocimiento de sí como un sujeto adicto necesitado de ayuda para superar su “enfermedad”. La imagen de un sujeto invencible, fuerte y dominante se desvaneció. Recuperó la vista como una forma de conciencia. Su propia historia dejó de ser explicada por los otros y comenzó siendo atribuida al propio comportamiento.

Con la adopción de un sistema de principios vinculados a la aceptación del daño inflingido a los otros, y el apego a los principios y valores espirituales de la institución *Alcohólicos Anónimos*, Nicolás comenzó un proceso de integración a una normatividad que aunque gravitaba en la experiencia, había sido percibida como ausente cuando fue un niño; más tarde, relajada cuando comenzó el uso de drogas, negada cuando se convirtió en abuso, y rota en el momento en que delinquiró y quebrantó sin control los lazos consigo mismo, con los otros y las instituciones sociales.

Es el tema de la relación del sujeto con los límites y las normas sociales y en particular, la relación del sujeto consigo mismo mediada por esta normatividad, el hilo conductor del relato; donde el cuerpo apareció como el único territorio sobre el que el sujeto tiene poder y pertenencia, escenario y expresión del dominio o la anarquía de sí consigo mismo.

La búsqueda de normatividad para regir la vida apareció como un proceso de subjetivación impulsado por los procesos sociales que excluyeron, marginaron y orillaron a Nicolás al intento de suicidio y a la vivencia del abuso de drogas. El relato presentó una trayectoria en la que el personaje creció en un ambiente cada vez más laxo respecto a las normas, transitó por esta normatividad transgrediéndolas para finalmente buscar una normatividad que regulara la forma de gobernar la corporalidad-subjetividad mediante el apego a sus deberes matrimoniales, paternales, laborales y sociales. Pero sobre todo, con respecto a controlar el deseo por la droga. El propósito último de esta búsqueda fue canalizado hacia la apropiación y el gobierno de la corporalidad mediante la razón y la voluntad que operarán sobre el propio cuerpo para dominar sus apetitos relacionados con el uso de sustancias.

En este núcleo narrativo, la boca apareció como un régimen del comportamiento, la cual habría de cerrar para no ingerir más sustancias. De aprender a cerrar la boca dependía la reconstrucción de la relación consigo mismo y con los otros significativos. Al recuperar la conciencia sobre el propio comportamiento y adoptar una forma de vida apegada a los valores familiares y sociales, Nicolás llegó a una serie de

conjeturas sobre su experiencia y el modo en que ésta podía ser distinta sin los efectos de las sustancias. Los sentimientos de culpa y dolor por su pasado empujaron al personaje a vislumbrar un futuro de reconstrucción de sus relaciones basado en la abstinencia a las sustancias como única forma de lograrlo.

En el relato, más allá de los efectos fisiológicos, el consumo de drogas tiene otro tipo de efectos: produce ceguera en la conciencia, transforma el carácter, exagera un tipo de masculinidad, contamina y envenena el alma. Sus efectos simbólicos son dignos de tratar porque tienen implicaciones psicológicas y sociales.

En la sexta secuencia el tiempo del relato dejó de correr con el tiempo de la adicción y el personaje comenzó de manera lenta y paulatina a restituir sus relaciones y el reconocimiento social frente a otros. Para ello, desplegó una serie de estrategias para evocar los costos de su historia de excesos y desacatos como formas de frenar el antojo por las sustancias ilegales.

A la máscara de la abstinencia subyacía el torrente de “ansias” por consumir que se desbordaba por otros conductos. El exceso en la ingesta de comida colmaba por momentos fugaces la inquietud y la perturbación por consumir. Nació de este esfuerzo la táctica de la sustitución de la ingesta de drogas por comida. Nicolás aún no encontraba la medida, aún no conocía sus propios límites; el intercambio de droga por sustancias “aceptables” era bien recibido por la esposa pero no mostraba signos de “curación”.

En el relato Nicolás se tomó a sí mismo como obra a realizar cuya base sería la producción de una subjetividad y una moral fundamentada en la abstinencia de los apetitos del cuerpo. Su pensar estaba centrado en sí mismo. Desintoxicar el cuerpo implicaba desintoxicar el alma. Un doble trabajo de reconstrucción de sí. La meta era lograr más allá de la abstinencia a las drogas, el convencimiento moral en su conciencia de no desear más practicar la intoxicación como símbolo de un genuino cambio en su persona que se notara en su exterior.

En el último núcleo narrativo, los otros significativos, específicamente la esposa y su hijo juegan un papel crucial con respecto al consumo de Nicolás. La vivencia de la estigmatización, la marginación y el rechazo social funcionan también como controles sociales del consumo de drogas del personaje. Así mismo, el despliegue de una serie de estrategias para cuidar ya no su consumo, sino su deseo por las sustancias. Mientras que el personaje huye del pasado e intenta controlar el presente, se vive ante

un futuro incierto, pues se presenta como alguien en pleno proceso de abstinencia y en riesgo de una recaída.

El personaje se sitúa en la ambigüedad, la ambivalencia y la incertidumbre frente a la abstinencia total y permanente que aparece como un arma de doble filo, cuyos extremos son una vida convencional y sin drogas, o una vida dedicada a la intoxicación vivida en la marginalidad.

El argumento del personaje desplegado en el relato fue una forma de convencerse a sí mismo para alejarse de las sustancias y sobreponerse al deseo de la droga. Hacerse guiar por una serie de valores sociales como la única alternativa que lo llevará a sanar los sentimientos de culpa por el daño inflingido a los demás y a él mismo. El relato fue dirigido a un público con el afán de reafirmar lo que Nicolás se estaba diciendo a sí mismo. En última instancia, el relato se dirige a un público interno como parte de los propios mecanismos de autocontrol.

6.3. Pablo

De Pablo, un hombre de 41 años de edad, de tez morena, complexión delgada y estatura alta, resaltó su aspecto pulcro, su cuidado en el peinado y su rostro finamente rasurado. Con escasa expresividad, habló de manera pausada y muy clara. Su tono de voz fue cálido, amable y su gestualidad discreta y acotada. Aunque mostró cierto nerviosismo al inicio de la entrevista, en el transcurso de la conversación éste se disipó.

Pablo vivía con su esposa en una casa alquilada en las inmediaciones de la ciudad y no tenía hijos. Alcanzó un nivel de estudios inconcluso de secundaria y desempeñaba su ocupación laboral como conductor de un vehículo de refrigeración de cárnicos.

Su experiencia con el uso de drogas se remonta a los ocho años, edad en la que comenzó a experimentar con tabaco y marihuana. Desde su adolescencia consumió alcohol, marihuana, cemento, *poppers*, peyote y una variedad de pastillas de uso médico que utilizó para fines tóxicos durante aproximadamente 25 años. En el tiempo de consumo cambió la frecuencia, la dosis y el tipo de sustancias; transitó también por varias crisis de sobredosis. Después de algunos intentos de mantener la abstinencia, logró consumir únicamente alcohol de forma ocasional, aunque esporádicamente sentía antojo de inhalar cemento. Al momento de la entrevista, Pablo se encontraba asistiendo con relativa constancia a un grupo de Al-Anon³.

La descripción de la vida familiar constituyó el núcleo sobre el que Pablo erigió su relato, donde su lugar como personaje quedó significado como un hombre cuya infancia marcó su destino. Entre sus recuerdos se condensaron sentimientos de temor y desasosiego. Desde niño se sintió impedido de satisfacer “necesidades emocionales profundas”. Su percepción es que los incidentes por los que ha transitado se imprimieron en su persona signándolo con un hondo sentimiento de tristeza, estancaron su auto-estimación e impactaron su existencia.

El análisis de los indicios permitió entrever algunas condiciones de vida de una familia numerosa, urbana, de escasos recursos económicos y típica por el número de integrantes que conformaban las familias de aquella época. El grupo estaba compuesto por una pareja con doce hijos, entre quienes Pablo ocupó el octavo lugar. Las memorias del personaje refirieron con insistencia el alcoholismo de su padre,

³ *Al-Anon* es una comunidad no profesional cuyo objetivo es brindar apoyo a los familiares y amigos de personas con problemas de alcoholismo con base en un programa de autoayuda basado en los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos (AA).

quien fue aludido por su escasa o nula participación afectiva, moral y económica. Con la madre en cambio, advirtió una relación de mayor intensidad pero antagonista. La imagen materna apareció como una figura autoritaria, investida de incapacidad para brindarle expresiones de amor, atenciones y cuidados. Aunque el personaje percibió abandono familiar, particularmente lo atribuía a su madre, quizás sin considerar que ésta tenía doce hijos y una pareja con alcoholismo. Junto a esta percepción coexistía el sabor a maltrato y las carencias económicas y materiales que impactaron al grupo familiar y en especial a Pablo.

De la familia en su conjunto, manifestó con vehemencia una atmósfera relacional violenta permanente y cotidiana. Ante esta dinámica, la posición de Pablo era la de un sujeto pasivo, lleno de temor. Siendo niño presenció escenas sangrientas derivadas de los golpes entre sus hermanos a la vez que era depositario del “malhumor” que les caracterizaba. El ambiente de opresión descrito puso de manifiesto una subjetividad sometida al abuso verbal, moral y físico del personaje, elementos que aparecieron con persistencia en el relato desde su infancia hasta su edad adulta. Un carácter que se formó sin la orientación familiar y que creció con un raudal de carencias afectivas: ausencia de consejos, atenciones, hábitos y cuidados. Un sujeto que no conoció relaciones saludables en su entorno: ni con su familia, ni con sus amigos, ni con sus maestros, lo cual, desde su perspectiva, contribuyó a que padeciera de ignorancia y desconocimiento. El narrador trazó la historia de un sujeto descuidado por sí mismo como una extensión y reflejo del abandono familiar y social.

Los acontecimientos descritos formaron un carácter preso de inseguridad y desconfianza según lo refirió el personaje. La imagen que proyectó fue la de un hombre incapacitado para sobreponerse a los problemas, cuyas cualidades y recursos personales se vieron opacados por las condiciones de violencia que lo rodearon. La pertenencia a una familia que lejos de ser proveedora emocional, lo humillaba constantemente, fueron factores que le empujaron a pasar la mayor parte del tiempo en las calles.

Los espacios públicos le abrigaron con el manto de las relaciones que estableció con los amigos y que fueron connotadas como “las alegrías de la infancia”. El narrador numeró una serie de acontecimientos que sumergieron al personaje en la tristeza y que se sumaron a la que era ya de por sí una lastimada existencia. Esta capacidad para experimentar el dolor lo configuró también como un personaje sensible al ser uno de los principales aspectos de su carácter; al tiempo que se describió como un sujeto

al que le era inherente el sentido del humor y una actitud contemplativa, características que le favorecieron para entablar relaciones sociales en las calles.

A decir del personaje, este modo de ser no se vio disminuido por los conflictos que vivía en casa. Fuera de ella se mostraba de manera extrovertida y sociable. Incluso con desinhibición abrazaba a sus amigos aunque con las mujeres experimentaba timidez para establecer contacto corporal. La sensibilidad y emotividad que lo caracterizaba, le permitía disfrutar y dejarse sorprender por los estímulos que encontraba en la calle. El grupo de amistades, la música, la moda que vestían los jóvenes y el uso de drogas le hacían sentir seducido. A ellos se dedicaba porque no estudiaba ni trabajaba; tiempo en el que extendió el consumo de alcohol hacia la marihuana, los inhalantes y las pastillas entre otras sustancias, por razones de “curiosidad” y para formar parte del grupo de “aquellos a quienes tanto admiraba”.

El consumo de drogas comenzó siendo una fuente de gratificaciones que derivó paulatinamente en periodos de crisis. Sin ser consciente de ello, de un momento a otro Pablo se transformó a la par de su consumo. Utilizó una variedad de sustancias sin medida ya no para incrementar un estado de alegría sino para recuperarlo. De forma gradual perdió el placer que le proporcionaban las sustancias y la atmósfera social en la que consumía. Con las drogas experimentó una disminución en su sufrimiento aunque no lograba apaciguarlo del todo.

El consumo de drogas había sido parte del entorno en el que creció; sin embargo, el ambiente social estaba lleno de censuras y estigmatización hacia los usuarios: esta práctica se encontraba rodeada de prejuicios, mitos y exclusión. En este contexto, Pablo se cuidaba de no ser visto. Sentía temor y angustia de que al ser descubierto fuera golpeado por sus hermanos y señalado por su comunidad. Junto con la vergüenza por pertenecer a una familia que vivía con limitaciones y carecía de recursos económicos suficientes, el uso de cemento en particular, le hacía sentir en un punto de marginación que le generaba un intolerable sentimiento de tristeza y vulnerabilidad. Vivía avergonzado de su consumo y de su condición social.

La identidad que hasta ese momento había sido desplegada en el relato como un modo de existencia en el que predominaba la sensibilidad, entró en un periodo de transición en el que sus cualidades se vieron atenuadas no sólo por “los estragos del uso de sustancias”, sino por la experimentación de sentimientos de soledad y dolor que no podía identificar pero que disminuía a través de la intoxicación.

Su pasado fue referido como una etapa en la que era más fácil adjudicar a los otros sus sentimientos que asumir su propia responsabilidad. No haber tenido contacto con sus emociones representó para Pablo un peso que no había dejado de cargar. Con el tiempo se reconoció como un sujeto que no tenía conciencia de su vida emocional aunque paradójicamente, estaba sumida en ella. En ese estado, sintió el deseo de morir. Vivió con un excedente de dolor del que se sentía no haber sido consciente, consumía en altas dosis y transitó por periodos de sobredosis. De ubicarse como un ser extrovertido, transitó a aislarse del contacto humano. Se experimentaba con una sensación de "rareza" y se sentía atacado por sus propias ideas. Aunque cada vez se percibía más solo, optó por privarse de los amigos y de las sustancias.

Así, trazó un episodio en su vida de privación y abstinencia después de una crisis de sobredosis que lo confrontó una vez más con su soledad. La atmósfera emocional reapareció atestada de carencias afectivas, escaso o nulo apoyo por parte de sus familiares y amigos, situándose en una posición de desamparo y desasosiego. No obstante, Pablo adjudicó el cese del consumo de drogas al aislamiento de sus amigos usuarios.

Al resignificar su experiencia, el personaje hilvanó una imagen de sí degradante: se drogó para no enfrentar su melancolía y sus conflictos. Desde su perspectiva, haber abandonado la escuela lo invadió de una sensación de inutilidad; mientras que el consumo de drogas representó una forma de llegar a perder el gusto por la vida y el valor y el respeto por sí mismo; al tiempo que constituyó una forma de sobrellevar una situación que de otro modo no hubiera sido posible hacerlo.

En la construcción de la historia reflejó también un reposicionamiento subjetivo expresado en términos de asumirse como un hombre que aprendió de las experiencias. Con el cese del consumo de drogas y el alejamiento de las personas con quienes solía utilizarlas, resurgió un personaje que se valoró a sí mismo, que cuidó su salud y su cuerpo y que aprendió a expresar sus afectos. La mirada retrospectiva de sí dividió el tiempo en un pasado en el que no pudo ser consciente de sus sentimientos y un presente en el que, aunque le generaba dolor, comenzó a tener contacto con ellos. De haberse sentido como un sujeto desadaptado, se convirtió en un hombre capaz de integrarse a un círculo de amistades marcadamente diferente al de su adolescencia y juventud, lo cual le hacía sentirse orgulloso. En contraste con los usuarios de drogas, adquirió la capacidad de hacer una detallada descripción de su estado emocional, de identificar y nombrar sus sentimientos; así como también generó redes de apoyo como

el grupo de Al-Anon y otros amigos que jamás habían sido usuarios de drogas, lo cual le significó un gran logro.

En el presente y en su futuro se describió con capacidad para mantener el control de su consumo y asumir la responsabilidad de sus obligaciones. Los incentivos de su vida cambiaron: se interesó por sentir fe y ayudar a los otros. Pablo revistió así al personaje de un aura reflexiva a pesar de presentarse como una persona que aún “cargaba con defectos de carácter” que se formaron en su niñez y que se empeñaron en producirle desconsuelo y temor. Aunque hizo un bosquejo de sí mismo como víctima de la incompreensión de los otros, se situó en un proceso de cambio: mostró interés en aumentar su salud y en encontrar la manera de superar sus problemas. De ahí que tenía el proyecto de consultar “profesionales de la salud” y luchar por vencer sus resistencias para asistir con regularidad a las sesiones de Al- Anon.

Ubicado en pleno proceso de reconstrucción de sí mismo, Pablo expresó una negativa a tener hijos para no reproducir en ellos la historia que llevaba a cuestas. El control de su paternidad apareció como el reflejo y la reafirmación del control de sí percibido. En la medida en que se consideró aún como un hombre con carencias, inestable, inconforme y angustiado; la paternidad era un asunto con el cual deseaba no comprometerse; aún cuando estaba consciente de arriesgar su matrimonio por la diferencia de intereses. Pablo narró la historia de un personaje que se percibía en transición pero con una clara perspectiva de lo que quería incluir y no, en adelante.

Así, son ocho núcleos narrativos los que articulados, dibujaron la trayectoria de la relación que Pablo estableció con las drogas y el contexto que le dio sentido a su experiencia. Comienzan por la configuración del personaje como un sujeto triste y desamparado tras el recuerdo de una amarga infancia vivida en la casa; para mostrar el contraste con las satisfacciones, regocijo y esparcimiento, que le proporcionaba el ambiente de la calle y los amigos. Posteriormente, el relato se centra en la experiencia del consumo de sustancias con la revelación y el asombro ante el propio cuerpo bajo sus efectos, la presión social para mantener oculto su consumo, la vivencia del exceso y la sensación de una corporalidad entumecida, la pérdida de una experiencia de valor sobre sí mismo, el deterioro del cuerpo como evidencia de los estragos del consumo de drogas y el planteamiento resolutivo de controlar el propio cuerpo como una forma de sanar las heridas que se imprimieron desde que fue un niño.

6.3.1. Heridas de un cuerpo infantil

El primer episodio se entretejió de los motivos que justificaron el curso de la historia y dieron forma a la experiencia. Dos grandes acontecimientos fueron los que el personaje reconstruyó alrededor de su vida familiar. A ellos atribuyó el moldeamiento de un modo de ser y el rumbo que tomó su destino. Aunque ambos formaron parte de la ignominia del maltrato, sus tácticas pueden diferenciarse. Uno apareció en torno a la violencia física: mortificaciones y castigos corporales como gritos, golpes y encierro. El otro, remitió a la desprotección y el descuido de los que se sintió objeto y que derivaron en la sensación de ser y tener un cuerpo indisciplinado, sin hábitos ni rutina alguna de alimentación, higiene y atenciones personales. Un niño que aprendió a explorar su mundo sin orientación ni guía sobre “lo bueno y lo malo”, “lo correcto y lo incorrecto”, “lo que debía o no ingerir”.

En este pasaje, tanto “la casa” como representante de la vida familiar, como el propio cuerpo, fueron significados como espacios inseguros y desagradables para “estar”. El relato subrayó la vivencia de un cuerpo infantil mortificado, indefenso y abandonado. La imagen de “llenarse de pánico” ante la violencia, mostró una corporalidad como receptáculo de distintas formas de maltrato y olvido que se prolongaron a otros tiempos y se extendieron a otros escenarios: ya fuera humillado, golpeado y exhibido; ya tuviera que in-visualizarse para no ser lastimado. Ya reprodujera el descuido hacia sí mismo y más tarde, ya tuviera que asumir el silencio para “evitar” seguir siendo violentado.

6.3.2. Escuchar, contemplar, acercarse, oler y tocar

Ante la atmósfera familiar violenta, Pablo optaba por salir de casa y pasar prolongados periodos en la calle. “Ambiente” que sobresalió en el relato como instancia socializadora del cuerpo, donde operó un cálculo de los mensajes corporales que exaltaba los sentidos, produciendo un estado de fascinación como lo muestra el siguiente fragmento:

...Recuerdo que me la pasaba las horas contemplando todo lo que ellos decían y de todo lo que comentaban. Todo lo que hacían, para mí era una fascinación. Incluso recuerdo el olor a tabaco de la mezclilla. Sí, yo solía... Como siempre fui bien amiguero... A mí me gustaba tocarlos mucho, solía abrazarlos, cuando estaba muy cerca de ellos alcanzaba a percibir el olor a tabaco de la ropa ¡Claro! Me gustaba mucho cómo vestían y... Eso para mí era mucho muy atractivo... El olor de la mezclilla, sino a tabaco, el *Pachulli*, que era un perfume muy, muy de moda, en aquellos años. Me gustaba mucho el olor de ese perfume...

De su círculo de amigos aprendió el lenguaje y las formas de convivir. Creció habituado a los olores del tabaco y la marihuana y a los ritos cotidianos para beber alcohol o usar otro tipo de drogas. La cercanía corporal suscitó un estado emocional arraigado en los aromas del tabaco, la marihuana y el perfume impregnado en las prendas de los amigos. La imitación de los movimientos del cigarro y la adopción de los gestos de aquellos “a quienes tanto admiraba”, generaron un sentido de pertenencia e identificación con el grupo de usuarios de drogas; donde la práctica de intoxicarse fue connotada con un efecto de “naturalización” por haber estado presente desde muy temprano en su vida.

6.3.3. Asombro, temor y placer

En las primeras experiencias con la marihuana, el cuerpo sobrevino como un desconocido: entre asombro, miedo y placer describió las reacciones percibidas con la hierba que el personaje definió como un advenimiento “extraordinario para sus sentidos”. El uso de la marihuana fue significado como un acontecimiento que marcó la diferencia entre una experiencia de sí bajo los efectos de la hierba, de otra en la que no los había vivido y que de manera radical podía diferenciar. En el relato emergió la descripción de una experiencia determinante en la estimulación de los sentidos y en la experiencia corporal en general. La gratificación de la experiencia localizada en el afuera —ubicada en el ambiente de la calle— dio un vuelco hacia la experiencia del adentro. La revelación de los efectos percibidos con la marihuana adquirió supremacía. Al advertir la serie de sensaciones que se numeran en el siguiente párrafo, la experiencia se representó bajo la forma de un “puro sentir” que tuvo cabida vía la eliminación de la propia racionalidad y del control sobre sí mismo, que le asombraba y le producía placer.

...La experiencia fue mucho muy rara, asombrosa, incluso me dio mucho miedo porque estaba viendo algo nunca vivido, algo extraordinario para mis sentidos. Y una vez pasado el susto, que por cierto [...] de los síntomas que podría describir es una pérdida de la noción del tiempo y de la atención incluso, porque no me daba cuenta lo que decía. Por momentos fugaces yo sentía que estaba hable y hable y hable. Y por segundos, trataba yo de recordar qué estaba diciendo o qué había dicho, pero por segundos se disipaba ese chispazo de conciencia y continuaba hablando: hable y hable y hable. [...] ... No puedo precisar el tiempo que me duró el efecto, pero [...] Fue una experiencia que a pesar de que me asustó, me llenó de asombro, de mucho asombro y de placer ¡Más asombro que de placer!

En la reconstrucción de su historia, Pablo registró que con un efecto casi mecánico sobrevino la búsqueda de la repetición de experimentarse en ese estado: apareció el

deseo de sentir una y otra vez las sensaciones que había identificado y que connotó con un efecto agradable. Conciencia que se diluía bajo el efecto de la hierba y dejaba sólo lugar para sentir el asombro, la risa y el placer como una especie de “olvido de sí mismo” que se retroalimentaba cada vez que la fumaba.

Ya después de mi primera experiencia la volví a repetir [...] buscando esas sensaciones tan extraordinarias, tan asombrosas, y... Ya no me detuve en el consumo [...] no puedo precisar tampoco en qué medida me ayudaban [...] a dejar de sufrir o... Olvidarme. No había una conciencia [...] de que los efectos de la hierba me producían cierto bienestar o cierto placer. Sí... No tengo conciencia o no tenía conciencia de eso, sólo que aumentaba mi alegría, era como un factor de asombro en mi vida, de fuera de lo común, algo extraordinario aunque no me daba cuenta de lo que decía, pero yo recuerdo que reía mucho [...] y eso aumentaba el placer. Había como un olvido de sí mismo, algo así...

En contraste, con el uso del alcohol Pablo percibió la adquisición de cierto control sobre sí y acusaba conciencia de ello. Su ingesta le proporcionaba seguridad y desinhibición. Comenzó utilizando alcohol para hacer del cuerpo un vehículo de relación con los otros. Bajo los efectos, el cuerpo se transformaba en un aliado para actuar y expresarse acorde con sus intenciones; lo que antes de consumir fue vivido con profunda desconfianza y timidez porque frente a una mujer, antes que poder pronunciar una palabra, hablaba un cuerpo tembloroso, mostrando sudor en sus manos y gestos nerviosos. De este modo, el alcohol se hizo acreedor de una finalidad específica al serle útil para vencer sus temores en las relaciones sociales. En la medida en que tuvo éxito en sus interacciones bajo los efectos del alcohol, mayor refuerzo adquirió su descubrimiento. La marihuana, en cambio, le gustaba experimentarla sólo en compañía de los otros usuarios. Aunado a ello, el consumo de alcohol era plausible de mostrar ante los otros, incluso deseable, característica que no compartían las demás sustancias que consumía.

La fascinación y el asombro por las sensaciones corporales fueron mayores con la inhalación del cemento. Esta sustancia le generaba una excitación muy especial que consistía en escuchar y tener reacciones placenteras. Además de adquirir un gusto especial por el olor, la excitación era sentida de manera penetrante, impresionante. Nublaba su conciencia; perdía el sentido de las cosas, del espacio y del tiempo. La vivencia era la de sumergirse en un mundo “rarísimo”, vago, impreciso pero extraordinario. No lograba esas sensaciones ni con el alcohol ni con la marihuana, ni siquiera con la combinación de ambas. Con el cemento, alcanzaba un estado de abstracción de sí, de los otros y de su entorno que constituía una experiencia

altamente significativa. Este tipo de consumo en contraste con el alcohol y la marihuana, era severamente rechazado. Pablo inhalaba cemento únicamente cuando se encontraba a solas.

6.3.4. Ocultarse y ocultar

En el recuento narrativo emergió un registro donde Pablo estaba particularmente preocupado por mantenerse oculto. Desde que fue un niño había escuchado censuras dirigidas hacia “los marihuano”. El establecimiento de algún tipo de relación con este grupo, implicaba una situación vergonzosa y lo era aún más llegar a consumir la hierba. Como usuario comprobó algunas de las condenas que se aplicaban a los consumidores: ya fuera golpeado al delatarse por sus ojos “vidriosos o rojos”; ya fuera descalificado y relegado en la familia, en la escuela o en el vecindario por su apariencia de “marihuano”.

En contraste, mostrarse como un bebedor de alcohol era aceptado por los demás. No había razones para sentir miedo de ser visto. Se trataba de una sustancia que solía consumirse en la vida cotidiana, en los hogares y en las situaciones sociales, hasta su consumo era promovido en la comunidad. Sin embargo, con el cemento no era así. Utilizarlo significaba arriesgarse a ser implacablemente señalado, incluso con mayor hostilidad que con el uso de marihuana. Por ello consumía con suma discreción y cuidado, no sólo por temor a ser golpeado o señalado, sino porque lo inundaba un sentimiento de vergüenza de usar una sustancia con una marcada condena social que estaba asociada a condiciones de pobreza. La vergüenza era el motor para cuidar las apariencias, ocultarse de los otros para no ser visto. Vergüenza de usar cemento, vergüenza de sufrir pobreza.

En la experiencia de Pablo, el uso de drogas y la pertenencia a una clase social con privaciones y carencias económicas, debían mantenerse “detrás de las cortinas” puesto que representaban motivos de vergüenza frente a los vecinos, quienes eran como un espejo de la sociedad. Pablo cuidaba que no se enteraran de cualquiera de estas condiciones o peor aún de ambas, puesto que aumentaría su vulnerabilidad y se expondría a un mayor castigo social; pero sobre todo, para evitar la vergüenza que ya lo mortificaba.

...Yo cuidaba mucho eso, que las cortinas estuvieran recorridas, porque nadie debía enterarse que nos dormíamos en el suelo, entonces, el proteger esa apariencia [...] de que no sufríamos por la pobreza, eso era mucho muy importante para mí [...]. El hecho de que los vecinos, sobre

todo aquellos que [...] veía que vivían con comodidad y que se dieran cuenta de nuestras condiciones, [...] eso me daba muchísima vergüenza. [...] Tan sólo ver que algún vecino me viera ¡Inhalando cemento! Eso era extremadamente vergonzoso, como si me dijeran que no tengo cama, que me duermo en el suelo, era mucho muy vergonzoso. Entonces, yo las veces que consumía marihuana y sobre todo cemento, nadie, absolutamente nadie, debía darse cuenta...

6.3.5. Un cuerpo yerto

Con el incremento en las dosis de las sustancias, el asombro y el placer de una corporalidad exacerbada por los efectos que había alcanzado, de manera paulatina pero inconsciente cedió el paso a una vivencia rígida, entumecida e inerte del propio cuerpo. Emergió la percepción de un escaso control sobre sí ante situaciones sociales, así como la sensación de impedimento para sostener contacto erótico y afectivo con las mujeres. El advenimiento de un “nudo en la garganta”, temblor en las piernas y en las manos, marcaba el límite del contacto. La dificultad de jugar un papel en este tipo de relaciones solía enfrentarlo con el uso de alcohol. Bajo los efectos de la bebida liberaba el cuerpo de ese estado de inmovilización que le impedía interactuar y presentarse como una persona “adulta” y “normal” ante los demás. Sin embargo, estos efectos se fueron disolviendo y la ingesta de alcohol dejó de cumplir con su objetivo.

El recuerdo de un cuerpo adolescente que no reaccionaba a los abrazos, los besos y las caricias se estancó como una imposibilidad que devino en una subjetividad herida e inexpresiva como el cuerpo gélido que se imponía ante él según lo muestra el siguiente fragmento:

...El no haber concretado ese noviazgo, eso me marcó de por vida, profundamente, porque ahora veo a los adolescentes que pueden establecer una relación de noviazgo, no sé en qué medida sea, saludable, natural, pero mínimo los puedo ver que están juntos abrazaditos, apapachándose y dándose unos besitos, algo que nunca pude lograr en mi adolescencia. ¡Claro! Tuve algunos contactos... Tuve una noviecita, ella era mayor que yo y ella fue la de la iniciativa. Entonces recuerdo que en esa fiesta estuvimos acá en el apapacho y yo no recuerdo haber experimentado una excitación así propiamente sexual, en el que yo haya experimentado una erección por ejemplo, como es natural ¿No? Ante el contacto con una chica, pues uno se excita y obtiene su erección, su deseo de tener una relación pues propiamente sexual. No sé cuantas horas estuvimos ahí en el apapacho y en los besos, y yo no recuerdo haber sentido que mi cuerpo respondió sexualmente... Así me pasaba...

6.3.6. La pérdida de sí

Los momentos de consumo de alcohol, marihuana y cemento, derivaron en otro ritmo y adquirieron otra perspectiva: de haber sido connotados como una experiencia placentera, adquirieron un poder analgésico. La repetición de estas prácticas por inercia, según lo refiere el entrevistado, se extendió a otro tipo de sustancias para lograr efectos intensos e inmediatos. La cantidad y la frecuencia incrementaron como lo hizo la flexibilidad para experimentar con diversas sustancias. Perdió el control sobre la medida y sobre la elección. Comenzó a aceptar cualquier sustancia que tuviera oportunidad de consumir como las pastillas, los *poppers*, el *thiner* y el peyote.

Su objetivo era restituir los estados de ánimo a través de la alteración del cuerpo. Al tiempo que los sentimientos de aflicción se revelaron con mayor claridad, se produjo cierta conciencia de que el consumo estaba tomado un rumbo ingobernable. El uso sin control incrementó y con ello la percepción de deterioro y pérdida del sentido de sí mismo y de los otros: gravitaba un sentimiento de culpabilidad y minusvalía que generaron la imagen de un cuerpo inútil porque había abandonado la escuela, no tenía oficio ni ocupación laboral; sumándose a los motivos para colmar el dolor de la acumulación de ásperos sentimientos con los enervantes.

Las nociones que operaron alrededor del daño ocasionado al organismo con el uso de drogas, no era suficiente ni significativo para detener el consumo. Lo que había era un sentimiento ajeno y distante con respecto al propio cuerpo y a la valoración de sí mismo como lo señala esta cita:

...Una pérdida de respeto de sí mismo. Y por supuesto no era consciente, se tiene un sentimiento de culpa en donde no nos importa ya dañarnos con el alcohol [...]. Aparte, por supuesto, que no somos conscientes del daño orgánico [...] es decir, escuchamos por ahí [...] sobre la muerte de las neuronas... Entonces, era algo que yo cuando fumaba [...] no me acordaba en absoluto, o sea, yo no pensaba en mis neuronas ¿Sí me explico? O sea, no, no hay conciencia. Lo mismo del alcohol que decían de mi papá cuando lo anexaban o cuando le iba a dar una embolia por ejemplo, o cuando [...] se le torcían los brazos, que llegaba muy, muy intoxicado por el alcohol... Pues yo cuando me emborrachaba, yo no tenía presente de que me iba a poner como mi papá o de que me iba a dañar mi cuerpo como lo había dañado mi papá, es algo que no, que no considera uno...

Con el incremento de las dosis, la frecuencia y la diversificación del tipo de sustancias, la experiencia del propio cuerpo fue interpretada como un ente con autonomía: no podía controlar el deseo ni la voluntad para frenar el consumo. Incluso perdió el control de sus movimientos y sus reacciones. Las sensaciones experimentadas eran cada vez

más extrañas y lejanas a un sentido de placer y cada vez eran más sorprendentes y desagradables. Vivía una sensación de extrañamiento consigo mismo. La forma en que reaccionaba su cuerpo era desconocida para Pablo. No era posible reconocerse en aquél con el que se estaba enfrentando.

6.3.7. La evidencia del cuerpo

La confrontación con la representación de sí en la imagen del espejo fue tomada como el dato real de los quebrantos del uso de sustancias: los estragos en el aspecto, el hundimiento de los ojos, la formación de ojeras, la pérdida de peso, el gesto ante sí mismo.

Aunque Pablo se resistía a reconocerse en la imagen del espejo, el relato reveló un sentimiento de desconsuelo cuyo referente lo constituía la decadencia corporal. La “evidencia” de este deterioro cuestionó la existencia y comprobó un decline moral. La imagen del cuerpo adquirió una apariencia deteriorada que lo atemorizó y lo conmovió. La lectura de los datos físicos que tomó como evidencias de los costos del uso de sustancias suscitó la idea de alejarse del círculo de amigos con los que solía usar drogas y sobre todo, lo motivó para dejar de consumirlas.

...Cuando me paraba frente al espejo me percaté de los estragos, no me había dado cuenta, en todos esos años [...] de los estragos que estaba haciéndome, en mi aspecto personal. Después de esa crisis, me percaté de ello y estaba bajo los efectos de la marihuana cuando me di cuenta cómo se me estaban formando unas ojeras, incluso ¡Cómo se me habían hundido los ojos! ¡Cómo había perdido peso! ¿Sí? En ese momento me percaté. Por supuesto yo nunca iba y me subía a la báscula ¿Verdad? No era de los que estaba yo revisando mi... Si no me ocupaba de comer a mis horas ¡Pus menos a ver cómo ando de peso! ¿No? [...]. En esos días me percaté por vez primera en mi vida, después de esos años de consumo, [...] de mi aspecto, mi cara, y sí, en efecto, estaba mucho muy flaco [...] por supuesto eso aumentó mi espanto...

6.3.8. Controlar el cuerpo y sanar el alma

A partir de la confrontación con la imagen del espejo, Pablo se propuso dejar el consumo. En el relato emergió la austeridad como alternativa ante las invitaciones y el antojo de sentirse intoxicado. Con este objetivo se impuso un régimen de abstinencia: renunció a los placeres que le generaban las sustancias y disciplinó su apetito tras la privación de la compañía de los amigos con los que solía consumir.

Apareció la idea de lograr un control de sí que paulatinamente fue logrando no sin recaídas y “crisis de nerviosismo intenso” asociadas a la susceptibilidad desarrollada a

la marihuana en particular. Con el alcohol por su parte, también obtuvo un control en la dosis y la frecuencia a través de observar con minuciosidad las sensaciones que éste le producía. Esta actitud se rigió por la medida. Medir el tiempo que pasaba con los amigos usuarios de drogas. Medir la cantidad de alcohol que bebía. Medir las reacciones provocadas por dicha sustancia y frenar el consumo antes de llegar a la embriaguez.

El control del cuerpo mediante el dominio de los impulsos por consumir estaba aparejado a un control de sus reacciones en otras áreas de su vida que no había podido manejar. Así mismo, dejaron de estrecharse los sentimientos y el uso de sustancias para sobrellevarlos. Junto con ello, la capacidad para expresar afecto y permitirse tener contacto corporal con sus seres queridos. Lograr el control de sí sin los efectos de las sustancias propició un “cambio de mentalidad” cuyo elemento más básico lo constituyó el tiempo, entre un antes y un después que marcó la diferencia de haber usado drogas como un asunto placentero a una forma de perjudicarse a sí mismo. Emergió la representación del cuerpo como un objeto a cuidar como forma de cuidar la existencia. Comenzó a sanar la imagen de un cuerpo herido.

Hoy no me sucede, hoy sí puede gustarme mucho alguna mujer y no se me anuda la garganta o no me sudan las manos ni me tiemblan las rodillas... Son sentimientos que ya he superado, no me producen angustia, no me producen aflicción... Tengo más conciencia [...] del valor de mi cuerpo, de mi valor como ser humano [...] De las cosas que he hecho para mejorar la relación con mis padres [...] y mis hermanos. En aquellos años no sentía yo afecto y no tenía capacidad para expresar mi cariño hacia ellos, hoy sí tengo esa capacidad, hoy puedo saludar a mis hermanos, puedo tocarlos, puedo abrazarlos, puedo abrazar a mi mamá, puedo besarla, cosa que antes no, pues no se me daba, entonces eso... Eso que hoy puedo vivir con mi familia eh... Me, como que me alivia, me sana de las heridas de pues, de mi pasado...

Para controlar el cuerpo Pablo enfrentó diversos puntos de tensión que proyectó resolver de manera prospectiva. En la medida en que se construyó como un personaje con relativo dominio de sí mismo, una de las formas en que ejerció control sobre sí fue en el terreno de la reproducción humana. Al haber encarnado la experiencia del maltrato, la desprotección, la ausencia de amor y con ello, la percepción de sí como un hombre con carencias afectivas, desistió del deseo de la paternidad para evitar “la producción de seres humanos insatisfechos” y la reproducción de la trama que tejió su destino como una forma de construir su futuro con base en el control de su cuerpo como muestra del control de sí.

Para Pablo, el hecho de no tener hijos tendría un doble efecto, por un lado, contribuir a detener la producción de miseria en el mundo, al tiempo que redireccionar la búsqueda de sentido y colmar el vacío profundo que se trae en el alma, en otro lugar, quizás en sí mismo.

...No me interesan los hijos, justamente porque no soy una persona responsable... ¿Sí? Soy [...] inestable, soy inconforme, tengo un fuerte sentimiento de inconformismo hacia las injusticias sociales ¿Sí? Veo claramente que la educación que reciben, la supuesta educación que reciben los niños, en las escuelas, no está produciendo seres humanos de calidad ¿No? Sino sólo seres humanos reprimidos, angustiados, asustados y... Lo veo en los adolescentes que no conocen el amor auténtico, lo mismo que me pasó a mí, que no conocí el amor auténtico. Entonces me gustaría contribuir en alguna medida para que no se continúe generándose la miseria, esa miseria que yo viví [...] siento que tengo muchas carencias como ser humano, he visto que los hijos no llenan ese vacío profundo que traemos en el alma...

La producción narrativa de la figura desconsolada y abatida del personaje se restituyó frenando la producción y reproducción de su experiencia en otros, como una muestra del trabajo intenso de reconstrucción de sí que hasta ese momento había logrado. Desde esta posición subjetiva, Pablo se presentó en el relato como un hombre que proyectó tener control de sí mismo, de sus emociones y de las decisiones sobre su cuerpo y sobre su vida, particularmente, del dominio que adquirió con el uso de drogas y la decisión de no tener hijos.

6.3.9. Epílogo

Pablo elaboró una historia, su *propia* historia, con base en la reconstrucción narrativa de distintos núcleos significativos de su experiencia. Éstos revelaron formas específicas de haber sido y ser cuerpo como instancias sedimentadas en la subjetividad. Se trata de un relato construido de manera cronológica y lineal que mostró un doloroso trayecto al paso del cual se convirtió en un hombre con decisiones propias.

La primera secuencia del relato remitió al entorno familiar como punto de partida sobre el que Pablo erigió lo vivido; dinámica subjetiva que instauró un modo de ser del sujeto como figura pasiva receptora de maltrato. La violencia física y simbólica se imprimió en un cuerpo infantil dejando heridas e intenso dolor al tiempo que una marcada sensibilidad y una posición subjetiva de indefensión y desamparo frente al mundo.

El retrato de la atormentada vida familiar, particularmente, la relación que mantuvo con la madre, se materializó en la configuración subjetivo-corporal del personaje, en el modo de relacionarse con su propio cuerpo y con los otros; dejando así, huellas en la imagen de sí mismo como un hombre con carencias de afectos, hábitos y normas.

Ante la violencia familiar experimentada, los espacios vivenciales de la “casa” y el propio cuerpo fueron connotados como lugares inseguros, angustiosos y dolientes para estar. En contraparte, la calle fue tomada como espacio de consuelo, morada que le proporcionó sentimientos de desahogo, bienestar y placer a través de los vínculos que estableció con los usuarios de drogas y con el consumo mismo de sustancias.

Así, la experiencia de Pablo se entretendió a partir de su relación con el espacio vivencial de la casa, la calle y el cuerpo. De ahí que el universo total del relato haya tomado un tono dramático y una posición del personaje como víctima, a excepción de las experiencias en la calle y el cuerpo bajo los poderes de la intoxicación en sus primeras etapas.

De este modo, fue posible identificar la articulación de esta secuencia con el segundo núcleo narrativo que construyó en la calle como principal escenario de un espacio vivido con satisfacción. Éste se configuró a base de imágenes, música, colores, aromas y contactos corporales cálidos que le permitieron un modo de acceso a sí mismo y hacia los otros marcadamente diferenciado del contacto violento que constantemente experimentó en la vida familiar y sobre todo, que lo dotó de un sentimiento de pertenencia e identificación del cual carecía.

En este episodio resaltó también el contraste entre la imagen de sí proyectada en el marco familiar como sujeto pasivo, atemorizado e introvertido con el carácter que suscitaba la calle como sujeto sociable, alegre y animado.

La lectura de los indicios permitió entrever la sensibilidad del personaje no sólo como una cualidad que lo acercó a la experiencia del dolor, también como una clave importante en el establecimiento de vínculos afectivos y en su capacidad sensible para captar estímulos sonoros, visuales, olfativos y táctiles como medios de apropiarse del “ambiente de calle”, en el que se sentía libre de temores y se mostraba extrovertido.

En la calle, las acciones de sus personajes y sus características fueron deglutidas por medio del olfato, el gusto, el tacto y la visión del personaje haciendo posible la construcción de un yo y la invención de una historia por medio de los sentidos y no de la razón que se arraigó profundamente en la subjetividad.

En el tercer episodio, Pablo inició su trayectoria con el uso de drogas. A pesar de que tuvo experiencias con el uso de *poppers*, peyote y una variedad de pastillas de uso médico que utilizó para fines de intoxicación, el personaje centró su descripción en la experiencia de la marihuana, el alcohol y el cemento.

La marihuana, primera sustancia utilizada, fue descrita con inscripciones de un “puro sentir”, que inauguraron el relato del descubrimiento y el asombro ante las sensaciones corporales que se exaltaron bajo el efecto de la sustancia; donde el personaje hizo referencia a sus sentidos como formas de contacto con el mundo y como mundos que tomaron forma en el cuerpo.

En la producción narrativa Pablo experimentó su cuerpo como una entidad en descubrimiento bajo las primeras experiencias de los efectos de la hierba; donde su uso dejó una marcada impronta corporal resaltada por la dimensión física y sensorial, más que por una construcción racional de la experiencia. Mientras se percató con asombro de sus propias reacciones, la experiencia de sí se encapsuló en un vago sentimiento de existencia que le era placentero. A pesar del énfasis del relato en la experiencia corporal, su descripción se caracterizó por el despliegue de escasos recursos lingüísticos para nombrar la gama de sensaciones experimentadas.

En este contexto, al ser connotados los efectos que obtuvo con las drogas de manera positiva, Pablo continuó utilizando sustancias casi de manera automática. Al identificar una cierta utilidad en el consumo, tuvo lugar la mejor etapa de su trayectoria y esto particularmente sucedió con el alcohol.

Con esta sustancia, Pablo se sentía fuerte, ágil, seguro de sí mismo, fortalecido. Al beber, lo que realzaba de su vivencia era un uso conciente derivado de las sensaciones que le provocaba. A diferencia de la marihuana, que lo abstraía de la realidad, la ingesta de alcohol lo posicionaba en un lugar donde se sentía seguro para interactuar frente a las mujeres. Con el alcohol Pablo identificaba una correspondencia entre las manifestaciones del cuerpo y sus propias intenciones. Su uso además, era especialmente reforzado no sólo por el alcance de sus objetivos personales, sino por la aprobación social que tenía la bebida en su contexto familiar y comunitario.

En la medida en que la frecuencia del uso y la cantidad de las sustancias incrementó, la experiencia dejó de ser espontánea. El personaje con mayor consciencia de su propia condición bajo los efectos del alcohol, comenzó a planificar sus propias estrategias, se trataba ya de una cuestión premeditada cuya percepción era la de tener control sobre su consumo. En este punto, la experiencia del sentir se transformó

en una construcción racional discursiva sobre el funcionamiento, la apariencia y la resistencia del cuerpo bajo los efectos de las drogas a la luz de un imaginario del cuerpo basado en el saber médico.

El cemento por su parte, tenía un poder sobre el personaje que ni la marihuana en combinación con el alcohol lograba. El cemento tenía un efecto de total abstracción de la realidad que le era altamente placentero. Sin embargo, la experiencia del cemento poseía una doble significación, punto de intersección entre éste y el cuarto núcleo narrativo que construyó en torno a ocultarse de ser visto inhalando cemento, no sólo por la acción transgresora misma de utilizarlo como droga, sino y sobre todo, porque en su imaginario, el consumo de este tipo de droga llevaba el riesgo de reflejar su condición social y con ello ser severamente juzgado.

El cemento como droga poseía el significado de ser utilizado por aquellos de la más baja condición social y ello representaba un motivo de vergüenza para Pablo. Desde ese lugar el personaje sería distinguido y mayormente estigmatizado por la pobreza, el fracaso, las carencias económicas y “el vicio”. Imágenes contrastantes de cuerpos sanos, con necesidades cubiertas y socialmente aceptados, ante quienes Pablo se preocupaba aún más por ocultar su consumo de cemento.

Los signos y las manifestaciones del cuerpo se convirtieron en un espacio saturado de tensiones sociales. En este episodio, los significados de los distintos tipos de drogas se habían anclado en la experiencia corporal de ciertas de sus partes: la boca, la nariz, los ojos, la piel, el aroma impregnado y el semblante, como elementos a cuidar en tanto podrían delatarlo.

Sin más detalle de una transición en el consumo que la de señalar que una vez que tuvo experiencias de sobredosis, la vivencia del cuerpo se presentó con una sensación de extrañamiento que se hizo más fuerte cuanto más se exaltaron las percepciones de su interior. De forma paulatina, Pablo experimentó rigidez, entumecimiento y una virtual separación de su propio cuerpo en la que no podía controlarlo. La vivencia subjetiva subrayaba el hecho de un cuerpo que no respondía a la excitación sexual, que se sentía impedido para entablar conversaciones y la experiencia de una serie de manifestaciones en el cuerpo que lo paralizaban para interactuar frente a las mujeres.

Inquietante extrañeza en relación consigo mismo proveniente del propio cuerpo, de su misteriosa e insidiosa manera de traicionar a Pablo y sus modos incontrolables de expresarse en la interacción. Tal experiencia marcó un registro que devino en una subjetividad herida, anclada en un cuerpo gélido que no le respondía y que sólo

apaciguaba con el incremento del uso y la combinación de las sustancias. La sensación de extrañamiento hacia su propio cuerpo se hacía más fuerte cuanto más se circunscribían las percepciones a su interior: el cuerpo era sentido no por el sujeto sino por él mismo.

Este episodio se engarzó así con la secuencia en la que Pablo acusa una pérdida del control de sí y de la forma de consumo que había establecido. Las drogas comenzaron a tener un efecto analgésico y el personaje un reposicionamiento subjetivo enfocado en la pérdida del sentido de sí mismo: ya no sentía más placer por consumir y le inundaba un sentimiento de inutilidad. El tiempo del relato entró en un ciclo de repeticiones en las que colmaba su dolor con las drogas, acción que le producía mayor malestar. En este momento, no tenía valor el imaginario referente a los daños corporales para frenar el consumo.

La sensación de un cuerpo fragmentado, que actuaba de manera independiente, que no le respondía o sobre el que había perdido control, se presentó aparejada de un desinterés por la vida. El deterioro y la descomposición de la superficie del cuerpo representaron para Pablo las señales concretas, los datos inmediatos y observables de los excesos morales y las actitudes desmedidas.

Al llegar a este punto narrativo el personaje describió una distancia subjetiva entre él mismo y su cuerpo que articuló con la secuencia donde la imagen del espejo lo confrontó con la silenciosa metamorfosis que se había estado desarrollando durante su trayectoria con las drogas, presentándose sólo hasta su resultado final. Al asombro manifestado ante las anomalías de la carne, el hundimiento de los ojos y el deterioro físico en general, atribuyó la motivación para cambiar.

De este modo, es significativo que el cierre del relato haya sido desplegado en términos de la idea de un proyecto corporal con inclusión de la medida como guía de los comportamientos, y mediante la adopción de un régimen cuya meta era lograr el gobierno del cuerpo a través del dominio de los apetitos y el control de las emociones como garantía del dominio de sí.

En la resolución del relato, la corporalidad se reveló de suma importancia para el sentido del yo. La idea de un hombre con control de su cuerpo apareció como medida del valor del ser humano y como la posibilidad de sanar las heridas de su pasado.

La elaboración narrativa de la figura desconsolada y abatida del personaje, se restituyó logrando decisiones sobre su propio cuerpo. La que apareció con mayor

intensidad en el relato fue el freno que puso a la “reproducción” de su experiencia en otros, tras la decisión de no tener hijos. Emergió la representación del cuerpo como un objeto a cuidar como forma de cuidar la existencia. Comenzó a sanar la imagen de un cuerpo herido a través de un trabajo intenso de reconstrucción de sí al reconstruir también las relaciones con los otros significativos.

La presentación que hizo Pablo de sí en su relato muestra una subjetividad que ha sanado de manera paulatina tras un proceso de apropiación de la corporalidad, posición desde la que el personaje logró resignificar su experiencia.

6.4. Isabel

Isabel era una joven de estatura baja y complexión mediana. De tez blanca, cabello negro que cubría su frente y largo hasta sus hombros. De su rostro resaltaban sus grandes ojos cafés y sus maquilladas pestañas. Sus facciones eran gruesas y su voz grave. Durante nuestra interacción se mostró dispuesta y tranquila aunque con algunas dificultades para dar continuidad al relatar su historia. Sin embargo, cuando iniciaba un tema, éste fluía con facilidad.

A los 23 años de edad, era madre soltera de un niño de dos años, contaba con estudios de preparatoria y al momento de la entrevista, esperaba el resultado del examen de ingreso a la UNAM. De lunes a sábado trabajaba la mayor parte del día como empleada de mostrador en una bonetería que pertenecía a su padre. Mientras tanto, su hijo se quedaba en una guardería; otras veces con una amiga que solía cuidarlo y por las tardes, con su abuela materna. Isabel vivía con su madre y su pequeño hijo en una casa ubicada en un municipio aledaño a la ciudad.

Por parte de su madre, tenía tres medios hermanos con quienes llevaba una relación muy cercana. Por el lado de su padre, sabía que tenía tres medios hermanos pero no los conocía como tampoco al resto de la familia paterna.

Isabel era hija única de una relación que nunca se consolidó como pareja. Desde el nacimiento de la entrevistada, ésta permaneció al lado de su madre debido a que la familia de su padre no permitió la unión de éste con una mujer que además de ser empleada del negocio familiar, tenía 17 años más que él.

Al hablar de su origen familiar, la entrevistada entretejió su historia con una atmósfera sombría y un tono displicente. Isabel como personaje del relato, reconstruyó su vida familiar con tristeza y con cierto aire de enojo, inconformidad y frustración. Ella recuerda haber vivido ambientes distintos y separados por parte de sus padres: de manera general, de él recibió la solvencia económica y de su madre, la forma de vida cotidiana.

En el marco de su situación familiar, Isabel no recuerda una infancia feliz. Desde que fue una niña, tampoco evoca una imagen de sí satisfactoria. A temprana edad tenía sentimientos de inferioridad, sobre todo cuando se comparaba con sus compañeras de escuela. Estos sentimientos se potenciaban con lo que ocurría en su vida familiar, ya que creció con la marca social de pertenecer a unos padres separados y de la percepción de una tensa relación entre ellos.

La historia de sus progenitores y la relación conflictiva que estableció particularmente con su padre, le ha ocasionado una trayectoria de sufrimiento e incompreensión acerca de la vida. Aunque ha contado con su apoyo económico, ha tenido que batallar para que éste cumpla con los acuerdos y no condicione sus recursos económicos pero sobre todo, porque la ha mantenido oculta frente a la familia a la que le dio legitimidad. Sólo hasta últimos tiempos, Isabel ha tenido mayor cercanía con su padre pero en términos de una relación laboral, puesto que trabaja como empleada en su negocio de bonetería.

La relación con su madre por su parte, aunque ha sido menos ríspida, tampoco ha sido del todo placentera. Incluso, Isabel identifica dos situaciones en las que la tensión con ella se agravó; una, cuando se enteró que Isabel consumía drogas y otra es la que enfrenta cotidianamente respecto al cuidado y la crianza de su hijo.

En lo que corresponde a su trayectoria con el uso de drogas, Isabel inició a los 15 años de edad. La primera sustancia psicoactiva que probó fue la cocaína, cuyo consumo mantuvo durante algunos meses. Tiempo después, al diversificar las amistades con las que se relacionaba, utilizó alcohol, marihuana, PVC, jarabes y pastillas de manera irregular. Alrededor de los 18 años se dedicaba ya a usar estas sustancias en altas dosis los fines de semana. A decir del personaje, en la medida en que incrementó la cantidad y la frecuencia del consumo, se agudizaron también los problemas en casa.

A razón de que los vecinos enteraron a su madre sobre su consumo de sustancias, ésta decidió anexar a Isabel en una institución de Alcohólicos y Drogadictos Anónimos. Ahí permaneció contra su voluntad por un lapso aproximado de doce semanas. Al terminar el periodo de internamiento, no volvió más a la institución y algunos meses después continuó con una frecuencia y dosis de consumo variante pero constante de las drogas que anteriormente había consumido, y sobre todo aumentó de manera drástica la ingesta de alcohol.

A causa de la presión de su madre, Isabel asistió también a otra institución pública especializada en la atención del consumo de drogas; sin embargo, en un breve periodo abandonó también este tratamiento. En primera instancia, si habría de dejar el consumo de sustancias, Isabel prefería hacerlo por sí misma. Detestaba la idea de la intervención institucional sobre su comportamiento porque en sus diversas experiencias se percató de contradicciones y dobles mensajes de las dinámicas institucionales, los cuales le parecían faltas mucho más graves que su propio consumo

de drogas. En segundo lugar, en ese entonces Isabel percibía control sobre la manera en que consumía y en razón de ello, sentía que sola lo podía manejar.

Al comparar su forma de consumo con la de sus amigos, Isabel sentía que a diferencia de ellos, no había sentido necesidad de consumir, como tampoco había tenido crisis de abstinencia. Si bien le eran placenteros los efectos de las sustancias, éstos no ocupaban un lugar primordial en su vida. Por otra parte, había recabado bastantes malas experiencias de acoso y abuso sexual —tanto entre los que se decían sus amigos como con hombres desconocidos— mientras había estado bajo los efectos de las sustancias; acontecimientos que comenzaron a desanimarla del consumo.

Tras una serie de intentos, la entrevistada logró disminuir el consumo de sustancias ilícitas de forma notable; sin embargo, con la reducción en la ingesta de estas sustancias, incrementó de manera considerable el consumo de alcohol, el cual llegó a suministrarse hasta cuatro veces por semana de manera excesiva. De no ser porque advino la noticia de un embarazo no deseado, Isabel piensa que pudo haber llevado una vida “en estado alcoholizado”. En ese entonces, descubrió que el alcohol era su droga preferida.

En una danza inestable, cuando nació su hijo, Isabel prosiguió su consumo para posteriormente disminuirlo con el apoyo de un proceso terapéutico que no sin dificultades sostuvo durante un año. La experiencia de Isabel es que al identificar una sensación de bienestar, su impulso por administrarse alcohol u otras sustancias desaparece o por los menos disminuye en forma notable. Con ello aumenta su energía y el deseo para relacionarse con su hijo, su familia y continuar con sus planes de estudio y de pareja.

Luego de un largo y difícil proceso, Isabel ha resignificado su maternidad, la cual en un principio sintió que truncó sus planes de vida. De forma paulatina ha logrado establecer una mejor relación con su hijo y al mismo tiempo, atender sus propios intereses.

Del mismo modo, cuando se siente estable y tranquila, puede manejar de mejor forma la lucha que mantiene con el padre de su hijo para que éste cumpla con su aportación económica en aras de solventar los gastos del niño; y por otra parte, se siente con mejores herramientas para definir su participación como figura materna y la de su propia madre, como abuela, en la formación de su hijo.

Es así que de forma reciente para Isabel, su maternidad se ha convertido en un asunto particularmente importante. Incluso uno de sus principales objetivos es proporcionar al niño un ambiente de amor y calidez familiar del cual ella careció. En otro aspecto de su vida, tras un proceso de resignificación de la propia experiencia, Isabel a diferencia de anteriores relaciones de pareja, ha logrado establecer una con la cual se siente plena y satisfecha. La relación de pareja que ha logrado consolidar, le ha hecho sentir más estable y con ánimo de continuar con sus metas familiares y académicas. Así mismo, a decir de la entrevistada, el ingreso a la universidad ha constituido una nueva motivación para emprender los demás ámbitos de su vida de forma constructiva.

Estas condiciones han permitido también que el consumo de drogas esté perdiendo sentido, lo que ha atribuido en parte a su proceso terapéutico. Aunado a ello, las experiencias de intento o de abuso y acoso sexual que ha sufrido bajo la influencia de las drogas, le ha ayudado a mantener un consumo bajo o en su caso a evitarlo. Este control sobre las sustancias se ha fortalecido por la calidad de la atención que dedica a su hijo, la relación con su pareja, el gusto por llevar a cabo actividades culturales así como por el deseo de estudiar una carrera universitaria; pero sobre todo, lo adjudica al hecho de haber encontrado estabilidad emocional.

Isabel como personaje del relato, luego de plantear una serie de acontecimientos que han complicado el curso de su historia, se ha definido con un carácter crítico, analítico, inteligente, sensible, pacífico, sociable y extrovertido; con aspiraciones de progreso y con la capacidad para tomar decisiones que afecten su vida a su favor.

Desde este lugar, el personaje enunció su relato, en el cual se presentó como alguien en pleno trabajo de reconstrucción de sí misma, de sus relaciones y de su posición frente al consumo de drogas como reflejo de su reacomodo frente al mundo.

La historia de Isabel puede ser reconstruida así, a partir de la articulación de seis núcleos narrativos. En el primero, describe su procedencia familiar y el modo en que ésta ha impactado el devenir de su vida. El segundo abarca los significados, los placeres, los excesos y las desavenencias relacionadas con el uso de drogas. En la tercera secuencia se despliega el modo en que el embarazo fungió en el relato al nivel de la complicación de la historia; mientras que en la cuarta expone la resolución narrativa tras presentar el modo en que fue ayudada por otros. En el quinto núcleo narrativo plantea la resignificación de su experiencia, que derivó en la sexta secuencia como un proyecto de vida que está en marcha.

6.4.1. Un problema de toda la vida

Isabel inauguró su relato con la descripción de su vida familiar como una de las coordenadas de su existencia; refiriéndose a las condiciones en las que nació, creció, y el modo en que este origen marcó su posición frente a sí misma y frente al mundo.

Dicha reconstrucción la situó desde el momento de la formación de la pareja de sus padres, entre quienes su madre era alrededor de 17 años mayor. En aquel entonces, la madre de Isabel era empleada del negocio familiar y de menor estrato socioeconómico. Las diferencias de edad y de condición social fueron motivo de rechazo para la familia del padre, por lo que se interpusieron ante la unión de la pareja. El contexto en el que nació lo describe así:

...Te voy a platicar rápido toda la historia de mis papás... Mi mamá, es muchísimo más grande que mi papá, entonces este... Mi mamá trabajaba en una tienda... E: ¿Cuánto es 'muchísimo más grande que tu papá'? I: Como 17 años, entonces mi mamá trabajaba en una tienda y era empleada de una tía de mi papá, me parece, o sea, mi papá tiene solvencia económica, no mucha, pero económicamente está bien y entonces como que en su familia no se admitía eso de que la empleada con el dueño, o más bien así como que... Pues, su condición social y su moral no se lo permitía, entonces mi papá empezó a invitar a salir a mi mamá, para esto, mi mamá ya tenía a mis tres hermanos. Yo digo que ellos son mis hermanos, entonces empezaron a salir, empezaron a andar, su mamá de mi papá siempre intervino en eso, nunca lo aceptó ni nada y entonces mi mamá le decía ¿Sabes qué? Pues mejor tú vas a... Pues tú te tienes que conseguir una esposa, tú tienes 17, 18 años como sea, yo ya tengo 36, yo ya viví, todo eso, mejor pues así nos quedamos y mi papá siempre quiso tener una hija y niña y pues ya salí yo y todo... Se separaron.

En una suerte de oposiciones, el personaje creció al lado de su madre con recursos económicos limitados para solventar la vida, en contraste con la suficiencia económica del padre, de quien recibió apoyo principalmente, para sostener la escuela. Apegada a la vida que le dio su madre, a su lenguaje, a sus amistades y a sus costumbres en general, desconoció la forma de vida de su padre y la de su familia.

En cambio, Isabel siempre tuvo una buena relación con los hijos de su madre, incluso los considera como sus hermanos. Mientras que con la familia de su padre nunca tuvo contacto, no los conoció y tampoco la conocieron. Para Isabel eran personas extrañas en tanto que no tuvo relación con ellas; sin embargo, en el relato es posible leer un registro de dolor por la desigualdad económica —de la que el padre era el proveedor— entre esta familia y la que conforman Isabel y su madre.

...Pero mi papá siempre se hizo cargo de mí económicamente, pero por la forma en la que ellos viven, yo no conocí nunca a la familia de mi papá [...]

y no me llama la atención conocerlas, así como que digo, son personas extrañas en mi vida, yo nada más sé que están ahí pero para mí no son... Pus no son nada, no significan nada, entonces, a mí todo eso, así como que sí me dañó mucho, porque... Yo con mi mamá llevo una vida económica... Pues tranquila, o sea, tenemos nada más lo necesario ¿No? Con mi papá es cosa de que... Yo no conozco su casa ni nada, pero por la solvencia que yo he visto que tienen, es cosa de vivir un poco mejor, entonces... Yo con mi mamá estoy acostumbrada a cierto tipo de amistades, a cierta... hasta el lenguaje ¿No? Se puede decir, y con mi papá, no.

Esta vivencia la ubicó entre dos realidades contrastantes que le daba cada uno de sus padres y que vulneró la estima hacia sí misma. La siguiente cita evoca uno de los recuerdos de la infancia que muestra una de las dimensiones de esta subjetividad lastimada. En ésta se aprecia el modo en que la entrevistada se ve confrontada con sentimientos de inferioridad por las diferencias económicas que se potenciaban con una imagen rechazada de sí por un supuesto sobrepeso. El personaje tenía una imagen de sí misma que contrastaba con la siguiente descripción que hace de sus compañeras de escuela:

A mí, mi papá me pagó la escuela entonces como que en esos momentos que eres niño no comprendes del dinero, ni nada, entonces como que... Sí había veces como que me sentía menos y aparte porque eran niñas así todas bien finitas, bonitas y pues tenían dinero, eh... Ya hasta cuando entré yo a la secundaria, pues yo ya pude comprender eso ¿No? Pero... Como que siempre hubo eso, como que un poco de la baja autoestima y pues es lo que yo podía... Lo que yo tuve que vivir, o sea, entre los dos, de que... Mi mamá me daba unas cosas y mi papá me daba otras y como que siempre estuvo eso, o sea, no me gusta de que me digan ¡Ay! ¡Gorda! De cariño ni nada, no, no me gusta... Yo cuando estaba chica, no sé si... Lo tengo así tal cual como complejo, complejo o fue algo que a mí siempre me molestó, que... Yo siempre he sido llenita, entonces a mí siempre me decían ¡Ay! Gordita, gorda, ¡Ay! ¡Eso me enfermaba!

La posición de Isabel con respecto a su padre ha sido incómoda, puesto que en distintas ocasiones comprobó que al ser una hija fuera del matrimonio al que le dio legitimidad, su existencia frente a sus conocidos, era negada. En el relato entretejió algunas escenas que lo muestran, como es el siguiente caso:

...Lo que yo viví con mi papá hubo varias ocasiones en las que por lo mismo de que su familia no sabía qué ni su círculo social, me decía ¡Chín! ¡Ahí está tal, voltéate! O que ¡Ay! ¡Es que ahí está tal! ¡Ya nos encontramos a tal! Y cosas así... E: ¿Cuando ibas tú con él? I: Cuando yo lo veía, o sea, yo lo veía entre semana, como una o dos veces, entonces como que sí era incómodo ¿No? Porque por ejemplo, no tanto me decía así ¡Escóndete! Sino ¡Voltéate! Entonces pues como que yo decía ¡Ay! Pero ¿Por qué? ¿No? En esos momentos nunca me afectó así tanto, hasta ahorita que ya me estoy enrolando más con él de que le estoy ayudando ahí en su tienda,

es cuando ya estoy teniendo más problemas y ahorita que trabajo ya con él y todo, pus sus hermanas ya saben quién soy, o sea, no me han hecho groserías ni nada ¿No? Pero el problema es que por ejemplo, él como decía mi mamá en su tiempo, te vas a casar y todo y se casó otra vez y tiene tres hijos, entonces este... Ellos no saben.

Otro ejemplo donde Isabel expone la tensa relación que ha tenido con su padre, señala el modo en que el personaje no sólo cuestiona su autoridad, sino la forma en que le ha hecho llevar a costas una vida que no eligió: con enojo y tristeza ha enfrentado la violencia de su padre, al colocarla en una existencia oculta e invisibilizada ante otros. Dolor de una existencia que constituye un secreto a voces; mientras que existe, al mismo tiempo es negada. Verdad de sí que lastima y que ha sido vivida como una marca que ha significado “un problema de toda la vida”.

Esta vez, Isabel se encontraba trabajando en la bonetería cuando su padre le llamó indicándole que se retirara con rapidez y esto fue lo que sucedió:

...Me molesta mucho es que por ejemplo, mi papá tiene como que... Es muy narcisista, tiene complejo de perfecto, entonces cuando me hace enojar se me sale así como el cantarle las cosas, porque digo, este... Bueno, igual y no hice bien tal cosa, y son cosas mínimas pero como las quiere que las hagas a su manera, ahí está el problema. Entonces luego digo bueno ¿Por qué me ofendes así? Si yo tengo que estar soportando hasta la fecha las cosas que tú me haces, porque hace poco tuve un problema con él, me habló por teléfono y me dice es que es más, te vas a ir rápido de la tienda ¿No? Estaba trabajando, entonces yo dije: ¡Ah! Sí, pero a mí no me cayó el veinte ¿Por qué? Y ya después cuando llegó, me dijo pero ya Isabel ¡Córrele! ¡Vete, vete, vete, ya estás agarrando tus cosas! Y ya cuando ya iba saliendo pues me encontré a su hijo y ahí sí este... Me molestó y toda esa tarde no paré de llorar, porque... O sea, a mí no me molesta a mí en sí, el... O sea, el, el muchacho a mí no me provoca nada, a mí no... Sino la actitud de mi papá ¿No? De que digo bueno, o sea, pues es tu problema, yo no tengo por qué estar cargando con sus problemas ¿No? Entonces eso sí molesta y ese siempre ha sido un problema pues de toda la vida ¿No? Así como que es un secreto a voces pero que nadie lo sepa y eso sí me lastima y pues... Ahí... Es en sí lo que yo siempre he vivido.

A pesar de que en varias ocasiones el personaje ha acudido a su padre y éste le ha negado o condicionado su apoyo, Isabel ha logrado resignificar su experiencia frente a él tras posicionarse en un lugar racional como símbolo de madurez que desde su perspectiva, su mismo padre no ha alcanzado, aunque ello no implica que deje de existir la afectación que le provoca una existencia negada.

También a mi papá le dejé de hablar como unos dos años, por lo mismo de que entre que mis borracheras y eso, un día mi mamá me corrió de la casa y [...] dije pues voy a ir con mi papá porque según él, le dijo a mi mamá: para que regrese tu hija a la casa, pues dile que necesita venir a hablar

conmigo. Pero para esto, se supone que yo no podía ir a su tienda, por lo mismo ¿No? O sea, nos veíamos aparte y todo pero no, yo no podía estar ahí en su negocio, y un día llegué y hablé con él y le dije ¿Sabes qué? Pues que me corrió mi mamá y pues mantéenne ¿No? ¿A dónde me voy? Tú eres mi papá y me dice, no es que tú sabes en lo que andas, que ¿Cómo dices eso? Y así, o sea, discutimos, y yo le dejé de hablar así como unos dos años, pero por ejemplo, ahorita ya veo bueno, pues él también habrá tenido sus... Bueno, más bien como... Entiendo el... Pues sí las condiciones en las que él vive, cómo creció y cómo lo educaron, de que ahora ya no le reprocho porque si me hace esto y esto y lo otro o sea, sí me daña, pero también se lo he dicho, pero ya no se lo reprocho, digo, bueno, de menos ya ¡Creo! Que tengo un poquito más de madurez que él para comprender lo que pasa que él mismo... [Silencio]... Creo que ya hasta puedo controlar un poco más mi llanto, o sea, ya son cosas que... Como que las voy comprendiendo...

6.4.2. Los significados, los placeres, los excesos y las desavenencias con el uso de drogas

La vida familiar y en particular, la ominosa relación que tenía con su padre, Isabel planteó que en un estado de sobriedad no fue capaz de soportar; de ahí que el uso de drogas en su vida constituyera un refugio como lo ilustra el siguiente fragmento:

...Yo creo como yo crecí con todo eso, pues más bien así como que mi salida, mi refugio, fueron las drogas, porque no podía enfrentar lo que me pasaba con una cierta claridad o madurez de estar pues sobria y ver lo que pasaba a mi alrededor...

La imagen de las drogas sin embargo, estaba en su memoria desde tiempo atrás. Entre sus recuerdos de infancia, apareció como una práctica caracterizada por una imagen que seduce; donde la figura del usuario de drogas fue revestida de un enigma que atrae, que llama y atrapa la atención. Antes de haber experimentado efectos directamente con las drogas, el deseo de pertenecer a ese círculo social ya estaba presente; incluso antes de usarlas, el consumo de drogas fue connotado de manera positiva. En la experiencia de Isabel, el interés por intoxicarse nació de una imagen seductora del que lleva a cabo la acción.

...Yo por donde vivo, hay andadores... Entonces cuando yo en mi infancia [...] al segundo andador, siempre se juntaba pues la bandita de los grifos ahí en las canchas y yo me acuerdo que cuando yo tenía como 8, 10 años, a mí desde esa edad me llamaba la atención pertenecer a ese círculo... Me llamaba mucho la atención... Siempre pensaba que un día iba a estar ahí... Cuando yo estaba chiquita, yo pensaba que era el pertenecer a todos los que se drogan, o sea, cuando tú estás pequeño los ves así bien grandes, entonces así yo los veía y desde chica me llamó mucho la atención...

Isabel inició con el uso de drogas a los 15 años de edad. La cocaína fue la primera sustancia que inhaló bajo la guía de un amigo mayor que ella. Con esta droga mantuvo un consumo irregular que posteriormente cambió. En su trayectoria de consumo, los amigos han tenido particular influencia. Esta cita explica por qué:

...Tenía un amigo que usaba cocaína pero era más grande que yo... Y la inhalábamos... Al principio yo lo veía y me llamaba la atención... Yo empecé a consumir drogas alrededor de los 15 años... Empecé con cocaína pero... Nunca... O sea... No hay escala de drogadicción pero yo he visto por ejemplo, que las personas que utilizan cocaína, no son este... No se controlan, pero nunca tuve así... Necesidad ni nada, sino nada más la probé por tentación, la probaba, no sé, cada 8 días, y este... Eso fue como unos... Pues yo creo meses, menos de un año. Ya después me empecé a enrolar con otro círculo social y empecé a probar la marihuana, el activo...

Al cambiar de círculo social como lo refiere en el relato, su experiencia con las drogas también cambió. Cuando usaba marihuana, gustaba de abstraerse de la realidad e identificarse en un estado pasivo. El activo por su parte, le proporcionaba placer por el olor que lo caracteriza y una forma de excitación muy agradable. Las pastillas por su cuenta, si bien no las consumió con frecuencia, lo que identificó de ellas fue un juego de efectos entre activación y aletargamiento que le parecía placentero.

...Me gustaba el estado de abstracción de la realidad en el que estaba, eso es lo que me gustaba... De la marihuana me gustaba... Pues me sentía así como pasiva, o sea... Eso es lo que me gustaba de la marihuana, del activo... Ahora lo veo, o sea, me gusta, como que sí es mi debilidad eso sí, como que me mueve [...]. Por ejemplo, del activo me gusta mucho su olor, no sé, es así como... Una sensación de... Pues como de hacer rápido las cosas, y de andar de aquí para allá... Sí, sí y este... Con los chochos no, esos son la perdición, con pastillas como Diazepan y esas cosas, esos los consumí muy poco, pero... Pues me gustaba igual el efecto así como que de repente me sentía aletargada y ya después me sentía así como que más apresurada, como que más activa...

En su trayectoria como usuaria de drogas, Isabel no sólo diversificó el tipo de sustancias de consumo, también transitó por periodos de incremento en la ingesta llegando a usarlas de forma diaria y en altas dosis. Aunque no descuidó la escuela, cuando su consumo se elevó en cantidad y frecuencia, los problemas en casa también se agudizaron, esta vez, en relación con su madre.

La siguiente cita plantea la forma en que se desarrollaron estos problemas a raíz de que los vecinos enteraron a la madre de Isabel que ésta consumía drogas:

...Hubo un tiempo que sí la consumía del diario pero no en exceso y pues me gustaba el efecto... Ya después empecé a probar ya el activo y los chochos pero de repente, cuando tenía como 18 años, este... Ahí sí, mi

problema era de que por ejemplo, yo entre semana, me dedicaba a estudiar, pero viernes, sábado y domingo, ya nada más me dedicaba al alcohol o a la droga, y en ese tiempo sí empecé a tener muchos problemas en mi casa, porque... Por las voces, ya sabes, los vecinos y todo, se enteró mi mamá, mi mamá como que no lo creía y empecé a tener problemas y problemas, entonces en mi casa ya no me querían apoyar con la escuela sino que por ejemplo, si yo necesitaba algo, ya las cosas me las daban físicamente, no en dinero, de esa forma me castigaban, y ya después me anexaron...

El internamiento representó una vivencia desagradable. Dentro de la institución, Isabel se vio confrontada con una realidad que parecía estar llena de contradicciones entre sus objetivos y la dinámica que se generaba con el mismo personal de la institución. En este contexto, Isabel cuestionó el tratamiento que ahí recibía y desdeñó la posibilidad de continuarlo después de la fase del internamiento.

Al salir de ahí, retomó nuevamente el consumo de sustancias, en particular de marihuana y alcohol; y nuevamente intervino su mamá para llevarla a otra institución, donde Isabel una vez más en corto tiempo, abandonó el tratamiento planteando la posibilidad de renunciar al consumo de sustancias por ella misma.

...Estuve bien bueno, sin consumir, como unos 9 meses, y ya después volví a empezar [...] pues me gustaba mucho estar en ese estado... Se supone que saliendo de ahí, se supone que yo tenía que ir a las juntas y todo, pero por ejemplo, a mí en lo particular, la atención que dan en los Centros de Atención de AA, a mí no me agrada, porque [...] con respecto a muchas cosas a mí no me gustaban porque sí ves varias cosas de que... Pues que despensas, de que se roban las cosas, de que entre los mismos integrantes de la agrupación hay pues relaciones y así, entonces hay muchas cosas que yo decía bueno, a mí me quieren regañar porque digo cualquier cosa mientras que la acción que ellos están haciendo es más grande... Entonces a mí la verdad, esa atención no me agradaba, y dejé de ir y empecé a tomar un poco y después empecé a consumir marihuana otra vez... Pero como mi mamá se dio cuenta, me mandó a unos Centros de Integración Juvenil [...] fui muy poquito tiempo porque yo le decía a mi mamá que yo lo quería dejar por mí misma, no por estar asistiendo a alguna institución o alguna de esas cosas y dejé de ir.

En el recuento de su experiencia, el personaje identificó varios cambios. A saber, el inicio se caracterizó por el consumo de cocaína o de ésta en combinación con alcohol. Más tarde, cuando entretendió relaciones con usuarios asiduos al activo y la marihuana, su consumo se centró en este tipo de sustancias. Después de la experiencia del anexo, su ingesta dio un giro preferente hacia el alcohol.

...Yo las primeras veces cuando probé la cocaína, en ese tiempo nada más tomaba o sí la combinaba con alcohol. Después, cuando te digo que me empecé a juntar con otras personas que eran diferentes gustos hacia la

droga, ya era cosa de consumir marihuana y activo. En ese tiempo yo no tomaba, o sea, nada más era drogadicción, y ya después de que me anexaron sí ya empecé a consumir más el alcohol, o sea, como que sustituí la droga por el alcohol...

En el relato, hubo también momentos de experimentación con la combinación de sustancias que derivaron en episodios desagradables pero no por los efectos de las drogas, sino porque al perder la conciencia por el exceso de la ingesta, se vio sometida a experiencias de abuso sexual que la han lastimado hondamente.

...Una vez que hice una combinación de esas, de alcohol con jarabe, sí tuve una muy mala una experiencia, pero fue así como ya agresión sexual de que me acuerdo que fue un 15 de septiembre [...] me tomé la mitad de un jarabe y estuve tomando toda la noche alcohol y ya de repente no me acuerdo cómo llegamos a un taller, y nos quedamos a dormir ahí entonces cuando me desperté me di cuenta que tenía el pantalón desabrochado, este... desfajada, el brassier, y ya, y o sea, pero como estaba cruda, ni siquiera lloré ni nada, nada más le dije a mi amiga ¿Qué pasó? Pus... ¡Ve como estoy! Y me dice no, pues ¿Quién sabe? Porque ella también se había puesto así, pues ¿Quién sabe? Pero ¿Sabes qué? Ahorita está habiendo un problema ¡Vámonos! [...] entonces yo me quedé con eso, yo ya no supe ni qué pasó ni nada, ni quise preguntar...

Para Isabel, su condición de mujer representa una desventaja para llevar a cabo la intoxicación porque los hombres, incluso sus amigos, al verla bajo los efectos de las drogas, han intentado o han consumado la agresión sexual más de una vez.

...Ellos como hombres pues... Pero como mujer sí hay más desventaja porque yo por ejemplo, tuve muchas malas experiencias con drogas y alcohol, de que si yo estaba cotorreando con quesque con la banda, entre comillas, pues habían incidentes de que te quedas dormida y te quieren manosear, o sea, me pasó eso como tres veces, y con los que según eran mis mejores amigos.

Dentro de las escenas que Isabel describió, aludió también a los avances y retrocesos que durante su consumo tuvieron lugar con relación a su vida académica. Así, logró concluir la secundaria, el bachillerato e incluso encontrarse a la espera de la respuesta de la universidad para continuar estudiando su licenciatura a pesar de que durante este tiempo se involucró con el uso de drogas.

En este lapso tuvo lugar una serie de acontecimientos que complicaron el curso de la historia vinculadas unas a su propio consumo, otras a la relación con sus padres y otras al propio medio escolar, que el personaje logró vencer posicionándose como heroína del relato. Esta figura se enfatizó cuando por cuenta propia decidió disminuir su consumo con el fin de lograr sus aspiraciones.

A lo largo del relato, continuaron presentándose eventos como el embarazo, que se articularon en torno al uso de drogas como conflictiva central de su trayectoria, y que de acuerdo con su resolución narrativa, dieron un giro a su historia marcando puntos de inflexión para llegar a resignificar la propia experiencia.

...Para esto, entre toda mi drogadicción, hice mi secundaria en cuatro años. Después, entré al bachillerato, iba bien y todo pero fue cuando me anexaron... Como en la prepa en la que iba era particular, me dijo mi papá ¿Sabes qué? Yo no te voy a pagar tu última colegiatura, yo te lo advertí y pues ni modo, y no la pagó. Entonces en la escuela se quedaron con mi certificado porque mi mamá y yo no teníamos para pagar la colegiatura, para que me entregaran el certificado, entonces este... Tengo un cuñado que trabaja en la SEP [...] Ya me lo dieron, después presenté mi examen para entrar a la prepa, me quedé, y en ese tiempo yo creo que también lo que me ayudó un poco a dejar las drogas y consumir menos alcohol fue así como que... Pues ideológicamente, como que yo quería otras cosas, entonces... Pues no, yo no puedo hacerlos si estoy consumiendo esto y esto y... ya hice mi prepa en tres años, en ese transcurso tuve a mi hijo...

6.4.3. Un camino truncado

Isabel tuvo un embarazo no deseado. En ese entonces, aún se encontraba en un vaivén en relación al uso de sustancias. Aunque resistió de usar drogas durante la gestación, luchó con el antojo, particularmente, de alcohol. Al nacer su hijo, retomó de manera ocasional el uso de algunas sustancias, cuyo consumo se veía reforzado por los amigos que solían intoxicarse. En el relato, una especie de anestesia fue aludida para no hacer conciente la culpa que disfrazaba con los efectos de las drogas.

...Cuando yo me embaracé yo vi a mi hijo como que llegó a truncar todos mis planes, porque por ejemplo, yo quería estudiar letras alemanas, y ahorita que me quise meter, pues ya no hay abiertas, y ahorita pues no puedo dejar de trabajar porque tengo que estar pues solventándole sus gastos, todo eso, y como que sí, al principio como que sí lamentaba su existencia, decía ¡Ay! ¡No! Pero ¿Por qué? O así, y ya después empecé a salir pero yo creo por lo mismo de que no tenía una estabilidad mental tomaba, y... Pues como con todos los que me junto, bueno, la mayoría se droga, pus consumía ¿No? Que activo, que de repente mota y así, y eso fue como unos tres meses de cuando ya tenía a mi hijo y todo pero no llegaba un momento ni siquiera en el que me remordiera la conciencia, o sea, yo sabía que estaba haciendo algún daño, no a él pero o sea, no me sentía mal yo o me hacía para no sentirme.

En cuanto a su nueva posición como madre, Isabel transitó por un proceso de aceptación que fue difícil asumir, según lo describe. En este lapso reincidió en un consumo frecuente de alcohol para evadir su maternidad. Sin embargo, un

reposicionamiento subjetivo se estaba suscitando en el personaje, que resolvió acudiendo al psicólogo por cuenta propia y ya no bajo presión de su madre.

En ese tiempo, pus se puede decir me agarré la fiesta porque... Estaba trabajando de demostradora y me iba bien, entonces por ejemplo, yo cumplía con comprarle sus cosas a mi hijo y ya lo demás hacía lo que quería con ello y este pus sí me gastaba gran parte en alcohol, ya no era tanto, en drogas no, en alcohol entonces, ya empecé a ir al psicólogo.

La vida de su hijo fue referida como un evento que marcó un antes y un después en la trayectoria del consumo de drogas de Isabel. Este evento constituyó un punto de inflexión en su historia, porque a partir de su maternidad, el personaje con un aire de nostalgia se imaginaba en una vida en estado alcoholizado de no ser porque se convirtió en madre.

...Ahorita que lo veo, o sea, sí, yo hasta ahorita lo digo, si no hubiera tenido a mi chavito, yo creo que yo me hubiera llevado esa vida, igual y no tanto de drogadicción, porque por ejemplo, ya cuando dejé de consumir droga, usaba mucho el alcohol, pero sí, todavía así como que lo digo y me acuerdo, y digo yo sí hubiera podido llevarme esa vida o morir alcoholizada...

6.4.4. La ayuda de los otros

A partir de su proceso terapéutico, Isabel logró —no sin dificultades— disminuir su consumo de alcohol y de otras drogas. Luego de reconocer la propia resistencia para abordar el tema de su consumo, atribuyó a la terapia haber disminuido su ingesta e incluso haber perdido cierto gusto por el alcohol. La siguiente cita despliega el modo en que su relación con las drogas fue transformándose en esta etapa de su trayectoria:

...Empecé a ir al psicólogo, pero por ejemplo, al principio cuando él me quería hablar de la droga y el alcohol, yo lo evadía, le empezaba a platicar otras cosas pero de repente, eso fue lo que me ayudó porque por ejemplo ahorita, antes me salía viernes, sábado y domingo y tomaba, teniendo a mi hijo ¿No? Y ahorita ya no, o sea, tomo nada más los sábados y eso... Como dos caguamas y ya me emborracho rápido y aparte de que ya no me agrada tanto su sabor, y de droga pus ¿Qué será? Pus desde que voy al psicólogo, yo creo, lo he hecho nada más como tres veces.

Ante el consumo de drogas planteado por el psicólogo no como una práctica a realizar o no, sino como una cuestión de límites consigo misma, Isabel se propuso una serie de pruebas en términos de cuánta droga necesitaba y cuánto podía dejar de consumir.

...Me dijo ¿Sabes qué? Pues es que puedes tomar ¿No? El problema es cuando no puedes parar de tomar y como que empecé a ponerme que mis

pruebas ¿Puedo parar o no puedo parar? Porque luego yo sí como que sí me la creía de que sí de a de veras necesitaba algo de eso aunque a mí no me gustara, pero sí me empecé a poner las pruebas, y iba contando no pues un fin de semana ya no tomé o sea, ya no estoy tomando tanto y así, hasta ahorita, de que, pus no, ya tiene como... Ahorita tiene como... 15 días que no he tomado y ni he probado ni una gota de alcohol, pero... Ya cuando las tomo, o sea, es muy poco...

No obstante que concurrió con irregularidad a su tratamiento terapéutico, el personaje adjudicaba a éste el creciente desinterés por el uso de sustancias y con ello, una sensación de bienestar que la motivaba para relacionarse de manera más satisfactoria con su hijo.

...Ha sido por tiempos espaciados porque de repente no puedo acudir ya sea por el dinero o porque se me cruzó alguna otra cosa; por ejemplo, ahorita que ya quiero ir cada ocho días luego se me cruzan cosas que mi hijo o así pero... Por ejemplo, yo lo que, en mi experiencia, lo que he visto es que cuando me siento así bien mentalmente, emocionalmente, no tengo así como pus ganas de ponerme hasta atrás, nada, así, y últimamente que he estado que consumiendo menor cantidad, me he sentido mejor y con más energía como para estar con mi hijo.

Es así que el personaje se refirió a un paulatino alejamiento del consumo de drogas, que de acuerdo con el relato, estuvo mediado por la intervención de otras personas. El siguiente fragmento muestra cómo comenzó la disminución de su consumo:

...Yo decidí dejarlas... Fue en parte porque... Cuando yo conocí al que es el papá de mi hijo, él criticaba mucho a los marihuanos, que porque decía que era como una moda el fumar marihuana porque ya todos fumaban, que nada más les interesaba eso, que nada más se compartía eso, entonces yo o sea, pues en parte como que empecé a ver por qué él decía eso. Y ya después, dije bueno, sí es cierto, a lo mejor lo hacen por pertenecer a un grupo, o porque sí ¿No? Porque en realidad ya casi todos usan esa droga ¿No? La marihuana. Y de ahí la empecé a dejar de fumar...

En lo que respecta al alcohol, Isabel tuvo más dificultades para renunciar a su uso de forma definitiva. En este proceso, la primera situación que disminuyó su consumo fue el embarazo. Posteriormente, la intervención de su actual pareja —que no lo era en ese entonces, quien la cuestionaba sobre su ingesta y la responsabilidad de su hijo. La entrevistada era susceptible a esta crítica porque había algo de ella que se asociaba con su propia historia, como lo ilustra este párrafo:

...Y el alcohol fue más bien porque me embaracé, por eso lo dejé ¿No? Y lo dejé hasta como cuando mi hijo tenía unos 5, 6 meses, ya como yo no le daba pecho, empecé a tomar, y también fíjate que me acuerdo que por ejemplo, yo cuando estaba borracha, mi pareja actual él me decía oye ¿Qué no te importa tu hijo o qué? Y a mí eso, o sea, me decía y me dolía, pero yo decía ¿Sabes qué? Es mi problema y a ti ¿Qué te importa? Yo

sabía que le estaba haciendo un daño, o sea, eso yo lo sé, por lo que yo pasé en mi infancia ¿No? Que por ejemplo, mi papá era alcohólico y drogadicto, pero o sea, yo nunca los vi juntos, sino siempre estuvieron separados, y aparte más bien a mí me afectó su drogadicción y su alcoholismo en el aspecto de que mi papá quedó en un punto tan mal que no retenía, o sea, se le iba el avión, entonces no retenía las cosas y yo me acuerdo mucho que yo siempre me quedaba de ver con mi papá y no llegaba y mi mamá siempre me decía entiéndelo ¡Está enfermo! Pero yo decía pero enfermo de ¿Qué o qué? O sea, y pus ahorita ya lo entiendo ¿No? De que por qué estaba así, entonces a mí eso fue lo que me afectó de mi papá... Ya cuando yo lo vuelvo a vivir con mi hijo, pus yo ya sé más o menos lo que se siente y a mí eso no me agradaba, pero más sin embargo, había algo que no sé, que yo sabía que le hacía daño pero que me jalaba y no podía dejar de tomar, ya después de que empecé a ir a mis terapias y eso, ya dejé de tomar, y por ejemplo, ahorita que ya casi no tomo, que ya con, no sé, me tomo dos caguamas y ya me pongo bien borracha y he bajado el consumo de alcohol pero... Como que ha aumentado el antojo por lo dulce... Y por ejemplo, también lo que pude aprender es que yo sí tenía igual y las ganas de dejarlo ¿No? Pero yo no quería estar dependiendo de algo, de algún grupo o cosas así ¡No!

Luego de reconocer la forma como intervinieron otros significativos en su proceso para dejar el consumo de drogas, Isabel se posicionó nuevamente como figura activa y protagonista del relato, tras asumir su propia responsabilidad para cambiar el rumbo de su historia. Este ejercicio de sí representó una posición subjetiva distinta a la que había tomado con anterioridad para enfrentar su consumo, su maternidad y la relación con su madre.

...A partir de ahí dije bueno también ¿Qué voy a hacer yo? Yo misma porque mi mamá no tomara esa decisión de anexarme o de presionarme para acudir a algún grupo y más que nada porque cuando tú tienes un bebé y eres alcohólica o adicta y la familia te ayuda cuando aprecian al bebé, hay mucha presión y se sienten dueños del hijo [...] y yo no estoy de acuerdo en eso porque una cosa es que te ayuden y otra cosa es... Tu bebé, no de ellos, y entonces yo siento que a mi mamá también le está dando por ese lado, y yo digo bueno pus... Tengo que hacer algo ¿No? Por cambiarlo, si no quiero estar en eso, yo lo voy a hacer.

6.4.5. Un cambio de perspectiva

En este episodio, el personaje desplegó el modo en que cambió su perspectiva con respecto a la manera en general de enfrentar la vida. En cuanto al consumo de drogas, Isabel desplazó la importancia que éste tenía para hacer o dejar de hacer otras cosas por mantenerse en un estado de intoxicación. Del mismo modo, comenzó a considerar que su maternidad no implicaba renunciar a su individualidad, a tener una profesión, a su trabajo, a la posibilidad de tener una pareja; y con ello a revalorar la

existencia de su hijo. Así mismo, el consumo de drogas dejó de ser considerado como un requisito de la vida social. Esta posición le generó un estado de tranquilidad.

Y yo dije bueno pues si lo dejo de consumir o no lo consumo, no voy a dejar de hacer algo por no consumir una droga o un alcohol, también lo que te digo del niño de que yo decía este... ¡Ay! Pero es que ya no voy a poder hacer tal... Porque ya soy mamá... Pero pus yo sé que él no tiene la culpa, que digo ¡Ay! A él no le cruza sí ni siquiera por la mente, digo ¡Ay! Solamente es un niño que este... Que... Pus igual depende de mí, entonces ahorita ya puedo separar que soy mamá y que puedo trabajar y que puedo tener una pareja pero todo con su respectivo tiempo, que no quiero hacer todo al mismo tiempo.... No. Y también pues es lo que me tranquiliza ¿No? De que bueno, soy mamá pero... No por eso dejé de salir, igual y también salgo pero no es necesario que tome...

En lo que toca a su maternidad, ésta le planteó una serie de ajustes entre los cuales el consumo de drogas ocupó un lugar importante. El estado de anestesia con el que solía posicionarse frente al mundo fue desplazado por un modo conciente de dirimir las situaciones que aun la lastimaban sin los efectos de las sustancias. Ante ello, el personaje adoptó una serie de estrategias de evasión que consideraba no le implicaban un daño pero sí le permitían fugarse de la realidad aunque de manera efímera. Así mismo, la presencia de otros que no eran usuarios de drogas comenzaron siendo significativos para Isabel como lo describe a continuación:

...También ya soy mamá... Yo antes, no sé, en el círculo en el que yo me envuelvo y todo eso, como que... Yo no quería tener hijos ¿No? O si los quería tener eran de tal forma pero eso es lo que tú piensas pero ya teniendo hijos como que te cambia toda la perspectiva, aunque... Creas mucho igual en un ideal, ya siendo madre como que sí te cambia, a mí sí me ha cambiado mucho, y aparte... Pues por ejemplo, yo también decidí pues dejarlas por el bebé y aparte porque... Empecé a ver que hay cosas más interesantes ¿No? Que a lo mejor y me pueden drogar pero de una manera sana, no necesariamente afectando mi cuerpo ni sintiéndome como que te atontas mucho ya con eso y como cuando combinas todas las drogas, sí llega un momento en el que estás pus todo idiota, entonces como que si hay otras cosas pero sin hacer daño a tu cuerpo... Yo he visto, así como leyendo, el cine, el teatro, aparte porque me gusta... Yo creo que esa ¿No? Igual y también puede ser tu escapatoria porque yo sí lo he visto porque he visto que muchos compañeros que tienen problemas igual en su casa y todo, más sin embargo no han recurrido a las drogas pero sí se refugian mucho en los libros, o sea, en el estudio, y yo creo que esa también sería una manera sana, porque al fin y al cabo igual y te estás escapando un poquito de tu realidad ¿No?

Las marcas que dejaron las experiencias de violencia sexual y la intranquilidad de poder ser una vez más objeto de abuso contribuyeron también a revalorar la experiencia del consumo, no en términos de los efectos de las sustancias *per se* sino

de la probabilidad de abuso sexual dada la compañía con quien realizaba la práctica de la intoxicación.

...Yo sí quedé marcada por mis malas experiencias de que tuve con, o sea ya drogada y alcoholizada, de que me querían manosear, de que lo llegaron a hacer ¿No? Entonces por eso nunca, no había podido tener así una relación con confianza y con amor y aparte, a mí de que me pasó eso, de mis malas experiencias, cuando me llegaba a quedar que con amigos y amigas, yo luego ya no me dormía, prefería quedarme ¡Despierta! Toda la noche que dormirme [...] más bien ahí ya empecé como que a ver con el que podía, con quién podía de a de veras cotorrear y con quién no, como que eso a lo mejor también influyó mucho a que yo cambiara y que dijera bueno, esto sí vale la pena, esto no vale la pena, y empecé a darle el valor a algunas cosas y a otras se las quité al 100%.

Un cambio de perspectiva configuró una realidad distinta a la que percibía cuando usaba drogas. Isabel se miró en el espejo de aquellos que consumen sustancias a costa de otros y ello la llevó a resignificar la indiferencia con la que respondía a la preocupación que su madre mostraba cuando ella utilizaba drogas. Si bien Isabel nunca cometió robos para suministrarse las sustancias que consumía, en su presente revaloró la relación madre-hija bajo su propia experiencia de maternidad. De la resignificación de la experiencia también comenzó a dibujarse un rechazo hacia los usuarios de drogas.

...Ya no es lo mismo que antes porque por ejemplo, cuando veo a ciertas personas me da mucho coraje porque quieren vivir a costa de los demás y cuando veo que le roban a sus mamás para drogarse ¡Me da un coraje! Porque digo ¡Ay! ¡No inventes! Yo nunca lo llegué a hacer, pero por ejemplo, en mi caso, mi mamá siempre trabajó y como que para mí... Ahorita a lo mejor es por mi experiencia de que yo he vivido de que casi casi soy mamá soltera, una mujer que trabaja y que saca adelante a sus hijos vale mucho y por ejemplo, ahorita ya veo así como que digo ¡Chín! Mi mamá trabajaba y todo eso, y aparte de que ya está grande y yo la veía llorando y triste porque en ese tiempo luego luego se veía su semblante triste y a mí no me importaba, entonces te digo que a la mejor es como un reflejo de que ahora veo a esas personas y me da mucho coraje, o sea, no las tolero, no tanto coraje pero se me hace muy como fastidioso y tonto...

De haber aparecido en su imaginario como figuras enigmáticas que atrapaban su atención, en un nuevo contexto de significados Isabel comenzó a referirse a los usuarios de drogas con cierto aire de aversión. Si bien la resignificación de la experiencia no implicó la construcción de una realidad “bonita”, el uso de drogas fue desplazado como alternativa para posicionarse frente a ésta según lo refiere a continuación:

...Tengo muchos amigos que consumen marihuana, y los veo y me dan mucha pero mucha flojera, como que digo ¡Ay! No, o sea, no digo que la vida sea bonita pero digo que hay cosas más interesantes que hacer como para que te pases toda la vida bajo el efecto del alcohol o de la drogadicción...

Tras llevar a cabo otro tipo de actividades de recreación que resultaron significativas para la entrevistada, ésta enfrentó formas de presión social por haberse alejado del consumo. Mientras que para los usuarios de drogas de los que se rodeaba, este proceso de resignificación representaba una especie de sumisión a los valores convencionales, Isabel estimó de manera positiva la oportunidad de percatarse de otra realidad; una realidad en la que la construcción de relaciones interpersonales duraderas y profundas se convirtió en uno de sus propósitos y sus triunfos. Si bien este cambio en la experiencia le implicó la pérdida de otras relaciones, el personaje consideró sentirse lo suficientemente fortalecida para seguir adelante.

...A mí ahorita ya me llenan cosas diferentes, a mí me gusta ir al cine, o ponerme a leer, cosas así, entonces eso es lo que ellos hacen luego burla ¿No? De que dicen que ya me reformé, y que no sé qué, entonces eso es lo que a mí me molesta, o sea, sí hubo un cambio pero yo siento que... Ideológicamente fue para bien, no para mal, o sea, yo pude ya percatarme de otras cosas y... O sea, cambié en el aspecto de que empecé a buscar amigos, o sea, relaciones, pero que valieran la pena, o sea, que no nada más que nos uniera una cerveza, no, sino que... Hubiera un cariño igual y una hermandad ¡Eso fue! Sí, y también perdí amigos que yo apreciaba pero así por tonterías, pero pus ni modo ¿No? O sea, también con ellos y sin ellos puedo salir adelante.

A la pérdida de sentido del consumo de drogas, se añadió la desvaloración de los efectos de las drogas sobre sí, cuyo reconocimiento apareció como estrategia que operó el personaje para actualizar la disminución de su consumo.

El otro día fue como dos caguamas y con eso ya me sentía mal, y aparte por ejemplo, a veces es el agotamiento físico que tengo al otro día ¿No? Y que me duele la cabeza, y siento que todo se me mueve y siento que me pesa la cabeza y eso no me gusta, entonces ya por eso dije, no mejor, ya me está haciendo mal, mejor ya lo dejo, y así le he estado haciendo.

Si bien Isabel continuó denotando un modo de insatisfacción generalizada ante la sociedad, a diferencia de los que se drogan como un mecanismo de evasión frente a su inconformidad, la resolución narrativa planteada fue que el consumo de sustancias dejó de ser la alternativa para enfrentarse y enfrentar la realidad. En consonancia, la configuración de su experiencia puede plantearse en términos de rescatar aquello que la vida ofrece y que provee de un sentimiento de bienestar, como ilusión, si se quiere, pero al menos no dada por los efectos de la intoxicación.

...Yo siento que con las personas con las que me junto, estamos demasiado insatisfechas con este mundo o con la sociedad, entonces por ejemplo, luego me pongo a pensar, y digo, drogados y borrachos ni vamos a tener la energía, ni vamos a tener la capacidad mental como para poder afrontar el mundo que a nosotros nos espera, por ejemplo, yo podré educar a mi hijo y pues también como que no, no hay así como que una lógica que dices, bueno, estoy insatisfecho con eso, pero ¿Qué hago por cambiarlo? Entonces como que, pues me da hueva quedarme así como que siempre en el avión nada más, por drogas o alcohol sin hacer nada, ya no me gusta, ya me aburre, entonces ya también por eso lo dejé y siempre es lo mismo y de eso siempre va a haber mucho, y a la mejor y por ejemplo, yo sé que... Pues muchos estamos pues... No nos agrada igual al 100% como es la vida ¿No? Pero pues también sí tienes sus cosas buenas, entonces por ejemplo, esas cosas buenas que te gusta hacer, pues tratar de rescatarlas ¿No? Y hacer lo que te guste pero ya sin necesidad de una droga o del alcohol o depender de ello y tampoco necesitamos ser... Una droga para estar felices o contentos, porque siempre briagos se expresan cuánto se quieren pero ya no están pedos y ya se ponen ahí a pelear... Entonces es lo que ya no me agrada.

Por otra parte, al posicionarse en un lugar subjetivo distinto, el personaje estableció una relación de pareja con cierta estabilidad que disfrutaba y que al mismo tiempo que la descubría, se descubría a sí con la capacidad de sostenerla. En su imaginario, un ejercicio de limpieza de sí fue el disparador de la construcción de nuevas formas de relacionarse con los otros, con ella misma y con el vínculo que había formado con las drogas. La sensación de control sobre su consumo de sustancias se convirtió en la motivación para seguir cambiando.

...Yo creo que hasta ahorita [...] estoy gozando de una pareja porque antes no, pues no, era así como de unos meses y que de repente nada más nos hablábamos y así, pero ahorita ya, ahora sí ya puedo, y a lo mejor también no se lo atribuyo tanto al hecho de que haya disminuido las drogas, sino... Por otras cosas, de que pues ya empiezo como a limpiarme internamente de tantas cosas y que ahorita ya puedo estar estable... El empezar a limpiarme, me ayudó a dejarlas, a mí no me pasó primero de que... ¿Sí? Así, igual al dejar el uso del alcohol... Y hasta como que me da hasta más armas para poder salir adelante, el dejar de consumirlas.

6.4.6. Un proyecto en marcha

En el discurso de Isabel fue notorio un cambio de significados respecto al uso de drogas, sin embargo, en la práctica aún tenía episodios de consumo a pesar de que su proyecto era alejarse por completo del ejercicio de la intoxicación.

El consumo más reciente lo tuvo con el uso de activo —droga que había connotado como su debilidad— apenas 20 días antes de la entrevista. A pesar de que consumió,

la experiencia sufrió cambios. Esta vez lo que subrayó fue el desagrado que le dejaron las secuelas de la intoxicación que describe como sigue:

...El activo lo consumí hace como 20 días, pero también eso quiero dejarlo, no me agrada al otro día estar cruda y sentir la pesadez del cerebro y estar cuidando a mi hijo... O sea, me muevo y lo siento bien pesado como si tuviera una piedra adentro, eso es lo que no me gusta y tampoco me gusta verme en ese estado cuidando a mi hijo o dedicándole tiempo...

Los efectos experimentados con el alcohol también fueron presa de cambios de significados, los cuales a su vez, bajo una mirada retrospectiva analizaba en función del daño que ha provocado una trayectoria de ocho años de intoxicación.

En el relato apareció la conciencia corporal de un modo nítido en cuanto a los efectos negativos de las sustancias. Conciencia de sí al percatarse de la disminución de su resistencia, de la presencia del olvido, de síntomas desagradables. Conciencia de sí que configuró una subjetividad en proceso de reconstrucción, de trabajo elaborativo de la propia experiencia que se perfiló a través de un juego de afirmaciones y contradicciones entre los discursos y las prácticas. Así, el personaje asoció la dosis de consumo a la vida emocional, de lo cual se desprende que en un estado de tranquilidad tenía un mejor manejo de la cantidad y la frecuencia con la que consumía.

...Ya son como 8 años los que me drogué y todo eso pero yo siento que como que sí hubo no sé si mucho o poco daño porque por ejemplo ahorita tomo dos caguamas y al otro día me siento muy mal, [...] y antes cuando consumía marihuana, se me olvidaban mucho las cosas. Hubo una temporada que me pasó eso, que sí se me olvidaban mucho las cosas y yo creo que sí es una consecuencia del efecto que me provoca ahora la cruda... A lo mejor alguna parte de mi cuerpo ya está dañada, ya no tiene esa resistencia como antes, y aparte... No sé, a lo mejor está enlazado a mi estado emocional porque por ejemplo antes tomaba y tomaba y quería seguir tomando... De ley viernes, sábado y domingo, y ahorita ya lo más que lo consumo es nada más los sábados puro alcohol y a veces activo...

El tiempo del relato apuntó hacia una visión prospectiva en la que a Isabel le pareció significativo el daño orgánico del consumo de drogas y el hecho de que el estado de intoxicación misma, le impidiera cumplir con sus aspiraciones y expectativas; entre las cuales se encontraba el deseo de estudiar una profesión y brindar una mejor educación a su hijo.

...Pero lo que también yo decía llegar así como a los treinta y tantos, cuarenta y estar ya jodido del riñón, del hígado, todo eso ¡No! Eso sí como que no me gustaría pero o sea, empecé a pensar en eso ya hace como un año, o sea, ya cuando nada más casi consumía alcohol, y aparte porque... Pues quiero hacer otras cosas, no nada más eso, entonces pues si estoy en ese estado, no voy a poder... Mi intención no es tanto... Estudiarla para

de eso mantenerme, sino estudiarla para poder darle algo mejor a mi hijo y porque por ejemplo, en sí económico pues lo voy a solventar por el trabajo y por los planes que tengo.

Al revalorar su experiencia, Isabel no dejaba de vislumbrar su futuro. En principio, bajo el reconocimiento de los acontecimientos que han configurado su identidad y la dificultad para cambiar su historia de manera radical. Isabel ya había asumido el estigma tras señalar su origen como un lugar de “relaciones destructivas” y por consiguiente, haber caído en el consumo de drogas. No obstante, el personaje enunció su relato en pleno proceso de reconstrucción de sí, de hacer coexistir su propia individualidad con su maternidad, su consumo de drogas con su sobriedad y su propia historia con la posibilidad de cambiarla siendo ella misma.

...Somos personas que venimos o sea, de relaciones destructivas, hogares violentos, separaciones, o sea, todas esas cosas como que sí influyen ¿No? En... A un futuro de que a lo mejor... Pues sí, la mayoría, siempre así como que la infancia de todas las personas, como que queda muy marcado ¿No? A un futuro, porque casi la mayoría de hogares que vienen de que viven problemas de violencia intrafamiliar, relaciones destructivas, abandonos, siempre queda así marcado en la personalidad de uno ¿No? Entonces yo creo que tiene mucho que ver... Pero... Por ejemplo, yo en mi caso, también es difícil cambiarlo, porque este... Pues a pesar de que te das cuenta de ello, ya cuando tienes un bebé, es muy difícil poder cambiar los patrones, no es imposible pero... Sí se puede hacer pero sí cuesta mucho trabajo, como que cambiar toda la historia ¿No? Darle un giro de 360°, y en mi caso es lo que me está costando trabajo.

6.4.7. Epílogo

El relato de Isabel puntuó una serie de registros subjetivos vinculados a la vida familiar que dieron forma al devenir de su historia. En la primera secuencia, despliega las condiciones en las que se configuró su familia y la manera en que este núcleo relacional marcó su lugar en el mundo. Lugar de vulnerabilidad situada entre opuestos desde la conformación de la pareja de sus padres por los contrastes de edad, estatus y clase social, y más tarde por el modo de vida que llevó con cada uno.

Con la madre, el recuerdo de una relación tensa que se agravó a partir del consumo de drogas y más tarde, por la definición del papel de cada una con respecto a la crianza y el cuidado del hijo de Isabel. La relación con el padre por su parte, emergió no de los acontecimientos cotidianos —como ocurre con la madre— sino del núcleo central de su biografía, es decir, de la relación que el padre estableció hacia Isabel como hija que desconoció frente a la familia a la que le dio reconocimiento social y legitimidad. La violencia ejercida por el padre se inscribió en una subjetividad hallada

en un cuerpo que tenía que invisibilizarse en aras de ocultar su propia existencia ante quienes gozaban de legitimidad y bienestar económico a diferencia de Isabel y su madre.

La presentación familiar funge así como la marcación de las coordenadas de la existencia al dar cuenta de quién es, de dónde viene y cómo ha sido la vida del personaje. Al presentarse, Isabel hace una historicidad de los registros subjetivo-corporales en la imagen de sí que fueron significados con sentimientos de inferioridad e insatisfacción y que delinearon su posición frente a sí y frente al mundo.

En el primer núcleo narrativo, además de la atmósfera lastimera y del efecto traumático con que Isabel reviste el relato de su infancia, emergió la significación de un cuerpo que por su constitución física gruesa es motivo de desvaloración del sujeto de sí mismo, al ser evaluado bajo el parámetro de los cánones hegemónicos de belleza y de prestigio social improntados en otros cuerpos. Identidad comprimida y reducida al sobrenombre “gorda” que representaba no sólo una figura con ciertas características, sino la serie de significaciones asociadas al espacio subjetivo de la imagen de sí como cuerpo invisibilizado cuya existencia era negada.

En este episodio, la experiencia es construida a partir de una serie dicotómica de atributos asociados a sus padres como juventud/vejez, empleado/patrón, pobreza/solvencia económica; y a la propia existencia, reconocida/negada, legítima/ilegítima, gordura/delgadez, bonita/fea, superior/inferior. En esta serie de oposiciones el deseo de Isabel es desenmarañar la identidad simbólica otorgada por el padre y al mismo tiempo, tener la capacidad para poder transformarla. Esto es de singular importancia porque el personaje, si bien construye un relato de dolor ante las circunstancias experimentadas en la vida familiar, más que presentarse como víctima de un destino ominoso, lo que hace es tomar una postura crítica y de inconformidad, incluso se muestra contestataria y cuestiona la supuesta autoridad del padre restituyéndose frente a él.

Tras la caracterización de su vida familiar a través de una serie de indicios que connotaban una atmósfera opresiva, principalmente en relación con el padre, la posición subjetiva del personaje se articula con el tema de la trayectoria con el uso de drogas, que en principio es significado como una fuga, una escapatoria a una realidad difícil de sobrellevar en estado de sobriedad. Así, la segunda secuencia se teje alrededor del deseo de abstraerse aunque de manera efímera de un contexto donde es excluida y discriminada por las condiciones que conformaron su existencia. El uso

de drogas apareció significado como una alternativa para sobrellevar la relación con sus padres. Sin embargo, esta conclusión sólo es posible después de un proceso de resignificación.

El relato de la experimentación con las drogas fue construido de manera lineal y cronológica; comienza por una plana descripción del contacto con la cocaína y sin mayor relevancia que la de atreverse a incursionar en un espacio de transgresión de la normatividad hegemónica para los usos del cuerpo. El personaje transita sin embargo, de una ingesta irregular de cocaína a un consumo cada vez más frecuente de activo y marihuana estimulado por los otros significativos también usuarios de este tipo de drogas, reflejando a su vez una permisividad cada vez más laxa para rebasar los límites familiares y sociales. En el relato es posible identificar una relación dinámica entre el personaje y las drogas, mediada por la intervención de otros que influyeron en su consumo. Así, el activo se convirtió en la sustancia ante la que se sentía débil, cuyo consumo lo llevaba a cabo de forma grupal. La construcción experiencial es dotada de un cuadro de sensaciones —unas vagas, otras más precisas— que llena el espacio narrativo dedicado a las drogas.

En su trayectoria, Isabel transitó también por episodios de exceso y de diversificación de las sustancias que ingería. En este segmento, los indicios ofrecen una lectura en la que es factible detectar una percepción de control del personaje de sí mismo frente a su consumo, donde a pesar de que su ingesta tendía a incrementarse, no descuidaba sus actividades académicas. Hasta aquí y en relación con el uso de drogas, la entrevistada se definió en términos de llevar a cabo un consumo que no había sido problemático hasta el momento en que se desplegó una serie de controles sociales para regularlo. De este modo, los vecinos la denuncian frente a su madre, quien a su vez, emprende diversas estrategias en aras de controlar el comportamiento subversivo de su hija.

El cuerpo intoxicado apareció como el objeto de vigilancia y persecución, como el centro de la tensión entre la madre y la hija. La primera, que fungía como instancia de control, emprendió tácticas desde la restricción del dinero hasta medidas en las que involucró la intervención institucional. Así, en un ejercicio de autoridad materna somete al personaje a un tratamiento para disciplinar el cuerpo que había sobrepasado los límites aceptados del comportamiento. Aquí, el cuerpo ha de ser ocupado por el poder científico mediante un trabajo de asepsia del mismo cuerpo y la subjetividad.

Paradójicamente, emerge en Isabel una posición que invierte el poder al reforzar su postura ante la normatividad hegemónica cuestionando la farsa institucional que oculta sus propias fracturas; mientras que el consumo de drogas no sólo incrementa, sino que aparece significado como un medio de resistencia hasta que no se restituya al personaje de la credibilidad y la confianza para poder controlar por sí misma su consumo. El poder se desplaza y se invierte en el sujeto sobre sí mismo, en adelante, el personaje se hará cargo de sí y de su consumo.

En el relato es posible rastrear también elementos que reconstruyen la experiencia desde la inequidad de género. En este contexto, el personaje da cuenta de una serie de episodios de violencia y acoso sexual que tuvieron lugar por su condición de mujer bajo los efectos de la intoxicación. La naturalización del género aparece como la base sobre la que operan relaciones de poder ejecutadas sobre el cuerpo femenino que es tomado como campo en el que social e históricamente se ha podido ejecutar la violencia.

Alrededor del consumo de drogas como objeto narrativo central se desplegaron así una serie de acontecimientos que complicaron la historia y que constituyeron los medios y las condiciones para que al superarlas, el personaje se edificara como figura heroica de su propio relato tras una definición de sí como sujeto con aspiraciones y una mirada crítica ante la vida.

A partir de esta secuencia, el personaje articula de manera significativa su experiencia con el uso de drogas, su maternidad, su relación con los otros, la resignificación de la experiencia y un proyecto de vida en ciernes.

De este modo, en la tercera secuencia narrativa se despliega el tema del embarazo como uno de los principales acontecimientos que complicaron el curso de la historia. De acuerdo con una lectura de los indicios y la atmósfera del relato, el personaje entreteje este episodio con un dejo de nostalgia por su vida individual y su consumo de drogas. Isabel se convirtió en madre sin haberlo deseado y la maternidad apareció significada con rechazo al conformar un evento que frenó el curso que llevaba su vida académica y que implicaba la renuncia a su tiempo libre, sus gustos y aspiraciones.

Si bien en el periodo de embarazo el personaje permaneció en estado de abstinencia, y durante el cual venció el deseo por el alcohol, cuando su hijo nació retomó la ingesta asociándola con un efecto de anestesia de la vida emocional. Las drogas fueron consideradas como un medio de evasión de la realidad y el cuerpo como campo de acción a través del cual el sujeto se relaciona con el mundo.

Desde el punto de vista de la elaboración narrativa, el embarazo representa un punto de inflexión que no sólo delimita las distintas secuencias, sino que permite mostrar la nostalgia por la imagen de un modo de vida que no pudo ser. Al irrumpir este episodio el desarrollo de la historia, posibilita también un reposicionamiento subjetivo del personaje que habrá de superar los momentos de tensión en los que confluyen otros significativos.

Es así que en el cuarto núcleo experiencial referido a la ayuda que recibe de otros, el personaje despliega una serie de fuerzas coadyuvantes que intervinieron no sólo para aminorar su consumo de sustancias, sino para restituir la imagen de sí en función de la resolución de las complicaciones narrativas vinculadas con cada una de estas fuerzas. En esta secuencia, los acontecimientos se desarrollan alrededor de vínculos caracterizados por la autenticidad y el reconocimiento de Isabel como sujeto, *versus* los vínculos funestos que tenía con el padre y en ciertos momentos de crisis con la madre. En este recuento intervienen diversas figuras masculinas como el psicólogo, la pareja de aquel entonces y un amigo, en quienes encuentra el reconocimiento y la aceptación deseados y que en esa medida inciden sobre la disminución del consumo de drogas.

El aura reflexiva con la que se reviste el personaje deriva en una serie de ajustes y prácticas de sí como reflejo de la posición activa que vuelve a tomar en el relato como creadora de su propio destino. Este episodio posibilita que Isabel reconstruya su identidad a partir de una reconfiguración de sí como heroína del relato, donde comienza a insertarse a un mundo convencional en torno al consumo de drogas, la maternidad y la propia relación consigo misma en aras de evitar la reproducción de su historia de sufrimiento en su hijo y cambiar las condiciones de su propia existencia.

En el quinto núcleo narrativo se condensan los modos en que el sujeto se da a sí mismo como obra a realizar: el relato plantea nuevas formas de posicionamiento subjetivo a través de un proceso gradual de resignificación de la experiencia. Dicho proceso no está exento de fracturas y contradicciones, lo que hace es un ejercicio de construcción de sí. Subjetividad que se pone a prueba a través de nuevas formas de la relación que establece consigo misma y que se desplazan en la relación con los demás.

Esta construcción de sí comprendió una forma distinta de relacionarse con el uso de drogas, cuya meta fue disminuir el consumo. En este proceso los usuarios de drogas y la acción misma son resignificados: la imagen que al principio atrapó la atención del

personaje, se desquebrajó tras encontrar otro tipo de actividades con las cuales fugarse de la realidad sin la dimensión del daño orgánico y relacional que atribuyó al uso de drogas.

El significado de la maternidad por su parte, cambió al modificar la perspectiva ante sí misma en términos de asumir la dirección de su propio destino. De este modo, el personaje logró restituir el camino que sintió haber sido truncado por el embarazo. Ese camino ¿Ese cuerpo? Dividido, escindido, logró reintegrarse y la existencia de su hijo dejó de ser percibida como un acontecimiento que interrumpió la obra de sí misma. La maternidad dejó de ser significada como algo que le robó las ilusiones y las esperanzas; entonces el personaje retomó la obra que había dejado incompleta.

Isabel construye así una figura heroica con la que intenta restituir la marca opresiva y el lugar anulado que le otorgó el padre, haciéndose visible para los otros y para sí misma. Este episodio marca las pautas para las múltiples posibilidades del devenir del sujeto que se articulan en la sexta y última secuencia del relato.

En el último núcleo narrativo, se dibuja un proyecto que está en marcha. La búsqueda del personaje de un lugar marcado por el reconocimiento, la visibilidad y la aceptación, finalmente encuentran eco en la relación con el hijo, en la conformación de una pareja, en la resignificación de la relación con la madre, en la posibilidad de estudiar una carrera universitaria, en la relación que establece con el psicólogo y en el propio reconocimiento de sí que se ve reforzado por la diferenciación que hace con respecto a los usuarios tras un proceso paulatino de des-identificación de éstos y la gradual pérdida de sentido de la práctica de la intoxicación. Es de resaltar que la relación que establece con otro significativo, en este caso, la pareja y el psicólogo respectivamente, está dada por un lugar de reconocimiento, aceptación y orientación recíproca.

La secuencia reproduce el trabajo sobre sí misma y sus relaciones con los otros que realiza para adaptarse a las nuevas circunstancias de vida; proceso de ajuste que no está exento de contradicciones, avances y retrocesos y que implica prácticas mixtas de producción y transformación subjetiva y corporal. Las condiciones de opresión y desvaloración que se encarnaron en la imagen de sí desde su temprana infancia, encuentran un lugar de legitimación y reconocimiento de su lugar en el mundo para sí y para otros. En el relato, la transición entre los distintos lugares identitarios logró la reconstitución de sí en tanto que la articulación de los trayectos narrativos delineó un horizonte de construcción de posibilidades.

6.5. Diego

Diego tenía 18 años de edad, se encontraba soltero y estudiaba por segunda vez el último grado de bachillerato en una universidad pública. Aunque solía ir a la escuela, con frecuencia no asistía a clases. Los sábados trabajaba en un taller mecánico y en su tiempo libre se reunía con amigos para usar drogas.

El entrevistado vivía con sus padres y dos de sus cinco hermanas en una casa ubicada en los contornos de la ciudad. Era una familia de bajos recursos económicos, donde todos aportaban para solventar la vida, a excepción de Diego. Él era el hijo menor y sólo se encargaba de algunos de sus gastos porque su principal responsabilidad era la escuela.

En general, Diego evaluaba de manera positiva sus relaciones familiares. Se sentía querido y apoyado aunque experimentaba cierta presión porque su comportamiento era motivo de vigilancia y empeñosas preguntas que le hacían sentir enojo y frustración: su madre y su hermana mayor eran constantes en recordarle la importancia de concluir sus estudios, pero sobre todo, de evitar un embarazo. Para la familia, el uso de drogas no era un asunto de gran importancia. Su madre y su hermana sabían que de manera ocasional fumaba marihuana, más no lo consideraban como un problema de mayor escala. Lo que un día las intranquilizó fue descubrir que emanaba el olor de haber inhalado “activo”.

A raíz de ese acontecimiento, su hermana insistió para que acudiera a una terapia. Diego aceptó luego de varios intentos que hizo para convencerlo. La entrevista tuvo lugar así en un cubículo de la FES Iztacala, antes de que Diego comenzara un tratamiento terapéutico. De acuerdo con su relato, él no hubiera llegado por su propia voluntad. No obstante, se planteó la posibilidad de moderar su consumo, particularmente de la marihuana y el alcohol, en aras de concluir su bachillerato y establecer una relación de pareja.

Una lectura de los indicios del relato ha dejado entrever en Diego una figura narrativa con una postura ambivalente ante el mundo. El personaje proyectó una imagen de sí como un joven sociable y reservado a la vez. Usualmente se rodeaba de un círculo limitado de amigos cuya relación le era altamente significativa aunque fuente de conflicto también. Diego se identificaba con el grupo al tiempo luchaba para diferenciarse de ellos. La búsqueda de autenticidad no era sencilla de realizar porque le exigía apartarse de aquellos con quienes disfrutaba pasar el tiempo y compartir el uso de sustancias. Ellos mismos eran quienes le despertaban sentimientos de

inconformidad y ante quienes tenía que aceptar ciertas formas de relación con las que estaba en desacuerdo. El personaje se caracterizaba tanto por ser sensible al abuso de poder como por la violencia y la agresividad con las que lo identificaban bajo los efectos de las sustancias.

Como sujeto del relato, Diego transitaba por un periodo de confusión e incertidumbre entre lo que percibía, lo que deseaba y lo que sentía que debía hacer. La presentación de sí fue elaborada alrededor de un cuestionamiento a ciertas normas familiares, escolares y de interacción social. El personaje pensaba que dejarse guiar por los valores de la sociedad implicaba una renuncia a los placeres de vivir. Desde su perspectiva, el verdadero aprendizaje se encontraba en la vida y en las calles y no en las aulas escolares. Al mismo tiempo, mostraba interés por ciertos valores sociales convencionales como la formación de una pareja, la obtención de logros académicos, laborales y económicos como símbolos de prestigio y reconocimiento social.

El personaje se presentó como un observador de sí mismo y de los demás. Se construyó con base en el conocimiento de la psicología de los otros personajes. Como narrador de la historia, Diego tenía acceso a la conciencia e intenciones de los otros y desde ese posicionamiento edificó su relato.

Como usuario de drogas, tuvo su primer contacto con una sustancia ilegal, la *pedra*, a los 13 años de edad. Después de un lapso, continuó su experiencia hasta que ingresó al bachillerato; a partir de entonces su consumo se prolongó y se hizo constante. Con la práctica, la marihuana se convirtió en su droga preferida. También solía usar alcohol e inhalantes de forma regular e intensa, de manera individual o en combinación. Con menor frecuencia incluía en su consumo cocaína en polvo y en *pedra*, Rivotril y otras pastillas. Los escenarios donde llevaba a cabo su consumo eran la calle y ciertos espacios de su plantel escolar. Para Diego era usualmente indistinto el día y el momento para intoxicarse; la constante es que lo hacía en forma grupal, en escasas ocasiones lo hacía a solas.

Con el tiempo, Diego se preocupó por el hecho de que una vez que empezaba a consumir, continuaba con la ingesta hasta perder la conciencia. Quienes lo rodeaban le hacían saber que al estar intoxicado actuaba de forma violenta. Estas reacciones se convirtieron en una fuente de aflicción porque bajo los efectos no diferenciaba contra quién arremetía y después no recordaba los eventos.

Así mismo, se estaba despertando en él un sabor a desilusión de las relaciones que mantenía con el círculo de usuarios de drogas. Reconocía su influencia y la presión

que ejercían para evitar que se desalentara del consumo y ello contribuía a su conflicto. Era difícil pensar en una ruptura total no sólo por los estrechos lazos de amistad establecidos, sino porque cuando consumía a solas, los efectos no eran tan placenteros.

Entre las desavenencias del consumo y el gusto por intoxicarse, a Diego no le gustaba sentirse identificado como un “adicto”: se sentía observado y señalado por conocidos y extraños, y atribuía esas actitudes a la imagen que creía proyectar. La atmósfera social que gravitaba alrededor de su consumo fue también la de enfrentar una serie de riesgos de ser abusado por los mismos vendedores, perseguido por los policías, los maestros o la vigilancia escolar así como ser rechazado por los amigos y amigas no usuarias de drogas.

Al mismo tiempo, Diego sentía orgullo de pertenecer a un círculo de usuarios con experiencia y sentirse diferente de la gente “normal” —la que no practicaba la intoxicación— por tener acceso a otro nivel de comprensión sobre el mundo a través de las sustancias. A pesar de sus confusiones, como sujeto del relato, resaltó la satisfacción de ser reconocido por su grupo como un auténtico usuario de drogas. Para aprender a serlo, Diego pensaba que se necesitaba experiencia con la intoxicación, pero sobre todo, una particular esencia que no todos tenían. Convertirse en un “verdadero *yonkie*” implicaba perder el miedo a administrarse las sustancias o a experimentar combinaciones y usarlas hasta perder el control. Según su perspectiva, el objetivo de un usuario de drogas es saber intoxicarse y demostrar cómo se hace. Su reputación y su fama en la escuela y entre los amigos se debían a que nunca “se caía” aunque consumiera en altas dosis. Su límite de consumo llegaba cuando se terminaban las sustancias y se caracterizaba por su facilidad para “conectar” cualquier tipo de drogas donde se encontrara. No obstante, se resistía a ser como aquellos adictos que “no tienen nada que perder”. Al hacer un balance de su trayectoria como usuario de drogas y como estudiante, aún no tenía motivos para renunciar al consumo ni a su grupo de manera definitiva pero cabía como una posibilidad.

Aunque se encontraba en un momento de inconformidad con su forma de ser y la del mundo en general, el personaje deseaba aprender a mantener un consumo bajo pero permanente de la hierba, por ser su droga preferida. Su deseo por aprender a controlar la frecuencia y las dosis era también para evitar caer en otro tipo de comportamientos como robar o violentar a las personas para conseguir la sustancia. Hasta el momento de la entrevista se había abstenido pero se vislumbraba en riesgo

hacerlo. Se sentía alarmado porque no quería convertirse en una “clase de adicto” sin medida ni valores para guiarse y evitar el rechazo de su familia, la comunidad escolar y el resto de su círculo social; particularmente, anular la posibilidad de vincularse afectivamente con alguna mujer.

Para lograr tener límites en su forma de consumo, de manera prospectiva Diego se planteó el reto de enfrentar la dinámica de presión social que se ejercía entre los usuarios. Además de establecer una relación con una mujer y sobre todo, entender algo de su propio comportamiento, en particular, la forma en que consumía y no podía detenerse. La asistencia a la clínica representaba una oportunidad para aprender a controlar su consumo, a pesar de que aún sentía cierta ambigüedad de emprender ese camino.

Diego tejió una historia sobre la experiencia con el uso de drogas que se caracterizó por su tono ambiguo. Su discurso fue desplegado tras confesar que sentía dificultad para hablar de sí mismo. El relato fue construido sobre la advertencia de un “no comprender por qué se hace lo que se hace y se es como se es”. La construcción del personaje en el relato se erigió así sobre la plataforma de un estado de incompreensión sobre la vida propia, así como desde un sentimiento impreciso hacia él mismo y los otros.

De este modo, son cinco núcleos narrativos los que conforman su experiencia en el relato. El primero, una topografía de los efectos, aborda el modo en que paulatinamente se fue configurando la experiencia con el uso de drogas. La segunda secuencia describe las estrategias desplegadas para mantener oculto su consumo ante las fuerzas sociales que surgieron para su control. El tercer núcleo narrativo organiza la experiencia en torno a una vivencia grupal del consumo de sustancias de Diego. El cuarto episodio desglosa la disolución de los vínculos grupales como una complicación del relato que culmina con el exceso y la desgracia, como la quinta secuencia narrativa que plantea un posible desenlace.

6.5.1. Una topografía de los efectos: aprender a ser usuario de drogas

Diego tuvo su primer contacto con una droga a los 13 años de edad. La primera vez probó cocaína sin motivo ni curiosidad por el objeto mismo o intención alguna. En palabras del entrevistado, la experiencia sucedió así:

Lo primero que probé fue piedra. Fue con unos amigos. Primero fumé y no me puse tan chido, nada más le di como las tres. Tenía 13, fue en mi

primer concierto [...] y ya fue por su botella y ya hizo su lata, empezó a sacar las piedras y me dijo ¡Va! Espérate y sí me puso uno y sí le di... No me daba miedo, no. Yo creo porque ya andaba borracho. Ya después llegamos a su casa de ese güey y ¡No! Luego sí me empezó a doler el estómago... No estuvo chido, creo que hasta me vomité, me empezó a doler el estómago acá ¡Bien cabrón! Yo creo que era pura acá, pura cochinado lo que traía ese güey, ni era acá y ya empecé a vomitar y ya después me quedé dormido y ya, ya no me acuerdo.

A pesar de que la primera experiencia no fue agradable, tiempo después hizo algunos intentos. Esta vez consumió marihuana logrando redefinir las sensaciones y obteniendo placer con los efectos. A diferencia de la primera ocasión, el personaje se sintió movilizad o por la curiosidad. La percepción de esta experiencia motivó la experimentación con otras sustancias como inhalantes, pastillas y alcohol. Aunque solía combinarlas, desde entonces la marihuana se consolidó como su droga preferida.

Después dejé así mucho, pero mucho y hasta que entré al [bachillerato] me dio curiosidad... E: ¿Ni cigarro, ni tabaco? D: No, no me gusta casi fumar, así muy de vez en cuando... Más regulares marihuana y activo y también alcohol [...]. Nada más un día me dieron un chocho de esos de Rivotril, pero lo que es así fumar, nada más es lo que me gusta, de otras cosas no: fumar hierba ¡Ah! Pero con coca también está... Me gusta mucho.

Cuando el personaje se propuso probar con las sustancias, descubrió con asombro los aromas y sabores de las drogas.

...Y andaba ahí tomando... *New mix* también ¡De chile! ¡Sabe chido! ¡Sí me gustó!

Antes de que tuviera la experiencia vivida ya contaba con ciertos prejuicios, significados y conocimientos sobre las drogas, particularmente, con los inhalantes. En un principio, las cualidades que descubría en las sustancias tenían el poder de producir o debilitar el interés por consumirlas. Diego aún se resistía a los sabores fuertes y a la intensidad de los aromas que las drogas dejaban. Mas en una suerte de pruebas Diego no cesó de experimentar.

Al inicio de su experiencia, los controles sociales, como el rechazo de alguien significativo ante el olor a determinada sustancia, tenían el efecto de frenar el consumo en Diego como lo muestra el siguiente fragmento:

...Un día que no había nada y yo decía ¡No! ¡Pus ¿Cómo que activo?! ¡Me salen ronchas! Yo siempre decía ¡Me salen ronchas! O algo así... Y no, ya después ese día dije ¡A ver! ¡Presta! Y sí lo probé y ya... Y sí me gustó pero lo que no me gustó es acá, el sabor que te deja... Y así también, mi chava o esa vieja me decía ¡Nel güey! ¡Hueles a fierro! [...] Y ya por eso dijo ¡No, no

mames! Y ya por eso no, tampoco... Bueno, después si era de un rato... Así de que de unas seis horas que estuvieras así, sí se te quedaba el olor hasta el otro día [...] pero el sabor sí dura como unos tres o dos... Y me decía ella que no, que no así... Que así no la fuera a ver...

Diego transitó por algunos episodios desagradables, sobre todo cuando aún no dominaba la técnica para administrarse las drogas. Éste es un ejemplo de lo que le sucedía al principio de su experiencia:

Así como nada más dos, tres veces me ha dado así como que un pasón y empiezas a sudar y como que te quieres desmayar [...]. Pero eso era por fumar mucho y apenas yo empezaba y fumaba y yo decía ¿Por qué si ellos fuman, yo por qué no? Yo decía a ver ¡Presta!

Con la práctica, el personaje se apropió de un creciente saber sobre las sustancias. Aprendió a reconocerlas por sus efectos, sus presentaciones, sus olores, sabores y niveles de calidad. Así mismo, amplió sus conocimientos para administrar las dosis y los modos de empleo a fin de lograr los efectos deseados, evitar sensaciones desagradables y posibles riesgos de “cruzamiento” y sobredosis. Los compañeros más experimentados le suministraban las sustancias, fomentaban su consumo, le brindaban elementos para distinguir reacciones específicas y de ese modo inducían la experiencia de intoxicación.

Si te empiezas a meter de todo, pues te pones hasta la madre y también tienes que ver así como, primero esto y luego esto, porque si me meto esto, se va a cruzar y así. Tienes que ver eso. Yo no lo he experimentado, de que me meto un tóxico y después otro y otro, no, pero a mis amigos sí los he visto... No pero es que, si me meto esto se me corta el efecto, mejor éste hasta el último o así... Porque hay depresivos y los que te dan para arriba y aunque uno que te puede dar para arriba también te puede dar depre... Yo lo he visto así, que si no te mueves te quedas así y ya hasta que se te corta el efecto.

En este proceso llegó a sentir que la marihuana no tenía más efecto sobre él sino eran sensaciones desagradables. A partir de la práctica cotidiana descubrió que debía administrar el consumo de la hierba para ser capaz de percibir la diferencia entre sentirse intoxicado y “normal”. Aunque tenía deseo de fumar cada día, dejaba transcurrir ciertos periodos para volver a ser capaz de sentir tal diferencia. De acuerdo con el relato, el personaje identificó que administrar el tiempo entre un cigarro y otro era una variable que podía manipular para lograr los efectos esperados.

Dejo de fumar porque ya no me hace, ya no me pone, dejo de fumar por tres días porque si fumo y fumo ya nada más me duele la cabeza y siento una pesadez aquí, y ya no, ya no me pasa nada más... Sí puedo fumar a diario pero el que me gusta más es en la mañana, porque es el que te pone

más chido, porque duermes y dejas un buen rato de fumar y vuelves a fumar y ya, pero si dejas dos, tres días ¡Ah! Y vuelves a fumar ¡Está más chido! O no más chido, como que te da más el efecto...

Tras sentir que la marihuana ya no cumplía el objetivo de alterar su estado “normal”, Diego se sintió propenso a incorporar otro tipo de drogas y aumentar las dosis. Con el consumo continuo la percepción de su cuerpo se hizo cada vez más aguda y las expectativas de alteración más exigentes. Con la combinación de cocaína y marihuana aprendió a distinguir el tipo de reacciones que configuraban lo que él llamaba un estado “pacheco” de uno de alteración producto de la ingesta de cocaína. La combinación de estas sustancias ponía de relieve el cuerpo como escenario de la incertidumbre al ser sorprendido por reacciones inesperadas que Diego disfrutaba.

Después de un rato ya no me hace nada, nada más se me ponen los ojos rojos y ando ¡Normal! Ya no siento así que ¡Ah! Que ande así, chido, ya no, me siento normal, digo ¡Ah! A ver dame más y más y ya por eso es lo que no me gusta y has de cuenta que si fumo un primo como que sí estoy así y ¡Sí siento! Siento el cambio porque has de cuenta que la coca, sí estoy arriba y abajo, sí siento... No siento que ando todo el día pacheco pero siento cuando ando pacheco y siento cuando ando con los efectos de esa cosa, como que te da para arriba y luego se te sube lo pacheco o luego se te sube eso o luego andas normal y no sabes cómo te va a hacer porque cambia, como que primero andas chido y después ya andas normal y después como que de repente se te vuelve a subir otra vez y dices ¡Ay! Así, por eso yo digo que también me gusta esa cosa, pero así con marihuana, así, primos.

En una suerte de ensayos y errores, aprendió a sentir efectos agradables con la combinación de las sustancias. El personaje se había posicionado como un usuario de drogas. Tenía conciencia sobre los cambios que le provocaban y una medida para realizarlos basada en el conocimiento de sus reacciones, que configuraron la percepción de control sobre sí mismo como lo describe a continuación:

Al principio cuando fumas... Nada más te pones así y te da hambre y te pones los ojos rojos, pero ya después que fumas más, no te digo que la controlas pero como que ya sabes más, mides ya tus reflejos, mides, sabes cuando andas mal y por ejemplo, si te acercas aquí, ya lo haces rápido, con confianza y las primeras veces que fumas pues no. Hasta como que caminas raro, hasta alzas los pies más, así aprendes a controlarte...

La siguiente cita recapitula algunas de las fases por las que Diego transitó para aprender a usar drogas como la marihuana:

...Como cuando andas borracho vez que manejas, pues así, porque hay unos que sí se ponen bien estúpidos y sí chocan y hay otros que no, anden como anden se les jala el carro y todo pero no chocan... Yo digo que depende de cuánto aguanten... Yo creo por ejemplo, si tú fumas diario y a

todas horas... Si fumo, pues ya no sabes ni si andas bien o andas mal, ya andas normal, es normal ya para ti, ya comes a tus horas y todo... Ya no, no necesariamente como al principio que fumas y ya te da el bajón y quieres luego luego comer, así no, ya es diferente... Cuando fumas más ya dices ¡Ah! Al rato como o si te da hambre mejor fumas otra vez y ya... No que al principio si te da hambre ya luego luego quieres fumar y ya no vuelves a fumar hasta el otro día o ya no te dan ganas... Así me pasó al principio pero como que es algo más serio, no nada más es fumar y ponerte o hay veces que unos dicen 'no, ya no quiero' porque ¡No sé qué les pasa! Pero luego ya no quieren porque ya andan muy mal, pero si fumas así yo creo no... Es que llega un punto en que esa cosa no te hace o no te pega, no te hace alucinar o algo así, nada más pus estás chido y ya, pero luego sí te duele la cabeza de tanto... Sí, pero así, y ya. E: ¿Por qué dices que no nada más es fumar y ya, sino que es algo más serio? D: Pues porque... Pues así, de que se pueda aprender pues sí, sí se aprende.

Con el uso de la marihuana Diego buscaba un estado de tranquilidad que describe en términos de relajación, contemplación y reflexividad. Para permanecer en ese estado se proporcionaba dosis tras dosis.

...Luego sí necesito uno, sí digo ¡Ah! ¡Ya! O no sé, es que no me gusta estar alterado o hacer cosas ¿No? A mí me gusta estar relax, tranquilo o luego hay veces que no pienso nada, y ya me quedo así, nada más viendo o luego sí digo, cuando tengo un problema al principio si fumo y lo empiezo a ver ¿Por qué pasó esto? No, pues sí, pero ya después fumo más y ya después ya no reacciono así, ya se me pasa y ya digo ¡Ah! Pues ¡Venga el otro! Y ya, luego ya nada más me dedico a fumar...

Para Diego, su inclinación por la marihuana estaba relacionada con un tipo de música que le gustaba escuchar bajo los efectos de la hierba. La marihuana elevaba su sensibilidad para captar o sentir desde otro "marco de referencia" que para el personaje no era posible explicar sino bajo el intento de llevar a cabo la intoxicación como condición para comprender la experiencia.

...Me gusta el *reggae* porque me gusta andar así, las dos cosas implican lo mismo, música y así, si estoy en un concierto sí me gusta por eso luego ir, pero grupos que toquen chido [...] *reggae* en especial, no sé, como que es como un conecte la música y no sé, el reventón, como que te llega más o te sientes más... Lo captas más o no sé... No, no lo captas más, tal vez sea yo lo que piense pero la ves de otro punto de vista, de otro marco de referencia diría mi maestro, o sea, si algo te lo dicen así, tú dices ¡Ah! Pero ¿Por qué me lo dijo? Es que no sé, es como decirte fuma para que veas lo que es... E: ¿Tú crees que no se puede describir la experiencia? ¿Tendría que fumar para conocer qué se siente? D: Pus ¡Sí!

Su preferencia por la marihuana la atribuía a que se trataba de una sustancia de origen natural, aunque ello no le impedía aceptar la cocaína cuando tenía oportunidad

de usarla. Entre las opciones de ingesta había distinguido las sustancias que no eran para él porque lo alteraban sin producirle placer.

Yo digo que drogas naturales, porque es lo que yo quiero o lo que me gusta. Yo no digo que no me he metido otras cosas pero no me llaman tanto la atención como fumar. No es lo mismo fumar, armar un basuco que armar un toque o hacer un *yakult* para una piedra; no, no me gusta. Me gusta más fumar. Pero también sí me gusta... Yo no soy para ir a comprar... Coca, pero si la tienen y me invitan y me dicen es primo ya digo pues a ver dame. A mí con fumar ¡Me siento feliz! O me siento a gusto con fumar y ya. Pero es que con otras cosas, como que no... No son para mí, como que sí me pongo muy loco o así cuando pruebo coca como que sí me altero y hasta les grito o los corro o sí me encabrono. No es para mí, no.

Diego se identificaba con la imagen del fumador de marihuana. Bajo los efectos era susceptible de sentir una especie de encierro en sí mismo y un estado de observación que según el personaje, son características que configuraban el perfil del que sabe usar marihuana. El alcance de estas reacciones explicaba su asiduidad cotidiana a la hierba porque a diferencia de ésta, el alcohol o la cocaína lo llevaban de la alegría a la agresión de manera inesperada. El relato de su experiencia muestra también el modo en que los otros constituían un espejo de su propio consumo:

Unos chavos son muy relax y otros son muy locos y les gusta andar tranquilos. Al menos a mí sí... Porque cuando tomo me pongo bien loco... Yo creo no conozco ni a mi mamá, ni a mi jefa [...] me pongo agresivo... Pasa de un momento alegre a algo agresivo. Y si tomo y fumo o si fumo y tomo da lo mismo, me tranquilizo o me establezco. Yo creo que recuerdo más cuando fumo que cuando tomo, y hay personas que no, que cuando toman y toman y se meten otras cosas ¡No inventes! Se ponen bien mal... Porque cuando estoy loco no soy observador y cuando fumo sí observo todo, así veo todo así como a ver ¿Por qué pasó esto? Lo analizo, aunque sea lento, pero lo analizo [...]. Como que no me gusta estar así normal, quiero estar así tranquilo pero cuando ando mal, así que fumo, me encierro yo solo y digo ¡Ah! Y estoy pensando así... Porque cuando fumo aprendo o llego a unas conclusiones que digo ¡Ay! ¡No manches! ¡Ese güey está cabrón! O digo ¡Ah! O sea, problemas del comportamiento ¿No?

De acuerdo con el relato, los efectos de las drogas no son el único factor considerado para usarlas. También lo son las características de los grupos que las utilizan, los significados atribuidos a los usuarios y a las sustancias mismas, así como el ambiente que genera cada tipo de sustancia. El siguiente es un ejemplo que despliega el modo en que ciertas sustancias están asociadas a una determinada clase social y la forma en que se le atribuyen distintos significados tanto a la sustancia como al contexto de interacción que produce.

...Y cuando estoy bien y estoy ahí platicando, pues sí me llena porque estoy ahí conviviendo y sí me gusta convivir [...] o sea, nada más es estar ahí, siendo falso yo digo ¿No? Es por eso que no me gusta casi tomar porque casi los que toman son más fresones o tienen varo y son como que hipócritas. Mi amigo es el que es así, conmigo no es así, pero yo lo veo con los que toma y como que no, no me gusta el ambiente que se vive de alcohólico.

Según lo referido por el entrevistado, la elección de la droga está atravesada por el poder adquisitivo del usuario. De ahí que el tipo de droga constituye un símbolo de la clase social que marca diferencias entre las personas por la droga a la que se tiene acceso.

...Yo digo que es más por la clase social ¿No? E: ¿Por qué? D: Pues porque es para lo que tengas... Porque si tienes varo, pues te desenvuelves con chavos que tienen dinero y que les gustan otras cosas ¿No? O compran otras cosas... O luego se adquieren esas drogas porque... Pus los güeyes que las venden también van con los que tienen dinero ¿No? No se las van a andar vendiendo a güeyes que no tienen...

Al elegir una droga, el personaje también tomaba en cuenta el impacto que la sustancia desencadenaba en el cuerpo. Diego atribuía a la cocaína un mayor daño por su carácter artificial, en contraste con sustancias orgánicas como la marihuana. En su imaginario, el cerebro se ve afectado y la garganta carcomida por el uso de la cocaína. En el relato de Diego las drogas consumen o afectan poco a poco determinadas partes del cuerpo según su composición química.

...Los primos ¡Ah! ¡Están chidos! Pero eso sí le pegan más para el cerebro porque tienen coca y para la garganta porque luego ya ves que esa cosa tiene como raticida, lo que usan para los raticidas, como que sí, sí te... Acá, te carcome la garganta o no sé, luego sientes aquí así ¡Ah!

La imagen de las sustancias químicas como fuentes potenciales del deterioro físico era reforzada por la observación de otros significativos que le advertían del daño que ocasionaba su uso. La idea de la cocaína es que generaba en los usuarios un envejecimiento prematuro, la decadencia corporal y un impacto en las relaciones sociales.

Mi hermana me dijo ¡Ya güey! Porque mi primo también fuma y lo vio y me dijo [...] que le había dado un buen de tristeza ¡Hasta ganas me dieron de llorar! Dice, ya como viejito dice ¡Jugando con el perro! Hasta come bien poquito y yo le dije pero a él no le gusta fumar, a él le gusta la piedra, la coca... Esa madre está más loca, es más cochizada. Como son químicos, los químicos como que te madrean más, no nada más el cerebro ¡Todo! Pastillas y eso...

De acuerdo con sus observaciones, los efectos de las drogas dependen de las diferencias individuales que se encuentran en la “esencia” de cada persona. Aquellos que sobresalen por su consumo a su vez tienen efectos sobre los otros. La esencia de la persona y la experiencia en grupo tiene también implicaciones en los efectos.

...Hay unos que luego sobresalen más... Se ve cuando fumas con él ¡Hasta te pones más! O no sé o te da otra cosa o si estás fumando con todos ellos, con esa banda... Dicen ‘hasta te pones así ¡Raro! [...] Yo digo que es la esencia de cada persona, que porta eso...

En este momento del consumo, no sólo se conjugaban los saberes adquiridos sobre las sustancias, sino el deseo de contrarrestar un estado normal a través de la intoxicación que llevaba a cabo siempre en compañía de otros, quienes se encargaban de reconstruir las hazañas del grupo que Diego olvidaba como efecto del consumo.

...Con unos amigos que tengo por ahí pero nada más toman ellos y pus ya empecé con una y de ahí me seguí y después ya pasó mi amigo [...] y ya andaba borracho y seguimos tomando y todavía fuimos con otros y otros [...] teníamos alcohol adentro... ¡Un montón! De puras chelas, sí, unas seis... ¡Caguamas! Y al otro día igual, pero no estuvo tan loco porque no fue en la calle [...] fue en tres fiestas y andábamos de una a otra [...] pero ese día sí tomé más ¡Hasta *Presidente!* ¡Sabe re feo esa madre! Pero ya... Con tal de que fuera algo, o sea, ya casi ni sabe, después de unas cuántas chelas ya no importa el sabor, sino que te apendeje... E: ¿Qué es que te apendeje? Pues no estar normal, porque así normal como que no ves todo igual, ya se ve más emocionante lo demás, ya como que eres más loco y así... [...] ¡Ah! ¡Estoy bien loco! ¿No? Ya hasta mis amigos dijeron ¡No güey, ya no volvemos a tomar contigo! [...] pus porque sí me aloco... Es que no sé porque ni me acuerdo mucho porque... Bueno, eso fue lo que me platicó... De lo poco que yo me acuerdo pero ya me dijeron esos güeyes...

Haber significado las sensaciones de manera placentera implicó tomar conciencia del propio cuerpo bajo los efectos de las drogas. Las sensaciones que fueron en un principio causa de extrañeza y desagrado, se transformaron en un gusto por la experiencia: Diego se había convertido en un fumador habitual de marihuana. Incluso la percepción de los usuarios de la hierba también cambió:

...Antes me espantaba decía ¡Ay! ¡Cómo ese güey está fumando ahí! O mi mamá me decía ¡Ay! ¡Vente para acá! Porque ahí hay un chingo de marihuanos y yo digo ‘Y ahora que yo veo’, digo, ‘Si esos güeyes no hacen nada’, nada más porque traen los ojos rojos y se ven así ya piensas que te van a hacer algo, pero nel, son... Yo digo que cuando andan bien locos, yo digo que nada más hay que hablarles bien, no te tienes por qué espantar, ni nada...

Tras asumir la identidad de usuario de drogas, Diego cambió su percepción del ambiente de la calle apropiándose de espacios y dinámicas alternas a las convencionales.

Así mismo, aprendió a sortear algunos de los riesgos de comprar sustancias ilícitas. A este cambio subyacía un proceso gradual de relajamiento generalizado de las normas sociales de interacción y de presentación de su persona en la escena social.

...Ya no me impresionan tantas cosas que veo en la calle o cuando voy a Tepic, ahí hay varias tiendas y hasta las señoras pasan y te dicen '¡Hijo! Ven, ven, ven ¿Quieres marihuana? ¿Quieres droga? ¿Qué quieres? ¿Qué quieres?'. Así te andan siguiendo las señoras y si eres chavo pues sí les compras, pero si ya te la sabes entras hasta dentro y en parte antes sí me preocupaba y ahorita ya no, eso también de perderle el miedo, pues te haces bien valemadres y dices ¡Ah! ¡Ah! Mjú... O así, antes no me gustaba estar besándome en la calle y estar haciendo mis cosas y ahora pus ¡Ah! Ahora me da igual...

6.5.2. El espejo y la apariencia. Mantenerse en secreto

Una vez que el personaje estaba inmerso en la experiencia del consumo de drogas, él como otros notaba una serie de cambios en su apariencia, en su modo de relacionarse, de actuar y de hablar. Sin embargo, los otros significativos aún no relacionaban de manera directa estas señales a la práctica de la intoxicación. La siguiente cita muestra la forma en que Diego optaba por evadir los comentarios referidos a estos cambios en la medida en que confiaba que no estaban basados en la certeza de su consumo:

...Yo pienso que antes me gustaba traer una sudadera chida o comprarme algo chido y ahora ya no. Ahora me da igual ponerme lo que sea o así mi apariencia [...] cuando hablo o cuando me expreso también yo creo... Yo pienso que en mi apariencia, yo digo que en mi apariencia pero los demás... Es lo que yo he cambiado para mí pero cuando los otros me oyen hablar o que platico como siempre platicaba con ellos, ya me dicen que no soy el mismo que ¿Qué tengo? No saben pero como que sí... Y ya digo ¡Ah! Bueno, ya me voy ¡Adiós! Y ya me voy con los que me junto, con los que fumamos...

Al parecer, no todas las personas que rodeaban a Diego tenían conocimiento de que practicaba la intoxicación. De ahí que el personaje demandaba a otros la versión de su propia apariencia. La pregunta sobre cómo era visto, particularmente, si mostraba signos de consumir sustancias constituía un tema de preocupación, lo cual, reflejaba cierto apego que aún mantenía con la sociedad convencional y su normatividad para los usos del cuerpo.

...¿No se me ve? ¡Sí se me ve! E: En ¿Qué? D: En luego como actúo porque luego dice mi amiga que ya no soy como antes o... Dice que ya estoy bien loco, que se me va mucho el avión ya, y sí, luego ya no me acuerdo de muchas cosas que hago o cuando estoy borracho ya no, ya si tomo de más, pues ya. Ya luego ya no me acuerdo, ya nada más lo hago pero ya luego no me acuerdo... Ya no... ¡Ah! ¡Todos dicen eso! Los que me conocían antes sí o así...

Aunque en ocasiones cuidaba la presentación de su persona como una forma de ocultar su consumo de drogas, Diego se sentía mirado e identificado como usuario. Desde su percepción, había algo en su semblante que lo delataba. En su intento de no ser condenado como un adicto, particularmente “de la calle”, vigilaba su forma de hablar. Su intención era enviar alguna señal que lo ubicara en un lugar aceptado para los demás y para sí mismo. En el siguiente fragmento, tras asociar los golpes en su cara con el consumo de drogas, Diego mostraba que el estigma de usuario de drogas no provenía de otros, sino de él mismo.

...Yo le pregunto a mi amiga también, le digo ‘Oye güey, tú si me vieras así normal en la calle ¿Tú creerías que yo consumo? Y dice ¡Nel! Y yo digo ahorita sí se me nota pero luego cuando me arreglo no... E: ¿Ahorita sí? ¿Por qué? D: Pus no sé, porque luego la gente me dice... Se me queda viendo a veces o dos tres güeyes de los que se suben al micro de los anexos ‘Que no tenemos apoyo...’ Y eso, como luego también se me quedan viendo... Luego hasta me dicen ‘Tú compa, tú compa’, ¡Nel, nel! Ellos sí se dan cuenta también... Yo conozco también a un señor que no se le nota, ya tiene como cuarenta y todavía fuma... Y yo pues sí, ya también estoy más acá, más... Más chacal... E: ¿Qué es más chacal? D: Más así, más de ¡Ay, ay, ay! Así más Tepito, que todo acá golpeado y así... Ya estoy volviéndome como una persona así ¿No? ¿Cómo dice mi compa? Dice ¡Ya te estás añerando pendejo! Así, y yo digo que es eso [...]. Pero luego yo trato de cambiar mi forma de hablar, como que no es lo mismo ser un adicto que va a la escuela a uno de la calle...

En este contexto, Diego aprendió a disimular los signos de la intoxicación. El control que tuviera de ellos era crucial para conservar una imagen aceptada frente a los no usuarios de drogas y con ello, mantener la interacción en un estado “normal”. De lo contrario, temía algún tipo de rechazo o presión, como lo indica este párrafo:

...Si fumas solo y los demás no fuman pues que no se den cuenta porque se sacan de onda... Pero si fumas solo y fumas mucho, sí se dan cuenta y te dicen que ¿Qué tienes? Que ya tienes los ojos muy rojos y que ya no tomes y así, porque si se dan cuenta ellos o ellos toman y si tú fumas se dan cuenta y se sacan de onda [...] pero si no fumas mucho y vas con ellos ni se dan cuenta y ahí normal...

De este modo, el personaje enfrentó ciertos procesos de exclusión social. La “fama de pacheco” era una etiqueta con la que había sido identificado y a la que le asociaron

otra serie de atributos negativos por el hecho de consumir sustancias. Ante las sanciones sociales de las que se sentía objeto, Diego desplegaba una serie de estrategias para ocultar los signos del consumo de marihuana. De ahí la importancia de aprender a controlarse bajo los efectos de las sustancias y encubrir sus efectos.

...Ya no es lo mismo, como que ellos se cierran y como que no te conocen... El tiempo que ya te dejaron, han de decir 'No, ese güey ya cambió', ya por eso forman sus barreras porque ya ves que dicen que la fama de pacheco y dicen que ¡Ratero! ¡Mañoso! Pero no es así... [...] cuando la gente te ve que andas chido en la calle hasta como que sí, porque la gente ya sabe si son ojos rojos, crudo o así. [...] Pero es que es así, si tú actúas normal cuando fumas, la gente ni se da cuenta, nada más te echas gotas y ya.

De manera paulatina, sus relaciones interpersonales con no usuarios de drogas se redujeron tras el descubrimiento de que Diego practicaba la intoxicación autoadministrada. Esto sucedía particularmente con las mujeres, según lo ilustra este recuerdo:

...Ya estábamos ahí en la fiesta y todo y la chava [...] hizo su drama ahí y ya me dijo al último que me perdiera en el mundo de las drogas, que pinche adicto y acá, que por eso ya no me hablaba y que ya no la fuera a ver...

En la medida en que fueron inevitables ciertos tipos de sanciones sociales como la exclusión, el señalamiento y la marginación, Diego restó importancia a ser identificado como usuario de drogas. El temor a ser descubierto disminuyó a la par que sus límites de consumo. El tema de la apariencia adquirió relativa importancia.

...Eso es lo que menos importa, la apariencia... Bueno, sí porque siempre es lo primero que... La primera impresión. Sí importa y mucho, pero ya después que te conocen lo demás ¡Ah! ¡Vale madre!

Al disminuir la intensidad de sus miedos y preocupaciones en torno a ser descubierto como un usuario de drogas, más personas se percataron de su consumo. Diego dejó de cuidarse y cuidar los signos de la intoxicación hasta que un día su familia también lo descubrió.

¡Ah! ¡Todos saben en mi familia!... Me encontraron como tres veces ahí en mi casa... E: En tu casa... Y ¿Qué ocurrió? D: ¡Nada! La primera vez sí me creyeron, les dije 'No es mía, me la dieron a guardar' y ya, dijeron '¡Ah! Bueno', me creyeron. La segunda fue mi hermana pero no le dijo a mi mamá y la tercera pues sí, ya, ya le dijo porque las dos la encontraron al mismo tiempo y ya me dijeron que ¡No manche! Que acá, que ¿Estaba idiota o qué? Me dijo idiota cuando llegué oliendo a activo. Eso es lo peor que podía hacer, hasta eso de fumar no se puso así tanto, tan así... Mi mamá... Pero es que también yo creo que sí se espantó porque no era tantito, sí era ¡Un montón! Sí era bastante, yo creo por eso...

Los lazos que unían a Diego con la sociedad convencional, no obstante, aún no estaban rotos del todo. Si bien, tenía conciencia de que el uso de drogas era una práctica socialmente inaceptada, vislumbraba la posibilidad de continuar fumando marihuana a reserva de hacerlo en secreto. El interés por conservar oculto su consumo derivaba de la importancia que daba tanto a una apariencia “sana” como un valor social, como a un comportamiento “moral” que dependía de la opinión de los otros como mecanismos de control de su propia conducta.

6.5.3. El grupo de usuarios de drogas: un solo cuerpo

Con el incremento en la frecuencia de consumo, ciertas actividades normativas e institucionalizadas, así como las relaciones con no usuarios de drogas fueron casi por completo desplazadas. A ello contribuyó la integración de Diego a un grupo de usuarios más experimentados, con quienes practicaba la intoxicación sin restricción de espacios, de momentos y de dosis.

Están mis amigos... Estamos fumando [...] y seguimos, fumamos nosotros diario, a todas horas, ya ni he entrado a mis clases... [...] hasta pierdo la cuenta... Pero sí, es así, es uno... Dejas como una hora y ya o uno y una chela, así... Así seguimos la fiesta ahí en la escuela...

Al tiempo que conformaba nuevos lazos afectivos y de identificación con el grupo de usuarios de drogas, su disposición a ajustarse a las normas escolares iba en descenso. Las actividades académicas cada vez tenían un mayor vacío de sentido en contraste con el apego y el aprendizaje de otras ideas y formas de convivencia que estaba adoptando.

...Estoy un poco más menso en la escuela pero lo que he aprendido ahí con ellos pus no, sí he aprendido muchas cosas también, con todos, con todos los que me junto, con todos los que fuman y así... Pues no sé, no es lo mismo estar en la clase encerrado aprendiendo cosas que ya están hechas nada más aprenderlas, a ver cosas que pueden suceder o cómo puedes cambiar algo ¿No?

En compañía de sus amigos usuarios emprendió ciertas actitudes y pautas de comportamiento que sin la ingesta no tendría. El consumo de sustancias comenzaba a borrar los límites sociales de las actuaciones de Diego.

...En la secundaria no tomaba ni fumaba, creo que hasta si nos robábamos algo de la tienda eran refrescos, pero chelas no, y ahora sí, ¡Me robo chelas! O si tengo la oportunidad, sí, acá, agarro unas papas o algo así, pero eso es ya cuando andas borracho, porque así en mis cinco no lo hago.

La integración con pares consumidores de drogas implicó también un alejamiento de aquellos que acostumbraban sólo a beber alcohol. A Diego ya no le era suficiente el nivel de este tipo de consumo, de ahí que buscó un grupo que llevara a cabo un grado mayor de intoxicación y más variado.

Después empecé a fumar pero así ya más cabrón, uno tras otro... Bueno al principio no, al principio nada más eran unos *hitters*... Es así como una cosita de aluminio, donde le echas y ya fumas. Hay de varios, como una pipa... Primero me daba unos cinco y ya con eso andaba bien pero como a mis amigos casi no les gustaba, nada más tomaban [...] yo decía ¡Ah! Como que yo todavía no ando bien. Ya después me empecé a ir así con la banda más adicta y ya me la corrían y yo fumaba [...] pero después a mí ya me gustaba fumar mucho... Ya después fumé como ahorita.

No sólo los vínculos con usuarios de alcohol se estaban debilitando. Diego comenzó a desprenderse de los lazos sociales que tenía con amigas no usuarias de drogas, restringiendo sus relaciones significativas al grupo de usuarios.

...Después de un tiempo sí dejé de ir a verla porque casi no, las mujeres como que... Prefería más fumar [...] cuando ando chido no, las mujeres aparte, prefiero fumar o algo con amigos, porque cuando estoy con ellos sí me aparto, ni les hablo...

El grupo solía usar alcohol y marihuana como una rutina placentera que tenía singular importancia. La percepción de Diego era que al compartir la droga lograba efectos más agradables e intensos, pero no por la combinación de sustancias *per se* sino por la interacción entre compañeros y el poder embriagador que atribuía a la saliva compartida: ésta elevaba los síntomas de la intoxicación. El efecto de la droga dependía de factores que estaban más allá de la droga misma. Lo que resaltaba la experiencia era una especie de consumo entre ellos, de unos a otros a través de beber sus correspondientes "babas". Un ritual que sólo se permitía y tenía sentido en el espacio grupal y en el tiempo del consumo, según lo muestra el relato de la experiencia:

Yo digo que entre una chela es... Un toque y una chela y así... Que role como entre seis y es que luego si te lo fumas así solo como que no, no te hace el mismo efecto que si lo rolas, como que hasta te pone más chido cuando le das a todos [...]. El efecto es distinto cuando lo compartes. Yo digo que es como la chela, que si te la tomas así la caguama, yo creo que se le quedan las babas del otro borracho y te las tomas y yo digo que eso es o eso dicen... Que las babas te ponen más, te embriagan más. Es que no es lo mismo, yo digo que si te tomas unas cuatro caguamas entre cuatro y rolas de una por una, yo creo te pone como si te tomaras unas cinco, yo creo tú sólo o seis...

Para el entrevistado, la intoxicación en grupo posibilitaba la superación de barreras que impiden el acercamiento y limitan los afectos como sucede con las personas que “están en sus cinco sentidos”. El significado de compartir las drogas proporcionó formas distintas de relacionarse y de hacer espacios de contacto emocional y corporal.

Como si formara un solo cuerpo, el grupo de usuarios compartía un acervo de lo que quedaba dentro y fuera de él, así como definía los contornos que los separaba de los otros, es decir, los no consumidores de sustancias. Dentro del grupo tenían lugar ciertos códigos y sentidos diferenciados del afuera, del resto de la sociedad. La voz del grupo se sintetizaba en un “nosotros” para referirse tanto a la experiencia grupal como a la experiencia individual.

Con todos los que me junto, con todos los que fumamos pues no sé, no es lo mismo estar en la clase encerrado aprendiendo cosas que ya están hechas, nada más aprenderlas a ver cosas que pueden suceder o cómo puedes cambiar algo nada más por el simple hecho de hablarle bien a alguien. Por ejemplo, alguien que está muy, muy drogado, no le puedes hablar muy de golpe porque entre nosotros no nos hablamos así [...] y si le hablas bien o si le hablas despacio y tranquilo, hasta haces lo que tú quieras con él o no sé, haces lo que quieres que haga o si quieres que vaya por unas cervezas, sí va ¡Pero hablándole bien! Lo que entre gente normal como que es más... Forman más una barrera yo creo porque están en sus cinco sentidos [...] ponen muchas barreras los que son bien relax, los que entran a sus clases [...] como que es una vida bien aburrida o no sé, no son así mañosos.

Los integrantes del grupo compartían una identidad en virtud de determinados rasgos y características que asumían como propios. Más allá de un tipo de comportamiento, una forma de caminar o una determinada apariencia, lo que había era una especie de conocimiento que les permitía reconocerse. De acuerdo con ciertos códigos sólo entre usuarios era posible distinguirse e identificarse. Este reconocimiento facilitaba el suministro de las sustancias.

...En todos lados hay, en todos lados conecto. A mí se me facilita en todos lados. Luego luego tú identificas a la persona que acá, que fuma, luego, luego te das cuenta... E: ¿En qué? D: Pues no sé, tú lo ves y dices ¡Ah! Ese es de la banda, pus es que tú lo ves, es como cuando sientes algo, se siente, tú lo ves, tú luego luego dices ¡Ah! O sea, se ve o cómo actúa... Es que es algo... No sé, difícil de explicar porque tú ya luego luego lo ves, lo identificas... En la forma de cómo es o en la forma de cómo caminan... E: ¿Cómo caminan? D: Pus raro, no sé, se ve luego luego, es que... No se ve normal o no sé, como que es algo raro, tú ves y dices ¡Ah! ¡Pacheco! O no, no, dices tampoco no soy tan así para identificar si este fuma o aquel monea o se mete esto ¿No? Pero dices ese güey acá conecta, o sea, sí es de aquí pus tiene chance, debe de saber ¿No? Y ya así ¡Tan fácil! Nada más llegas y le dices que si no tiene que te conecte, así, y ya, rápido...

Del grupo dependía el uso de una sustancia o de otra, así como la frecuencia y la cantidad de la ingesta. El uso de drogas ilícitas era significado como una práctica que llevaban a cabo sólo los “locos” o los “pesados” y así se sentían identificados. El tipo de droga de consumo proporcionaba una identidad grupal.

...Los que fuman, nada más es así, como el yon, saca el yon, es como un toque, los demás son alcohólicos y como que dicen ¡Ah! Los pesados o los locos...

La experiencia de la intoxicación en el grupo posibilitaba también la vivencia del exceso como una forma de tensar los límites y la resistencia corporal a una sustancia o a una combinación de ellas. El exceso era soportado por una subjetividad que demandaba reconocimiento social por su experiencia y su valor para el consumo.

El uso de drogas funcionaba también para mantener la existencia grupal a través de la conservación del nivel de consumo entre sus integrantes. En la medida en que el grupo definía las reglas internas, presionaba para asegurar el consumo y evitar la desintegración grupal. Si uno de sus miembros intentaba o disminuía la ingesta, el grupo se movilizaba para impedirlo y sostener así las relaciones jerárquicas entre usuarios que a su vez sostenían la estructura del grupo.

...Ellos me decían que yo ¿Por qué había dejado de fumar? Si yo era de los yonkies chonchos⁴, de los que aunque yo ya estuviera bien mal, yo todavía le fumaba, todavía tomaba pero yo nunca me caía y ahora que le bajé ya todos empiezan a decir ¡No, es que tú acá, le bajaste! Y que ¡¿Por qué?! Yo digo ¡Ah, sí güey! Pues ¿Qué es por eso? Y ya, empecé a fumar otra vez igual...

Usar drogas era una práctica de la que Diego cada vez esperaba aprender más: buscaba proximidad con los usuarios más experimentados para tener mayores conocimientos sobre las técnicas para preparar las sustancias, aunque en ocasiones no añadían nada a su experiencia.

...Luego por eso así me voy con los más grandes... A ver qué hacen o cómo fuman ¿No? Y ya digo ¡Ah! ¡Ese güey es pendejo! Yo no soy muy chingón pero... Sí puedo decir ¡Ah! Ese güey es pendejo o ese güey no se la sabe...

El grupo también se comparaba con otros como una forma de conocer su propio nivel de consumo. Sobresalir como grupo era tan importante como hacerlo de manera individual. Diferenciarse de los otros para ser vistos, para ser reconocidos, entre más consumían droga más visibles eran.

⁴ Para Diego ser un “yonkie choncho” equivalía a usar drogas en exceso.

...Ya sabemos que esos güeyes con una acá... Ya se pican pero ni toman mucho ¡Están rependejos! Y luego más dicen que fuman y toman, y ya fuman y ya ni quieren tomar, que por que acá, que se les sube más y yo creo que porque apenas empiezan ¿No? Y mi amigo como ya toma un buen, ya dice 'Pus yo me la tomo' y le digo 'Yo fumo y tomo' [...] pero no sabe que si fumas y tomas sí te mareas un poco más pero ya después te estableces, puedes volver a seguir tomando... Bueno, eso es lo que a mí me pasa porque luego hay veces que fuman y toman y se ponen más locos o más tontos.

Contrastar su propia experiencia con la de otros marcaba en Diego una diferencia: él aún podía dejar de fumar por lo menos tres días a pesar de sentir estrés, el ánimo afectado y sudoración. Diego se encontraba en el punto donde podía evitar fumar si hallaba otras distracciones, excepto cuando alguien le ofrecía la ingesta.

...Ellos ya no pueden estar un día sin fumar y yo sí o hasta eso si hago otras cosas o me distraigo por ahí o me salgo a la calle. Mientras no me encuentre a alguien que fume, porque me dicen '¡Ya saca!' '¡Pues saca tú!' Y ahí ya.

A pesar de que el personaje dejaba lapsos entre las dosis que consumía, identificaba ciertos síntomas al abstenerse: su estado de ánimo se veía afectado, percibía estrés y otra serie de molestias generalizadas. De este modo, identificaba una forma de presentimiento que rodeaba y estremecía su cuerpo a menos de que se mantuviera ocupado en alguna actividad, de lo contrario se vencía ante los síntomas tras la invitación de alguien para continuar con la ingesta.

Cuando lo trato de dejar no me causa... Sí me pongo de malas y me estreso y luego sudo pero lo que más he durado son tres días y ya, después de tres días sí fumo y [...] como que me siento estresado, no sé cómo se siente uno estresado pero como que sientes algo como un cosquilleo que te hace estar así y te molesta... No desagradable, pero es así como... No sé, como un presentimiento, como si tuvieras un presentimiento ¿Ves? Así, así siento... Algo así por todo mi cuerpo, algo así... Porque cuando estoy haciendo algo o algo me mantiene ocupado no, pero si me voy de vago o por ahí, así sí, va una chela ¡Va! O lo que sea...

La postura de Diego era ambivalente ante su propio consumo y el uso de drogas en general. Diego afirmaba que fumar marihuana era un problema en tanto no estaba permitido; sin embargo, el uso de la hierba por sí mismo, no lo representaba de esta manera. Lo que le ocasionaba conflicto era el exceso de la ingesta. No sólo porque la gente y su familia tenían una opinión negativa del consumo, sino porque él mismo sentía efectos desagradables. Su forma de practicar la ingesta había llegado a un punto en el que le planteaba el dilema entre su inclinación por el placer o el apego a las normas escolares, familiares y sociales.

...Es un problema porque no está permitido y todo ¿No? Fumar mucho porque después de un rato sí ya digo ¡Ay! Ya no, y ya, se me va el avión y todo ¿No? Pero así tantito pues sí me gusta pero ¡Ah! La gente lo ve mal ¿No? Y más en mi casa o no lo ven mal pero... Dicen que me retrasa mis pensamientos y que ya no me acuerdo dónde dejo las cosas pero en sí ¿Problema? No, yo digo que sí porque también cuando fumo no entro bien a mis clases o entro pero ni aprendo nada... [...]. Como que yo digo que si estoy fumando me lo tienen que explicar con peras y manzanas y si ando bien, pus sí le entiendo, pero si ando mal ya no entro a las clases, yo digo ¿Para qué entro? Si ya no voy a aprender nada...

6.5.4. Ambivalencia y descomposición: la disolución del grupo

Diego sintió incomodidad hacia el afán del grupo por diferenciarse de otros usuarios por el nivel de consumo. Entre tensión y ambivalencia se situaba frente a sus amigos:

...Mis amigos dicen ¡No! ¡Ya todos fuman! ¡Ya hay que meternos algo más loco! Y ya. Pero no, por eso yo no quiero ser así, por eso ya no me está gustando... O no sé... [...] luego todos hacen algo y yo también voy, o sea ¡No sé luego realmente cómo actúo! O ¿Qué es lo que pasa?

En el marco de un estado de incompreensión sobre la vida y sobre sí mismo, el personaje se cuestionaba sobre su modo de conducirse. Diferenciarse de los demás era para él una manera de reafirmarse aunque paradójicamente los otros establecieran el objeto mismo de la diferenciación.

...Ni yo mismo sé cómo soy yo... A veces me comporto de una manera que ni yo sé luego ¿Qué pasa? O ¿Por qué lo hago? O no sé, yo creo soy diferente o ¡Quién sabe! Casi luego no me gusta todo lo que hacen o lo que la mayoría hace no me gusta... O luego ya nada más porque lo hace la mayoría yo digo ¡No! ¡Ya fue! O así como ya todos fuman ahí en mi escuela yo ya digo ¡Ah! ¡Ya todos fuman! Ya no...

En el recuento de acontecimientos, Diego realizó una evaluación sobre su trayectoria como usuario de drogas en términos de costos y beneficios que describe a continuación:

...En la escuela sí me apendejé un buen rato, como un año y medio sí me estuve de nefasto, diario, tomando, fumando... Ya por eso... Y mi amigo ahorita el que toma, también ya me dice que ya se mete unas pastillas y que están bien locas... Como los chochos, los que yo tenía... Y le digo ¡No mames! ¡Esa madre es pura mierda! ¡No te metas esas madres! Y le digo ¡Sigue tomando nada más güey! ¡No, es que están chidas! Y le digo ¡No güey!

En este momento de la experiencia, significaba como pérdidas importantes las relaciones que había establecido con algunas jóvenes, quienes lo rechazaron por su consumo de sustancias. Sin embargo, ello no implicaba aceptar ser cuestionado por

su modo de relacionarse con las drogas. El uso que les daba se había convertido en una práctica que consideraba como parte de su vida, una forma de estar en el mundo.

...Yo creo que sí perdí cosas chidas, lo que más acá son mis chavas, eran chavas que sí me querían [...]. Yo creo que es lo que más he perdido o lo que he sentido que he perdido es que te digan así ¿No? ¡Todo me pueden decir menos acá 'Pinche adicto'! Acá... Con todo se pueden meter menos con mi toque y mi copa... Yo digo que es lo que más... Si no sabes ¿Qué onda? ¡Mejor cállate! Es lo que yo hago, es como si me ofendieras, acá mi vida...

En este episodio, al mismo tiempo, el personaje estaba experimentando lejanía con el grupo de usuarios con el que solía consumir. En la medida en que el grupo incrementaba su consumo, la experiencia del exceso representó para Diego un modo “cerrado” de ser, en la que rotos por completo los lazos que unen al sujeto con las normas de la sociedad, destinan un futuro incierto para aquellos que abusan.

Diego atribuyó el exceso de drogas a quienes tienen problemas y están lejos de aprender a controlar su consumo. Aunque pensaba que él no tenía los problemas que tienen los que se exceden, su percepción era que se había involucrado de manera fácil y rápida con la experiencia de la intoxicación y el suministro; por ende, calculaba que él como lo estaba haciendo su grupo, podía llegar a romper cualquier lazo con la normatividad.

...Esos güeyes son acá, son gente cerrada, ya están bien acá, bien chonchos. Yo creo que esos güeyes ya tienen su futuro hecho ¡Ya no les importa nada! O sí les importa pero... Ya son valemadre ¿No? Yo me veo y no tengo los mismos problemas que ellos. Yo digo que por eso no.... O yo creo que por eso estoy aquí, pero de ahí en fuera, sí lo puedo llegar a ser... Cuando empecé ya tenía el conecte luego luego... Yo creo fue por mi primo, porque mi primo también fuma y todo, también se mete coca [...] y él fue el que me conectó. Después vi cómo estaba la onda y yo después hice mis conectes... Pero él sí ya está más perdido...

El entrevistado mostraba resistencia al exceso para evitar pasar de una categoría de “adicto” a otra en la que ya no hay ningún mecanismo capaz de controlar el consumo. Se resistía a mirarse como aquellos que pensaba que abusaban de las drogas para evitar adquirir la imagen de un adicto “de la calle” en la medida en que los vínculos grupales también fueron en decremento a causa de la “necesidad de más droga”. La estrecha relación que los integrantes del grupo habían construido se estaba disolviendo y Diego lo asociaba al exceso del consumo. Tras la decepción y la nostalgia por la ruptura grupal, se planteaba dejar de fumar o fumar sin la compañía de sus amigos, aunque con esta manera de intoxicarse no tendría el mismo sentido.

...Es lo que yo no quiero llegar a ser... Bueno, por eso no me está gustando porque mis amigos ya se están haciendo como adictos de la calle y yo no quiero ser eso porque hasta por un toque se están peleando sabiendo que no cuesta mucho [...] o se están peleando por 'Ya pasa, ya pasa, ya córrela'; y no, yo no quiero ser así. Si antes era de que todos traíamos y todos sacábamos lo que traíamos y todos nos mochábamos ¿No? Y ya, no había problema, pero ahora no. Ya como que... Yo creo que la necesidad de más droga es lo que nos altera o así pasa. Por eso es que ya no, o sea, no nada más implica fumar y ya, sino hay más cosas, o sea que ahí se ven los amigos. Es la decepción la que ¡Ah! Dices si eran mis amigos y ve ¿Por qué se están peleando? O así ¿No? Yo creo por eso ya también la voy a dejar o no sé, intento. O ya fumaré solo siempre...

El propósito de dejar las drogas se dibujaba incierto. Por una parte, Diego no deseaba suspender de manera definitiva su consumo pero sí restringirlo a un grado que le permitiera terminar su bachillerato. La experiencia que observaba en los otros era una manera de mirarse a sí mismo en prospectiva. Para diferenciarse de aquellos que tenían mayor trayectoria de consumo y más años sin salir de la escuela, el personaje evitaba tener contacto con ellos. Se daba cuenta que su proximidad con los más experimentados le ponía en riesgo de abuso. Además, se negaba a aprender las "mañas" de estos grupos como lo querían hacer sus amigos. Para Diego aún había algo que rescatar en él, los que ya estaban consolidados como usuarios ya eran "algo perdido". Subjetividad que se salvaguardaba de la gravedad al superponer la gravedad de los otros.

...Yo ya quiero dejar de fumar o no dejar, sino que... Ya bajarle y salir del [bachillerato] porque no me quiero quedar ahí... Sí salir de la escuela, quiero salir... Porque... No me quiero quedar ahí como otros güeyes que ya llevan siete años y se pelean por un toque y yo digo que llevan una escuela [...] de los más grandes, o sea, yo no sé por qué ellos, mis amigos se fijan en... '¡Ah! Que ya fumé con los de allá abajo'... E: ¿Quiénes son "los de allá abajo"? D: Los de otras generaciones, los más grandes, [...] estando con ellos como que... Acá... Pero yo creo nada más bajan y sacan acá el toque y esos güeyes se los talonean o se lo fuman todo ellos y a ti nada más te dan así poquito, siendo que era tuyo y es lo que ellos quieren aprender pero no, así no es, o bueno, tal vez sea así pero no, yo no quiero ser así [...] esos güeyes ya son... Más mañosos, o sea, ya, ya son algo perdido...

Diego rehuía a la compañía de quienes desde su perspectiva habían perdido ya todo lazo con la sociedad convencional. Para Diego "ya no tenían nada que perder" porque habían sido expulsados de la escuela. En cambio él, aún tenía un lugar. Diego se percataba del riesgo latente de involucrarse con ellos y empeorar su situación no sólo con el uso de drogas sino con el cumplimiento de sus metas escolares.

...Yo creo ya no tienen nada que perder, por eso todo les vale, o sea, a esos güeyes ahí en la escuela ya ni los quieren, ya están expulsados, ya ni

van ahí, pero yo no quiero estar allá porque yo sí quiero acabar el bachillerato, yo no quiero que me corran. Yo también por eso luego no voy allá y yo creo que han de decir que me abro pero no. Yo si quiero estoy ahí, pero no. Yo no quiero que me agarren con esos güeyes...

En el recuento de sus vivencias, el consumo de drogas fue más allá de una experiencia pasajera que comenzó en un momento inesperado y se prolongó en exceso. A diferencia de Diego, en la trayectoria del consumo otros supieron apartarse de las sustancias y cumplir con sus metas escolares y salvaguardar sus relaciones afectivas. El personaje en cambio, incrementó las dosis y la frecuencia. Al tiempo que perdió relaciones con otros significativos también se “empezó a perder” él mismo. El camino que comenzó a recorrer con otros en la experiencia de consumo ahora lo estaba terminando solo haciendo una evaluación de lo que dio a cambio, principalmente, en la escuela.

...Es que para todo hay tiempo pero... Luego yo siento que me clavé en esto, como que me clavé demasiado y era algo nada más pasajero porque mis amigos fuman, bueno, sí fumaban y yo andaba con una chava, bueno, no andaba, sino su novio era también bien yonkie, bien adicto, pero bien ¡Cabrón! Y ella ya lo iba a dejar y se fue conmigo y todo pero él se empezó a componer y yo me empecé a perder más y ya fue cuando también ya la perdí [...]. Y todos mis amigos también, con los que conocí en primero y segundo, pero ya ahorita cuando entraron a tercero y cuarto, ellos ya lo dejaron y se aplicaron más y yo seguí tomando y fumando. Ya ahorita ellos sí van a salir [...] y yo me voy a quedar como por diez materias.

La pertenencia y la identificación que tenía en un tiempo con su grupo ya no la sintió más. Aún conservaba el gusto por las sustancias y la convivencia con sus compañeros usuarios pero también se percataba de las diferencias que lo separaban de ellos. Su firmeza para no involucrarse con la venta de sustancias coexistía con la indecisión que se recriminaba a sí mismo para cumplir con las normas escolares. Su debilidad estaba en el uso de la marihuana en compañía de su grupo. “Tirando estilo” era una expresión que utilizaba para señalar una dinámica que en su pasividad derrochaba estética. Diego estaba posicionado en el dilema entre el placer y las normas.

...No sé, luego no me gusta y luego sí, porque digo que no soy igual que los demás. No soy como todos los que fuman que ya porque traen un toque o mucha hierba ya se quieren cotizar... ¡Nel! Yo ¡Nel! Yo nunca cuando he traído, yo nunca le he vendido a nadie [...] yo no soy así. Lo que no me gusta es mi pinche fuerza de decisión que luego digo ‘¡No! Tengo examen, tengo examen, tengo examen’ [...] pero prefería irme a fumar o estar con la banda nada más de holgazán o tirando estilo... E: ¿Qué es tirando estilo? D: Pues estar ahí así nomás estar ahí... [...] no, no sé que... Haces lo que te gusta o haces lo que no te gusta [...]. A mi sí me gusta aprender en la escuela pero también me gusta el desmadre...

La posibilidad de abandonar el consumo era relativa. Si no era viable dejar la marihuana por completo, se planteó llevar a cabo la práctica de manera ocasional como un medio para contrarrestar el estrés. Fumar cotidianamente implicaba el riesgo de que la droga no hiciera más efecto y por consiguiente, diera lugar a la coyuntura de buscar otro tipo de sustancias o aumentar la dosis para volver a sentir el efecto de la intoxicación.

...Ya si es posible si lo quiero dejar, pero nada más va a ser un relax o ya cuando esté muy estresado así sí fumar, pero no quiero fumar diario. No quiero agarrarlo como algo que sea diario porque me va a aburrir, yo sé que me va a aburrir porque después de un rato ya no me hace nada... Por eso es lo que no me gusta.

En el proceso de la experiencia del exceso, Diego logró diferenciarse del grupo y resignificar la relación con sus integrantes: sintió desarraigo y se apartó de sus compañeros usuarios de drogas.

...Ya después cuando empecé a fumar más ya como que te vas dando cuenta y te vas haciendo tú ¿No? Te haces tú, ya no perteneces a un grupo sino te haces tú, te formas, te vas formando tú, y ya.

6.5.5. El exceso y la desgracia: los límites del cuerpo

En su trayectoria de consumo, el personaje llegó a un momento en que se sintió incómodo con su forma de beber alcohol. Las cantidades que ingería no eran calculables. El límite lo tenía la pérdida de la conciencia, sensación que describió de la siguiente forma:

No me gusta verme así... Cuando tomo, tomo un buen porque necesito mucho para ponerme como quiero... Así, de que no sé nada y has de cuenta que yo hago cosas pero mi cerebro no... Como que me desconectan el cerebro y ando ahí de loco nada más...

Luego de los síntomas de la embriaguez, el consumo de drogas se volvía automático: combinaba alcohol, marihuana y activo o la sustancia que tuviera a disposición. La experiencia de la mezcla de drogas le generaba la sensación de fragmentación entre su cerebro y su cuerpo. En su imaginario, mientras que el plano de las funciones cerebrales se detenía, la subjetividad se sentía “perdida” y el cuerpo lograba cierta autonomía. No obstante que “quedaba el cuerpo”, éste no reaccionaba. Sólo le permitía conservar ahí su presencia, como si fuera un representante de él puesto que no había subjetividad que recordara los acontecimientos ni dolor por los golpes que recibía.

...Ya cuando estoy borracho ya no me importa, ya nomás me dedico a tomar o a fumar o así a lo que tenga... No pasa nada por mi cerebro... Ando por allá perdido pero acá, pero mi cuerpo está así, ahí va, ahí va... Lo que queda nada más es mi cuerpo y así... No siente, o sea, cuando me pegaron, ni sentí, bueno, sí me sentía acá, todo, pero que me doliera no o cuando me pagaron, que me doliera no... Nada más me acuerdo que me dieron activo y ya... Porque primero fue una chiquita, después ya una más grande y con la más grande ya no me acuerdo... Con activo, un papel, eran dos cuadritos de papel, mojados y después fueron tres...

Diego consumía alcohol sin restricciones de espacio ni de tiempo. En contraste con otros usuarios, bebía con avidez de embriagarse lo más rápido posible. Cuando lo hacía dentro de su plantel escolar, calculaba el tiempo disponible para ingerir alcohol y lograr los síntomas de la intoxicación como también el tiempo que necesitaba para recuperarse. Cuando no tenía restricción de horario, la ingesta de alcohol la ejercía con mayor libertad. Aunque asomaba ya cierto grado de preocupación por la manera en que le afectaba su manera de consumir, a diferencia de los que pensaban que el disfrute de la bebida se encontraba en hacerlo, lo que Diego gozaba eran los síntomas de la embriaguez, no el acto de beber por sí mismo.

...En sí, yo tomo el día que sea, así puede ser un lunes, no sé. Hay unos que se la llevan más despacio, porque así de a traguito y así, dice mi jefa que no, yo digo que unos cinco tragos le doy a una cerveza y ya me la acabé. Allá... Como voy en el [bachillerato]... Es de ponerse hasta su madre en dos horas y en dos horas que se te baje... Y como acá, pus ya tomo, tomo así como allá, pero acá es más tiempo y tomo más tiempo... Y yo creo eso es lo que me afecta, como que dicen ellos que no disfruto el momento que luego luego me quiero poner hasta mi madre, y pus yo digo que sí, pero, pero pus así me gusta, porque si no, no, si estoy así, me aburro...

Una vez que bebía alcohol hacía por conseguir más. El control y el conocimiento que había ganado sobre su cuerpo bajo los síntomas de la intoxicación continuaban modificándose. En la medida en que incrementaba las dosis, descubría formas nuevas de establecerse y de espaciar los tiempos para continuar la ingesta. Así mismo, era cada vez más consciente de las reacciones de cada parte de su cuerpo para iniciar el ciclo de la intoxicación.

...Tomo hasta que ya no halla pero todavía haces la lucha por conseguir... Les pides de a peso o no sé, o si tienen para un mezcal, pus ¡Ya! Y pues mi cuerpo sí lo aguanta pero mi cabeza no porque como que me duele o sí, ya luego nada más me siento mareado pero nada más me siento así tantito y ya, ya dentro de una hora, una media hora, ya me establezco otra vez, y ya otra vez vuelvo a tomar.

Bajo los efectos de la intoxicación, la percepción de control de sí se modificaba y se exacerbaba la expresión de emociones como el enojo. Los otros significativos

observaban que Diego se transformaba en otro, sufría una mutación temporal mientras duraban los efectos.

...Pero si me provocan sí me enojo, me pongo muy loco. Dice mi hermana que soy *transformer* porque me convierto en otro. Luego ni conozco a mi mamá o ni le hago caso, aunque me hable bien, ni le hago caso ¡A nadie creo que le hago caso!

El salto de un estado a otro de su representación bajo los efectos del alcohol se daba de manera intempestiva. Su transformación era inesperada porque comenzaba a perder el fino cálculo que al principio de la experiencia aprendió para administrarse sólo las dosis adecuadas.

...Yo primero estoy tomando bien, pero llega un momento en que no sé en qué momento pasa de que ya no me acuerdo en qué momento me desconecto y ya, ando haciendo puras loqueras... Y ya no me gusta porque así soy bien desmadroso y hasta me dicen que solamente así me tienen contento, con una chela o así, si no, no...

Entre la gente que rodeaba al personaje, ya era identificado como un aficionado a las bebidas alcohólicas y a otras sustancias. El secreto de Diego ya no era tan privado como se lo proponía al principio de su experiencia. Con la etapa del exceso disminuía el control que había conquistado de su propio cuerpo haciendo más difícil el ocultamiento de los síntomas de la intoxicación.

...La gente dice que ya estoy bien clavado, que una vez me caí andando bien borracho y esta vez pues ya me pegaron [...] Yo no me acuerdo, yo nada más me acuerdo que estaba ahí tomando y ya...

Sin embargo, en ocasiones Diego aún pensaba que su secreto se mantenía vigente. Se resistía a la idea de que otros se dieran cuenta de que el exceso del consumo estaba sobrepasando su percepción de control.

...Me han visto mal pero así bien pasado, pero así de que yo me caiga o así, no, nunca me han visto así. A mis amigos sí los he visto así, que se caen, pero no, yo nunca me he caído [...]. Pero así, que me caiga de borracho, no. Nunca me ha pasado pero el cerebro ya no me... Como que se me va la onda y ando ahí de loco...

El objetivo de la ingesta era la búsqueda de los límites del cuerpo. El que tenía mayor "aguante" se diferenciaba de los otros por su resistencia a las sustancias. No obstante, a Diego le parecía que aguantar también era una manera de detenerse en el camino.

...Luego digo a ver cuánto aguanto o así... Yo digo que el que aguanta más es el que acá, es el más loco... Pero como que yo digo que no, el más loco es el más atascado...

En este proceso, la experiencia del exceso le permitió resignificar su consumo. Diego aún no sentía que su adicción era como la de sus compañeros a pesar de que admitía que se excedía. Al contrastar su experiencia con la de otros, la percepción de su adicción se aminoraba al restringir su uso a la marihuana y en ocasiones al activo. Esto lo diferenciaba de los demás usuarios con los que se relacionaba, para quienes la hierba era una cuestión cotidiana y el “plato fuerte” otro tipo de sustancias en dosis más grandes que las acostumbradas por Diego.

El que otros usuarios tuvieran una relación todavía más estrecha con las drogas no le impedía a Diego demostrarles su atrevimiento —no necesariamente su gusto— a experimentar con las sustancias. Sobresalir o presentarse ante otros como un “aguantador” de los efectos era una práctica valorada. No obstante el esfuerzo por inhalar hasta que se secaa la sustancia, Diego no gustaba de los efectos y sentía cierto rechazo por la idea de las consecuencias que generaba su consumo como droga artificial o química en el cerebro; pero no lo detenía para consumirla.

...Sí, también yo me excedo. Pero yo no sé por qué a mí no me ha hecho tanto así... Adicción como a ellos. E: ¿Tú crees que no tienes una adicción...? D: Pues un poco, pero... Como que no les gusta nada más fumar o como que... Fumar es lo del diario y otras cosas es el plato fuerte y a mí me gusta fumar y ya o activo pero [...] yo veo que ellos así se la ponen y se la quitan, se la ponen y se la quitan. Yo les digo ¡A ver, yo quiero alucinar algo más loco! Y me la pongo y ya no me la quito hasta que se seca esa cosa pero ¡Ah! Pero por eso no me gusta, y ya. Pero, no sé. Como que yo... Lo que me gusta es fumar, lo mío es fumar y ya... O no sé, sí me gusta pero como que luego no me gusta por las consecuencias que trae... Luego no capto...

La destreza adquirida en la experiencia para intoxicarse explicaba la capacidad para “aguantar” los efectos, medir los reflejos, aprender a caminar sin caerse y sobrellevar los síntomas de la intoxicación e incorporarlos a un estado “normal”. Sin embargo, lograr este control implicaba el aumento de las dosis en tanto registraba sensaciones escasamente placenteras o en su caso acerbadas. De ahí la necesidad de otras sustancias para disfrutar la experiencia.

...Hay unos adictos que... Empiezan que con pastillas y unos sí se caen y se marean... Y se caen porque andan ya bien borrachos y eso. Y otros no, otros nada más andan bien listos y hasta nada más hacen que se hacen menos pero no... [...]. Será que ya llevan más tiempo... Ya te digo, ya miden sus reflejos... O sea ya, ya te acostumbras a andar así y ya, normal, ya hasta caminas así, te formas como... Algo ya de ti, y ya ni lo disfrutas, ya después necesitas más, otra cosa que esté más loca o que te haga más efecto porque ya si fumas y fumas, nada más te duele la cabeza o te... La garganta pero si ya nada más no da para más tu cerebro yo creo...

La conciencia de este proceso despertaba en Diego cierto temor a incrementar las dosis y a expandir su consumo a otro tipo de sustancias. Vislumbraba la posibilidad de hacerlo y con ello “empeorar” la situación de lejanía con los otros significativos así como el incumplimiento de sus metas que ya le estaba incomodando.

...Si sigo así yo creo que voy a llegar a un grado en que... ¡No sé! Yo creo que me voy a volver igual o algo... ¡Peor!

En este contexto, Diego solicitó tratamiento en una clínica de terapia familiar. Llegó ahí por la insistencia de su hermana luego de que ésta y su madre descubrieron que usaba drogas. De no ser por la labor de convencimiento de su hermana, Diego no hubiera asistido por su propia voluntad.

...Mi mamá se dio cuenta... Bueno, mi hermana pero si yo hubiera... Yo creo no hubiera venido yo por mí mismo... No... Mi hermana me convenció. Mi hermana es la que está más al pendiente de mí, la más grande, la que vive ahorita más grande que tengo... Pero así, fue la que me trajo y eso...

Aunque llegó a terapia por una petición ajena, con el distanciamiento del grupo de usuarios se gestó la proyección de recorrer un camino individual. Diego se estaba confrontando con su gusto por la marihuana y la disolución del grupo.

...Yo vine porque... Pues ya no me gusta, bueno, sí me gusta fumar y eso pero... Ya no me gusta lo que le está pasando a mis amigos o con los que mepecé ya no es lo mismo... Ya no me gusta.

Ante la opción de entrar a una terapia, reconoció que tenía la expectativa de aprender a limitar su consumo; sobre todo con el alcohol. La disminución del consumo de sustancias significaba evitar llegar a ser como sus amigos “un pacheco de la calle”. Resistir el exceso equivalía a la posibilidad de cumplir con sus metas académicas; para ello sentía que tenía que aprender a “tranquilizarse” y detener la sensación de “ansias” de experimentar con otros tipos de sustancias. Retomar sus objetivos escolares y rehusarse a la invitación de sus amigos. Sin embargo, lo que resaltó en su relato fue la ambigüedad de dejar de manera definitiva el consumo.

Acepté venir porque no quiero ser como mis amigos. Yo no quiero llegar a ser un pacheco de la calle [...]. Yo sí quiero estudiar y aunque sea después... Si ahorita me detengo unos siete años y no fumo y acabo una carrera y al rato vuelvo a fumar... Eso quiero aprender, aprender a tranquilizarme... A decir ¡Ya no! O ¡Hasta aquí! Porque con el alcohol, si tomo una ya no me paro hasta que se me acaba el dinero [...]. Quiero aprender a saber decir ‘No’ o si tengo clase y se me atraviesa un toque decir ‘No, voy a mi clase, voy a mi clase’. Además, esa cosa nunca se va a acabar ni el alcohol... Yo no quiero ser un adicto que ande nada más de vago y nada más ande taloneando ahí a la gente y acá. No, yo quiero tener

mis cosas y ahorita dejarla, chance y no digo que de dejarla pero sí de tranquilizarme y no meterme otras cosas porque es lo que no quiero, tener ansias de otras cosas o de probar otras cosas, es lo que no quiero.

Diego comenzó a significar la experiencia del exceso como un problema que coexistía con el gusto adquirido por los efectos, en particular con la marihuana. Consideraba que el “mal uso” consistía en elevar el consumo a un plano sin medida, en vez de conformarse con “el viaje” como un estado corporal deseable.

Nada más que luego te excedes y ¡Ah! Es el problema... Porque no es tan malo usarlo sino excederse. Darle mal uso acá, nada más para darte tu viaje o no sé, porque antes yo digo que se usaban para otras cosas pero yo digo que drogas naturales, porque es lo que yo quiero o lo que me gusta a mí.

El problema se encontraba en su propio cuerpo por ser escenario de la incertidumbre. Diego prefería mantener los ‘signos’ del uso de marihuana como parte del gusto por los efectos; conservar “los ojos rojos” sin utilizar gotas para ocultarlo porque éstas “quemaban” y “cortaban” los efectos. Con el uso prolongado de las sustancias imaginaba que llegaba un momento en que la sangre ya no bajaba, se coagulaba y ya no regresaba a su estado normal; algo semejante a lo que había ocurrido en su propio cuerpo una vez que aprendió a experimentar los efectos de las drogas. La detención del sujeto corresponde con la detención fisiológica de la sangre que no baja, se coagula. El tiempo se detiene en su imaginario. Las transformaciones del cuerpo aparecen vinculadas a la experiencia subjetiva.

...No sé por qué o traer los ojos rojos... Porque ni gotas me gusta echarme... No porque te corta el efecto y ya. Bueno, a mí... Yo siento así, yo digo que a todos y aparte luego te daña la vista. Por eso mis amigos ya los tienen todos así. Yo los tengo todavía blancos, ellos ya lo tienen como café. Lo blanco ya se les ve café de tanta... Yo digo que de la sangre que está aquí en lo blanco, se echan la... Como lo tienen caliente, yo digo que se echan las gotas y como que se quema o no sé, siento algo así y así como que la sangre ya no baja bien, ya no se vuelve a regresar a su estado normal, ya como que se queda ahí coagulada o no sé, así se me imagina...

Diego transitaba por una época de tensión y ambigüedad. Sabía que “perderse” con la ingesta de sustancias como le gustaba, disminuía la posibilidad de satisfacer su deseo de establecer una relación erótico-afectiva. Lo que observaba en el cuerpo de otro era representativo de lo que le sucedía a la persona. Las jóvenes no usuarias de drogas desistían de relacionarse con él cuando lo percibían “perdido” bajo los efectos de las sustancias como él desistía de la alternativa de relacionarse con una usuaria de drogas. El personaje reproducía así el estigma.

Lo voy a dejar también porque... Luego sí hay veces que sí hace falta una chava con quién estar [...]. Ahorita todavía no tengo motivos para dejar la droga pero yo digo que no la voy a dejar o bueno, sí la dejo pero yo digo que después voy a volver a fumar pero así ya más tranquilo, de vez en cuando... Cada vez que me ofrezcan o cada vez en una fiesta ahí pues sí les doy unas tres, pero ya no a perderme porque cuando las chavas ven que te pierdes, se sacan de onda... [...] O a menos que me busque una chava que también fume, pero no... O bueno sí, pero yo digo que nada más para el desastre... Para algo serio o para una relación ya más adelante yo creo no porque ¡Imagínate! Si te casas con ella o si tienes un hijo con ella ¡No! Acá, ¿Qué le espera? Acá, pinche vida, así... Yo digo que le espera algo malo...

Encontrar la medida del consumo implicaba el dominio de la razón sobre los placeres. La actitud de “perderse” en el exceso era incomprensible para Diego; sin embargo, la ambigüedad experimentada por el uso de sustancias parecía retenerlo en una experiencia circular entre el apego a un discurso normativo que explica el uso de drogas por problemas de tipo psicológico o falta de motivación y asumir su gusto por las sustancias.

...Están bien pendejos porque se clavan bien cabrón y no es así, o bueno, sí es así pero, pero... No sé, es que como que ellos... Yo creo que una cosa es que te guste pero... Otra cosa es que te pierdas... Ellos como que... Yo creo que no tienen a nadie quién les diga o a quién querer o no sé, pero sí se pierden muy gacho. Yo he visto a mis amigos que no sé, tienen todo y no sé por qué lo hacen. Como que es una salida a los problemas pero no, es que no es una salida a los problemas. Yo digo que si te ponen, si te drogas y te ponen a hacer otra cosa o te ponen a trabajar bien y te dicen ‘Te voy a pagar bien’ y te dicen ‘Pero has esto’... Yo creo que sí te drogas pero ya más relax, y así poco a poco yo creo que... Como que hace falta motivación o algo más importante, algo que te guste más que andar de vago... Yo creo que algo que te guste más que andar de vago es tener dinero para ya después andar de vago.

Ante la ambivalencia de privarse de drogas de manera definitiva —aunque pensaba que era lo deseable— se proponía conservar su consumo de manera ocasional. El motor de este propósito radicaba en la angustia de insensibilizarse a los efectos de la marihuana y por consiguiente, buscar otro tipo de sustancias. Si bien, dentro del rango de posibilidades de consumo, el tabaco ocupaba un lugar, Diego se resistía a utilizarlo. Esta droga sólo la fumaba de manera esporádica y en baja cantidad. Incluso le representaba un esfuerzo hacerlo porque le provocaba mareos y náuseas. También le molestaba el humo del tabaco que otros fumaban. No era una alternativa para Diego, sobre todo porque no le encontraba sentido a ingerir una sustancia que no le producía ningún efecto placentero.

...Dejarlo por un tiempo o no por un tiempo y si ya lo puedo dejar y ya después no fumar pues ¡Qué mejor! Nada más de vez en cuando... Si fumo pus ¡Va! Pero que yo quiera fumar diario y tener una vida así... No, porque sé que no me llena... Ya de un rato de fumar así, por ejemplo, ya mucho tiempo, después ya no me hace nada y como que ya no ¿Ya qué? ¡Ya qué caso tiene que fume! ¿No? ¡Mejor fumo cigarro! Y ya, pero no, no es lo mismo porque el cigarro me maree... Me da asco, ya después... Me acabo uno pero con mucho esfuerzo... Si tengo un vaso de agua o si estoy tomando refresco y fumo, sí... O tomando y fumando puede ser que me fume uno, pero así que yo compre una cajetilla y esté fumando uno tras otro, no. Ya después me es molesto hasta con la gente que está fumando. No, no me gusta fumar casi o a menos me fumaré uno cada tercer día, así... No, no le hallo caso fumar y que no te haga nada, nada más que te maree, ¿Para qué fumas si no te hace ningún efecto?

El uso de drogas como alcohol, marihuana, cocaína, inhalantes y pastillas, significó una experiencia trascendental en su vida. Sin embargo, se encontraba en la disyuntiva de continuar en su trayectoria de consumo o acoplarse a cierto tipo de exigencias sociales. Por ambas gravitaba un deseo: gustaba tanto de los efectos de la marihuana como también le interesaba formar una pareja, obtener logros profesionales, laborales y adquirir bienes materiales como símbolos de prestigio social y alcanzar la promesa de “tener una vida”, esto es, un lugar visible en la sociedad convencional.

...Te cambia, te cambia hasta la forma de ver la vida. No, no la ves así ya tan fácil. Yo creo por eso también así estoy... Lo estoy aceptando porque yo no quiero quedarme ahí en la escuela taloneando a los demás, porque de eso no voy a vivir. Yo sí quiero tener una vida, no me quiero quedar ahí como ellos [...]. Me gustaría, sí dejar de fumar y [...] yo nada más quisiera pues... ¡Normal! Tener mi carro, un trabajo de ocho horas, vivir una vida normal...

El uso de drogas adquirió un nuevo sentido: aprender a controlar el deseo por las drogas, o bien, llevar a cabo su uso de manera secreta para insertarse a una realidad que de lo contrario, Diego miraba con riesgos de ser excluido.

...Aparte lo ve mal la sociedad... Yo si voy a fumar o de grande fumo, va a ser que nadie sepa porque la gente que sabe, como que te van aislando.

6.5.6. Epílogo

En el relato, las primeras experiencias con el uso de drogas fueron referidas como vivencias desprovistas de placer; incluso marcadas por efectos desagradables. La experimentación con una droga no produce efectos placenteros de manera automática; se necesita disposición y varios ensayos antes de aprender a identificar sensaciones agradables según lo mostró la experiencia de Diego.

A diferencia del primer contacto con la droga, que emergió sin intención previa por experimentar, las siguientes ocasiones el personaje se sintió movilizado por curiosidad. Las cualidades de las sustancias respecto a sus sabores y olores, fueron de los primeros conocimientos que adquirió en su experiencia de consumo.

Al repetir la práctica de la intoxicación se suscitó una peculiar forma de aprender y aprehender las reacciones de su propio cuerpo. Experiencia alojada en una corporalidad en la que se inauguraban formas distintas de sentir a las ya conocidas. En una suerte de experimentos, Diego aprendió a identificar los límites de su propio cuerpo en torno a la cantidad que consumía. En este episodio, el personaje se dio a la tarea de trabajar en la experimentación de nuevas formas de percepción mediante la manipulación corporal: a partir de la idea del cuerpo como responsable de las sensaciones experimentadas, se modifica para obtener una percepción alterada de la realidad.

En la trayectoria con el uso de drogas, la influencia de los usuarios más experimentados es importante para inducir los primeros estados de intoxicación. Si bien, al inicio de la experiencia su participación es necesaria, paulatinamente el personaje adquiere mayor autonomía y control de sí, así como un mayor conocimiento de las drogas y las técnicas para utilizarlas. Con la práctica, Diego se percató de que podía dirigir su propio consumo.

La integración de estos factores contribuyó a tomar conciencia de las sensaciones percibidas. Sobre todo cuando aprendió a controlar su cuerpo para llevar a cabo la intoxicación con base en una relación cada vez más consciente de su experiencia corporal: saberse controlar, medir los reflejos, identificar la experiencia del exceso, aprender a moverse bajo los efectos y hacer un uso cada vez más detallado de su propio cuerpo para lograr el control de sí como una meta subjetiva que se da a conocer a otros.

La experiencia que al inicio buscaba cierto estado de alteración corporal, derivó en la búsqueda de estados subjetivos específicos como la “tranquilidad”, que solía atribuir al uso de la marihuana ¿Dónde hallar la tranquilidad? El personaje la asociaba a una sensación de relajamiento generalizado que coexistía con una sensación de mayor reflexividad sobre sí mismo y su entorno. En este estado prefería hacer su cotidiana realidad y no en un estado “normal”, esto es, sin el efecto de la sustancia.

De haber comenzado como una experiencia desprovista de placer, el uso de drogas devino en un paulatino goce de las sensaciones. Al practicar la intoxicación Diego

alteró la percepción de sí, de su tiempo, de su espacio y de sus vínculos. En el transcurso de la experiencia su motivación para relacionarse con las drogas fue el descubrimiento de sí mediado por determinados efectos. Con el tiempo, el acto de fumar, beber y/o aspirar sustancias significó más que el gusto adquirido por las sensaciones percibidas. Se convirtió en una práctica que formó parte de su modo de vida. Fue en el curso de la experiencia que Diego desarrolló motivos para el consumo.

En este episodio se asoma un discurso de placer, de asombro y de gusto por descubrir y diferenciar las reacciones corporales bajo el efecto de las drogas. Un posicionamiento subjetivo que se congratula de percibir control de sí mismo. Se trata de un relato de placer en el que el personaje desplaza la solemnidad del drama para hablar de la vida ordinaria, donde el uso de drogas se vincula a un estilo de vida y a una caracterización del sujeto que las utiliza.

En este proceso también tiene lugar la selección de las sustancias en función de los efectos percibidos; tras aprender a localizar, reconocer y registrar las señales de la intoxicación y asociarlas de manera directa al uso de drogas. De acuerdo con su experiencia, cada sustancia tiene su especificidad: además de que se usan para lograr distintos estados, proyectan imágenes y significados diversos. Suelen asociarse también a ambientes específicos y quien las utiliza representa cosas distintas. A cada sustancia se le atribuyen ciertas facultades para alterar o apaciguar los ánimos por lo que los usuarios buscan de manera intencional, determinados efectos para cambiar su propio estado. Los significados de las drogas y sus usos están guiados por el grupo.

Se desplegó también un imaginario en torno a la clasificación de las drogas por su composición. Para el personaje y su grupo de consumo, entre más natural es una droga, representa menores riesgos para la salud. Desde su perspectiva, es preferible usar la marihuana en contraste con otras que por su composición química, afectan el cerebro, carcomen la garganta, consumen lentamente el cuerpo, generan envejecimiento prematuro, contribuyen a la decadencia corporal e impactan las relaciones sociales.

El personaje manifestó así una inclinación por la marihuana al considerarla como una sustancia natural que proyecta la imagen de una persona pacífica, relajada y reflexiva. El efecto de personalización de las drogas de consumo se relaciona también con la pertenencia a determinada clase social y los recursos económicos que se tienen para conseguir tal o cual sustancia. Cada droga posee significados distintos, los cuales también son simbólicamente ingeridos por los usuarios. Las ideas y significados de las

drogas se integran a los efectos percibidos. Cada droga conlleva así un modo particular de actuación: como marihuano, como cocainómano o como alcohólico.

La marihuana, como sustancia preferida aportaba estos elementos a la configuración del personaje; no así de las drogas que lo alteraban sin producirle placer. Con el alcohol por ejemplo, sufría una metamorfosis que lo transformaba repentinamente en un sujeto agresivo, inconsciente e incontrolable; estados y características carentes de un sentimiento de identificación.

En la trayectoria que hasta este momento —de un tiempo lineal y cronológico en el que construyó su relato—había recorrido, la experiencia de la intoxicación estaba conformada por cálculos con respecto al consumo y al suministro: dónde, cuándo y con quién llevarlo a cabo. Factores que se articularon en la secuencia del espejo y la apariencia, que versó sobre la lucha del personaje por mantener en secreto su consumo. A este punto subyacía un proceso gradual de relajamiento con respecto a las normas convencionales de interacción y de presentación de su persona en la escena social.

La segunda secuencia tiene lugar tras señalar la manera en que los otros perciben ciertas señales de un posible comportamiento “desviado” del personaje. En la medida en que el uso de drogas ha cobrado peso, Diego muestra descuido y desinterés en otros ámbitos: desde su propio arreglo hasta su escuela y sus relaciones interpersonales. Sin embargo, hay una preocupación por no ser identificado como un usuario de drogas “de la calle”, y expuesto a una mayor condena y descalificación social que “un usuario de drogas que aún asiste a la escuela”.

Esta preocupación está asociada a la percepción de una gradual transformación que conllevó el uso de drogas y que no fue intencional, pero que es hablada por el cuerpo: en su semblante, en su rostro, en su forma de hablar, en su memoria y en su imagen en general. Preocupación que suscitó una vigilancia constante de sí con el fin de no descubrirse ante los demás y particularmente, un modo de apropiarse de su propio cuerpo para llevar a cabo una actuación basada en el control de sus reacciones, de los efectos y de su comportamiento en general, en aras de evitar el rechazo y el estigma. Para sortear también una serie de atributos negativos y prácticas delictivas que se atribuyen al usuario de drogas por consumir sustancias, con los cuales se agrava el castigo y la presión social.

El control que en un principio estaba orientado hacia las dosis y los momentos del consumo, ahora estaba encaminado a controlarse a sí mismo para encubrir los efectos

de las drogas. Es así que el cuidado de la apariencia y el manejo del propio cuerpo articuló distintas líneas; ya fuera para ocultarse ante quienes no consumían sustancias o para mostrar la posición que había alcanzado como usuario de drogas ante quienes lo hacían. En ambos casos, son los otros los que mediaban la relación del sujeto consigo mismo.

Ante la serie de controles sociales que se desplegaron alrededor del consumo de drogas, el personaje en un esfuerzo de contrapoder relativizó su preocupación por ser descubierto. En la sucesión de acontecimientos, cuando restó importancia a este hecho, su madre y su hermana se percataron por el olor que emanaba, del consumo de activo. Este evento puso de relieve el desvanecimiento de los límites sociales del personaje para experimentar con sustancias antes rechazadas por su composición química; de ahí que llegó a casa oliendo abruptamente al aroma característico del activo. No obstante, en el relato Diego proyectó una crisis de valores como reflejo de la tensión experimentada entre su deseo por continuar consumiendo y la conciencia de estar corrompiendo ciertas normas al ingerir sustancias con fines de intoxicación. La resolutive del personaje consistía paradójicamente en continuar su consumo de manera secreta.

En su trayectoria como usuario, el aprendizaje de otro tipo de normas también estaba en juego; particularmente, en el tercer núcleo narrativo que corresponde a la vivencia grupal del consumo; donde el personaje aparece cada vez más alejado de la sociedad convencional al tiempo que se inserta y se identifica con un grupo de usuarios de drogas.

La vinculación con otros usuarios llevó aparejado el aumento en la dosis y la frecuencia de consumo, así como la ausencia en la escuela y la pérdida de sentido en cuanto a sus actividades académicas. A decir del personaje, bajo los efectos de las sustancias, transgredía normas que sin los cuales no lo haría. En este episodio, de forma paulatina, restringió sus relaciones sociales significativas sólo al grupo de usuarios de drogas. De tal forma, esta práctica adquirió un sentido grupal: al tiempo que era una experiencia individual, era una vivencia compartida. El grupo conformaba un espacio afectivo donde los lazos construidos permitían un grado de mayor contacto entre los integrantes y hacían de la ingesta de sustancias una práctica vincular y significativa.

La vivencia grupal estaba regida por un conjunto de reglas que definían las fronteras del grupo con respecto a los no usuarios. Ingerir sustancias de manera grupal

conformó un rito que al tiempo que demarcaba la experiencia para sus integrantes, excluía a los que no lo eran. Así mismo, había un intercambio de señales de los estados íntimos que compartía el grupo durante la ingesta. La interacción grupal se hizo intensa bajo ciertos ritos que consolidaban la amistad y la competencia por el consumo.

Para el grupo, el acto de beber la saliva de los otros tenía un efecto mayor de embriaguez que la sustancia por sí misma. Acto simbólico en el que el cuerpo, en particular, la saliva compartida vehiculizaba el ritual. Sólo en el tiempo del rito era permitida una especie de antropofagia entre los usuarios de drogas al “comerse” unos a otros vía la saliva. Fuera de él esta práctica no tenía sentido. El contacto corporal entre el personaje y los usuarios de drogas estaba confinado al tiempo del ritual. La eficacia del rito consistía así en descubrir poderes que sin la ingestión no serían capaces, se necesitaba del abandono racional por parte de sus integrantes para lograr la expectativa grupal de los efectos de las drogas. El rito proporcionaba frenesí, una experiencia significada de manera altamente placentera. A través del rito los integrantes del grupo compartían una identidad: decir “nosotros” significaba hablar tanto del grupo como hablar de la experiencia individual. Imagen del grupo de usuarios de drogas como un cuerpo compartido donde el tipo de droga de consumo fortalecía la identidad grupal.

Al interior del grupo, la dinámica establecía un nivel de consumo entre sus integrantes y presionaba para su mantenimiento. Promovía de este modo la experiencia del exceso como prueba de la resistencia corporal a una sustancia o a una combinación de ellas. La vida del grupo dependía de la vida del ritual de la ingesta y del hecho de sobresalir por el nivel de consumo tanto de manera individual como intragrupal y frente a otros.

La inmersión en la actividad del uso de drogas proporcionaba una imagen con la cual se identificaban los usuarios. Más allá de un conjunto específico de ciertos rasgos que conforman la apariencia del usuario de drogas hay una especie de códigos implícitos que sólo ellos pueden reconocer y por medio de los cuales se distinguen y se identifican.

No obstante la importancia de la cohesión grupal para el mantenimiento de la ingesta, el personaje fuera del ritual, se diferenciaba del grupo tras asumir control sobre su consumo a diferencia del resto de los integrantes. En esta secuencia, el control que percibía sobre su consumo sin embargo, era endeble ante el ofrecimiento de otro para

utilizar sustancias. Esto es de resaltar porque las escenas del consumo toman lugar en el relato desde una vivencia exclusivamente grupal.

Otro rasgo que distinguía al personaje de los usuarios que lo rodeaban, es que si bien el consumo de sustancias *per se* no representaba un problema para él, sí lo era la experiencia del exceso. A partir de este posicionamiento se engarza el siguiente núcleo narrativo en el que se dibuja la inconformidad de Diego ante el grupo. El quebrantamiento de ciertas normas y la experiencia desagradable asociada al exceso situaban al personaje en un punto de tensión frente al placer que le proporcionaba la ingesta y el grupo mismo.

De este modo, la disolución del grupo se planteó en términos de ambivalencia del personaje ante sus reglas y propósitos de ampliar el tipo de consumo hacia sustancias “químicas” como las pastillas. Las diferencias marcaron un distanciamiento paulatino del personaje. Los vínculos grupales se disolvían en la medida en que incrementaba el consumo. Con el exceso, el ritual se tornaba caótico. En este contexto, Diego se enfrentaba ante sus propios límites en cuanto a la ingesta y a la normatividad sociolegal; incluso vislumbraba la posibilidad de romper por completo los lazos que lo unían a este tipo de normatividad y había visos de querer evitarlo.

En una lucha por diferenciarse, la evaluación de su trayectoria con el uso de drogas lo llevó a replantearse la forma de consumo que había alcanzado y los lazos que lo unían al grupo de usuarios de drogas. En el recuento de acontecimientos sobresalieron como costos del consumo, el atraso escolar, la pérdida de relaciones significativas, particularmente con mujeres, y el rechazo y la estigmatización cada vez más marcados. Sin embargo, la separación del grupo implicaba la mayor pérdida para el personaje, en tanto que fuera de la interacción grupal, no lograba los mismos efectos de la intoxicación.

En el relato, apareció la idea de un proyecto corporal que no implicaba el cese del consumo por completo pero sí una disminución en la cantidad de la ingesta y una restricción al uso de la marihuana en aras de que este tipo de consumo le permitiera concluir su bachillerato, obtener un empleo estable, adquirir bienes y formar una pareja. Diego desplegó diversas estrategias para encaminarse a ello: alejarse de los usuarios más experimentados, reducir el tiempo compartido de la ingesta con el grupo de usuarios, imponerse ciertos límites en la transgresión de las normas. El personaje no se identificaba con la imagen de un usuario de drogas como un caso “perdido”. La

evaluación de los costos y beneficios de su experiencia finalmente lo apartó del grupo de usuarios.

Para finalizar, en la quinta secuencia del relato el personaje narra los acontecimientos relacionados con el exceso del consumo de sustancias y la forma en que operan en su experiencia los controles sociales para regular y administrar la vida y que ejercen presión sobre prácticas como el uso de drogas.

De la experiencia del exceso emerge una subjetividad desconcertada ante la sensación de pérdida de control del propio cuerpo que suscita la imagen de un cerebro desconectado y un sujeto que actúa sin razón. El consumo transita de una a otra sustancia y se lleva a cabo hasta la pérdida de la conciencia. La imagen del cuerpo fragmentado alude a la vivencia de un cuerpo que actuaba con autonomía y una subjetividad perdida, sin memoria de los acontecimientos y sin ningún tipo de registro de dolor; mientras que el cuerpo permanecía como un representante anestesiado del sujeto en la escena social.

La experiencia del exceso es caracterizada por el rompimiento de los límites espacio-temporales para el consumo. El placer que en un principio era el objetivo de la ingesta derivó en una avidez por la alteración de los estados corporales sin reserva y sin control. A diferencia de cuando planificaba las dosis de la ingesta y se administraba la cantidad adecuada que le hacía sentir bienestar y placer, con el consumo desenfrenado surgía la imagen de un “transformer” para dar cuenta de la metamorfosis sufrida e involuntaria del personaje. Éste adquiría un temple agresivo e inexpugnable. Bajo esta faceta, el personaje se empeñaba en sobresalir por su consumo.

Con la pérdida del control sobre su propio cuerpo para llevar a cabo una actuación bajo los efectos de las drogas, el secreto del personaje dejó de ser tal y Diego comenzó siendo identificado por los demás como un adicto a las sustancias. En este contexto, la experiencia del exceso al tiempo que representaba una oportunidad para diferenciarse de los otros por su resistencia, también era motivo de preocupación. El personaje que había perdido los límites dio un vuelco en el relato y ante los costos sociales y personales de su ingesta desmesurada, consideró someterse a un tratamiento psicológico con el objetivo de moderarse a raíz del descubrimiento de la familia de su consumo de drogas y de la insistencia de su hermana para que acudiera a una clínica.

La expectativa del personaje giraba en torno a regular su consumo como una forma de recuperar el control que en un principio tenía. Para ello, las “ansias” y el aprender a “tranquilizarse” aparecieron como los núcleos subjetivos a rebatir, más la meta era asumida con ambigüedad. El personaje planteó la dificultad de llevar a cabo una práctica estigmatizada y alejada del orden social y al mismo tiempo cumplir con las metas impuestas por la sociedad. El malestar ante la ingesta en exceso coexistía con un gusto por los efectos de la marihuana. El reto más grande lo planteaba su deseo de continuar consumiendo drogas y obtener ciertos logros con aceptación social y es que Diego una vez que había descubierto lo incierto de su propia corporalidad, intuía que el cuerpo, al ser escenario de la incertidumbre, difícilmente podría aceptar bajas dosis y mantener los efectos de manera estable. En su imaginario había un temor a acostumbrarse a cierto nivel de consumo y tener que incrementarlo para volver a sentir las sensaciones esperadas. Ello lo alejaría de su meta inicial: mantener una baja dosis de consumo frecuente, particularmente, con la marihuana. De este modo, el personaje planteó la disyuntiva en la que se encontraba.

Los dispositivos con los que el personaje reconstruye su experiencia son así el control de sí mismo y la importancia que atribuía a llevar una vida “normal”. El primero radica en llevar a cabo un ejercicio de autoobservación de sus reacciones para frenar oportunamente el consumo. El segundo se asocia con el cumplimiento de ciertas metas como la conquista de sus retos académicos, la conformación de una pareja, la obtención de logros materiales y el reconocimiento social por llevar a cabo una vida “normal”. De ahí que la resolución del relato se desplegó en términos de continuar su consumo de sustancias en forma secreta a fin de evitar ser excluido y estigmatizado.

En el caso de Diego, la experiencia subjetiva fue representada como una experiencia de límites y normas que sólo puede ser comprendida en un contexto sociocultural que impone ciertos modos de relacionarse con el cuerpo para tener un lugar visible en la sociedad; reinscritos, no obstante, en los intereses y en las reglas de los sujetos que participan de ella. De este modo, la historia de Diego muestra la trayectoria de un modo de relacionarse con su propio cuerpo a través del uso de drogas como un modo de relacionarse con los otros en un intento de construcción y de reafirmación de su lugar en el mundo. El relato es enunciado así desde la tensa relación entre las normas y el placer, como el lugar desde el cual el personaje ha recreado su experiencia. Su historia expresa una manera de reafirmarse de Diego frente al mundo y frente a sí mismo al recuperar el control de sí y de su vida.

6.6. Patricia

Patricia, de 21 años, daba la impresión de tener mayor edad. Su complexión era gruesa, su estatura baja y su tez blanca. De su rostro destacaba su pronunciado maquillaje en los ojos, en los labios y en sus cejas depiladas y subrayadas con lápiz café. Su cabello era chino, abundante y rojo; sujetado esmeradamente en una coleta. Tras el movimiento incesante de su lengua se dejaban ver dos *piercing*, que producían un sonido particular al hablar. Al principio de nuestro encuentro parecía estar muy nerviosa frente a la grabadora; conforme transcurrió el tiempo, mostró sociabilidad, simpatía y disposición mientras fumó un cigarrillo tras otro.

Patricia cursó la carrera técnica de enfermería y hasta la primera sesión de entrevista, trabajaba en una clínica particular en la unidad de cardiología. En la segunda ocasión que nos reunimos había quedado desempleada, limitándose a señalar esta nueva condición. Así mismo, se encontraba en proceso de separación de su novio, quien en un par de semanas emigraría a Estados Unidos de manera ilegal.

La entrevistada vivía con sus padres y sus dos hermanos; ella ocupaba el lugar intermedio entre los hijos. El grupo vivía en una propiedad ubicada en la zona metropolitana de la ciudad, donde Patricia habitaba la parte superior de la vivienda. Este departamento fue un regalo que le hicieron sus padres cuando cumplió quince años. A decir de Patricia, mantenía una relación afable con sus familiares, entre quienes era tratada como “la niña” de la casa y con esa imagen se identificaba. Esta posición signó una parte de la dinámica relacional dentro del grupo familiar. Implicaba que por ser la única mujer entre hijos varones, no tenía responsabilidades económicas ni con el quehacer cotidiano del hogar. Desde su infancia, sus demandas fueron satisfechas por sus padres y más tarde, cuando Patricia era económicamente activa, también. Sus obligaciones han consistido en concentrarse en sus estudios, llevar una vida “honorable” y dedicarse al ejercicio de su profesión.

Patricia tenía una opinión muy favorable de su vida familiar desde que fue una niña hasta su edad actual. Ella percibía que a diferencia de sus amigos, no tenía problemas o carencias de tipo afectivo o económico. Así mismo, de manera general pero consistente, evaluaba de manera positiva la comunicación que mantenía con sus padres así como la relación amistosa y solidaria con sus hermanos. Su vida familiar fue valorada no sólo en términos de satisfacción de necesidades, sino de abundancia e incluso en ocasiones, de exceso de afectos y satisfactores materiales.

Su vida cotidiana transcurría entre el trabajo, el tiempo que dedicaba a su relación de noviazgo, a sus amigos, a su grupo familiar y a ella misma. A Patricia le gustaba planificar su tiempo: lo mismo se organizaba para su actividad laboral que para destinar los fines de semana al uso de drogas como alcohol, marihuana, solventes, cocaína y pastillas.

Su droga preferida era la marihuana. Con ella inició el consumo alrededor de los 16 años, y dado que en ese entonces el suministro dependía de sus amigos, fumaba de manera irregular. Sin embargo, esto cambió cuando obtuvo sus propios recursos para conseguir la hierba. De forma paulatina estableció una nueva forma de consumo al tener la marihuana a su disposición. Así, cumplió dos años con una rutina nocturna. Cada noche fumaba invariablemente antes de dormir. A pesar de que lo hacía en la parte superior de la casa, sentía preocupación por mantener oculto su consumo ante sus padres y hermanos.

Fumar marihuana era para Patricia una forma de dedicarse tiempo a sí misma. Cada papel que tenía, ya fuera como enfermera, hija, hermana, novia y amiga, era tan importante como dedicarse tiempo a sí misma a través del uso de la hierba. A diferencia de las demás drogas que consumía, deseaba mantener el uso de ésta por el resto de su vida y encontrar una pareja que la aceptara así. La única razón que encontraba para dejar la marihuana era la maternidad.

La ingesta de sustancias no le representaba un problema en sí mismo, pero sí lo era el hecho de ser descubierta. Su prioridad era mantener la imagen de una “hija de casa”, sana, responsable y dedicada a su profesión. En el relato, el personaje apareció constantemente preocupada por la impresión que causaba ante los demás. Le importaba la apariencia que proyectaba en todos los ámbitos donde se desenvolvía. Su imagen era un asunto capital que le exigía administrar los espacios, el tiempo y su propio comportamiento en aras de sostener su papel como “hija de casa” sin dejar su gusto por el consumo de drogas.

Para la escena social, el arreglo de su persona era un aspecto eminente. Con esmero embellecía la forma de su ceja, aseguraba un maquillaje perfecto, adornaba su pelo y cuidaba la combinación de sus prendas y accesorios. No lo era menos la higiene personal y el mantenimiento de una imagen pulcra. Para la entrevistada, estos hábitos reflejaban no sólo el lado estético sino moral de sus costumbres y de un modo de ser ante el mundo.

En el relato, Patricia se perfiló como un personaje disciplinado para llevar la vida. Señalaba la responsabilidad, la prudencia, el autocontrol y la determinación como propiedades de su identidad. A lo largo de la recreación de su historia, se dio a la tarea de reafirmar estos principios y valores. Ante las diversas circunstancias, tendía a superponer la racionalidad para tomar decisiones. Para el personaje mostrar seguridad en sí misma no significaba dejar de ser una “niña” tierna y afectuosa como la dibujaban sus padres y hermanos.

Patricia mostró así un conjunto de recursos personales que impactaron la forma de manejar su consumo. Su actividad como usuaria de drogas apareció sellada por un estatuto de racionalidad con la que vigilaba los momentos para consumir, los tipos de drogas, las cantidades, frecuencias, lugares y la compañía para hacerlo. Con esta actitud, intentaba conservar un lugar en la jerarquía social y evitar cometer actos amorales como robar para conseguir drogas o utilizar de manera indiscriminada el tipo de sustancias para intoxicarse. A decir de la entrevista, se rehusaba a ser “simplemente una drogadicta” y para ello desplegaba una serie de estrategias en aras de proyectar una imagen socialmente aceptable. Las actuaciones por arrebatos no formaban parte de su repertorio de acción, en vez de ello, planeaba y cuidaba cada parte de su comportamiento. Cada vez que consumía lo hacía en términos de evaluar los costos y beneficios, ya fuera para medir su consumo o identificar el momento para el desenfreno.

Mostrar una actitud de medida y racionalidad, la diferenciaba de los demás usuarios de drogas. Su carácter templado y determinante a la vez, eran herramientas útiles cuando se trataba de moderar el consumo. Aunque con la marihuana su voluntad se debilitaba, el personaje se sentía orgulloso porque entre el círculo de mujeres usuarias fumaba a la par que los hombres con mayor experiencia en la práctica de la intoxicación. Así mismo, disfrutaba del reconocimiento de los amigos que la rodeaban por la forma en que solía consumir alcohol y otras sustancias.

De este modo, la imagen de “hija de casa” frente a la familia, la apariencia personal, el prestigio como enfermera y la fama como usuaria de drogas, constituyeron dimensiones identitarias del personaje desplegadas en la presentación que hizo de sí.

El relato proyectó un personaje introspectivo y sensible, cuya historia, lejos de ser edificada como una trama dolorosa, fue reconstruida con base en una trayectoria de placeres y de buena fortuna. Conciente de sus actos, se presentó como una joven que disfruta lo que hace, se siente orgullosa de sus relaciones interpersonales y de sí

misma. El relato fue entretejido así por la experiencia del autocuidado. El personaje desplegó un conjunto de estrategias para tener control sobre su hacer, para prevenir riesgos, evitar los excesos e incluso identificar los momentos adecuados para ello. Al mismo tiempo que vigilaba sus actitudes para evitar cometer faltas también se cuidaba de ser objeto de abuso de sus propios pares usuarios de drogas, vendedores de sustancias y policías.

Esta presentación subrayó una actitud racional y conciente en la distribución de su tiempo y sus actividades. El personaje se construyó con un aura de auto control y de dominio de sí misma y de su entorno; sensata y juiciosa en la toma de decisiones. Con base en estas características delineó un proyecto corporal que combinaba el apego a ciertas normas convencionales y al mismo tiempo, la transgresión a algunas de ellas. Del mismo modo que se regocijaba de proyectar una imagen aceptada socialmente por su rectitud frente a su desempeño profesional como frente a su familia, gozaba también del prestigio entre los usuarios de drogas por su alto nivel de consumo. Al tiempo que simulaba seguir una serie de normas convencionales para los usos del cuerpo, de manera soterrada se perforaba la lengua, fantaseaba con el diseño de su tatuaje y consumía drogas.

El relato se desplegó en términos de un modo de llevar la vida en general y el consumo de drogas en particular, bajo un dominio de sí misma; argumento que el personaje utilizaba para legitimar su consumo en la medida en que se hacía cargo de él con moderación y conciencia. En el personaje del relato se conjugan así su posición de apego a las normas como su actitud transgresora a ellas.

Desde este lugar, Patricia enunció su relato, situándose en el entre, no en los polos de un continuo de normas y transgresiones; sino en un punto fluctuante entre las exigencias sociales para el gobierno del cuerpo y otro donde éste era asumido como territorio propio. Si bien no obedecía a una lógica y a una ética socialmente establecida para los usos del cuerpo, tampoco se ubicó en el extremo, en el lugar del exceso y el paroxismo. Esta posición subjetiva puede ser leída como un ejercicio de sí para ella y los otros.

La historia de Patricia puede ser reconstruida a partir de cuatro núcleos narrativos que condensan su experiencia. En el primero, como personaje con dominio, control y conocimiento de su práctica, presenta una tipificación de las drogas y la experiencia que adquirió con ellas. En el segundo, dibuja una serie de estrategias para cumplir con sus papeles convencionales al tiempo que llevaba a cabo su práctica de consumo y

otras formas de modificación corporal de manera subrepticia. De esta forma, en el tercero se despliegan las tácticas para actuar las dimensiones identitarias y corporales exigidas en el escenario social. En la cuarta secuencia y última, el personaje aborda el modo en que se posiciona frente a su consumo de drogas y la vida en general, en el marco de la normatividad hegemónica y sus fracturas para los usos del cuerpo.

6.6.1. Una tipificación de las drogas y sus efectos

En el relato, Patricia comenzó por un recuento ordenado y cronológico de las drogas que ha utilizado, sus particularidades, sus diferencias y semejanzas; así como las peripecias con cada una de éstas.

De experiencias... Para empezar, empecé a consumir la marihuana... Todos mis amigos la fumaban, y yo siempre los veía, así, durante mucho tiempo. Entonces hasta que llegó el día...

6.6.1.1. Marihuana: una droga que ensimisma

El primer contacto con la marihuana comenzó por la ausencia de un motivo o intención explícita; la experiencia tuvo lugar en un medio donde todos los amigos la utilizaban. De manera accidental llegó un cigarro a sus manos y simplemente lo fumó. La siguiente cita muestra el modo en que la experiencia fue significada:

Me quedé con la curiosidad de qué era lo que en verdad se sentía cuando... Porque igual andaba medio peda y no sentí bien ¿Cuál es su efecto? Entonces decidí volverla a fumar y luego la volví a fumar y la volví a fumar. Entonces vi que pues me gustaba su efecto, que me gustaba y luego ya...

Con la repetición de la experiencia se presentó una especie de revelación corporal. Un proceso de conocimiento y reconocimiento de sí a través de los efectos percibidos con la marihuana. Una etapa de descubrimiento de las sensaciones corporales que devinieron en una práctica cuyo sentido era el placer que aprendió a sentir.

A ello contribuyó en primera instancia, la fuente del suministro. En el momento en que Patricia comenzó a obtener la marihuana por cuenta propia —y ya no a través de los amigos, advino un incremento en la dosis en la medida en que la sustancia ya estaba a su disposición, permitiéndole hacer sus ensayos más recurrentes y con ello mejorar la técnica para preparar sus cigarrillos, según lo señala el relato.

...Cuando ya pude yo comprar mi propia droga, fue cuando ya pus ya la tenía yo en mis manos, o sea, que en el momento que quería, pues ya, fumaba, fumaba. Al principio fumaba en cigarros, le sacaba el tabaco y le

echaba la marihuana y así lo fumaba pues porque no sabía hacer un cigarro de marihuana. Y ya después o aprendes o aprendes, porque pues si te gusta, aprendes a hacer las cosas...

En el siguiente fragmento, la entrevistada describe un cúmulo de sensaciones que descubrió con el uso de marihuana, a través de las cuales adquirió el gusto por la sustancia:

Cuando la fumo sola me pone súper sensible. Sensible a los sonidos, o sea, mis sentidos están así como que al máximo. El olfato, el gusto, la vista, lo auditivo. Eso. Que te pone así súper sensible... Me gusta... Me relaja [...]. Ese es, pues su efecto. Te da tiempo de pensar... Te auto-evalúas también, tienes tiempo para [...] auto-evaluarte, eh... Pero me gusta eso. Me gusta poder reflexionar, me gusta eso, sí, o sea, no es así de que me pone eufórica o algo así, no. No, me gusta que es una droga así como para ti, que te ensimisma [...]. Me gusta, me gusta darme un tiempo para mí, para mí ¿Qué hice? ¿Qué he hecho?

Si bien quedaba asentado en el relato su gusto por la marihuana, el núcleo de sentido para usarla lo encontró en sus efectos: expresión de algo más que sensaciones corporales, algo que aludía “como psicológico” se jugaba en el placer de Patricia al fumar la hierba.

Pues está rica también. Me gusta, me gusta... También me gusta olerla, me gusta... A mí me gusta el olor, me gusta, o sea, me gusta el olor de la marihuana... Yo creo que me gusta porque me gusta el efecto que tiene sobre mí, no tanto porque diga ¡Ay! Qué rico huele, es como psicológico...

De los efectos que le provocaba, destacaba el gusto por la sensibilidad con que respondía. En palabras de Patricia, la experiencia es descrita así:

Cuando fumo yo creo que estoy en 6 sentidos, es que estás tan perceptible, que o sea, sí estás alerta pero lento. Entonces [...] de algún modo a lo mejor sí estás al 100% pero más lento, más torpe, más... A mí me gusta andar así, o sea, sí me gusta sentirme así, me gusta fumar y me gusta sentir... O sea sí, sí me gusta, sí me gusta, sí me gusta sentirme así, si no, no lo haría... Me gusta andar así, me gusta andar, pues me gusta sentirme pues marihuana...

Del conjunto de drogas que había probado, la marihuana se convirtió en su preferida. Aunque al principio de su experimentación fue connotada como ambigua, con el tiempo conoció con alto grado de especificidad las reacciones que podía alcanzar. Con el mismo detalle, encontró una medida adecuada para ella que utilizaba de manera cotidiana.

Cada noche, reservaba un tiempo para fumar en un ambiente de intimidad y una atmósfera personalizada. A diferencia de un hábito cotidiano, Patricia hacía una experiencia placentera del ritual del baño y del uso de la marihuana.

Diario la fumo en la noche, antes de dormirme fumo marihuana [...] cuando me subo temprano a dormir, que ya me voy a bañar y ya no bajo, o sea ¡Ay! ¡Estoy bien cansada! Me voy a bañar y ya no bajo a cenar [...]. Me meto al baño, la fumo, me meto a bañar, salgo a mi cuarto, en lo que me peino, bueno, me cepillo el cabello, me lo seco, estoy viendo la tele o escuchando música... [...] estás muy sensitiva al tacto, o sea, me gusta que me caiga el agua... No es lo mismo como que te metes a bañar rápido, o sea, que dices ¡Ya se me hace tarde! Y te metes y te echas jabón y te tallas y tatatatá, te secas, te vistes y ¡Te vas! O sea, no. Me cae agua, me echo jabón, shampoo, me enjuago, me gusta sentir cuando ya... Me desenredo el cabello, tallarme... ¡Me gusta! O sea, me gusta sentir qué rico es bañarse ¡Me gusta! Que ya al último me dejo que me caiga agua muy caliente en la espalda [...] en la parte de atrás de la espalda y ya, me duermo, ya... Al otro día ya me paro a trabajar, lo ordinario.

Esta forma de usar la marihuana se hizo irremplazable pero no se limitaba a ello. Los efectos logrados con la hierba dependían de la ocasión y las circunstancias de consumo. Así mismo, del hecho de fumarla a solas o en compañía de otros usuarios; y en combinación con otras sustancias.

En cada ocasión es diferente, depende si nada más la fumas o si estás tomando o si estás... No sé, a mí me relaja y cuando estoy sola, cuando la fumo sola, me percato de que me pone súper sensible...

6.6.1.2. Cocaína: una droga que acelera los sentidos

A diferencia de la marihuana, el consumo de cocaína siempre lo realizaba en compañía y con ciertas reservas. Los efectos de la droga rebasaban la comprensión y las palabras para describirlos. La impresión corporal inmediata era de euforia que paulatinamente se convertía en desagrado. En la experiencia de Patricia, el uso de esta sustancia suscitaba un deseo incontrolable de continuar con la ingesta y de aumentar la dosis.

La fumábamos en una lata de refresco. Del efecto sí es más, pues más químico, más... Es euforia, primero es euforia... Es... Te acelera los sentidos. Después, el efecto no me gusta mucho pero cuando ya te estás en el grado en que estás alterado ya no me es tan, tan agradable, pero al principio sí. Y quieres más, y más y más y más y más.

Aunque gustaba de los primeros efectos, Patricia no siempre accedía. Subordinaba el antojo frente al espasmo que sentía sólo de imaginar las sensaciones que le provocaba la sustancia a instantes de consumirla. El recuerdo de los efectos suscitaba

nerviosismo y sudoración entre otras reacciones que resultaban amenazantes y que la llevaban a racionalizar este tipo de consumo. El siguiente fragmento constituye una escena típica de esto:

Yo compro mi droga en La Lagunilla [...] y dije pues compro dos piedras, dos nada más y ya. Porque tenía el antojo de la semana anterior. Entonces dije sí, sí las compro, tiene mucho que no las consumo, un año, o sea, un año que no las consumo. Entonces ya que estaba en la esquina... ¡Ay! No sé, empecé a sentir así como que nerviosismo, esa sudoración de manos que me provoca porque a mí a la primer fumada me pega luego luego. Entonces empecé a sentir como esa sudoración, esa agitación, ese estado de ansiedad... Entonces empecé a sentir así, entonces dije ¡No! No quiero, mejor no. Y me regresé [...] y ya me fui a la fiesta y me puse bien pedá y fumé marihuana y todo. La marihuana sí, si me dices 'vamos a fumar, sí, en cualquier momento. La cocaína no y no me cuesta trabajo decir no...

Patricia alardeaba de su control frente a la cocaína. Aunque aceptaba comenzar a utilizarla, pronto advertía la potencia de la sustancia sobre sí, así como el deseo por incrementar la ingesta. Este fragmento es un ejemplo del dominio con el que se posicionaba ante esta droga.

El fin de semana hubo una fiesta [...] no pues sí, la pura drogadicción. Que solventes, marihuana y hasta fumé un pedacito de cocaína [...] La fumé y me empecé a sentir así como la ansia y dije no ¡Ya! Ya. Sí, es que es como adrenalina, no sé, te acelera, te acelera. Entonces de repente sientes así como la ansiedad de decir pues quiero fumar más... Es lo que pasa con los cocainómanos: quiero más, quiero más, quiero más, ¡Quiero más! Entonces sólo quieres fumar y me dice ¿Quieres otro pedazo? Y ya me paré y le dije ¡No! No gracias, estuvo rica...

La cocaína en particular, al tiempo que era temida también la deseaba. Como frenaba su consumo, también fantaseaba con la ingesta en gran proporción. Ambivalencia con respecto al uso de la droga, donde la sensación de "adrenalina" no era el objeto de su rechazo sino la forma abrupta en que se convertía en taquicardia y sensaciones inesperadas de agitación.

Sí me gusta sentirme así. Me gusta sentirme así como que... Adrenalina... Como que andas acelerado y todo... Entonces desde cuando tengo ganas [...] de decir ¡Yo tengo mi piedra! O mis 2 piedras, o mis 3 piedras y fumármelas si yo quiero sola ¿No? [...] pero de repente cuando fumas cocaína sientes... Como que te sientes mal... Después de tan bien que te hace sentir, de repente sí sientes taquicardia, sientes... Pues la ansiedad...

Al dejar de ser placentera, llegaba la angustia de desear más y el temor a ser incapaz de frenar esta compulsión. Cuando se percataba de las implicaciones de administrarse cocaína, posponía su deseo con la idea de soslayar las sensaciones desagradables

que le provocaba. Había una evitación de la sustancia con cierta suspicacia, puesto que el deseo estaba latente.

...Y yo dije no, o sea, ahorita compro dos y al rato voy a querer más y ¿Dónde? Y ya dije mejor no, mejor no. Pero sí tengo las ganas [...] latentes ahí pues de que ¡Quiero! Sí está latente, porque sí, sí quiero pero no ¡Ay! Yo sí, pero no, o sea, como que a la mera hora sí la pienso y digo mejor no, mejor no, mejor no [...] Entonces se me antoja mucho pero mejor las evito, evito ese estado de ansiedad de que dices quiero más, quiero más y compras y al otro día dices pues voy a comprar otra vez ¿No? Y así.

El temor de usar la sustancia radicaba en el punto de su capacidad para provocar más deseo de ingerirla. Patricia rechazaba la idea de entrar en un ciclo de consumo de ese tipo. Su teoría señalaba que se trataba de un proceso diferente al ocurrido con la marihuana en el cuerpo, según la desechara con mayor o menor rapidez. Imaginario que se despliega en torno a los efectos sobre el propio cuerpo y que inciden en la relación que el sujeto establece con la droga. En palabras de Patricia, esto es lo que ocurre en el cuerpo con la ingesta de marihuana y cocaína, respectivamente:

La cocaína yo sé que fisiológicamente se desecha rápido de tu cuerpo... E: Fisiológicamente... P: Mjú, se desecha rápido, entonces por eso los cocainómanos son así, tan clavados... Todo porque como se desecha rápido, tu cuerpo te lo vuelve a pedir y con la marihuana no es lo mismo. Yo sé que la marihuana tarda un mes en que la elimines totalmente de tu cuerpo, bueno, es más, yo creo... Pero un mes de dependencia, de codependencia, un mes cualquiera lo puede dejar de fumar, o sea, que cualquiera ¿Por qué? Porque todavía tienes como que estragos, por decirlo de algún modo, pero la cocaína es diferente. La cocaína la eliminas rápidamente y rápidamente tu cuerpo te vuelve a pedir ¡Quiero!

6.6.1.3. Monas: una rara experiencia

Para Patricia, la experiencia con los solventes tenía la peculiaridad de ser difícil de traducir. Al consumirla no había una sensación específica identificada. La percepción del propio cuerpo era la de un estado raro, anormal, desconocido y disperso. Sus efectos eran inmediatamente perceptibles pero difíciles de definir. Provocaba alucinaciones aunque éstas tampoco eran discernibles.

Una vez que Patricia comenzaba a olerla, continuaba haciéndolo sin parar. De un momento a otro se presentaban los síntomas y percibía el efecto como un cambio. No era la lentitud, el relajamiento o la sensibilidad que le provocaba la marihuana, tampoco la ansiedad que desataba la cocaína. Era un alucinar vago, difuso pero placentero.

...Sientes luego luego el cambio de... Y sigues oliéndola y oliéndola y de repente como... Eso sí no te lo sabría explicar. Porque por ejemplo, con la marihuana te podría decir te pone lenta, esto, aquello... La cocaína pues te pone ansioso... De las monas, fíjate que no, como que no sabría definir cómo te... Pero a casi todos nos gustan también las monas, [...] sí me gustan, me gustan pero no te sabría decir qué, qué siento o qué, no, pero sí de repente así como que medio alucinas.

A decir de la entrevistada, el conocimiento que posee sobre el daño orgánico que provoca el uso de solventes, no interfiere con la decisión de la ingesta. Lo que resalta es el gusto, el placer que obtiene con la experiencia de la inhalación.

Yo sé para lo que es y sé todo de que mata las hormo... Digo ¡Las neuronas! Pero pues la probé y me gustó. Yo sé que primeramente se va a tu cerebro, a tus pulmones, a tu... Pero al final de cuentas como que te vale, o sea, a lo mejor y no todos se imaginan lo que les hace, por decir, dicen, a lo mejor me drogo y me mata neuronas y ya, como enfermera pues yo sé que te friega esto y aquello pero ¿Y qué? O sea, me gusta...

La experiencia de Patricia con los inhalantes ha sido variable. Un tiempo los consumió con cierta regularidad, enmascarando su característico olor con otros aromas de fruta o vainilla. De manera más esporádica pero en dosis grandes, mantenía su consumo. A decir del personaje, en esta experiencia, el sujeto consumidor sufría una transformación en su identidad, una metamorfosis que lo convertía en *monkey* aunque por un momento fugaz, como la cualidad que caracteriza el uso de solventes. El siguiente fragmento muestra una escena de la trayectoria recorrida con esta sustancia cuando es utilizada como droga:

Me fui a seguirme drogando por allá con solventes, más que nada estábamos consumiendo muchos solventes y cerveza y solventes ¡Las monas! Con papel, sí, el solvente, bueno, hay gente que lo hace con thinner o con cemento... Nosotros moneamos con... Este... Es limpiador para tuberías, o sea ¡Ve! ¡Es limpiador para tuberías! De... ¡PVC! Es PVC... Es limpiador para tuberías de PVC, que es el plástico ¿No? El PVC es un limpiador que utilizan los plomeros ¡Pero! Pues sí te pone, te pone medio loco ¡Ay! No, no sé, es que está raro... Yo creo que está raro, está así como que de repente medio alucinas... Yo conozco gente que llora cuando, o sea, ya de repente cuando estás así muy clavado, como que de repente se ponen a llorar [...] No sé qué les remueve, no sé la verdad, no sé qué les remueve o qué, pero depende el ambiente donde estés [...]. De repente hubo un tiempo en el que se terminaba la lata y yo compraba más, o sea, sí me duraba unos 3 o 4 días y todo y se terminaba y como a los dos días iba y compraba otro [...]. Luego las hacíamos de fruta, le echábamos fruta y pues ya te sabía pues a ¡Fruta! Huelen a fruta o luego muchos para disfrazar el aroma en su casa, pues les echan vainilla y ya huele a vainilla o sea, ya no huele al solvente porque el solvente pues sí huele fuerte y pues sí fue el debraye este fin de semana, el sábado sí anduvimos muy, muy monkeyes todos...

6.6.1.4. Pastillas: el ánimo a elegir

A diferencia de los solventes, los efectos inducidos con las pastillas eran fácilmente identificables. Patricia conocía los síntomas que provocaban y con base en ello, llevaba a cabo su elección: con estas sustancias hacía un uso del cuerpo para lograr un estado de excitación o bien, para apaciguar un estado alterado.

Unos eran antidepresivos y otros eran depresivos... De repente así 'No que vamos a comprar pastillas' y íbamos a comprar pastillas para andar más vivos y de repente pues para andar más sonsos...

6.6.1.5. Hongos: juntos pero cada quien en lo suyo

Comer hongos implicó una planeación especial realizada en grupo. En las siguientes frases, Patricia describe su primera experiencia con los hongos, en la que reconstruye la serie de sensaciones que experimentó con su ingesta:

Vamos a ir a comer hongos alucinógenos dentro de 15 días ¡Ah! ¡Los hongos! Ahí te va mi experiencia de los hongos ¡Ah! Comimos hongos el año pasado... Pues estuvo padre porque ¿Cómo te explico?... Te hacen ver tantas cosas porque son alucines, son alucinógenos, te hacen alucinar, o sea, visual y auditivamente y todo ¿No? Pasa así... [...] pusimos el campamento y ya los empezamos a comer [...] entonces yo ya empecé a sentir como que raro porque es raro cómo te sientes... Entonces me bajé al río [...] y como que empiezas a entrar como en trance, de repente comienzas a sentir... Entonces de repente así, entre el ruido del agua empecé a escuchar la voz de mi mamá, que me decía, todos así platicando experiencias, todos así como que tienen un tiempo de reflexión, reflexionas mucho, todos tus... Te hacen reflexionar mucho las cosas que haces, todo, todas tus actitudes, tus aptitudes [...]. Y se me salieron unas lágrimas [...] pero pasas de un alucín a otro.

La experiencia con los hongos fue entretejida con elementos sensibles que aludían a la peculiaridad del personaje. La descripción de los efectos fue desplegada en términos de formas, colores intensidades, movimientos y posiciones. A decir de la entrevistada, la obtención de estos efectos requiere una forma específica de consumir los hongos, como lo señala a continuación:

Todos empezamos a comer más porque te los vas comiendo poco a poco y entonces estaba yo sentada afuera de una casa de acampar, [...] me acosté [...] y empecé a ver como prismas de colores pero los colores tan ¡Intensos! Tan ¡Fluorescentes! Los empecé a ver, los tocaba y cambiaban de forma, según yo... Los tocaba y cambiaban de forma y de colores y de posición [...]. Estaban ricos, están ricos, bueno, no están ricos, saben como a tierra y los tienes que chupar, sí, los chupas y ya después los masticas y te los comes... Pero primero es chuparlos, como que los chupas y los chupas, los chupas, los chupas, los chupas y ya que están así como secos, porque están como jugosos, ya después los masticas y te los comes, pero

sí están... O sea, como que todo el mundo los prueba, nadie se arrepiente, como los pruebas y dices vamos para el otro año...

Si bien la ingesta de hongos la llevó a cabo en grupo, la vivencia no fue tal. De acuerdo con el relato, cada uno es atrapado por su propio "alucín". Cada uno experimenta los efectos de diferente manera aunque su consumo reúna a los usuarios para el mismo propósito.

...Veía los colores tan ¡Intensos! Tan ¡Fluorescentes!... [...] Nosotros estábamos ya, o sea, cada quién estaba en lo suyo, juntos pero cada quién en lo suyo ¿No? Juntos pero cada quién en sus ondas ¿No?

Con la descripción de su experiencia y el esbozo de lo que cada droga implicaba en términos de preparación, efectos y formas de consumo; el personaje se posicionó en un lugar de conocimiento que adquirió en su trayectoria como usuaria. Para el empleo de estas drogas según esta tipificación, Patricia administraba y se administraba en aras de consumir tales sustancias sin desviarse de sus actividades cotidianas.

6.6.2. La administración del tiempo, del espacio y del yo

Patricia describió en su relato un modo de administrar el tiempo para las relaciones y los ámbitos importantes en su vida, entre los cuales, el consumo de sustancias constituía un modo de darse tiempo a sí misma. La vivencia del tiempo fue construida alrededor de una situación, una persona o un acontecimiento. La percepción del tiempo vivido estaba en función de la relación que Patricia establecía consigo misma a través del uso de drogas.

Tengo mi tiempo para mí, o sea, me gusta sentirme así, como te decía, me doy mi tiempo para mí, para mi familia, para mis amigos, para mi novio, para mi escuela, para mi trabajo, para todo, para aquí, para allá, me doy mi tiempo para mí, el tiempo para mí, de que me estoy dando el tiempo de liberar mi mente, de pensar... O de no pensar, simplemente. De darme mi tiempo ¿Por qué? Porque es algo que me gusta, a lo mejor es un *hobby*, a lo mejor es un no sé, me gusta y pues lo hago, o sea, lo hago no... Me doy mi tiempo para mí, me gusta estar así, me doy mi tiempo de decir puedo ahorita...

El personaje reservaba las noches para fumar marihuana. Con la práctica constante fumar la hierba adquirió un carácter ritual en un contexto de privacidad: Patricia hacía del momento del consumo un espacio íntimo y personal. Este tipo de ingesta se caracterizaba por tener una duración y un espacio definido.

...Diario en la noche que es cuando me lavo el cabello, fumo, fumo, fumo, y ya, en lo que me visto, me cepillo el cabello y a dormir.

Los fines de semana, en cambio, constituían un tiempo destinado a la recreación con el uso de diversas sustancias: solventes, pastillas, alcohol, marihuana y tabaco; de un modo más libre, abierto, flexible, improvisado y compartido con otros.

Y el fin de semana pues, tiene mucho que no uso cocaína, pero me gusta la cocaína, me gusta... Los solventes también me gustan, me gustan las pastillas, pues creo que me gusta todo lo que he probado. No te puedo decir que hay alguna que no me guste. Entonces pues es el fin, sí, el fin de semana es cuando yo aprovecho para consumirlas se podría decir así, libre albedrío. Fumo mucho también, vamos, es una droga legal pero fumo mucho; también me gusta el alcohol, me gusta pues sí, andar medio borrachona también... ... El sábado hay alguna fiesta o alguna reunión o algo me sale y todos somos así. Unas cervezas, que esto, que un toque, que otro toque, que otro toque, que otro toque... Y pues es salir ¡A drogarnos! ¿No? Para qué te digo ¡Ay! Salimos a divertirnos y a bailar, o sea ¿No?

La distribución del tiempo para realizar ambas formas de consumo le permitía mantener una doble representación: como hija de familia y eficiente enfermera, al tiempo que se edificaba como una auténtica usuaria de drogas. Esta imagen de sí era reforzada por el reconocimiento social que adquiría de los usuarios por su explosivo modo de consumir.

De las amigas que nos juntamos, no somos muchas, somos pocas y te lo puedo decir y no con orgullo ni presumiendo ni nada, pero te puedo decir que a lo mejor soy la que más, la que a la mejor se pone a la par con el de al lado... O sea, saben ¿No? Y por ejemplo, vamos a una fiesta donde hay más gente, más ¿No? De por el rumbo ¿No? Pero saben que yo soy la que fumo más...

El consumo soterrado de la marihuana contribuía a sostener frente a los ojos de su familia la imagen de una joven "hija de casa" dedicada a su profesión y a llevar una vida sana, aunque para Patricia significara una vida "más *light*".

...Pero pues sólo el fin de semana, entre semana, llevo una vida, bueno, sí fumo a diario pero, más, más *light*, así como hija de casa, dice mi papá...

Este modo de administrar el tiempo, los espacios y el yo para hacer su vida familiar, laboral y social junto con su consumo de drogas, fue el resultado de un proceso de aprendizaje, de una trayectoria en la que Patricia logró discernir las etapas del exceso de los límites de consumo que le permitieran mantener bajo secreto la práctica de la intoxicación y al mismo tiempo, guardar las apariencias.

6.6.3. Cuidar las apariencias

La administración del tiempo, de los espacios y del yo, eran algunas de las estrategias para cuidar distintos modos de presentarse y presentar sus actividades ante los otros. El manejo de la apariencia consistía en salvaguardar por un lado, la imagen de una vida sana, productiva y guiada por las buenas costumbres; particularmente, frente a su familia, su ámbito laboral y frente a sí misma. Conjuntamente, cuidaba de cultivar su imagen como usuaria de drogas entre los consumidores. Para el personaje, proteger la impresión que los otros se formaban de ella, constituía una manera de conservar un lugar de aceptación social tanto en la sociedad convencional como fuera de ésta.

De un lado, permanecía oculto el uso de drogas como una realidad subyacente a la actuación de Patricia de una hija convencional, de una “hija de casa”. La siguiente escena muestra la forma en que el personaje, para mantener el secreto de su consumo frente al grupo familiar, maniobraba de diversas formas aunque también y de manera paradójica, fumaba en su casa.

Empezaron a hacer los cigarros [...] y eran cigarros grandes... Luego nos dimos un encerrón en el carro pero yo no fumé, o sea, yo dije no porque ya tengo que llegar a mi casa y no quiero llegar así por lo mismo que... Le dije a mi amigo no, mejor yo me llevo un toque a mi casa y lo fumo en mi casa, ‘No que fuma ahorita’... No, ahorita voy a llegar a mi casa y mi papá sí se las huele, o sea, mi papá sí, sí se da así como que cuenta, como que es más fijado... Se fija ¡En mis ojos! A lo mejor, a lo mejor que si andas así como que en letargo ¿No? Andas así medio... Y sí, él sí se da cuenta, o sea, él sí, entonces... Yo procuro por decirlo entre comillas ‘respetar mi casa’, o sea, bueno, si fumo aquí vas a decir ¡Qué respeto! ¿No? Pero bueno, que no se den cuenta, o sea, que decir bueno, en la noche ya que se meten a dormir me subo, cierro mi puerta, fumo, veo la tele, escucho música, ya, me duermo ¿No? X, pero de decir ¡Ay! Llego así con los ojos así ¡Al rojo vivo! Y toda tonta y ¡Apestosa! Porque se te impregna el olor, o sea, eso no. Procuro no llegar así para que no se den cuenta. Entonces trato de no causarles tantos problemas por decirlo ¿No? Que a mí no me causa problemas pero a lo mejor para ellos tener una hija así pues a lo mejor sí es un problema, entonces evito. Entonces ya, estuve con ellos [...] ya llegué, que me vieran bien mis papás, ya llegué [...] Me subí, me fumé mi toque y ya, feliz y contenta. Pero, llegué bien a mi casa, que es algo importante para mí, es estar bien en mi casa, o sea, sí, sí me importa el concepto que tengan de mí en mi casa ¡Sí me importa! Entonces traté de llegar bien, trato, siempre trato. Ya luego los fines de semana sí llego así media tonta, pero pus llego y ya están dormidos, o sea, pero llego y les aviso ya llegué, está todo apagado, ya no me ven, ya no nada.

En el relato, la casa familiar constituía un lugar físico que si bien la colocaba en riesgo de ser descubierta por sus padres; le proporcionaba un sitio seguro para llevar a cabo una práctica ilícita incluso en exceso, como la ocasión que describe en el siguiente

fragmento. En este mismo espacio narrativo es de subrayar el antojo y la expectativa como un disparador del consumo.

Entramos a la vecindad y todo [...] tienen en la mesa pastillas, mota, cocaína y la vi así tan ¡Jugosa! ¡Ay! Que volteo a ver a mi amigo y le digo y si ¿Compramos unos puntos? Porque venden por puntos, o sea, no sé cómo la pesen pero te la venden por puntos, 1 punto, 2 puntos, 3 puntos, bueno... Pero pues ahí es mucho más barata que si voy y la compro aquí en la esquina... Y si ¿Compramos uno y uno? Uno de piedra y uno de perico, bueno dos y dos, bueno tres y tres... Pues compramos creo que 4 puntos de piedra y dos de polvo y ese día [...] no iban a estar mis papás [...] y dije pues no hay nadie, nos venimos y... Estábamos justamente aquí en mi cuarto fumando, pero sí fumamos ¡Mucho! Porque como teníamos mucha pues nos echábamos unos pedazotes [...] y que llegan mis papás, llegaron mis papás [...] No, no, yo sentía que se me salía el corazón, o sea, así como a mil por hora... ¿Qué voy a hacer? Se van a dar cuenta... Entonces ya, rápido me pasé de aquel lado [...] nada más bajé, acompañé a Lalo a la puerta, me subí, me bañé, me arreglé y ¡Me salí! Pero me acuerdo que ese día este, me bañé así con agua medio tibia [...] Me dolieron mucho los pulmones y ¡El corazón! El corazón ya no era nada más la taquicardia, ya me dolía, o sea, me dolía y sí me espanté, sí, yo creo que fue más que nada el susto de que llegaron mis papás, dije ¡Se van a dar cuenta y van a decir ésta hasta... ¡Todo lo que se ha de meter! Porque en mi casa supieron de la marihuana pero sí me daría mucho pena que supieran que consumo cocaína, ¡Monas! O sea, sí me da pena que sepan pues que tienen una hija que es adicta...

El temor a la revelación de su secreto ya no se limitaba al uso de la marihuana, sino a la vergüenza que anteponía el personaje al descubrimiento de sus padres sobre su consumo de cocaína y solventes; drogas que aparecieron como verdaderas pruebas de una adicción.

En el relato, la vergüenza se encontraba asociada al tipo de droga de consumo. Para Patricia había una relación entre la droga utilizada, la clase social, la moral y el grado de ruptura con la sociedad convencional:

Las monas así como que todo el mundo dice ¡Ay! ¿Monas? Como que lo más bajo ¿No? Como que ¡Yo nunca monearía! ¿No? Lo que quieras pero nunca monearía... Entonces vamos, las monas son como que de los niños de la calle porque hasta los niños de la calle consumen solventes ¿No? O sea, como que sí me daría pena. Y de la cocaína no, a lo mejor no pena, pero más bien... Como una, dos de mis primos estuvieron anexados por eso, pues a lo mejor como que si me dirían ¿Qué es lo que quieres? ¿No? Como que me daría a lo mejor miedo, bueno ¿Qué es lo que estás buscando? ¿Estás buscando que te metamos a algún anexo o algo? O sea, no, yo no creo que fueran mis papás capaces, pero ¡¿Quién sabe?! Entonces a lo mejor de la cocaína como que miedo, de las monas ¡Pena! O sea, así como que van a decir ésta ¡Hasta dónde ha llegado! Entonces como que digo bueno, ya una pero así decir ¡¿Tantas?! ¿Dónde has llegado?

Además del ámbito familiar, el escenario laboral era otro espacio donde a decir del personaje, cuidaba la imagen de sí en aras de mantener su lugar como parte del personal de salud y la fuente de su trabajo.

En el trabajo soy realmente otra cosa.... [...]. Yo en mi trabajo, o sea, te lo respeto... Sí he llegado a ir medio cruda pero no así que diga ¡Ay! Voy en un estado inconveniente o estoy drogada, no. O sea, yo mi trabajo es mi trabajo, o sea, yo lo vi con mi mamá ¿No? Tuvimos de comer, de paseo, de ropa... Mi trabajo que me da para mantenerme, para procurarme, para consentirme... o sea, no lo voy a desaprovechar y pues... Me gusta.

Pero el mantenimiento de un estado clandestino del consumo de drogas no lo hacía sólo ella, otros miembros del personal de salud también; entre ellos, enfermeras, enfermeros y camilleros, con quienes solía reunirse en horarios extra-laborales para consumir.

En mi trabajo, en el hospital, de mis compañeros del hospital [...] ellos también, o sea, por eso te digo que en todos lados te encuentras gente así, o sea, yo ya los había visto en otras fiestas que consumían cocaína, entonces yo decía si ellos consumen ¿Por qué yo no voy a usar marihuana? está más *light* ¿No?

Patricia, al asumir su profesión, asumió también un conjunto de normas que la identificaban como enfermera aunque deseaba realizar ciertas prácticas inadmitidas en este marco normativo, el cual definía un modo de tratar el cuerpo para el personal de salud. Éste incluía la abstención de modificaciones corporales como el tatuaje y por supuesto, el consumo de drogas. Sin embargo, son diversas las formas de relación que se establecen entre la normatividad institucional y los sujetos como lo muestra el siguiente ejemplo:

Yo sé que soy enfermera y que no puedo hacerme un tatuaje porque el día que yo vaya a pedir un trabajo llámese al ISSSTE, a Salubridad, al Seguro, me van a hacer un examen médico en el que me van a revisar y si yo tengo un tatuaje voy a ser rechazada por la institución ¿No? Porque un tatuaje yo sé que por la sociedad está mal visto porque es así como, a lo mejor y ya no tanto como antes porque antes sólo los carceleros ¿No? Porque ahora cualquiera lo trae pero pus oye, es mi carrera, es lo que me gusta, es de lo que vivo, es de lo que... Entonces pues trato de respetar mi cuerpo hasta que encuentre un trabajo bien como te digo, ya que yo esté plantada con una base en un ISSSTE, Seguro, Salubridad, Departamento, lo que sea, me voy a hacer mi tatuaje, pero ya teniendo mi trabajo seguro, o sea, ya que yo diga ya estoy aquí a ver ¡Sácame!

En la misma línea, el segmento que sigue a continuación, muestra una forma de subordinación del personaje, pero también de resistencia, apropiación y resignificación de una “supuesta” ética que determina lo propio y lo impropio para los usos del cuerpo

y su presentación, así como el modo en que Patricia resguardaba un espacio para el deseo: la fantasía de la imagen de sí tatuada que un día habría de cristalizarse.

...Como te digo, si yo lo hago ahorita, aunque yo sea a la mejor, la mejor enfermera y tenga el mejor promedio y lo que tú quieras, no me van a aceptar... Entonces ya que yo tenga algo seguro me lo voy a hacer porque yo tengo esta idea desde hace tantos años que no me la voy a sacar de la cabeza ¡Hasta que me lo haga! Hasta que yo me haga mi tatuaje pues ya, si me he esperado tantos años, nada me cuesta esperarme tres o cuatro otros años a lo mejor más... Mucho antes de probar las drogas ¡Quiero hacerme un tatuaje! Tengo el diseño en mi cabeza. Lo tengo y sí me lo voy a hacer [...]. Desde cuando tengo esa idea pero no me la hago por la carrera, o sea, yo tengo claro y me la voy a hacer porque soy aferrada, o sea, cuando yo digo quiero algo ¡Quiero! [...] Sí soy impulsiva de decir ¡Quiero! Pero también me gusta pensar, me gusta decir no, porque pues mira, tú eres esto, tú eres aquello, entonces yo sé que soy enfermera y todo y pus supuestamente tienes que tener tu ética y todo eso ¿No? Y bueno, en ética te dicen que no puedes hacerte perforaciones impropias a tu cuerpo, fuera de lo... De lo aceptado por la sociedad, todo eso ¿No? Como las mujeres con aretes se ven bonitas, los hombres ¡No! Los aretes nada más en los lóbulos, o sea...

Patricia fluctuaba entre la aceptación del marco normativo y sus propias intenciones y deseos de modificar su cuerpo. De ahí que cuidaba su apariencia como una forma de apego a esta normatividad mientras estuviera dentro de la institución.

Tú vas como un personal médico, entonces tu presencia importa [...]. Tu presentación, tu todo... ¡Importa! Entonces pues como enfermera y todo [...] me quité la perforación (en la lengua) y el año pasado me la volví a hacer. Me la volví a hacer pero porque no tenía trabajo, entonces dije, ahora sí, voy a dejar que cicatrice y todo y ya se me va a quitar la bronca. Me la volví a hacer el año pasado, entonces tengo la otra, con la otra tengo cinco años con ella y la otra un año...

Al hablar de las decisiones que ha tomado sobre su cuerpo y el modo en que las ha llevado a cabo, emergió un sentimiento de extrañeza y rechazo ante la figura humana o hacia alguna de sus partes. Imagen de un cuerpo cuya importancia radica por un lado, en su instrumentalidad como estructura que permite el movimiento y la acción. Por otro, el arreglo de su apariencia constituye un aspecto central para la interacción. El cuerpo es significado para el personaje, como un territorio de decisiones propias del sujeto sobre su exterior y sus usos.

Yo sé que el cuerpo es importante, muy importante, porque yo te puedo decir ¡Ay! Los pies, o sea, yo veo los pies y las manos y digo ¡Ay! ¡Qué feos! Están feos, yo veo así a una persona o me veo a mí, bueno, vamos a hablar de mí ¿No? Y digo oye las manos están feas, somos así como que... Estamos... Yo veo el brazo y digo se ve así... No sé... Feos... No se ven bonitas... Aunque traemos las uñas un poco largas y pintadas, o sea, tú

traes tu pulserita también ¡Ay! ¡Qué padre anillo! ¡Qué bonita pulsera! Pero están feas, están... Como que podría ser la pata de un pato o algo ¿No? Y los pies los veo también y digo están feos, casi todo el mundo tiene, tenemos los pies medio feos, están feos, pero yo digo qué tan importantes son que con mis manos hago mis cosas. Mis pies me aguantan y me traen de aquí para allá, y subo y bajo y hago y deshago. O sea, mi cuerpo yo sé que es muy importante... ¿Por qué me pinto el cabello? A lo mejor para verme bien ¿No? ¿Por qué uso maquillaje? Pus bueno, me doy una manita de [...] y... bueno ¿Por qué me pinto? Bueno... Para verme mejor, para... darte color, para... porque o sea, muy importante, muy importante, pero al final de cuentas cada quién hace lo que quiere con su cuerpo ¿No?

En el relato, Patricia aludió al peso que ejercen las normas sociales para los usos del cuerpo, y al mismo tiempo, a la distancia que hay entre éstas y los cuerpos reales: aquellos que no cumplen con el requisito de la virginidad o que no alcanzan los estándares de belleza definidos por otros. De ahí que para el personaje, en un ejercicio de resignificación de la normatividad convencional, el cuerpo sea apropiado como espacio de la acción de la persona sobre su vida, escenario así, de la voluntad del sujeto.

A lo mejor no tiene nada que ver pero por ejemplo, hablar de la virginidad, por decir ¡Ay! Es que tiene que llegar virgen al matrimonio, o sea... Tú sabes lo que haces con tu cuerpo ¿No? Y... No vas a valer más por serlo o no serlo porque te cases y tu esposo se de cuenta que eres virgen o que no eres virgen o que encuentres una pareja que ya tiene un hijo... Tú sabes lo que haces con tu cuerpo y te deben de valorar por lo que eres, no por tu cuerpo no por decir es que ella está flaca o es que ella está gorda, o es que ella es chaparra, o ella es alta, o ella es bonita o fea o es lista o... o sea, te deben valorar por tu persona, por lo que eres. Entonces al final de cuentas lo que vas a hacer con tu cuerpo es lo que tú quieres, o sea, igual que tú, igual que yo, igual que cualquiera, porque te puede decir una persona que no hagas esto porque te pasa esto y esto y esto... Yo lo sé, o sea, no me lo va a venir a decírmelo alguien ¿No? Es que si tu fumabas marihuana te pasa esto, yo ya lo sé, pero a mí me gusta, o sea, me gusta sentirme así, entonces me doy mi tiempo de fumar y andar así.

Para el personaje, las modificaciones corporales como el tatuaje, los *piercings* o el consumo de drogas son modos de personalizar el cuerpo. Si bien reconoce que las formas de hacerlo pueden estar insertas dentro de modas o corrientes efímeras, también señala que es el sujeto quien las vive como propias, constituyendo formas auténticas de expresión subjetiva-corporal en interacción con otros, como lo plantea en sus cavilaciones:

Más bien ¿Sabes qué? Que mi hermano mayor como que de algún modo siempre ha tenido influencia sobre mí. Entonces él se hizo una perforación antes de que yo me hiciera la mía [...] y es que ¡Yo quiero una! ¡Yo quiero una! Hasta que me la hice. Entonces vas a decir fue por rebelde o sea, y

no, de hecho, ni estaba de moda así como ahora que todos los chamacos traen su... Hace 5 años no estaba de moda, era así como que más *under*, más... Entonces yo más bien vi a mi hermano y dije ¡Qué padre! Yo también quiero y hasta que me la hice, o sea, yo veo a los chavitos de 15, 16 años en el metro, [...] van con su perforación en la lengua y van con la perforación de fuera, que todo el mundo se las vea, que se den cuenta que traen una perforación y yo, quién se da cuenta que la traigo pues se da cuenta, y quien no, pues no, y me vale. Me vale que la gente sepa o no sepa que tengo una perforación, o sea, yo no lo hago por estar a la moda. Lo hago porque me gusta sentirla, no sé, a lo mejor besar a mi novio con mi perforación, pero ya es por mí, no porque digan ¡Ay! Esa chava ¡Qué buena onda! O qué todo eso ¿No? El tatuaje no me lo voy a hacer aquí ni me lo voy a hacer en un lugar tan visible, o sea, en el brazo o en la pierna así que todo el mundo se de cuenta, pues no. De hecho quiero hacerme una perforación en un pezón y no me la he hecho porque yo siento que ahí ha de doler muchísimo [...] pero me la quiero hacer y no por eso voy a andar ahí con una chichi de fuera, que todo el mundo sepa que tengo una perforación en el pezón, ni se lo voy a decir a mis amigos... Lo voy a hacer para mí, porque la quiero tener, nada más porque la vi en una revista y dije ¡Se ve padre! ¡Yo quiero una para mí! ¡Para mí! No para mi novio, ni para mi mamá ni para mis amigos, ni para nadie, o sea, es para mí. O sea, yo lo que hago, lo hago por decisión propia, o sea, es que hay gente que lo hace por moda o que dice 'Voy a fumar marihuana para que me acepten aquí, o voy a ser bien borracho para entrar en este grupo o voy a perforarme o voy a hacerme unos mechones'.

En el recuento de experiencias asociadas al cuidado de la apariencia, sobresalió también una relación entre el uso de la marihuana y la disminución del peso corporal. Un efecto que era connotado como ganancia secundaria pero no por ello menos importante. La imagen de sí como una "marrana", era atribuida a la falta de ejercicio físico que denotaba una preocupación por la talla. Una figura esbelta o la gordura como su contrario, formaban parte del mismo conjunto de elementos que hacían la apariencia, el arreglo personal. A pesar de su aumento de peso, Patricia no había permitido el descuido de su persona: se bañaba, se maquillaba, se adornaba con accesorios diversos. Estaba atenta de cumplir con las exigencias sociales en cuanto a la presentación de su persona en la escena social. Para el personaje, el arreglo del cuerpo era símbolo de pundonor.

El mantenimiento de una fachada saludable o "normal", era parte de las estrategias desplegadas para conservar su consumo de drogas en secreto, vía la presentación de una imagen con atributos socialmente aceptados.

Cuando fumaba mucho bajé mucho de peso. Cuando fumaba mucho mucho mucho yo era talla 7. Bueno, aparte sí hacía ejercicio porque ahorita no hago nada, estoy echa una marrana pero... Ahorita estoy echa una marrana porque no hago ejercicio ni nada, o sea, estoy muy gorda ahorita, pero... Por ejemplo, en mi persona yo noto que... Por ejemplo, mis amigos

son muy así como les vale si se arreglan o no se arreglan... [...] yo aunque no salga es de bañarme diario, de peinarme, de pintarme la ceja ¡Por lo menos la ceja! La ceja y andar limpia y arreglada. Y me gustan las pulseritas, los anillos, o sea, porque sí noto que hay gente que sí se descuida en su persona, o sea, como que ya le vale arreglarse y yo no. A lo mejor porque estoy en la escuela o porque trabajo o por algo, pero nunca ando así desarreglada pus no...

6.6.4. La economía del cuerpo y la actitud de la medida

Patricia reconstruyó su trayectoria como usuaria de drogas sobre la base de un dominio racional con el que administraba su consumo y se sobreponía a sus apetitos por las sustancias. Con el uso de la marihuana y la cocaína en particular, resaltaba esta idea de control de sí misma con mayor intensidad que con las otras drogas que consumía. En el siguiente fragmento, el personaje describe como al estar inmersa en una etapa de exceso con el uso de la marihuana y de escasa lucidez para hacer la rutina, se replanteó su forma de consumo. De ahí en adelante estableció una medida.

...Como de los 17 a los 18 años, todo el tiempo me la pasaba marihuana ¡Todo el día! Todo el día me la pasaba yo marihuana. No había un momento en que estuviera lúcida... Me despertaba, fumaba, me iba a la escuela y fumaba. Llegaba a mi casa y fumaba, o sea, hacía el cigarro, guardaba la mitad, me fumaba la mitad, me dormía, me despertaba, fumaba, me bañaba, fumaba, me iba a la escuela, fumaba, llegaba de la escuela, fumaba y la-la-lá, todo el tiempo. Entonces todo el tiempo estaba así, todo el tiempo. Todo el tiempo. Y ya, hasta que un día me di cuenta... Y dije 'Oye, ¿Qué te pasa? ¿A qué hora dejas que respire tu cerebro? O sea, ya. Dije ¡Ay! Estoy fumando mucho, entonces dejé de fumar un poco. Dije bueno, uno, diario. Y así.

Tras haber vivido la experimentación por curiosidad y haber atravesado por las fases “golosas” del consumo de drogas, en el relato de su experiencia, Patricia subrayaba el hecho de haber consolidado un control sobre su droga preferida; situándose en una etapa de su trayectoria en la que no sentía la necesidad de utilizarla. Desde su perspectiva, distribuía el tiempo para consumir drogas pero también para estar en sus “cinco sentidos”:

No es algo que me altere, que yo diga ¡La necesito! [...]. Yo siento que ya pasé por eso, yo siento que es así como por etapas ¿No? Creo que yo ya pasé de experimentar, de decir ¡Quiero ver qué se siente! Quiero ver por qué la fuman y volver a fumar y volver a fumar y volver a fumar [...]. Entonces sí hubo un tiempo en el que sí andaba de golosa y quería andar todo el tiempo así, pero ahorita ya lo veo y digo pus sí está rico, sí me gusta, por algo lo sigo haciendo pero de decir ¡Ay! ¡La necesito, la necesito! [...] no. Fue así por decisión de que yo dije es que ¡Me gusta! Me gusta, me siento bien, o sea, no descuidaba mis otros roles... Pues está bien que me de mi tiempo, decía bueno, me gusta fumar, voy a fumar y todo pero pus

también tengo que tener un tiempo de estar alerta, de estar en mis cinco sentidos, de estar en todo eso...

El uso de la marihuana ya había sido incorporado a su vida cotidiana tras asumir el gusto por los efectos que la hierba ejercía sobre sí. Sin embargo, para el personaje esto no implicaba descuidar el papel que desempeñaba en los distintos ámbitos donde se desenvolvía. Tenía la certeza de que la permanente actualización de sus relaciones con los otros —en el marco de un comportamiento socialmente aceptable, así como el esfuerzo y la atención que dedicaba a su arreglo personal, sostenían un lugar que en su imaginario la salvaguardaba de exteriorizar una práctica que había logrado mantener oculta. La siguiente cita muestra el lugar que Patricia ha dado a su consumo de drogas en el contexto de su vida a diferencia de otros usuarios:

Puedo desenvolverme en muchos ámbitos ¿Sabes qué siento? ¿Qué me gusta de mí? Que a pesar de todo lo que tú quieras, nunca desatiendo mis roles que tengo en el momento. Cuando era estudiante, pues mi rol de estudiante [...] mi rol de amiga [...] Cuando tengo novio [...] mi rol de novia [...]. Mi rol de hija, mi rol de amiga, [...] mi rol de mí. De decir bueno, tengo un rato libre, me voy a bañar, voy a estar fodonga todo el día si yo quiero, voy a leer un libro, voy a ver una película, voy a dormirme porque estoy muy cansada... Siento que eso me ha ayudado a no caer bajo o no es caer bajo, o sea, a ser simplemente una drogadicta, a ser un parásito, a ser un... No sé, o sea, cuando estaba todo el día así, hacía mis cosas, nunca dejaba de hacer... A lo mejor no estaba en un estado conveniente pero no dejaba de estar los días, el domingo, que podemos desayunar todos juntos [...] cosas así. Me gusta salir arreglada, o sea, a lo mejor salgo muy cómoda ¿No? Pero decir bueno, salgo arregladita o no me veo tan mal así de ¡Ay! Ya se me ve la raíz o decir ¡Ya me creció la ceja! O a la mejor son banalidades pero para mí es importante. Eso yo siento que me ha ayudado, nunca me he descuidado porque hay gente que de plano se clava y deja de trabajar o deja de estudiar, su rendimiento se ve alterado y nunca me he sentido así, que diga ¡Ay! Dejé de hacer cosas por andar así o por... Y de todo lo que he hecho, yo no me arrepiento de nada...

Aunque los fines de semana practicaba la ingesta en exceso, Patricia trataba de hacerlo en ciertas condiciones como parte de una actitud racional y una medida de cuidado hacia sí misma. De acuerdo con el lugar y la compañía con quien se drogaba, elegía la dosis. La cantidad de droga a su vez dependía de la identificación de las sensaciones, y sobre todo, del conocimiento del propio límite corporal para mantenerse en un estado conciente. Una forma de regular el consumo era preservar el índice de una medida que no excediera sus propios límites para poder interactuar con los otros.

Yo con mis amigos luego me pongo hasta el querreque pero yo siento... E: ¿Qué es hasta el querreque? ¡Hasta la madre! Hasta así que ya ande muy

peda y muy drogada y muy lo que tú quieras, pero yo sé que si estoy así aquí en una fiesta con mis amigos en esta sala y me pongo muy peda y me duermo, o sea, no me voy a dormir si estoy con cualquiera ¿Verdad? O no me voy a poner así si estoy con cualquiera, sé con quien lo hago, sé que si me duermo, pues no hay bronca [...] o sea, yo sé con quién... Porque sí he consumido drogas con gente así pero así de decir ¡Ay! Me voy a fumar un toquezote no, pues no hasta eso me cuido... Yo sé también en dónde, o sea, si tú me dices ¡Vamos! Te invito a mi casa, no voy a ir a fumar y a darme un toque en tu casa por más que yo quiera, o sea, yo sé en dónde y con quién ¡Hasta dónde fumar también! O sea, digo hasta dónde en cantidad [...]... No me voy a poner totalmente vacota ¿No? Estúpida [...]. Yo sé hasta dónde y con quién, o sea, voy por ejemplo al Chopo, y si no me encuentro a nadie y digo ya estoy aquí me fumo un toque ¿No? Pero no me voy a poner así hasta las manitas, o sea, no me voy a poner así ¡Tan lenta! Cuando no sé quién es éste, o sea, yo sé con quién y sé hasta dónde yo me siento bien, porque también de repente si fumas de más pues andas más atontado...

Con la experiencia adquirida había logrado la identificación de la dosis adecuada para ella. Patricia tenía ya ubicado el límite de su consumo. Había aprendido a manejar el tiempo como un factor para administrar los síntomas y evitar posibles riesgos de abuso sexual por parte de sus compañeros usuarios de drogas.

Entonces yo sé hasta dónde me siento bien y por ejemplo, cuando fumo sola, yo sé que un toque de así de unos como unos 6 centímetros, pues está bien para mí, para mí sola, o sea, no me voy a hacer un... Uno enorme cuando sé que... Antes me hacía uno grande, pero porque lo partía a la mitad, me fumaba la mitad en la noche y la otra para la mañana, o sea, yo sé hasta dónde quiero fumar, o sea, hasta qué tanto me quiero poner así ¿No? O si estoy en una fiesta, digo me fumo uno ahorita y a lo mejor en media hora otro y en media hora otro... Yo sé, yo sé con quién estoy, y todo eso. Sé que no corro riesgo porque tengo tantos años juntándome con ellos y nunca me ha pasado nada a mí ni a ninguna otra chica, o sea, no son... He escuchado muchas veces pues que se aprovechan y dicen bueno, ésta anda hasta atrás y pues se aprovechan a lo mejor de esa susceptibilidad en la que estás pues para hacer cosas ¡Vamos! A lo mejor desde un beso que a lo mejor tú ni pensabas darle a alguien hasta cosas mayores pero yo no.

El personaje acusaba conciencia de los daños que provoca el uso de drogas en el cuerpo. No obstante, señalaba que los estragos dependen de la cantidad y del tipo de la droga consumida. En su experiencia, el hecho de que la marihuana tuviera un carácter ilícito, no por ello significaba que fuera más dañina. El alcohol y el cigarro gozan de aceptabilidad social y sin embargo, sus efectos también son perjudiciales, incluso, más que la marihuana, según su perspectiva. El núcleo de los quebrantos del uso de sustancias se encontraba en la pérdida de la medida, esto es, en el abuso y el exceso del consumo de cualquier tipo de droga como lo explica a continuación:

Mientras no abuses, o sea, yo sé que aunque lo hagas una vez a la semana estás dañando a tu cuerpo, yo lo sé, yo lo hago estando conciente, o sea, créeme que yo estoy conciente de lo que hago, yo soy conciente de que las neuronas no se regeneran, yo estoy conciente de todo eso, o sea, yo estoy así, súper conciente... Pero vamos, el alcohol te hace lo mismo, pero el alcohol es una droga legal, el cigarro, o sea, bueno, también lo hago ¿No? Porque también, sí fumo, puede ser una droga también que te lastima los pulmones más rápido que la marihuana, la marihuana es más noble, pero o sea, la única diferencia es que es aceptada y no aceptada por la sociedad... Yo estoy conciente del daño que hace y todo, pero depende también el grado en que lo hagas... [...] Yo creo que los excesos son los que te perjudican, los que hacen un mal en todos los aspectos...

Tras analizar su propia historia, el personaje no encontraba ningún conflicto por el cual utilizar sustancias ilícitas, como lo hacían aquellos que explican el uso de drogas como el resultado de “problemas psicológicos”. A diferencia de ello, Patricia sólo subrayaba el gusto por las sustancias.

Muchos dicen ‘Es que tienes un problema, por eso uso drogas’ pero no, yo por más que me he tratado de auto-analizarme, o sea, de no sé, de decir, bueno, a lo mejor sí ¿No? A lo mejor tengo algún problema, algún algo, por eso lo hago, pero no, o sea, por ejemplo, en la escuela cuando estudiaba, pues estaba bien; en el trabajo pues... También bien, o sea, me dedicaba a mi trabajo y mi trabajo... En mi casa, pus con mi papá luego discuto [...] pero pus estoy bien con él; con mi mamá pues estoy estupendo, con mis hermanos pues también, Con mi novio, pues también, con mis amigos pues también, o sea, trato así como que de buscar algo, algo así que a lo mejor que yo diga... A lo mejor no me doy cuenta [...] pero no, o sea, yo me siento bien, o sea, no es que tenga algún problema o que alguna vez me haya pasado algo que interfiera, o sea, no. Más bien es porque me gusta, o sea, yo la probé y me gustó y ahí estoy ¿No? No, no creo tener así como que algún problema o algo así por consumir... O sea, que me motive a consumirla, no...

Así, el personaje dedicó el siguiente espacio narrativo para explicar por qué el consumo de drogas de su novio —quien dada su historia de abandono paternal y la necesidad de trabajar desde muy temprana edad—, era en un sentido entendible; en contraste con su caso, el cual se trataba simplemente de una percepción de bienestar, de placer y de gusto por la práctica de la intoxicación.

Él fumaba (su novio) y había probado otras drogas pero por ejemplo, su papá los abandonó, entonces él tuvo que empezar a trabajar de muy chavo y yo creo que a lo mejor ahí si hay algún motivo por el cual dices bueno, le entró a las drogas o algo ¿No? Y te digo, yo por más que trato de buscar en mi algo, o sea, yo tuve una infancia así tan feliz, tan así, las navidades, los cumpleaños, los... Catorces de febrero, los días del niño, los... ¡Todo! Que trato de buscar y digo no, a lo mejor hasta a veces siento que me dieron de más, a lo mejor ese ¿Tú crees que podría ser eso algún motivo? E: ¿Tú qué crees? P: Yo no sé, pues te digo que no sé, es que ese es a lo

mejor es el único detalle que yo he encontrado. Si siempre lo he tenido todo... [...] A lo mejor es eso fíjate, ahora que lo estoy pensando, pero no, o sea, pus al contrario porque no me causa ningún problema. Entonces a lo mejor sí pero no, no sé, así de que diga por algún problema o algo no, nunca he tenido así algún problema, pus no.

Si bien reconocía que el consumo de drogas puede representar un aliciente ante los problemas, o bien, es posible hacerlo para pertenecer a un grupo o incluso por curiosidad misma; a ello coexiste la realidad de utilizar sustancias por el mero gusto de experimentar con un propósito explícito de obtener placer, como es el caso de Patricia.

Yo creo que hay gente que sí está afectada pero también creo que hay gente que le gusta darse su tiempo de experimentar... Como te digo, te da tiempo de pensar [...], te da tiempo de meditarlo, buscas pros y contras y empiezas a pensar en todo [...]. Hay gente que lo prueba nada más por eso, o sea, por, por estar en onda ¿No? Por ser aceptado en un grupo social, un grupo de amigos... Yo pues un día sí, por curiosidad si tú quieres [...] y la volví a fumar, y la volví a fumar, y la volví a fumar. Entonces cuando vi, pues ya la fumaba.

De manera prospectiva el personaje imaginaba excluir de su consumo el uso de solventes, cocaína y pastillas pero no la marihuana. Un halo de confianza le otorgaba conocer personas con una larga trayectoria en el consumo de la hierba y conservar aún su cordura y su moralidad. Algo que a su parecer, no ocurría con las personas que usaban los solventes y la cocaína por largo tiempo. Sin embargo, sólo existía una razón para dejar la marihuana. En esta cita Patricia enuncia la maternidad como el único suceso que vislumbra de modo contundente para apartarse de dicho consumo.

Algún día sí quiero decir, bueno, ya no uso solventes... Ya no voy a volver a probar la cocaína ni comer pastillas pero la marihuana digo sí, o sea, yo conozco tanta gente ya grande, adulta, que la sigue fumando y los veo y digo sí quiero, porque conozco gente que consume solventes y hasta locos quedan [...] o gente cocainómana que hasta termina vendiendo su cuerpo por obtener dinero o haciendo cosas denigrantes por obtener sus drogas ¿No? Y la marihuana es tan... Es que se me hace una droga tan noble... A lo mejor sí va llegar el momento en el que algo, algún suceso, el ser mamá... O sea, supongamos que yo ahorita dijera ¡Estoy embarazada! Así te la dejaba, aunque ya sé que todo lo que traigo adentro arrastrando ya de tantos años ya lo traigo adentro o sea, ya lo sé, nada más, pediría a la naturaleza... O sea, entonces sí creo, o sea... No sé.

El deseo de continuar con la ingesta de la hierba no era un asunto adherido o secundario, sino la expresión de un modo de ser. Patricia visualizaba el consumo de la marihuana como una situación permanente ante la cual demandaba respeto, en particular, el de una pareja sobre esta práctica en su vida.

A pesar de que no se negaba a la posibilidad de cesar su consumo, su presente fue construido con la certeza de continuar la práctica de la intoxicación siempre y cuando pudiera mantener la imagen de “hija de casa”, que significaba un conjunto de posiciones y comportamientos aceptados socialmente, tanto para su familia como para ella misma. Por lo demás, ese sería el único inconveniente.

Yo quiero tener la posibilidad de seguir así, o sea, yo espero nunca dejar de fumar marihuana, o sea, de veras. De las otras drogas sí, poco a poco. Pero la marihuana no. Quiero tener una pareja, así supongamos, ya hablando más a futuro, que me respete eso, o sea, que me conozca como soy... Alguien que me conozca como soy, que me respete, que me respete desde mi carácter ¡En todo! Y poderlo seguir haciendo así. A lo mejor de repente digo, bueno, ya no quiero, no lo vuelvo a hacer ¡Nunca! Pero ahorita pues sí, o sea, me gusta y me gusta andar así, y... Quisiera poder tener la oportunidad de seguirlo haciendo, o sea sí, me gusta. A lo mejor a mí no se me ha presentado algo que yo diga ya, de tajo, o sea, a lo mejor algún día, mientras no, no quiero, estoy a gusto así, me siento bien, no me causa mayores problemas, sólo me tengo que cuidar de no llegar así a mi casa mientras estén despiertos, que no me vean, entonces de ahí en fuera no me causa otro conflicto.

6.6.5. Epílogo

La primera secuencia corresponde a una tipificación de las drogas y sus efectos en la que el personaje clasificó un conjunto de experiencias de acuerdo con los tipos de drogas utilizadas. Cada una fue caracterizada por una relativa unidad de tiempo, de espacio y de acción. La armazón narrativa con cada tipo de sustancia ilícita fue desplegada en una temporalidad lineal y cronológicamente articulada. La primera secuencia muestra los conocimientos adquiridos sobre las sustancias, sus modos de preparación, sus aplicaciones, vías de administración y empleos. Más que una historia de las razones por las que se inició en esta práctica, lo que despliega es un repertorio de nociones sobre las sustancias y la gama de sensaciones que ha experimentado.

Patricia reconstruyó su historia con el uso de drogas tras señalar un comienzo circunstancial aunque en cierta medida esperado —en tanto que su círculo de amigos fumaba marihuana, primera sustancia ilícita que probó. Con esta droga, la experiencia se caracterizó por una sensación de ambigüedad que atribuyó a que se encontraba bajo los efectos del alcohol. En este contexto, el personaje se propuso probar hasta disipar las sensaciones aún indeterminadas y con ello, discernir los efectos propios de la hierba. Mientras experimentaba con ésta, los indicios del relato mostraron un camino de aprendizaje que transitó de la identificación de los efectos a convertirse en una experiencia significativa y más tarde, a valorarla como una práctica placentera.

Luego de la experimentación continua, a la que contribuyó tener sus propios recursos económicos para suministrarse la hierba, fue viable detectar también un aprendizaje en la técnica de preparación para armar los cigarrillos y de administración de la sustancia, esto es, la aplicación de dosis adecuadas para consumir.

El contenido temático que configuró el campo de la experiencia con la marihuana como una droga que “ensimisma” se concentró en la sensibilidad que le proporcionaba la hierba tras potenciar sus sentidos: el olfato, la vista, el gusto, el oído, el tacto; y que le permitían un nivel de contacto más íntimo con ella misma, la sensación de relajamiento y el acceso a un estado de reflexividad, una especie de diálogo consigo misma que sin los efectos de la sustancia no era posible alcanzar. En este momento de la experiencia, la droga estaba ya cargada de significaciones de poder sobre el sujeto por su sabor, por su olor y por sus efectos. La marihuana se convirtió en su droga preferida.

El relato de la marihuana fue desplegado en términos de una historia cuyo principio desprovisto de significado, derivó en una práctica por la que sintió placer y adquirió un modo ritual de consumo. Cada noche el personaje construía su propia atmósfera para fumar la hierba, práctica que connotaba como un tiempo que se dedicaba a sí misma. Es de resaltar que el personaje desplegó un uso controlado de la marihuana mientras la fumaba a solas, medida que sobrepasaba cuando lo hacía en compañía de otros y la combinaba con alcohol u otras sustancias.

En contraste con la marihuana, descrita como una sustancia cuyo uso proporcionaba relajamiento y placer, el relato de la experiencia con la cocaína se caracterizó por una estructura de complicaciones que imprimieron intensidad narrativa por tratarse de una droga que “acelera los sentidos”, cuyo efecto es “más químico”, eufórico y explosivo. Así, el relato de la cocaína fue construido por oposición al consumo de la marihuana. En primera instancia, el uso de la cocaína tenía lugar en ambientes grupales los fines de semana, a diferencia de fumar marihuana a solas cada noche, con la cual, la experiencia era placentera de principio a fin. La cocaína en cambio, comenzaba por un efecto agradable aunque agitado que desembocaba en amargas sensaciones y deseo incontrolable por consumir. A ello se sumaba el nerviosismo, la ansiedad y el temor a ser incapaz de frenar la compulsión por consumir más, lo cual no le ocurría con la marihuana, puesto que el consumo de ésta era planificado y racional, y ante el cual, percibía control.

En este contexto de oposiciones entre la marihuana y la cocaína, se desplegó un imaginario de los procesos corporales que desata cada una de las sustancias, y que explica el grado de dependencia que se puede adquirir con cada una. Metáfora del cuerpo que sintetiza la relación del sujeto con la droga: en la medida en que la sustancia es mayormente retenida en el cuerpo, el sujeto puede pasar más tiempo sin ella y al revés, en la medida en que rápida y fácilmente se desecha, se necesita la sustancia con mayor intensidad y frecuencia. La dimensión imaginaria dota de sentido a la experiencia.

Hasta aquí, el registro de la experiencia corporal fue identificable a diferencia de las sensaciones percibidas con el consumo de solventes, donde resaltó un ángulo experiencial difícil de nombrar sino a través de señalamientos que bordeaban la periferia de lo vivido. La experiencia con los solventes a pesar de ser suficientemente percibida fue connotada con un efecto raro, ambiguo, confuso, enigmático pero placentero. Con esta droga, se manifiesta una dimensión silente del cuerpo que se resiste a la palabra. El bagaje de los recursos lingüísticos y culturales no es suficiente para representar la experiencia vivida.

En la reconstrucción narrativa del uso del PVC, el personaje como usuario de drogas aludió un gusto por las sustancias que determina su ingesta y que es indiferente al conocimiento médico que posee como enfermera. El daño al organismo, en particular, “la muerte de las neuronas”, no representa un motivo para interrumpir el consumo. Éste constituye un saber abstracto difícil de discernir, de ubicar y menos aún de connotar como una razón para suspenderlo. Los efectos de la ingesta del PVC aparecen en el relato como una razón *per se* para la ingesta; donde el usuario de drogas es susceptible de adquirir la identidad de la droga misma. En este episodio también es posible inferir un aprendizaje en la preparación y la administración de la sustancia, donde las posibilidades, los momentos y las combinaciones se convirtieron en un asunto a ser manipulable.

Por su parte, las pastillas eran sustancias cuyos efectos el personaje sabía diferenciar con especificidad. De este conocimiento dependía la elección de un tipo de estado de ánimo u otro, ya fuera a través de la búsqueda de la excitación o el apaciguamiento. Pese a que la experiencia con las pastillas fue una reconstrucción breve de la experiencia, este registro subjetivo es de importancia capital para resaltar el uso planificado que proyectaba el personaje con respecto a las drogas con las que se

intoxicaba, y que refuerzan su lugar como protagonista de la historia y el perfil que se entretejió en su devenir.

De acuerdo con el estado corporal que Patricia se proponía lograr, combinaba las sustancias o las consumía por separado. El proceso técnico del cuerpo implicado en la administración de las drogas incluía operar un conocimiento sobre las sustancias y sus reacciones, la elección del momento, del espacio, del ambiente, la compañía y el tiempo de consumo. Como parte de esta planeación y del modo en que el personaje se dibujó con apertura y disposición para experimentar, la experiencia con los hongos fue presentada como un objetivo grupal de ampliar los horizontes de la intoxicación.

Es así que la ingesta de hongos fue connotada como una experiencia placentera por los efectos alucinógenos que provee y el modo en que proporciona una experiencia de “trance” que le permite al sujeto interactuar consigo mismo. En este episodio la vivencia es individual aunque se lleva a cabo en grupo. Si bien el consumo de la sustancia reúne a los usuarios para el mismo fin, sus efectos se mezclan con la singularidad de cada uno dando como resultado una experiencia estrictamente singular. Lo mismo que las otras sustancias, el consumo de hongos requiere del aprendizaje de su propio procedimiento para inducir los efectos esperados.

Esta tipificación de las drogas y sus efectos plantea un modo de entender el cuerpo al establecer una categorización según los acontecimientos que ocurren en él con la ingesta de sustancias. Las alteraciones y los síntomas corporales conforman un texto que Patricia se da a la tarea de interpretar al reconstruir su experiencia en el relato.

A la luz de estas experiencias, el relato con cada tipo de droga utilizada puede ser caracterizado por la organización de elementos narrativos cuyo eje articulador es el gusto que ha adquirido por sus diversos efectos. Tal es el placer experimentado, que resulta la moción que inspira al personaje para cada tipo de consumo. No obstante, entre una y otra droga, la constante de su experiencia es el control ejercido sobre la administración de cada sustancia: ya sea para administrar una dosis, para frenar el consumo, para subordinar el deseo de la ingesta, para determinar las combinaciones o elegir los estados de ánimo. Es así que la secuencia narrativa referida a la tipificación de las sustancias forma parte de la estrategia utilizada en la definición del personaje de sí mismo en el relato, tras posicionarse en un lugar del saber sobre las drogas y enunciar desde ahí el devenir de su experiencia como un asunto del cual ha logrado tener control.

Con este posicionamiento subjetivo frente a sí y frente a su consumo de sustancias, el personaje articuló el siguiente episodio narrativo con el que refiere el modo en que administra su tiempo, los espacios y su propio yo en aras de mantener oculta la práctica de la intoxicación y con ello, una imagen socialmente aceptada ante sus otros significativos. De esta manera, el uso de drogas apareció como un espacio y un tiempo que el personaje programaba deliberadamente para sí. La reserva de cada noche para fumar marihuana como los fines de semana destinados al consumo desenfrenado y expandido de sustancias, formaban parte de la misma rutina con que ejercía su profesión y dedicaba tiempo para su vida familiar y social.

La proyección del personaje como un sujeto con control de sí y de su entorno, se desplegó íntimamente relacionado con sus actividades cotidianas, tras ser estructuradas alrededor del consumo de drogas y a partir de la definición del lugar, del tiempo y de la compañía para cada ámbito de su vida. A esta organización subyacía el propósito de mantener ciertas apariencias vinculadas con imágenes específicas. Este discurso convivía con una presentación de sí como una usuaria que hacía un uso conciente de las drogas y que se engarzaba con otros hilos que entretejieron la historia. Acontecimientos que se entrelazaron en distintas secuencias y que se sostenían unos a otros. La racionalidad con la que llevaba a cabo su consumo, se vinculó con el cuidado de las apariencias que debía mostrar como “hija de casa” y a la vez como enfermera. Esta racionalidad era también el argumento que legitimaba la manera en que llevaba a cabo su consumo.

Tener un lugar con un tiempo designado para cada actividad le permitía sostener su secreto frente a su familia y con ello la imagen de una “hija de casa” como figura dotada de valores convencionales. Por su parte, el desenvolvimiento como usuaria de drogas le otorgaba un lugar en la jerarquía del grupo de usuarios. La identidad del personaje es dotada así de diversas dimensiones que lejos de ser contradictorias, configuran una subjetividad que goza al preservar un secreto para sí frente a la sociedad convencional. A la vez que transgrede una normatividad que disciplina el cuerpo, trabaja por una mediación para seguir perteneciendo al mundo convencional y hegemónico sobre la presentación de la persona en la escena social.

En la tercera secuencia narrativa, el personaje despliega la actuación de los modelos ideales del comportamiento de una hija, de una enfermera, de una novia, de una amiga, en aras de encubrir su actividad como usuaria de drogas. La máscara que cubre a ésta, sus placeres y economías inadecuadas, exalta los valores oficiales de la

salud y las buenas costumbres. En la perspectiva del personaje se reproduce la visión social en la que el uso de drogas es incompatible con la imagen de una vida sana y moral. El mantenimiento de esta fachada le exige ciertos modos de ajuste operados directamente sobre el propio cuerpo. De ahí que por un lado, el arreglo personal sea uno de sus principales aspectos a cuidar y por otro, las perforaciones en su lengua y el propio uso de drogas, sean ocultadas en sus diferentes rutinas frente al mundo convencional en función de las expectativas estereotipadas vinculadas al cuerpo.

La vida del personaje se colocó así bajo el escrutinio de la conciencia individual, para no delatarse, subordinándose a las regulaciones sociales. Sin embargo, es posible señalar también un efecto en el que el personaje revierte el poder puesto que la abstención que le exige este tipo de actuación encuentra sus momentos de gratificación en los excesos y en el modo de narrar una historia de placeres y hedonismo con el uso de drogas.

Este núcleo narrativo articula las estrategias empleadas por el personaje para la presentación de su actividad ante otros. La atención que presta a su apariencia refleja su reputación; de la imagen proyectada depende la opinión que se formarán de ella. En este contexto, el cuidado de las apariencias no significaba otra cosa que mantener en secreto su consumo. La experiencia es reconstruida bajo el régimen corporal de la mirada por la cual es evaluada la imagen que proyecta ante los demás y la imagen ante sí misma. El juicio y el significado de sí están en función de lo que otros le atribuyan. Si bien el cuerpo había sido connotado como dominio del sujeto, al mismo tiempo enfrenta el disciplinamiento y las exigencias sociales que le demandan cierta apariencia, cierto comportamiento y cierto tipo de deseos.

En el cuarto núcleo narrativo sintetiza así lo que a lo largo del relato estuvo planteando: la proyección de ejercer control sobre su consumo. Este ejercicio por un lado, legitimaba el uso de drogas frente a su propio juicio y por el otro, mostraba la capacidad del personaje para dirigir su experiencia como resultado del aprendizaje de una trayectoria donde ha conocido las desavenencias y los excesos. A partir de éstos resignificó la relación establecida con las drogas, implicando un trabajo de ajuste y de redefinición de su consumo. De ahí también que la moral, el control de las pasiones, la autocontención y la capacidad para regular el consumo, se impusieron como normas ideales que habría de reflejar su personaje.

El campo de la experiencia subjetiva se entretejió de una conciencia de sí sobre sus propios actos, de una conciencia sobre los límites corporales y de una conciencia que

actúa bajo el régimen de la medida. Si bien, los fines de semana esta “medida” se flexibilizaba, no lo hacía el cuidado que ponía para saber dónde, con quién y hasta dónde drogarse como expresión de esta actitud de la medida para consumir. Ello le exigía un constante disciplinamiento y vigilancia corporal para identificar los límites de consumo, principalmente, con el uso de cocaína. El núcleo de los quebrantos del uso de sustancias radica para el personaje, en la pérdida de la medida, esto es, en el abuso del consumo de cualquier tipo de droga.

Hacerse un régimen de la medida para llevar a cabo no sólo su consumo de drogas sino su forma de vida en general; llevar a cabo una economía del cuerpo que administraba sus espacios subjetivos de saber dónde frenarse, el momento donde ponerse un límite. La conciencia corporal de los efectos apareció como mediador del empleo de las sustancias.

De este modo, Patricia como personaje del relato se situó en el punto donde al seguir la normatividad social, participaba de la sociedad convencional; al tiempo que se daba otros espacios para el desacato en una suerte de intercambios, de ires y venires entre las normas y sus rompimientos, y el apego a las reglas del otro para los usos del cuerpo.

La realización de estas regulaciones y controles administrados sobre el propio cuerpo generan nuevas combinaciones de saber y de poder. Tiene lugar por tanto una idea prospectiva del proyecto corporal por conducto del autogobierno del cuerpo. Éste consiste en retirar a largo plazo de su régimen, aquellas sustancias que podrían ocasionar un deterioro mental o fisiológico; así como apartarse de las sustancias que la llevarían a ejercer cierto tipo de prácticas degradantes para conseguir sustancias como la cocaína, los solventes y las pastillas. En el relato, Patricia se mira frente al espejo de aquella gente que ha llevado un consumo prolongado de solventes y cocaína y sus consecuencias en la salud. Sin embargo, con la marihuana no pasa igual. Ésta como sustancia de consumo preferida, es visualizada como una práctica que puede realizarse a lo largo de la vida.

De este modo, las articulaciones generales del relato reflejan un trabajo constante de ajuste a las reglas del otro. Un ajuste de la propia experiencia, a veces contradictorio, que le exige al personaje un reacomodo constante y una resignificación de su experiencia subrepticia en aras de construir una imagen aceptada y un lugar de reconocimiento social para sí y para los otros.

7. Hacia un Metarelato de la Experiencia del Cuerpo en la Trayectoria con el Uso de Drogas

Lo que sigue es una lectura transversal de los casos estudiados en torno a la experiencia subjetiva del cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas. Comprende la descripción de una serie de ejes analíticos para la reconstrucción narrativa del personaje como usuario de drogas; así como las temáticas recurrentes en los relatos que dieron forma y contenido a la experiencia en cada caso, haciendo énfasis en los procesos sociales comunes más que personales. Para cerrar el trabajo, este apartado incluye también un epílogo que condensa un conjunto de observaciones finales.

7.1. La construcción narrativa del personaje como usuario de drogas

Uno de los objetivos del análisis se dirigió a conocer la interpretación que hace el narrador sobre un tema focalizado de su vida; la manera en que elabora un relato para transmitir un propósito, definir un particular tono y organizar eventos clave relativos a la experiencia.

La perspectiva analítica se orientó a interpretar el material en términos de las formas en que los personajes se presentan a sí mismos y la manera en que es contada la historia que se les ha solicitado a los participantes del estudio. De este modo, en los relatos fue posible reconstruir la identidad narrativa del personaje mediante la configuración de un “yo” ficticiamente unificado a partir de las distintas etapas históricas del sujeto (Burgos, 1993).

Alrededor de la experiencia con el uso de drogas —como eje temático solicitado—, fueron articuladas la producción de la identidad narrativa como la historia del personaje en cada uno de los relatos.

En cuanto a la identidad narrativa emergente en cada relato, es posible señalar que en términos generales, a la construcción del personaje, subyace la proyección de una subjetividad que esbozó la actividad como usuario de drogas bajo un estatuto de auto regulación y control. Los personajes, lejos de reconocerse y presentar su actividad como una adicción a las drogas, se proyectaron como sujetos que han logrado llevar a cabo o están en proceso de hacerlo, un ejercicio relativamente controlado alrededor del deseo, los placeres y los actos asociados con la práctica de la intoxicación.

A ello, es posible asociar la construcción de la figura del “héroe” en cada uno de los relatos que fueron entrelazados bajo una perspectiva “novelística” (Piña, 1989). Los

personajes dibujaron una trayectoria en la que han superado —o pretenden hacerlo—, un conjunto de obstáculos, crisis, etapas de excesos y desavenencias. Han vislumbrado la posibilidad de establecer una relación de dominio sobre la droga y sobre sí mismos en aras de mostrar una imagen socialmente aceptable e insertarse a las exigencias de la normatividad sociolegal. Desde este lugar han presentado su actividad como usuarios de drogas.

De acuerdo con Goffman (1981), es posible que en la presentación de sí y de la propia actividad ante los otros, el actuante, en este caso, el entrevistado, deba proyectar una imagen como algo que siempre ha poseído. En el mismo orden de ideas, cada narración se caracterizó por dotar la atmósfera del relato de aquellos elementos que reforzaron los distintos cuadros narrativos, encubriendo y silenciando las actividades, relaciones, personajes y motivos incompatibles con la versión idealizada de sí mismo.

En el caso de Rosalba, actuar como una persona “normal” le ha permitido moverse de la condición marginal de usuaria de drogas en situación de calle y colocarse en un lugar de reconocimiento social para la sociedad convencional. Esta actuación ha dependido del manejo de sí en la interacción social y del control que mantenga para abstenerse de utilizar sustancias. Por su parte, Pablo trazó una historia sostenida por una subjetividad sometida que desembocó en un trabajo elaborativo de sí como un hombre con dominio y decisiones propias sobre su cuerpo, su paternidad, sus relaciones familiares y su uso de drogas. En este tono, Isabel planteó una postura en la que luego de transitar por una serie de tensiones familiares, de pareja y existenciales, logró dirigir su consumo, el ejercicio de su maternidad, su relación de pareja y su proyecto académico. Diego y Patricia respectivamente, plantearon de manera prospectiva continuar utilizando drogas, a reserva de hacerlo con medida y bajo control de sí, lo que implica una inspección y regulación constante de su consumo como una forma de garantizar un lugar legítimo en su contexto social. La presentación de Nicolás, a pesar de colocarse en una situación de incertidumbre y de inminente riesgo de una recaída, el gobierno de sí como trabajo de reconstrucción subjetiva, apareció también como la alternativa bajo la cual es posible obtener una condición social aceptable.

La imagen proyectada como usuarios de drogas obedeció así mismo, a la relación con el tipo o tipos de drogas de consumo. En los relatos, la imagen de sí fue descrita en función del tipo de droga utilizada según sus atributos socialmente establecidos. El uso de inhalantes, en el caso de Rosalba, apareció como la droga protagonista en un

contexto de marginación y marginalidad en la situación de calle; mientras que en los relatos de Pablo, Diego y Patricia, respectivamente, a pesar de utilizar inhalantes, en los tres casos había una resistencia a encarnar los significados asociados a esta sustancia, puesto que imaginaban que su uso suponía un mayor desprestigio y condena social.

Por su parte, la combinación de alcohol y marihuana utilizados a solas, en el relato de Pablo contribuyó a configurar la imagen de un personaje pasivo, triste y tímido; mientras que su uso en grupo facilitaba la interacción y generaba un ambiente alegre, dinámico y divertido entre los usuarios. En torno a las experiencias de Rosalba, Pablo, Diego, Isabel y Patricia, el alcohol tenía una funcionalidad de interacción social, donde la experiencia se construía en grupo y el personaje adoptaba un aura de sociabilidad y un ánimo extrovertido. La marihuana por su parte, solía reservarse para ocasiones en soledad, como en el caso de Pablo y Patricia, principalmente, configurando una imagen de sí reflexiva, observadora e introspectiva.

La cocaína en cambio, apareció como la droga del exceso, del mayor riesgo de adicción, del deseo incontrolable y de la plena subordinación del sujeto a la práctica de la intoxicación en las historias de Nicolás, Diego, Isabel y Patricia. De ahí que la cocaína generaba más fantasías de temor a la adicción y un estado de mayor vigilancia, moderación y control del sujeto consigo mismo aunque fuera utilizada.

En cuanto a la ingesta de hongos, Nicolás y Patricia, personajes representados como expertos del uso de drogas, señalaron que el propósito de la experimentación con estas sustancias, es la intención de ampliar el rango de las sensaciones conocidas.

De acuerdo con sus efectos, las drogas son susceptibles de atribuciones distintas que permiten la identificación del sujeto que las consume, al proyectar una imagen característica, donde la elección de la droga a su vez expresa un tipo de subjetividad. Los usuarios de drogas ingieren de manera simbólica los significados y las representaciones de éstas y las proyectan en la interacción social.

En el relato de la experiencia, no sólo se conjugan los discursos sociales sobre las sustancias psicoactivas y los usuarios, también una subjetividad que articula el registro de los procesos corporales engarzados con la expresividad del relato. De este modo, ha sido posible constatar el carácter singular y expresión de lo social en la producción narrativa (Lindón, 1999) con el uso de drogas así como el devenir de una construcción fenomenológica del proceso subjetivo-corporal. El relato no refleja un estatuto de verdad sino un estatuto de experiencia, en el que se ha distinguido un registro corporal

que se entremezcla, se entreteje y se matiza con la historia personal y se constriñe a los recursos culturales. La experiencia con las drogas reveló una forma particular de corporalidad.

Otro de los ejes analíticos para la reconstrucción del personaje es la perspectiva de género. Ésta es una categoría que cruza la experiencia en todos los casos estudiados. Desde el género donde enunciaron su relato se configuró también una forma de interpretar el mundo. Desde esta perspectiva, el análisis sugiere una serie de indicios que esbozo a continuación aunque sin afán de ser exhaustiva.

En primera instancia, la configuración de cada personaje muestra las marcas del género y la clase social de pertenencia: su caracterización fue elaborada bajo los principios de división sexuales socialmente asignados para los hombres y para las mujeres. Nicolás, Diego y Pablo, llevaban a cabo oficios o actividades laborales consideradas “masculinas”. Se encargaban del sostén económico familiar y fungían como proveedores de sus familias o de sí mismos. En contraste, la actividad laboral realizada por Rosalba, Isabel y Patricia, las mujeres participantes del estudio, tenían o habían tenido una ocupación históricamente vinculada al cuerpo femenino, tales como el ejercicio del trabajo sexual, el trabajo doméstico o una profesión de cuidado al otro como la psicología o la enfermería.

En las historias de las mujeres, la subjetividad femenina se ha configurado en torno a la relación con un hombre que abusa de ellas, las maltrata o bien, las rescata, las ayuda o les brinda protección: la pareja 20 años mayor en el caso de Rosalba, la pareja que la abandona o el hombre que la adopta; el psicólogo, el amigo, la pareja o el padre y los que han acosado sexualmente a Isabel; mientras que en el caso de Patricia, estos lugares han sido construidos en torno a la figura de los hermanos, el novio, los amigos que la ayudan, la encubren o se han convertido en sus cómplices.

En otro campo de la experiencia, los relatos mostraron que la maternidad constituye un núcleo experiencial significativo; son las mujeres, en este caso, Rosalba e Isabel, quienes aparecen como las responsables de los hijos que tuvieron en algún momento con la pareja. En ambos relatos, sus parejas han ejercido violencia y se han desligado de su paternidad. Si bien, Rosalba e Isabel han vivido su maternidad de manera tensa y compleja, pensarse a sí mismas como madres así como la relación que han tenido con sus hijos, emergieron como uno de los principales núcleos de su experiencia en medio de un entorno de presión social sobre su posición como madres. Los personajes de los relatos estudiados, conservan el deseo de la maternidad como un

arma poderosa de la subjetividad femenina, incluso para dejar de consumir drogas como lo expresa de manera explícita el relato de Patricia y en un estado de tensión y ambigüedad en los casos de Rosalba e Isabel.

En lo que corresponde a las narrativas de Nicolás, Pablo y Diego, es posible identificar la construcción de la mujer ya sea como pareja, como madre o ambas, en términos de expectativas de cuidado y de apoyo incondicional.

El proyecto corporal de los usuarios de drogas desplegado en los relatos muestra así las marcas de un sistema sexo-género dominante: buscar una pareja heterosexual, monogámica y formar una familia nuclear. La maternidad y la paternidad en los relatos son exaltadas como dimensiones de una sexualidad enfocada en la reproducción humana a excepción del caso de Pablo.

En otro ámbito, también ha sido identificable un contexto social mayormente restrictivo y violento para las mujeres en cuanto al consumo de sustancias. En los relatos de Rosalba, Isabel y Patricia, resalta el tema del riesgo o la experiencia de abuso sexual bajo los efectos de las drogas.

Por su parte, el cuerpo de los hombres y su relación con una forma de masculinidad dominante, se expresa en términos de valentía y virilidad exacerbada con el uso de sustancias psicoactivas. Los relatos ponen de manifiesto que estos cuerpos son portadores de una masculinidad ubicada en el tamaño de los testículos que se potencializa con el efecto de las drogas. La resistencia física en particular, aparece como uno de los principales atributos y expresiones de esta masculinidad-activa, cuyo fin es mostrar a otros en aras de conquistar un lugar en la jerarquía entre los usuarios y mantener relaciones de poder y de dominación sobre los demás.

En los relatos, se encuentra implícita la idea de una feminidad y una masculinidad fija y verdadera enraizada en los cuerpos de las mujeres y en los cuerpos de los hombres. Esta idea se despliega en términos de que las prácticas sociales se encuentran en la naturaleza de los cuerpos femeninos o masculinos ya sea alrededor de la maternidad, la paternidad, la resistencia física, la valentía, la ternura, la solidaridad, la competencia, la agresividad o en otros atributos basados en una construcción social naturalizada de los géneros.

Así, en la producción narrativa se ha configurado un proyecto corporal que enmarca los límites de la persona: quién es, cómo se ve, qué ha hecho, qué ha probado, qué ha sentido, cómo se relaciona, cómo se quiere ver y cómo quiere ser vista. Los relatos

mostraron así la reproducción de relaciones de poder entre los géneros; con discursos y regímenes de disciplinamiento corporal mayormente pronunciados en los cuerpos de las mujeres aunque no por ello los cuerpos de los hombres queden fuera de estas formas de poder.

Así mismo, pusieron de manifiesto la dinámica del vínculo del sujeto con su propio cuerpo a la luz de la inscripción social de las exigencias normativas para la presentación de la persona en la escena social en términos de presentar no sólo un relato coherente sino una imagen “normal” de su propia vida de acuerdo con lo que significa ser hombre o ser mujer usuarios de drogas en un contexto social determinado y sus implicancias en la subjetividad.

7.2. Experiencia subjetiva del cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas

Desde el ángulo de la historia ha sido posible identificar una estructura narrativa similar y una serie de temáticas comunes para la reconstrucción de la experiencia con el uso de drogas en los relatos estudiados. Si bien los casos se encontraban en distintos momentos de la trayectoria del consumo de sustancias (ver cuadro 1), las narrativas comparten ciertos elementos en cuanto a su forma y contenido. Esto confirma el supuesto de Coffey y Atkinson (2003), que señala que el grupo social de pertenencia influye en los temas que relatan sus miembros sobre el foco de experiencia solicitado; así como las normas y los modelos culturales implícitos que rigen la producción “espontánea” de dichas narraciones.

La lectura transversal de los relatos reveló una serie de formas narrativas más o menos semejantes, articuladas en una lógica donde en primera instancia, se presentó un episodio de las precondiciones del consumo de drogas como el marco explicativo en el que esta práctica tuvo lugar por vez primera. Estas unidades del relato se caracterizaron por la definición de un momento fundante de la experiencia del consumo.

Con base en estos núcleos se entretajeron episodios relativos a las primeras reacciones con los efectos de las sustancias, seguidos de una secuencia de acontecimientos que trazaron la trayectoria de aprendizaje y vinculación con el uso de drogas, donde fue posible apreciar un proceso paulatino de apropiación subjetiva de la corporalidad a partir del cual giró la reconstrucción de la experiencia. Desde esta perspectiva, los distintos modos de experimentar el cuerpo emergieron como las

coordinadas sobre las que el sujeto escribió su historia, se apropió y significó el mundo.

Estas secuencias se entrelazaron con las transiciones subjetivas y corporales como efectos de las sustancias y el perfeccionamiento de la técnica para la administración de las drogas. La intercalación de los episodios dejó entrever la dinámica de la relación del sujeto con su propio cuerpo y los cambios que se presentaron en la medida en que incrementaba la experiencia con las drogas hasta llegar a los episodios de los excesos.

En diversas formas, los relatos mostraron la complicación del curso de los acontecimientos de la historia mediante puntos de inflexión en la vida de las personas que afectaron sus experiencias y constituyeron nuevas etapas. Los segmentos narrativos se encadenaron con aquellos donde el sujeto advirtió la percepción de la pérdida de control del cuerpo, las batallas que emprendieron para recuperar esta percepción y los procesos de abstinencia. Así mismo, las formas en que los personajes enfrentaron las fuerzas sociales, familiares, escolares e institucionales que actuaron durante la experiencia para frenar o aminorar el consumo de sustancias; y finalmente, el modo en que resignificaron su lugar frente a sí y frente a los otros mediante la intervención de un tercero; así como la configuración de un proyecto corporal inserto en la normatividad sociolegal como formas de resolución narrativa y cierre del relato.

7.2.1. La justificación de la historia

En los relatos estudiados el primer episodio se erigió como el contexto en el que tuvieron lugar las primeras experiencias con el uso de drogas. La primera secuencia se caracterizó por la reconstrucción de un pasado de experiencias de violencia y de dolor que marcaron la vida de los personajes y que configuró la proyección del sí mismo en el relato.

En algunas de las experiencias analizadas, este episodio se conectó directamente con una escena familiar, donde la relación con los padres u otros miembros significativos de la familia ocuparon un lugar protagónico en relación con el consumo de drogas del personaje. De manera específica, el relato de Rosalba se desenvuelve a partir del abandono de sus hermanos al llegar a la ciudad. Mientras que en los casos de Nicolás y Pablo, sobresalió un sentimiento de frustración y desdicha en torno a la figura

materna; ya fuera por su ausencia o su violenta presencia. Por su parte, Isabel manifestó una relación de oposición, hostilidad y desapego hacia su padre.

De acuerdo con la perspectiva de Sautu (2004), estos relatos se caracterizaron por enmarcar la interpretación de la experiencia en coordenadas existenciales referentes al origen familiar y al modo en que llegaron a adquirir su identidad. Las justificaciones enunciadas sentaron las bases para introducir el modo en que se articuló a ellas el primer contacto vivido con las drogas.

En Rosalba, el tema del abandono configuró el contexto en el que el uso de drogas se presentó como una vía de fuga de la realidad en la situación de calle y una estrategia para contrarrestar los efectos dolorosos del sentimiento de desamparo familiar y social. En Pablo, el uso de drogas tuvo lugar como fuente de satisfacción vivida en la calle como espacio subjetivo construido en oposición a la casa y la familia, caracterizadas por la atmósfera de la negligencia, el maltrato y la violencia familiar. En el caso de Nicolás, la experimentación con las drogas fue significada como el resultado de un trauma infantil vivido ante la separación de sus padres y atribuida al descuido y la falta de límites y normas familiares. Para Isabel, la inserción en la práctica de la intoxicación se presentó como una alternativa para sobrellevar la tensa relación con sus progenitores y evadir el dolor generado por la violencia simbólica del lugar anulado que le fue asignado en esta relación, particularmente con su padre.

La trama de estos relatos se estructuró a partir de la significación de las situaciones vividas en el pasado, el cual resultó decisivo para la reconstrucción de la experiencia y la configuración de los personajes como héroes y heroínas de sus historias.

7.2.2. Las primeras experiencias

A partir del marco explicativo que plantearon los personajes sobre su consumo de sustancias, de acuerdo con Becker (1971), en los relatos fue posible identificar una carrera —como la denomina el autor— o trayectoria por la que transitaron antes de convertirse en usuarios de drogas.

Cabe mencionar que enfatizamos la idea de “trayectoria” porque nos permite plantear el consumo de drogas como un proceso que se estructura en momentos más o menos diferenciados de la experiencia, que no puede ser visto sino con un carácter dinámico y procesal.

La lectura de los relatos mostró así que el primer encuentro con la droga se presentó de un modo circunstancial. La primera vez carece de un interés o una intención específica por la droga cuyos efectos son difíciles de interpretar en términos de una experiencia placentera. Las primeras experiencias tuvieron un efecto de asombro del sujeto de sí mismo ante la revelación corporal, el cual apareció en primera instancia, desprovisto de una connotación satisfactoria.

En este contexto, las primeras sensaciones tuvieron la suficiente potencia para ser percibidas como fuentes vagas, raras, imprecisas, confusas, indiferenciadas y en algunos momentos desagradables. En los relatos, el cuerpo apareció cimbrado por las sensaciones experimentadas y en algunos casos, adquirió un sentido de fragilidad y temor. Las primeras experiencias fueron reconstruidas a partir de una red de sentimientos de ambivalencia hacia el cuerpo, donde elementos de confusión, miedo, peligro, asombro y extrañeza se conjugaron para configurar la experiencia.

En los relatos, la presencia de los efectos en los primeros ensayos no produce por sí misma la experiencia de la intoxicación. La reconstrucción de la experiencia desplegó un proceso de paulatina asimilación de las sensaciones y la toma de conciencia de sí bajo los efectos de la droga que en los primeros ensayos no fue posible discernir.

La experiencia subjetiva del cuerpo que suscita el contacto con las drogas se construye en el proceso de experimentación del sujeto de sí mismo y sus implicaciones posteriores bajo el efecto de las sustancias. Supone que el sentido de usar drogas no preexiste a dicho proceso sino que va siendo significado en la medida en que se presenta una transformación subjetiva-corporal que se expresa a través del reconocimiento que los efectos de la droga tienen sobre sí; más tarde, del aprendizaje de tales reacciones hasta llegar a gustar de ellas.

De este modo, el uso que hace una persona de la droga en inicio no comienza por placer; tal como lo describió Becker, la continuidad de la experiencia con el uso de sustancias está dada por el aprendizaje de la definición de los efectos como estados placenteros atribuidos a la droga misma.

Los relatos de la experiencia mostraron que antes que tener efectos en el organismo, el uso de drogas opera en el imaginario incidiendo en la relación del individuo con su entorno. De ahí que el uso de drogas no es sólo una práctica cuyas implicaciones se circunscriben a los ámbitos fisiológicos de la adicción, sino al devenir de una historia que se construye con la experiencia y no en una psique proclive a las conductas “desviadas” como suelen explicarla algunos discursos patologizantes.

A partir de los primeros contactos con las drogas, los acontecimientos se desarrollaron en torno a esta experiencia que una vez conocida, impactó de manera irrevocable la corporalidad en un marco contextual-relacional.

7.2.3. Apropiación subjetiva de la corporalidad

A estos segmentos narrativos se articularon los episodios que fueron diferenciados a partir de que el sujeto logra dotar de un sentido placentero los primeros ensayos con las drogas. La significación del cuerpo apareció ligada a las posibilidades de acción del sujeto, donde la creación de sentido permitió que sostuvieran la práctica de la intoxicación.

La elaboración de estas secuencias implicó la organización en el relato, de un conjunto de experiencias dispersas, vagas e imprecisas, suscitado por los primeros efectos de las sustancias, mostrando la paradójica sensación del cuerpo de desconocimiento y familiaridad con que es experimentado (Turner, 1989; Bernard, 1994). De esta manera, el uso de drogas disparó la percepción de un yo-corporal centrado en las sensaciones corporales. En los relatos, los registros subjetivos se entrelazaron a partir de la experiencia del cuerpo.

Los relatos expresaron que ello depende de ciertas concepciones de la droga misma como del intercambio relacional con otros usuarios más experimentados en torno a una serie de técnicas de la ingesta, del movimiento y el contacto corporal; códigos relacionados con el sentido y el uso del tiempo y del espacio, así como estrategias asociadas a la estética del vestido y la música. Al completar este proceso, los personajes se encontraron dispuestos a y ser capaces de utilizar las drogas para obtener placer y desarrollar la disposición para continuar con su uso.

En la medida en que los sujetos continuaron con la experimentación, la relación con el cuerpo cambió de acuerdo con el aprendizaje de las sustancias utilizadas y los fines de su uso; las técnicas para administrar las drogas, las dosis, los modos de preparar las sustancias, los momentos para hacer precisas las combinaciones y sus diferentes empleos. Este proceso comprendió tanto un imaginario fisiológico y topográfico del cuerpo como un imaginario sobre las drogas; cuya elección como ya se había descrito, tiene un efecto de personalización en tanto expresa un tipo de subjetividad de aquellos estados sensitivos, anímicos y emocionales que se pretenden alcanzar con ciertas prácticas y tipos de consumo.

Los usuarios de drogas se dan así a la tarea de trabajar en la experimentación de nuevas formas de percepción basadas en desconocidos modos de manipulación del cuerpo. En este proceso es factible identificar un saber en relación con las drogas que se va acumulando en la medida en que hay mayor experiencia de consumo y que produce un relato más finamente detallado de la experiencia y de las sustancias: sus aromas, sus sabores, sus posibles combinaciones, su calidad y los medios y mecanismos para el suministro. Este aprendizaje incluye la diferenciación de las drogas con las que el sujeto se puede adecuar de aquéllas que no le han generado placer.

Los relatos de la trayectoria con el uso de drogas fueron edificados a partir de un registro del estado del cuerpo. La reconstrucción de la historia encuentra su raíz en la experiencia corporal sedimentada como efecto del consumo de sustancias. La configuración del campo de la subjetividad tuvo lugar en conexión directa con la evocación de sensaciones que surgían con cada una de las drogas de consumo y su evaluación con respecto al gusto o desagrado sobre ellas, sus implicaciones emocionales y encadenamientos.

En la experiencia del consumo de drogas cada parte del cuerpo adoptó así mismo, un valor distinto entre sí. En los relatos, el cuerpo tiene la posibilidad de la fragmentación imaginaria y su localización, al tiempo que se percibe como un ente unificado. La anatomía y la fisiología subjetiva del usuario de drogas sin embargo, no corresponde a la descrita por la medicina: cerebros, líquidos corporales, lenguas, olfatos, procesos fisiológicos, neuronas, hormonas, hígados y corazones, fueron ubicados de acuerdo al momento de la intoxicación. No obstante, también se observó la convivencia de modos rituales y científico técnicos para significar la experiencia. Estos episodios así mismo, desplegaron cuerpos sensibles, sujetos entregados al goce del cuerpo. El relato dio cuenta del estado corporal, de sus posiciones, sus movimientos, los regímenes a los que se adscribía el sujeto para llevar a cabo la intoxicación desde un lugar imaginario dando cuenta también de la fabulación del relato (Lindón, 1999).

Nicolás, Pablo, Isabel, Diego y Patricia dedicaron un segmento narrativo específico para entretener el nivel de sofisticación que adquirió su experiencia del consumo de drogas. En estos núcleos narrativos se advirtió un proceso de apropiación subjetiva de la corporalidad de acuerdo con la forma en que el sujeto se relacionaba con la intensidad, la frecuencia y el tipo de droga o drogas utilizadas. En este proceso, cada experiencia atravesó una serie de transiciones subjetivas correspondientes a la

percepción del propio cuerpo, la conciencia que se tiene de él, de sus partes, de su imagen y de su proyección en la relación con los otros bajo el efecto de las sustancias. Se pudo observar que más allá de las particularidades del tipo de sustancia utilizada, lo que resaltó fue la posición que el sujeto mantenía frente a éstas.

El uso de drogas se configuró como una técnica del cuerpo (Mauss, 1971), en tanto que la práctica de la intoxicación requirió de un nuevo trabajo de tecnificación corporal. El uso de drogas irrumpió así los usos habituales del cuerpo; constituyendo un proceso guiado por el entrenamiento de los usuarios más experimentados y de la relación que el sujeto ha establecido con su cuerpo bajo una serie de ensayos repetidos y codificados. Si bien la experiencia es factible de comenzar casi de un modo mecánico tras la reproducción del gesto que se observa en otros, paulatinamente adquiere sentido una vez que el sujeto aprende a identificar y a gustar de los efectos. Así, aparece una dinámica en la que el deseo lleva al acto, el acto proporciona placer y el placer suscita deseo. La experiencia del uso de drogas toma la forma de un proceso circular, un circuito que en la medida que incrementa el consumo, retroalimenta la experiencia y perfila al usuario como un conocedor de su acción.

El gusto por las drogas no se presenta entonces de manera inmediata; tal adquisición pone en evidencia la inexistencia de un cuerpo anatómico despojado de significación y sentido. El cuerpo apareció significado como otro yo que puede ser modificado a través de los estilos de vida y de las prácticas que llevan a cabo su transformación (Le Breton, 2007).

Los relatos muestran así una fase donde el cuerpo se impone al sujeto por medio de las experiencias de placer que descubre bajo el efecto de las sustancias. Las primeras experiencias con el uso de drogas dejaron de ser amorfa al ser estructuradas en la narración. La coherencia del relato en este sentido, proyectó la conversión de una impronta caótica de las drogas sobre el organismo, a un cuerpo como objeto racional de la experiencia, así como la percepción de soberanía del sujeto sobre su propio cuerpo.

Este proceso de apropiación subjetiva de la corporalidad fue identificable en los seis casos estudiados, por lo que es posible señalar a título de hipótesis, que la trayectoria descrita por Becker (1971) para el caso de la marihuana, puede ser aplicable a otro tipo de drogas; puesto que el análisis sugirió que se trata de un proceso de aprendizaje y de diferenciación de las sustancias que emerge de la trayectoria que un

sujeto recorre con la experimentación de las sustancias, el que abre la posibilidad de convertirse en un usuario de drogas como tal.

Una vez que la experiencia con las drogas se constituyó como un campo de conocimiento, el devenir del personaje se configuró en un sujeto con control de sí mismo y de la relación con las drogas de consumo. En los relatos, el yo se presentó como la subjetividad y el cuerpo como objeto de intervención del sujeto sobre sí mismo; donde la objetualidad del cuerpo resaltó como un eje articulador de la experiencia, en la que el sujeto estableció una relación imaginaria de dominio con y sobre su propio cuerpo.

A partir de la relación yo-cuerpo, ha sido posible identificar un tipo de acuerdo en el que el yo no está en todo el cuerpo como tampoco el cuerpo está en todo el yo (Aisenson, 1981). Al tiempo que en la narración se desplegó un sentimiento de unidad con el propio cuerpo, también apareció un efecto de posesión otorgando al cuerpo el significado de territorio sobre el que se puede decidir y en el que el sujeto no se reconoce por completo. Si bien el cuerpo es una ineludible condición de posibilidad del yo, en la elaboración del relato, el yo no se agotó en el cuerpo.

A lo largo de la experiencia con el uso de drogas, los personajes descubrieron y reafirmaron así un cierto poder sobre su propio cuerpo por medio de cálculos, mediciones, exploraciones y observaciones para brindarse placer. Lo que aparece es un gobierno del cuerpo tras saber controlar los efectos que deviene en experiencia subjetiva. Así, el usuario de drogas reglamenta el juego de la ingestión, a saber, el manejo del deseo, del tiempo, de los espacios, del yo y los placeres que se experimentan así como la conclusión que ha de derivarse de cada uno de ellos. En este proceso, aparecen regímenes de la experiencia vinculados a ciertas partes del cuerpo como la nariz, la boca, la lengua y la garganta; la tarde, la noche, la calle y la casa, así como la proyección de una imagen del usuario de drogas como un sujeto conciente de sí y de su hacer. En la experiencia de la intoxicación, los personajes construyeron un arreglo narrativo vinculado al espacio y tiempo vividos.

En este nivel de organización narrativa de la experiencia, la configuración subjetiva del cuerpo se produjo simultáneamente como sujeto y objeto de la experiencia en el marco de una elaboración dialéctica en la trama del relato. De este modo, el consumo de drogas puede ser caracterizado como una práctica corporal que gesta una relación de saber-poder sobre el propio cuerpo que se encuentra inmersa en un continuo de

límites y normas; donde la relación del sujeto con su cuerpo se puede definir en términos del dominio de sí mismo, cuyo adversario a controlar es el propio deseo.

Siguiendo esta línea, el uso de drogas puede ser planteado como un problema de límites y normas de autocontrol en la medida en que el usuario de drogas se deja o se contiene de dejarse llevar por sus placeres y deseos. Se trata de una ética corporal implícita en la experiencia que asocia la dinámica de los actos, los placeres y deseos dentro de un marco social normativo para los usos del cuerpo.

Es así que el placer de las drogas no sólo aparece ubicado en un órgano, si bien hay el reconocimiento de una alteración orgánica y una modificación de procesos electroquímicos, como parte del placer aparecieron otros factores como el control que se percibía sobre el cuerpo y sobre el manejo de las drogas. Así mismo, parte de ese placer lo constituía la compañía de los amigos o el momento en que se drogaban; el lugar donde lo hacían o el hecho de saber que era algo que no debía hacerse.

Al narrar la experiencia se organiza el sentido del sí mismo, el sujeto se ubica en un tiempo y en un espacio con relación a sí mismo y con los otros. El poder enunciarse como “yo” tiene como referencia un cuerpo que se unifica y traza sus límites separándose de los otros al tiempo que se identifica con los otros. El relato es construido a partir de la disociación mente-cuerpo, cuyo carácter dual permite desplegar la vivencia del cuerpo en términos de un cuerpo para el sujeto, un cuerpo para el otro y un cuerpo para sí conocido por el otro.

7.2.4. La dimensión grupal de la experiencia

En los relatos de la experiencia de la intoxicación, la vivencia del consumo de drogas se construyó en grupo. En cada caso, el grupo de usuarios jugó un papel importante en la significación de la experiencia, al perfilar una identidad grupal que al tiempo que brindaba lazos de cohesión entre sus integrantes, generaba su propia dinámica interna y los diferenciaba de aquellos que no utilizaban sustancias.

A partir de una lectura de los indicios y los registros subjetivos identificados, es plausible señalar que la experiencia grupal del consumo de drogas genera segmentos narrativos caracterizados por relaciones particulares hacia dentro y hacia fuera del grupo.

Con el grupo, la experiencia es significada en términos de relaciones de jerarquía entre los usuarios por su experiencia en el consumo. Así mismo, el grado de consumo

alcanzado y el tipo de droga utilizada obedece a las reglas impuestas por el grupo a sus integrantes. La relación que se establece con la droga tiene un impacto en la subjetividad del usuario en términos de mostrar la resistencia física como un aspecto cargado de valor y reconocimiento social entre los usuarios. Al mismo tiempo, brinda cohesión e identidad grupal por la forma de consumo de los miembros del grupo. En el grupo de usuarios, el sujeto se reconoce en un nosotros de acuerdo con los tipos de drogas utilizadas. En los relatos estudiados, el grupo apareció así como un mecanismo de regulación del nivel de la intoxicación.

El grupo tiene importancia en la significación de la experiencia en la medida en que guía el aprendizaje del consumo. La observación de los otros adquiere relevancia para imitar la ingesta de las sustancias, los efectos que se supone deben sentirse, los gestos, las intenciones, la vestimenta, los intereses y los gustos conforman un conjunto de elementos que facilitan y forman parte de tal aprendizaje. En la experiencia en grupo, el cuerpo es utilizado para dar una señal al otro y reconocerse en el otro.

Aunado a ello, la laxitud del grupo de usuarios frente a las normas sociolegales y el sentimiento de pertenencia grupal como la adquisición de nuevas formas de relación, provee al usuario de las condiciones para evitar los controles sociales en un grado suficiente y continuar con la experiencia del consumo.

Los relatos de la trayectoria con el uso de drogas poseen así una dimensión grupal, donde la experiencia constituye una memoria, un espacio y un tiempo compartido a diferencia del grupo familiar, escolar o laboral. En estos ámbitos, el sujeto no está incluido en un nosotros; en contraste, en el grupo de usuarios de drogas sí se encuentra la figura de un nosotros.

Al instaurar una identidad compartida, el grupo simboliza un cuerpo abstracto que trasciende los límites carnales y se conforma de las experiencias de los sujetos. El grupo representa un cuerpo intoxicado fuera de cada uno y al mismo tiempo, dentro de cada uno.

En el caso de Rosalba, el grupo de usuarios de drogas en situación de calle encarna el vínculo afectivo más significativo para el personaje. En la experiencia de Pablo, el grupo otorga la fuente de satisfactores afectivos y emocionales, brinda calidez a través del contacto corporal y guía las primeras experiencias del consumo. En ambos casos, la única posibilidad del sujeto de enunciarse en términos de un "nosotros" la dispone el grupo con el que solían compartir la experiencia de la intoxicación.

En el relato de Nicolás por su parte, el grupo funge como espacio de desahogo y marco interaccional donde encuentra reconocimiento social. En Isabel, aporta los momentos de esparcimiento y abstracción de la realidad a través de las drogas y es tomado como el parámetro en la evaluación de la propia experiencia. En el caso de Diego, el grupo de usuarios de drogas constituye el principal espacio subjetivo para el consumo; mientras que en el relato de Patricia, participa como público frente a quienes puede mostrar la cara oculta de su identidad.

Es tal la trascendencia de la dimensión grupal de la experiencia con el uso de drogas, que más tarde en los relatos, el grupo de usuarios deberá ser alejado o abandonado por el sujeto para evitar una recaída.

7.2.5. El secreto y la actuación

Una vez que las secuencias narrativas mostraron la inserción del personaje en las primeras etapas del consumo, de acuerdo con Becker (1971), el uso de drogas apareció en función del grado en que los personajes cuidaban de mantener velada dicha práctica; cuyos registros subjetivos fueron desplegados en articulación con el género y la clase social del personaje.

En un vaivén entre la evitación de las sanciones sociales y la recompensa de mantener en secreto su consumo, los personajes se permitieron cada vez más un gradiente en la experiencia de la intoxicación. Para lograr el ocultamiento de la práctica fue necesario un despliegue de diversas estrategias de atención en su presentación y arreglo personal como del cuidado del vocabulario, el movimiento, el olor impregnado en las ropas, la vestimenta y los signos corporales del consumo de drogas como rasgos que podrían delatarlos. Ello implicó el aprendizaje de una forma de actuación basado en el manejo cada vez más específico del propio cuerpo bajo los efectos de las sustancias frente a los otros significativos.

Los personajes hicieron del cuerpo un medio para encubrir su consumo a través de la actuación. De la apariencia del cuerpo y sus modales dependía la evaluación de los otros (Goffman, 1981). En la interacción, es alrededor del cuerpo que se ordena el valor de la persona. El cuerpo funge así como vehículo para la actuación del yo y al mismo tiempo, a través de la expresión de sus disonancias, opera como medio para señalarlo. El cuerpo, como vía de expresión del yo, es sujeto a la vigilancia de los desórdenes sociales como el uso de drogas, y como objeto de la evaluación moral y sus correspondientes sanciones (Turner, 1989).

En el curso de los acontecimientos que entretejieron los relatos, en la medida en que incrementó la experiencia con el uso de sustancias, los lazos que unían al sujeto con los distintos controles sociales para la regulación del comportamiento y la normatividad en general, se flexibilizaron de forma paulatina. No obstante, la preocupación por llevar a cabo el uso de drogas clandestinamente, aun funcionaba como regulador de su propio consumo en las primeras fases de la intoxicación.

Los relatos fueron enunciados con temor e intranquilidad de los personajes ante la posibilidad de ser descubiertos. Esto implicaba no sólo sortear los procesos de estigma (Goffman, 2006), que operan alrededor de los usuarios de drogas, sino evitar la pérdida de un lugar de reconocimiento y legitimidad frente a los otros significativos.

En las secuencias narrativas referentes al ocultamiento del consumo, el posicionamiento subjetivo de los personajes mostraba aún signos de apego a ciertos valores y normas convencionales. A este respecto, Walton (2005) señaló la existencia de un conflicto constante entre los alicientes del placer obtenido con las sustancias y lo que el autor llamó “la vida del espíritu” (p. 82), en tanto que al mantener el secreto de la práctica de la intoxicación, los usuarios de drogas aún sostenían cierto apego a la normatividad hegemónica para los usos del cuerpo.

En la medida en que el secreto es considerado como algo que puede mantenerse con relativa facilidad, aumenta la percepción de control de los usuarios sobre su práctica. Incluso el mantenimiento del secreto podía también estimularlos más. Lo que conlleva la posibilidad de que el nivel de consumo aumente; pero, siguiendo a Becker (1971), también depende de un cambio de concepción del peligro de ser descubierto como en los casos de Pablo, Isabel, Diego y Patricia. El apego a la normatividad que en un principio funcionaba como regulador del consumo, gradualmente pierde significancia con la ingesta constante de la droga y la integración con pares con cierto nivel de experiencia en el consumo. Ello contribuye a un alejamiento cada vez más marcado de la normatividad hegemónica y las instancias sociales como la familia, la escuela y el ámbito laboral que la reproducen.

A la percepción de control sobre el ocultamiento del consumo, favorece la especialización que el usuario de drogas ha adquirido para administrarse las sustancias; pues ha aprendido a ejercer mayor control sobre su práctica y con ello a percibir un mayor dominio sobre sí mismo. Esta posición sin embargo, en los casos estudiados fue vulnerada principalmente en los episodios de los excesos de la

intoxicación, que se articuló con otros registros subjetivos estructurados como puntos de inflexión que complicaron el curso de los acontecimientos.

7.2.6. Los laberintos de la experiencia

En la trayectoria del consumo de drogas se desplegaron episodios narrativos referentes a las experiencias de sobredosis y exceso en la ingesta. Durante estas etapas, la resistencia del cuerpo es puesta a prueba como símbolo de una subjetividad que se atreve a tensar las normas sociales y los propios límites corporales. Sin embargo, al placer que conlleva la transgresión de los límites para los personajes, coexiste el sentimiento de culpa, desconcierto y temor como un conjunto de sentimientos que de forma paulatina contribuyeron a difuminar la percepción de control sobre la práctica de la intoxicación. La sensación de pérdida de control sobre el consumo, significó la pérdida de control sobre el propio cuerpo, que se extendió a otros ámbitos de la vida de cada uno.

La relación entre el sujeto y la droga presentó un efecto de inversión, donde esta última fue significada como una cosa viva, un monstruo que atrapa, que come, que devora, que ciega al sujeto. En esta línea, ciertos segmentos de los relatos fueron contruidos a partir de recursos científico-médicos que configuraron el objeto droga como un virus que crece, contagia y contamina; mientras que sus efectos fueron significados como enfermedad que se incrusta en el cuerpo, lo deteriora, lo afecta, lo entumece, lo duerme o lo degenera. En estas secuencias narrativas la experiencia con las drogas tiende a biologizarse, ubicándola en un órgano, en un sistema, en un tejido y en un desgaste corporal generalizado. La experiencia de la pérdida de control sobre el consumo se plasmó así en el relato con implicaciones decisivas en la imagen del cuerpo como símbolo del deterioro moral de la persona.

En estos episodios de las elaboraciones narrativas, el sujeto experimentó su cuerpo en términos de ambivalencia, la sensación paradójica de ser y no ser ese cuerpo transformado y vapuleado por el efecto de las sustancias. En esta etapa del consumo, el deseo es evadirse de sí mismo y hundirse en el plano de las sensaciones ilimitadas.

Aparece así la imagen de un cuerpo irreverente en el que el sujeto no se reconoce o imagen de un cuerpo desconectado del sujeto. En la experiencia del exceso, la cualidad de la experiencia del cuerpo de diferenciar los límites entre el adentro y el afuera, se ve trastocada. Lo que resalta es la experiencia disociativa del cuerpo. Los

personajes aludieron así sensaciones referentes a la pérdida de límites del propio cuerpo como fuentes insoportables de angustia y perplejidad.

Las secuencias de los periodos de sobredosis constituyeron una interpretación de las reacciones del propio cuerpo que sólo el usuario puede construir y que se retroalimenta en la medida en que continúa probando. Esta interpretación es significada en el marco de la historia del sujeto y de su contexto social.

Al elaborar las narrativas estos procesos son descritos por los protagonistas de acuerdo con sus propios laberintos y circunstancias experimentadas. El acto de narrar la experiencia, lejos de ser un reflejo de la realidad, constituye un proceso de apropiación y significación de ésta. De este modo, los relatos analizados muestran la posibilidad de expresar una idea mientras ésta se hace, donde el cuerpo aparece como blanco de apropiación subjetiva de la experiencia. Se trata de una práctica cuyas dinámicas subjetivas giran en torno a los cambios en la percepción del propio cuerpo que transitaron de su descubrimiento a la sensación de control y de ésta, a la percepción de la pérdida del dominio de sí mismo como lo mostraron los casos analizados.

En los periodos del exceso, el sentido de placer de la práctica de la intoxicación fue en detrimento y derivó en un sentido de necesidad. Los personajes se asumieron como usuarios de drogas y al tiempo que perdieron placer sobre el consumo, perdieron también el sentido en otros ámbitos de sus vidas y de sus relaciones interpersonales. El consumo de drogas así mismo, fue connotado como una práctica fuera del orden moral. En este momento del consumo, los personajes asumieron por sí mismos el estigma del usuario de drogas.

En los relatos, además de los periodos de sobredosis, otros puntos de inflexión contribuyeron a dibujar los laberintos de la experiencia con el consumo de drogas, constituyendo un cambio de dirección en el curso de los acontecimientos narrados. Estos registros subjetivos aludieron a la muerte de un otro significativo, el embarazo, la experiencia de un cuerpo yerto, los procesos de estigmatización, la confrontación ante el deterioro físico y moral del personaje, la pérdida del empleo y la pérdida de sentido del sí mismo que se agudizó con los periodos de abstinencia a las sustancias.

7.2.7. Las batallas con el cuerpo

A las experiencias de los excesos y las sobredosis, fueron articulados otros segmentos narrativos que dieron cuenta de los episodios de abstinencia a las

sustancias. Éstos fueron caracterizados por la vivencia de soportar un imperioso deseo de consumir y no hacerlo. En estos núcleos de la experiencia, el tiempo, los espacios y la acción del sujeto se estructuraron en torno a la droga como objeto de única preocupación. La configuración subjetiva se tejió alrededor de la ingobernabilidad del cuerpo.

Las drogas dejaron de tener un efecto placentero y adquirieron un poder analgésico. En estas secuencias apareció también un excedente de dolor y una pérdida del sentido del consumo de drogas, del sí mismo y de sus relaciones con otros. En estos núcleos narrativos tuvo lugar un proceso subjetivo donde el personaje se aferró a la vivencia de la intoxicación al depositar en la droga el alivio a las expectativas generadas en su ausencia.

El consumo de drogas fue significado como un acontecimiento irreversible en la configuración de la subjetividad y la corporalidad. En los periodos de abstinencia, los trayectos del cuerpo constituyeron el objeto más real, más vivo y finamente detallado de la experiencia narrada.

La abstinencia a las drogas irrumpió los significados asociados al placer y los desplazó por la noción de necesidad. El cuerpo se convirtió en un espacio subjetivo amenazante, lo que recuerda la paradoja del ser y el tener (Turner, 1989), donde el sujeto, al tiempo que se ubica inmerso en la experiencia, genera una distancia con el propio cuerpo. Éste incluso adquirió un carácter diferenciado del sujeto en el caso de Pablo; dormido en los casos de Nicolás y Rosalba; de cuerpo fragmentado del cerebro en los relatos de Diego e Isabel; mientras que el sujeto se ubica en otro sitio diferenciado de este cuerpo. En estas secuencias narrativas la corporalidad constituye una vivencia experimentada como una presencia ajena, con la que el sujeto no se identifica del todo.

Como una forma radical de experimentar el cuerpo, el periodo de abstinencia vivido desordenó todas las demás experiencias y el relato se construyó con apego a las sensaciones experimentadas y a una pormenorizada y minuciosa descripción de sus procesos sensitivos más que a una construcción racional de la experiencia.

7.2.8. La intervención de un tercero

A partir de los momentos de exceso y sobredosis con las sustancias y los controles sociales que los personajes enfrentaron durante su experiencia, arribó en los relatos un proceso de significación del sujeto de sí y de su práctica. De acuerdo con Burgos

(1993), después del desarrollo de una serie de acontecimientos que complicaron el curso de la historia, en el relato tuvo lugar la resignificación de la experiencia como una forma de configurar al personaje como héroe de su devenir. A ello se sumó la búsqueda de un nuevo punto de vista sobre el propio yo que en los relatos solo fue posible mediante la intervención de un tercero que fue caracterizado como alguien que no utilizaba o había utilizado sustancias.

Los personajes se dibujaron como sujetos reflexivos que desplegaron una evaluación sobre su propio hacer tras considerar el proceso de alejamiento y el rechazo de las normas convencionalmente aceptadas para los usos del cuerpo, la salud, las reglas familiares, escolares y sociales. De ahí en adelante la expresividad de los relatos tomó la forma de un deseo de narrar el aprendizaje de la experiencia y el retorno a dicha normatividad posibilitada por la ayuda y el apoyo de otros, ya fueran personas significativas o instituciones. Para ello fue de suma importancia apartarse del grupo de usuarios de drogas de manera radical y definitiva.

La historia es reconstruida a partir de sentimientos de nostalgia, culpabilidad y remordimientos. Así, los personajes se dan a la tarea de integrar el pasado a su presente y vislumbrar un futuro de reconstrucción de sí mismos, de sus relaciones con los otros y de la relación que han establecido con las drogas. La afirmación de un yo se convierte en un principio estructurador de la experiencia. La corporalidad se reveló de suma importancia para el sentido del yo.

En estos episodios, la experiencia subjetiva con el uso de drogas deja de ser considerada como un asunto de voluntad, planeación, y sobre la que se tiene control. La necesidad de las sustancias le ha restado placer a la experiencia y adquiere un nuevo significado, a saber, se convierte en una alternativa falsa para contrarrestar los afectos que se traen auestas. Pasa de este modo, a ser significada como una ilusión que en el plano de lo real no soluciona y ni modifica los problemas. En el proceso de significación de la experiencia, el uso de drogas deviene en la idea de una prótesis química para resistir o sobrellevar un estado existencial y un modo de vida. La experiencia se construye en términos de la evaluación y resignificación del pasado.

La posibilidad de enmendar las faltas se construye a partir de categorías relativas a la limpieza del cuerpo, de lo sucio y lo contaminado que se ha incorporado al cuerpo y a la vida con el uso de drogas. La percepción del deterioro y la descomposición de la superficie del cuerpo, representaron las señales de los excesos morales y las

actitudes desmedidas que tuvieron lugar en los movimientos desordenados entre el alma y el cuerpo.

En los relatos, particularmente en el caso de Rosalba, Nicolás y Pablo, mostraron una tendencia a reproducir ciertos discursos dominantes sobre las drogas y sus usuarios, que los situaban como enfermos mentales para significar la propia experiencia; en especial, aquellos provenientes de Alcohólicos Anónimos. Por su parte, Isabel, Diego y Patricia, atribuyeron causas “psicológicas” a su experiencia con el uso de drogas como motivos de consumo. En estas secuencias, hay una serie de lugares comunes a los que acuden los entrevistados para justificar su historia, así como la adopción del estigma en la propia identidad tras la revelación del secreto de su consumo.

La experiencia subjetiva del cuerpo cambió de acuerdo con la relación establecida con la droga: desde el reconocimiento de las sensaciones provocadas por la ingesta de las sustancias, la percepción del control del cuerpo, hasta la pérdida y recuperación de éste, mediada por la intervención de un tercero. En Rosalba intervienen así la institución para la rehabilitación, la familia que la adopta y el apego a un régimen espiritual y religioso. En el relato de Pablo, el espejo que lo confronta con la imagen de sí como un desconocido, el anexo de AA y las amistades no usuarias de drogas. En el caso de Nicolás, el papel de la esposa y su hijo son trascendentales para el proyecto de abstinencia del personaje como la vivencia en el anexo de AA. En lo que toca a Isabel, el psicólogo, la pareja, y su hijo. En el caso de Diego, este tercero es representado por la hermana y la mamá.

7.2.9. El proyecto corporal

El análisis de los relatos mostró que la elaboración de la propia historia proporciona nuevos contenidos para pensar el futuro. La vivencia del cuerpo en la experiencia con el uso de drogas se tradujo así a un acomodamiento a posteriori de la experiencia. De este modo, el cierre de los relatos se desplegó en términos de un proyecto corporal a realizar en función de lograr disminuir o cesar el consumo de drogas que surgió como la resolución narrativa del relato.

El dominio de sí se perfiló con la recuperación y la reestructuración de los sentimientos, la moral, la confianza, la autoestima, el respeto y la dignidad como atributos subjetivos que el sujeto no halló en el cuerpo sino en el espacio de las convicciones, tras aceptar e interiorizar los preceptos sociales sobre lo deseable y lo prohibido. Un modo de producir un cierto sentido en torno a una ética corporal cuyos

efectos son normalizantes en la producción de un cuerpo que rivaliza con otro ideal: la producción de un “alma”, según lo refirieron los relatos. Posiciones que extreman la fractura entre el sujeto y su cuerpo, y que pone al descubierto algunas de las ansiedades que la propia cultura fomenta.

Dominar el cuerpo para dominar el alma, que en los relatos estudiados apareció invariablemente infectada, contaminada y corrompida por las intemperancias del cuerpo. De ahí que para los personajes, la única posibilidad de legitimar su lugar frente a sí y su grupo social, la constituyera la abstinencia a las drogas o la disminución del uso de éstas.

La idea de este proyecto corporal plantea la inclusión de la medida como guía de los comportamientos y la adopción de un régimen cuya meta es lograr el gobierno del cuerpo a través del control de las emociones y la inhibición del deseo de la droga como garantía del dominio de sí.

El cuerpo fue representado como el lugar del ejercicio de la voluntad del sujeto sobre sí mismo como expresión del control sobre la propia vida. La forma en que los sujetos experimentan y significan su cuerpo ha incorporado el deseo del autocontrol, donde el cuerpo ha sido convertido en un logro personal que no acaba de dar cuenta del sujeto aunque su efecto paradójico implique el repliegue del sujeto sobre sí mismo, en una auto-observación y control constante.

El sometimiento del cuerpo al dominio racional se desplegó como reflejo y extensión de la ilusión del control de la propia vida. Ya fuera para adecuar el cuerpo a los nuevos procedimientos de inducción de estados de ánimo, para manipular las sensaciones frente a otros, para sobreponerse a la abstinencia y más tarde, para dominar el deseo y el apetito por las sustancias como muestra de la superioridad de la voluntad del sujeto sobre su cuerpo.

Tal sometimiento corresponde también a una cuestión de identidad personal y de pertenencia social. Unas veces el cuerpo fue identificado como representante del sujeto mientras que otras, como aquello a ser ocultado en aras de evitar el estigma y el rechazo social.

De este modo, los relatos de la experiencia con el uso de drogas pueden ser vistos como un péndulo oscilando entre las restricciones del cuerpo y los relajamientos de la conducta moral. Paradójicamente, los relatos muestran las fracturas de las instancias sociales como la familia, la escuela, el trabajo, las redes sociales y finalmente, los

usuarios de drogas se adscriben a éstas como medios para reorganizar la vida después de un periodo de crisis. Sin embargo, esta adscripción tiene sus salvedades en la medida en que la construcción de la propia historia como medio para dotar de sentido la realidad, posibilita la reorganización de la experiencia en la que tienen lugar modos de resistencia subjetiva a las formas dominantes de significar la experiencia.

En el estudio, si bien los usuarios de drogas, trazaron el cierre de su relato en términos de renunciar o disminuir el uso de sustancias en aras de reinsertarse a un orden social de los usos del cuerpo como un modo de reinsertarse a la sociedad convencional; el reposicionamiento subjetivo de los personajes como sujetos de acción de su propio destino, puede ser leído como la posibilidad que brinda el relato de la propia vida de reinventarse, de resignificar las vivencias y hallar otras posibilidades de existencia.

7.3. Epílogo

Tras constatar que el cuerpo es condición de la existencia, advertimos también que su presencia no basta para tener una experiencia de él. La experiencia del cuerpo requiere de un proceso de significación que lo constituya como experiencia subjetiva. Es así que no podemos hablar de cuerpo sino de experiencias corporales inmersas en ejercicios de significación y transformación continua: en la subjetividad se articulan modos de haber sido y ser cuerpo como instancias constitutivas de la misma.

En este sentido, los relatos pueden ser considerados como mediadores entre el sujeto y su cuerpo. Los relatos se entretajan a partir de una situación biográfica y social cuya posibilidad es el lenguaje. La lengua, la cultura y diversos procesos sociales y políticos, se encuentran entre el sujeto y el cuerpo. De ahí la propuesta de analizar la corporalidad en términos de un proceso de significación que se realiza en el relato de vida como dimensión narrativa de la experiencia corporal.

El trabajo se concreta así, como una forma de acercamiento a la experiencia subjetiva del cuerpo cuyo acceso ha sido el relato de la experiencia como expresión de la subjetividad. Lo que aporta es una mirada para problematizar el tema de la corporalidad y el consumo de drogas; así como un tipo de interpretación, esto es, una lectura particular, que asume y reconoce a la investigadora como fuente del proceso de significación.

De este modo, el análisis de los casos estudiados nos ha revelado cómo el papel que juega la corporalidad en la significación de la experiencia, constituye uno de los

principales ejes que articula la trayectoria que un sujeto recorre con el uso de drogas. Hemos encontrado así un amplio espectro de registros referentes a la experiencia corporal de los usuarios de drogas, que no puede ser ignorado.

Si bien los relatos muestran formas de corporalidad complejas, en apariencia contradictorias y en constante devenir; han dejado asentado que como procesos subjetivos, se encuentran inmersos en la dialéctica entre la singularidad y la historicidad de los individuos y los grupos. En este sentido, a las paradojas con las que Turner (1989) caracterizó al cuerpo humano, añadiríamos que el cuerpo, al tiempo que constituye lo más cercano al sujeto, puede ser lo más lejano también: la relación que media entre el sujeto y su cuerpo como el espacio más singular e íntimo de la experiencia, está dada en un momento histórico y en condiciones sociales específicas.

Los relatos enarbolan así el carácter social de las biografías personales al estar entrelazadas por procesos sociales e históricos que posibilitan la experiencia; de forma tal, hemos hallado las resonancias de discursos dominantes sobre el cuerpo, las drogas y sus usos en la elaboración narrativa de la trayectoria con el uso de drogas de los participantes del estudio.

A la concepción cartesiana y judeocristiana del cuerpo aludida en los relatos, se articulan otros discursos, principalmente extraídos de saberes médicos acerca del cuerpo y del uso de drogas, así como de un sistema social coercitivo que parece olvidar el hecho de que las drogas y sus usos han cambiado de significado en diferentes momentos de la historia. La producción simbólica de imágenes, discursos y estereotipos de las drogas y de quienes hacen uso de ellas, generada por las instituciones de salud, de gobierno, religiosas, académicas y los medios masivos de información, entre otros agentes, se reflejan en los procesos de significación de la trayectoria del consumo y en los procesos identitarios de los usuarios entrevistados.

A lo largo de los relatos, ha sido posible distinguir la reproducción de algunos de estos discursos referidos a las drogas y sus usos cuando los usuarios llegan a condenar la práctica que ellos mismos realizan y a buscar lugares comunes para justificar su experiencia. Los relatos llevan la marca de una visión estereotipada a la que los personajes se adscriben para significar su vivencia con el uso de drogas como una práctica fuera del orden moral y legal, enraizada en la enfermedad mental, asociada a factores psicológicos como causas del consumo, amenazante para la salud, la sociedad, la seguridad del país y el orden social.

De esta manera, los valores y las normas culturales trazan los márgenes en los cuales los sujetos significan la experiencia de sus cuerpos; al mismo tiempo, la experiencia corporal de los usuarios permite entender la manera en que las convenciones sociales son corporeizadas.

Si bien, la experiencia se expresa en términos de un relato singularizado, se produce a partir de un conjunto de saberes, técnicas y relaciones insertas en un continuo entre el deseo personal y las normas sociales, más o menos diferenciadas y de carácter narrativo.

La experiencia del cuerpo emerge como efecto histórico ubicado en relaciones de dominación y formas de subjetividad: la corporalidad es así moldeada por discursos normativos y tecnologías que organizan las prácticas cotidianas y que son interiorizadas por los sujetos como mecanismos de control, pero también como modos de resistencia. Esto significa que ante los discursos sociales dominantes, la normalización y los controles sociales, es posible vislumbrar formas de apropiación subjetiva y modos de resistencia de los sujetos —aunque no de manera necesariamente consciente.

De ahí que haya sido posible identificar en la narrativa de sí mismos, un desfase entre los procesos de significación y algunas prácticas sociales que los usuarios de drogas llevan a cabo. En otras palabras, a pesar de que el uso de drogas es considerado por los propios usuarios como una práctica alejada de la normatividad sociolegal para los usos del cuerpo y no obstante que han disminuido, cesado su consumo o tienen el proyecto de hacerlo; el placer y el deseo que han experimentado con el uso de drogas se mantiene y se prioriza sobre esta perspectiva.

Por consiguiente, los proyectos corporales muestran la convivencia de modos de normalizar el cuerpo tanto como formas de reapropiación subjetiva del mismo. Esto es, en los relatos estudiados, aunque los usuarios de drogas optaron por la adopción de un régimen de contención del deseo de la droga como condición para reinsertarse a la sociedad convencional en aras de lograr legitimación y un lugar de reconocimiento social; también desplegaron procesos de autonomía y de reapropiación de los derechos sobre sus cuerpos, un sentido distinto de su corporalidad y de la noción de salud, de su relación con los otros y con otras formas de darse placer. Así como la intención o la elección de otras formas de vida, que en conjunto les ha permitido resignificar su experiencia con el uso de drogas y la relación con sus historias de vida y consigo mismos.

Tras proponernos indagar cuáles son y cómo intervienen los procesos de significación del cuerpo en la experiencia con el uso de drogas, el análisis de los casos estudiados resalta así una construcción fenomenológica de la corporalidad cuyo peso ha sido remarcado por los sujetos como un aspecto irrevocable en su biografía: las cavilaciones de los usuarios de drogas han puesto de manifiesto que el hecho de haberlas consumido, marca la posición desde la que se habla, dibuja una escena inexorable en la trayectoria de vida y tiende un puente identificatorio entre los usuarios de drogas articulado también por el marco social, el género y la clase social de pertenencia.

La corporalidad, al revelarse constitutiva para el sentido del yo y para las relaciones con el entorno social; y puesto que la relación con el cuerpo en la experiencia del consumo de drogas, se desplegó de forma significativa en la conformación de la historia de los personajes, se propone incorporar el carácter experiencial del cuerpo como una ruta a ser explorada tanto en materia de investigación psicosocial como en los programas de intervención que buscan la reducción del daño.

Con base en los relatos estudiados, hemos identificado así una serie de núcleos narrativos centrados en la corporalidad, que emergieron desde un sentido de apropiación del cuerpo en el aprendizaje del consumo de drogas, hasta una reapropiación relacionada con el deseo de gobernar el cuerpo como una forma de organizar la propia vida.

Por su relevancia en la significación de la experiencia con el uso de drogas, estas dimensiones se podrían trabajar con el objetivo de buscar su articulación con la capacidad reflexiva de los sujetos y la posibilidad de elaboración a través de un trabajo corporal no verbal.

Entre estas experiencias, podemos mencionar el reconocimiento y su posterior asimilación de las sensaciones experimentadas bajo los efectos de las drogas, la toma de conciencia corporal durante este proceso, la percepción de control del cuerpo —de pérdida y recuperación de éste—, la conciencia del daño, la emoción como eje de vinculación entre la subjetividad y el cuerpo, la experiencia disociativa del cuerpo, el manejo del cálculo y la medida, la imagen corporal, la noción de voluntad, el deseo, el placer, el simbolismo y el imaginario topográfico y topológico del cuerpo, las formas de contacto corporal consigo mismo y con los otros, así como la vivencia grupal de la intoxicación, como dimensiones de los procesos de apropiación subjetiva de la

corporalidad que se gestaron en la trayectoria con el uso de drogas: al inicio, durante la experiencia del consumo y en las etapas de abstinencia de las drogas.

Este trabajo implicaría buscar formas para mejorar la calidad de vida de los usuarios a través de un proceso de sensibilización, elaboración y de reconocimiento corporal como un *yo*, fuente de múltiples potencialidades siempre provisionales y en permanente construcción; de modo que permita abrir diálogos entre el sujeto y su cuerpo en aras de resignificar y reinventar formas alternativas de existencia.

La tarea consiste en desmitificar el trasfondo de certezas sobre el cuerpo como máquina, organismo, mera superficie o fuente de tentaciones; para posibilitar la construcción de un contrarelato de las drogas y sus usos que incluya la experiencia del cuerpo como un proceso de conocimiento múltiple, abierto a nuevas formas de significar el mundo: el movimiento, la salud, la sexualidad, la vida y la muerte en los proyectos individuales tanto como colectivos.

Hemos visto que en la experiencia con el uso de drogas, es el cuerpo el objetivo que se busca alterar, el escenario de esta alteración y el medio a través del cual se administran las sustancias, donde la experiencia del cuerpo ha sido considerada como una experiencia del sí mismo. Por lo que cobra importancia trabajar con la experiencia del espacio y tiempo vividos como dimensiones de la corporalidad, así como las diversas formas en las que los sujetos incorporan y resisten los modelos corporales ideales y hegemónicos.

Referirse a la experiencia corporal en la trayectoria con el uso de drogas ilegales significa atender el vínculo que establece el usuario con su cuerpo a través de los efectos de la droga como un objeto cultural prohibido en el marco de los valores y significados que giran alrededor del cuerpo humano y de la persona en el ámbito urbano de la cultura.

Ello requiere a su vez, deslindar a las drogas de su popularidad como objetos deseables por sí mismos y resaltar que la condición placentera de la experiencia de la intoxicación constituye un asunto de aprendizaje que no estaba antes del consumo.

En tanto exaltamos que la experiencia corporal está altamente mediada por los procesos de socialización, el lenguaje y el contexto social, y es así moldeada por las circunstancias sociales, la clase y el género; es necesario rastrear el peso de la concepción judeocristiana del cuerpo como dimensión corruptible de la experiencia a fin de hacer visible el propio cuerpo para la persona, sus potencialidades, su

creatividad, como fuente de placer y de conocimiento, y desfavorecer el lugar que ocupan la culpa, la vergüenza y la doble moral asociada al cuerpo en la historia personal y social.

Siguiendo esta línea, es necesario plantear interrogantes en torno a la construcción de subjetividades transgresoras y reivindicatorias de la experiencia corporal en el marco de la trayectoria de vida y sus enclaves en el contexto social para dislocar los lugares comunes y los discursos hegemónicos del sistema sexo-género dominante que reducen y estigmatizan la experiencia.

Conjuntamente, mientras no se lleve a cabo una profunda e incluyente reflexión en torno a la ilegalidad de las drogas, las nuevas formas de consumo experiencial e incluso el análisis de otros tipos de drogas de consumo, se propone tomar acciones dentro de los escenarios realmente existentes. Uno de ellos es que un mundo libre de drogas no es posible en la medida en que la sociedad misma participa de un proceso de mercantilización elaborado por el circuito de consumo de los placeres y deseos y la construcción de necesidades; dentro del cual, la gratificación difícilmente será alcanzada.

Desde este lugar, las intervenciones en el campo del consumo de drogas podrían incrementar su eficacia al trabajar con la dimensión corporal de la experiencia como un asunto que resulta central en nuestras vidas, en la forma de comprender quiénes somos y quiénes son los otros tras identificarnos no sólo como seres mentales sino también corpóreos.

Este enfoque retroalimenta así la comprensión psicosocial del consumo de drogas al plantear dicha práctica como una forma de relación subversiva del sujeto con la sociedad a la que vive como coercitiva, sobre lo que aparentemente tiene bajo su control, esto es, su propio cuerpo.

De ahí la importancia de complementar las categorías elaboradas para estudiar fenómenos como el consumo de sustancias psicoactivas, a las que parece haber escapado el tema de la corporalidad en tanto dinámica subjetiva y su relevancia para estudiar la vida social; así como incorporar elementos para contrarrestar el desfavorecido lugar que había tenido hasta hace poco el cuerpo humano como un eje de análisis de la cultura: en sus múltiples formas de ser cuerpo, en su aspecto relacional y simbólico, entidad individual a la vez que colectiva.

El estudio aporta así, elementos para una mayor comprensión de los procesos adictivos y contribuye a desmitificar algunos prejuicios que rodean a las drogas y sus usuarios. Se asume que esta visión enriquece el entendimiento de las prácticas de la intoxicación autoadministrada, así como proporciona información útil para elaborar herramientas más sensibles para el abordaje de las particularidades de la relación que se establece con el cuerpo en cada etapa del consumo.

Al mismo tiempo, coadyuva al desarrollo de programas de intervención alternativos que consideren que la nuestra es una existencia corporificada. Las campañas de prevención y tratamiento podrían ser más efectivas si operaran en consonancia.

Mientras que la corporalidad siga ocupando la dimensión menos valorada de la experiencia humana tanto en las prácticas como en las representaciones, en algunos sentidos y en algunas dimensiones, seguiremos navegando a contracorriente; puesto que las experiencias corporales cruzan de lado a lado las trayectorias de vida y el mundo social.

De este modo, la experiencia subjetiva del cuerpo en la trayectoria con el uso de drogas puede seguir más de una senda que no está predeterminada. Rutas que muestran un sentido de apropiación y significación de la corporalidad como un modo ineludible de reapropiarse y de resignificar la existencia y la muerte.

Referencias

- Aisenson, K. A. (1981). *Cuerpo y persona*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Albin, D. D. (2002). Making the body (w)hole: A qualitative study of body modifications and culture. *The Sciences & Engineering*, 62, 8-37.
- Amuchástegui, A. (1996). El significado de la virginidad y la iniciación sexual: un relato de investigación. En I. Szasz y S. Lerner (Eds.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad* (pp.137-172). México: El Colegio de México.
- Anzieu, D. (1987). *El yo-piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Aulagnier, P. (1991). *Cuerpo, historia, interpretación*. Argentina: Paidós.
- Barthes, R. (1990). *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- Barthes, R. (1996). Introducción al análisis estructural de los relatos. En R. Barthes, A.J. Greimas, U. Eco, J. Gritti, V. Morin, C. Metz, G. Genette, T. Todorov, C. Bremond, *Análisis estructural del relato* (pp. 7-38). México: Ediciones Coyoacán.
- Baz, M. (1999a). El cuerpo en la encrucijada de una estética de la existencia. En S. Carrizosa, (Comp.), *Cuerpo: Significaciones e imaginarios* (pp. 25-41). México: Universidad Autónoma Metropolitana-X.
- (1999b). La entrevista de investigación en el campo de la subjetividad. En I. Jáidar (Ed.), *Caleidoscopio de subjetividades* (pp. 77-96). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Becker, H. (1971). *Los extraños. Sociología de la desviación*. Argentina: Tiempo Contemporáneo.
- Benveniste, É. (1971). *Problemas de lingüística general*. Tomo I. México: Siglo XXI.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. (1998). *La construcción social de la realidad*. Argentina: Amorrortu editores.
- Berman, M. (1992). *Cuerpo y espíritu. La historia oculta de occidente*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos.
- Bernard, M. (1994). *El cuerpo*. Barcelona: Paidós.
- Bertaux, D. (1993). Los relatos de vida en el análisis social. En J. E. Aceves Lozano (Ed.), *Historia oral* (pp. 136-148). México: Instituto Mora.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. España: Anagrama.
- (2001). La creencia y el cuerpo. En H. Islas (Comp.), *De la historia al cuerpo y del cuerpo a la danza* (pp.103-126). México: CONACULTA.

- Burgos, M. (1993). Historias de vida, narrativa y búsqueda del yo. En J. E. Aceves Lozano (Ed.), *Historia oral* (pp. 149-163). México: Instituto Mora.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Argentina: Paidós.
- Coffey, A. y Atkinson, P. (2003). *Encontrar el sentido a los datos cualitativos. Estrategias complementarias de investigación*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Corbin, A. (2005). *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Corres, A. P. (1992). *Razón y experiencia en psicología*. México: SEDI.
- Creswell, J. W. (1998). *Qualitative Inquiry and Research Design. Choosing among Five Traditions*. Thousand Oaks: Sage.
- Díaz, N. B. (2006). *Subjetividad y narrativa. Apuntes para una teoría de la experiencia subjetiva*. Tesis de Maestría. México: Universidad Autónoma Metropolitana – Xochimilco.
- Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona: Paidós.
- Douglas, M. (1970). The two bodies. In M. Fraser and M. Greco (Ed.), *The body* (pp. 78-81). New York: Routledge.
- (1973). *Pureza y peligro*. España: Siglo XXI.
- Elías, N. (1987). *El proceso de la civilización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Entwistle, J. (2002). *El cuerpo y la moda*. España: Paidós.
- Escotado, A. (1998). *Historia general de las drogas*. España: Espasa.
- Féher, M., Naddaff, R., & Tazi, N. (1991). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano* (Vols. 1-3). Madrid: Taurus.
- Foucault, M. (1984). *Historia de la sexualidad. Volumen II. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI Editores.
- (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós.
- (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.
- (1999). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- (2001). *Los anormales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Obras completas. Vol. IV. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003.
- (1905). *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. Obras completas. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003.

- (1923). *El yo y el ello*. Obras completas. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2003.
- Gadamer, H.G. (2003). *Verdad y método*. Tomo I. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Goffman, E. (1981). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Argentina: Amorrortu.
- (2006). *Estigma*. La identidad deteriorada. Argentina: Amorrortu.
- Gundermann, K. H. (2001). El método de los estudios de caso. En M. L. Tarrés (Coord.), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (pp. 251-288). México: Miguel Ángel Porrúa, FLACSO y El Colegio de México.
- Ingrasso, M. (2001). Nuevas drogas: escenarios sociales e intervenciones educativo-promocionales. *Perfiles Educativos*, 23(92), 54-73.
- Islas, H. (2001). De la integración de los aspectos sociales y subjetivos de las técnicas dancísticas mediante el concepto de tecnologías corporales. En H. Islas, (Comp.), *De la historia al cuerpo y del cuerpo a la danza* (pp. 536-572). México: CONACULTA.
- Ito, M. E. y Vargas, B. I. (2005). *Investigación cualitativa para psicólogos. De la idea al reporte*. México: Facultad de Estudios Superiores Zaragoza y M.A. Porrúa.
- Koutroulis, G. (2001). Soiled identity: Memory-work narratives of menstruation. *Health: An Interdisciplinary Journal for the Social Study of Health, Illness & Medicine*, 5(2), 187-205.
- Lacan, J. (1971). *Escritos I*. México: Siglo XXI.
- Laín, E. P. (1989). *El cuerpo humano. Teoría actual*. España: Espasa-Calpe.
- Lamas, M. (2002). *Cuerpo: diferencia sexual y género*. México: Taurus.
- Lamas, M. y Saal, F. (2003). *La bella (in) diferencia*. México: Siglo XXI.
- Laqueur, T. (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Le Breton, D. (1999). *Antropología del dolor*. España: Seix Barral.
- (2002a). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2002b). *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva visión.
- (2007). *Adiós al cuerpo*. México: La Cifra Editorial.
- Lindón, A. (1999). Narrativas autobiográficas, memorias y mitos; una aproximación a la acción social. *Economía, Sociedad y Territorio*, 2(6), 295-310.

- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- López Ibor, J.J. y López-Ibor Aliño, J.J. (1974). *El cuerpo y la corporalidad*. Madrid: Gredos.
- López, A. A. (1980). *Cuerpo humano e ideología*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- Marcel, G. (2003). *Ser y tener*. España: Caparrós Editores.
- Maslow, A. (1979). *El hombre autorrealizado: Hacia una psicología del ser*. Barcelona: Kairos.
- Mauss, M. (1971). *Sociología y antropología*. Madrid: Tecnos.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Ediciones Península.
- Muñiz, E. (2002). *Cuerpo, representación y poder*. México: Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco / Miguel Ángel Porrúa.
- (2004). Pensar el cuerpo. *Fuentes Humanísticas*, 29, 3-11.
- Parrini, R. (2007). *Panópticos y laberintos. Subjetivación, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres*. México: El Colegio de México.
- Piña, C. (1989). Sobre la naturaleza del relato autobiográfico. *Argumentos*, 7, 131-160.
- Piña, M. C. (2004). El cuerpo un campo de batalla. Tecnologías de sometimiento y resistencia en el cuerpo modificado. *El Cotidiano*, 20(126). Recuperado el 15 de agosto de 2005, de <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/325/32512621.pdf>
- Ricœur, P. (1995). *Teoría de la interpretación*. México: Siglo XXI.
- (2002). *Freud: una interpretación de la cultura*. México: Siglo XXI.
- (2003). *El conflicto de las interpretaciones*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Rivera, M. (2002). La adolescencia, el cuerpo y la salud. En S. L. Ramos (Ed.), *Lo corporal y lo psicosomático* (pp. 185-191). México: Plaza y Valdés.
- Sartre, J. P. (1966). *El ser y la nada: ensayo de ontología y fenomenología*. Buenos Aires: Losada.
- (1982). *La náusea*. Madrid: Alianza.
- (1983). *Bosquejo de una teoría de las emociones*. Madrid: Alianza.
- Sautu, R. (2004). Estilos y prácticas de la investigación biográfica. En R. Sautu (Comp.), *El método biográfico* (pp. 21-61). Argentina: Lumiere.
- Schilder, P. (1983). *Imagen y apariencia del cuerpo humano*. España: Paidós.

- Sennett, R. (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza.
- Skultans, V. (2000). Narrative illness and the body. *Anthropology & Medicine*, 7(1), 5-13.
- Smith, B. & Sparkes, A. C. (2002). Men, sport, spinal cord injury and the construction of coherence: Narrative practice in action. *Qualitative Research*, 2(2), 143-171.
- Sontag, S. (2003). *La enfermedad y sus metáforas. El SIDA y sus metáforas*. España: Mateu Cromo.
- Taracena, E. (2002). La construcción del relato de implicación en las trayectorias profesionales. *Perfiles Latinoamericanos*, 10(21), 117-141.
- Tighe, C. A. (2001). 'Working at disability': A qualitative study of the meaning of health and disability for women with physical impairments. *Disability & Society*, 16(4), 511-529.
- Todorov, T. (1996). Las categorías del relato literario. En R. Barthes, A.J. Greimas, U. Eco, J. Gritti, V. Morin, C. Metz, G. Genette, T. Todorov, C. Bremond, *Análisis estructural del relato* (pp.161-197). México: Ediciones Coyoacán.
- Turner, B. S. (1989). *El cuerpo y la sociedad. Exploraciones en teoría social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Upton, R. L. & Han, S. S. (2003). Maternity and Its Discontents: "Getting the Body Back" After Pregnancy. *Journal of Contemporary Ethnography*, 32(6), 670-692.
- Vigarelo, G. (1991). *Lo limpio y lo sucio. La higiene desde la Edad Media*. Madrid: Alianza.
- Volli, U. (2001). Técnicas del cuerpo. En H. Islas (Comp.), *De la historia al cuerpo y del cuerpo a la danza* (pp. 76-102). México: CONACULTA.
- Walton, S. (2005). *Una historia cultural de la intoxicación*. México: Océano.
- Zakrzewski, R. F. & Mark, A. H. (2004). The Lived Experiences of Alcohol Addiction. Men of Alcoholics Anonymous. *Issues in Mental Health Nursing*, 25, 61- 77.